

Te pintaré
un mundo
de colores

A romantic couple is shown from behind, embracing each other. They are silhouetted against a bright, glowing sunset or sunrise, with the light creating a warm, golden-orange glow around them. The background is a soft gradient of pink, purple, and yellow.

PALOMA PÉREZ

TE PINTARÉ
UN MUNDO DE COLORES

PALOMA PÉREZ

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Te pintaré un mundo de colores*

© *Paloma Pérez*

Edición publicada en julio del 2018

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

Te pintaré
un mundo
de colores

PALOMA PÉREZ

*A mis padres, Emiliano y Encarna,
por ser el mejor ejemplo y darme
una vida tan bonita.*

~ Índice ~

Prólogo

Parte I - El vuelo de las mariposas

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Parte II - Sólo se pisan los que bailan

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Parte III - 40 minutos a la semana](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Prólogo

Todavía puedo sentir el dolor de las cuerdas apretando mis muñecas. Jamás había experimentado una sensación igual, sentirte presa de alguien que te apunta en la sien con una pistola asegurándote que, como grites, te va a matar. Tienes que intentar mantener la calma, pensar fríamente y respirar profundamente, o de eso intentaba convencerme yo. En ese momento pasaron tantas cosas por mi cabeza que me cuesta describirlas con palabras, pensaba en que era joven, no podía dejar de acordarme de mi familia, mis padres, mi hermano, mis amigos y toda la vida que tenía por delante. Buscaba una forma de poder escabullirme de ese hombre que me apuntaba con la pistola sin ningún tipo de miramientos. Recuerdo las voces, unos les decían a otros que se dieran prisa, corrían por toda la sucursal lanzándose unas mochilas negras, mientras a mí me decían que me quedara callada, que ni se me ocurriera gritar. Recuerdo como me colocaron un pañuelo alrededor de la boca para que no pudiera decir ni una sola palabra. La sensación de agobio era horrible, sentía que me quitaba la respiración y mi pecho se esforzaba por hincharse con todo el aire que podía. Intentaba una y mil veces escabullirme de aquellas cuerdas, que me apretaban con fuerza las muñecas, pero no podía deshacerme de ellas. Desde aquel día no puedo dormir al pensar en aquellos momentos de miedo, de terror, de impotencia... No puedo olvidar el frío que sentí en la sien cuando aquel hombre me apuntó con la pistola. No sé cómo pude tener fuerzas para intentar liberarme, aunque todo fue en vano. No puedo dejar de pensar en aquellos minutos, en aquel día que marcó mi vida para siempre. No puedo dejar de recordar los pasamontañas, que cubrían las caras de aquellos hombres, pero sobre todo, no puedo olvidar esos ojos. Esa mirada que me traspasó y que no puedo sacar de mi mente ni un solo segundo. Esos ojos que intentaban tranquilizarme, a pesar de estar amenazándome de muerte. Esos ojos que no pudieron hacerme daño.

Parte I

El vuelo de las mariposas

Capítulo 1

—¡Vamos! Son las cuatro y no estáis llamando todavía, ¿a qué esperáis?
—la coordinadora camina altiva por el pasillo— ¡a las cuatro en punto hay que empezar con las llamadas!

Me quedo alucinada ante el trato de esta chica. Han pasado cinco meses desde que empecé a trabajar aquí y todavía no termino de acostumbrarme a las formas de la coordinadora del call center.

Tengo 26 años y acabo de empezar a trabajar vendiendo tarjetas de crédito. He estado muchos meses dedicando el día entero a enviar mi estupendo curriculum, que tanto me ha costado elaborar y que de tan poco me ha servido, hasta que llegó este trabajo. Cuando recibí la llamada fui la persona más feliz del mundo, pensé que por fin había cambiado mi suerte... hasta que llegué a este sitio y descubrí en lo que consistía el empleo.

En la llamada para la entrevista no me dijeron qué puesto tendría que ocupar si era la persona seleccionada, pero después de buscar por Internet el nombre de la empresa, y descubrir que se dedicaba a la venta de tarjetas de crédito, pedí por favor que fuera para el departamento de contabilidad. ¡Por lo menos era un trabajo relacionado con las finanzas! ¡Mente positiva!

Al llegar a la entrevista, y ver que había muchas chicas como yo esperando en un hall, me dio malas vibraciones... Cuando se trata de un puesto importante no suele haber tantos candidatos. Nos mandaron entrar en una sala, nos sentamos en unas sillas rojas alrededor de una mesa ovalada y aquella chica comenzó a preguntarnos si alguna vez habíamos vendido algo. Yo no sabía ni de qué iba el tema, estaba tan ilusionada con un trabajo de responsabilidad acorde a mi carrera, que no podía ni plantearme que estaba allí para hacer una prueba en la que unas candidatas tapaban a las otras para demostrar que cada una era mejor que la anterior. Estaba tan asombrada que no sabía qué hacer, me vi tentada a levantarme e irme, pero decidí esperar... En realidad, no nos habían dicho cuál era el trabajo y yo seguía guardando un pedacito de esperanza. Hasta que escuché a la chica pronunciar las palabras malditas: Venta de tarjetas de crédito. Nos explicó el trabajo... yo no podía

más. Como pude, respondí a las preguntas que me hacía deseando que pasara el tiempo y terminara la dichosa entrevista. Estaba segura de que no iba a volver a ese sitio. Nos dijeron que nos llamarían esa misma tarde si éramos las seleccionadas. El resto de chicas salían felices de la vida y yo no entendía nada.

Recuerdo aquellos días cuando era pequeña e iba con mi madre al banco. Me apasionaba ver a aquellas mujeres trabajando allí, cada día con una ropa diferente, siempre muy guapas y arregladas, detrás de aquellas enormes mesas fijando su vista en el ordenador. Eso, y especialmente mi pasión por la economía, descubierta en segundo de Bachiller, me hicieron tener clara la carrera que iba a estudiar. Me inscribí en la Universidad Autónoma de Madrid en Económicas. La verdad es que mi pasión por el estudio se desvaneció un poco el primer año y, no fue porque no me atrajera lo que tenía que estudiar, sino porque me llamaba muchísimo más la atención la economía que se movía en la cafetería. En concreto, las monedas que se ponían en las mesas para jugar al mus. Pero cuando tuve que ponerme las pilas para estudiar lo hice.

—¿Sí? —un señor descuelga el teléfono y me hace volver a la dura realidad.

—Buenas tardes, mi nombre es Martina. Quisiera hablar con el señor Zarriaga —leo literalmente el papel que nos dieron el otro día, ahora hay que cambiar el discurso.

—Sí, soy yo, ¿qué quiere?, ¿de dónde llama? —pregunta cortante.

—Encantada de saludarle —sigo leyendo la hoja.

—¡Ni encantada de saludarle ni nada! ¡Ya estamos con la propaganda! ¡Estoy harto, mire señorita, sé que está haciendo su trabajo, pero no estoy para escuchar tonterías. Por favor, no me moleste más —el hombre me grita sin haberme dejado casi decir ni una sola palabra.

—Discúlpeme señor Zarriaga, si me permite que le explique el motivo de mi llamada. Es para contarle una serie de beneficios y descuentos.... —intento captar su atención.

—¿No me ha entendido? Le he dicho que por favor no me moleste —vuelve a alterarse y me habla muy desagradable.

—Sí, le he entendido a la primera, pero no puede decirme que no si ni

siquiera me ha dejado exponerle cuál es el motivo de mi llamada —intento explicar.

—Déjeme en paz. Adiós —cuelga el teléfono.

Suspiro y me vengo abajo. No sé por qué tengo que estar aguantando esto. Después de lo que he estudiado, después de lo que me he preparado para conseguir un buen trabajo... No digo que no sea un empleo digno, ¡claro que lo es! Todos los trabajos lo son y esta gente estúpida debería entender que lo único que estoy haciendo es ganarme la vida. En el curso de formación nos dijeron que hay que insistir hasta tres veces o más, si es posible, antes de colgar una llamada. Pues, dicho y hecho.

El día que salí de la entrevista pensé que no me iban a llamar. Había bastantes chicas que tenían experiencia telefónica y yo no lo había hecho jamás. Sin embargo, ese maldito día llegó. Sonó el teléfono y me dijeron que me habían elegido para el puesto. Cinco horas llamando por teléfono a clientes para vender tarjetas de crédito por 600 euros de nómina. ¡Bueno! No tenía otra cosa mejor, así que, decidí probar a ver qué tal me iba. Y aquí estoy, llamando y llamando. Cada vez que escucho los contestadores o que alguien no me puede atender soy la persona más feliz del mundo. Nos informaron de que teníamos cinco minutos de descanso a cada hora y diez a mitad de jornada. Esos “recreos”, aunque breves, los recibo como agua de mayo porque, por lo menos, dejo de escuchar los puñeteros pitiditos, que me informan de que entra una llamada nueva.

Miro el reloj. Hoy se me está haciendo la mañana eterna. Estoy desganada, desilusionada y con una gran tristeza. Y para colmo, la coordinadora se acerca y me pide que la acompañe a su mesa.

—¿Qué tal vas? —me mira con altanería.

—Bueno, ahí voy...

—¡Siéntate aquí! Vamos a escucharte —una práctica muy habitual en este sitio— ¿has hecho alguna venta hoy?

—Sí, una —pienso que he tenido más suerte que alguna de mis compañeras, que todavía no lleva ni una.

—Pues vamos a escucharla —se pone los cascos.

Me siento a su lado y comenzamos a escuchar mi actuación. Ella la va

parando, prácticamente a cada segundo, para decirme lo que hago mal. Que es casi el cien por cien de lo que digo. Llegamos a la toma de datos y vuelve a darle al stop, me mira y me suelta:

—¿Cómo eres tan lenta? —me habla como si yo fuera la mierda más mierda del universo.

—No he podido ir más rápido —le contesto, no pienso dejar que está puñetera me trate mal.

—Pues a darse más prisita, ¿eh? ¡Qué sino te vas a tirar una hora en cada venta! —me deja alucinada— ¡venga, anda, vete a vender!

¡Pero cómo puede haber tanta maldad en un solo cuerpo!, pienso mientras vuelvo a mi sitio. Me puede la impotencia y las lágrimas quieren brotarme de los ojos, pero consigo aguantarlas, no puedo llorar, no me pueden ver débil.

Cuando por fin son las tres de la tarde, me quito estos puñeteros cascos, cojo mi bolso y salgo a toda velocidad de este sitio. Subo al coche y conduzco malhumorada hacia casa recordando aquel día que llamé a la coordinadora para preguntarle una duda y me dijo: “¿En serio me haces levantarme para esto?”. La gilipollas tuvo las santas narices de decirme que si le hago venir hasta mi sitio para responder una duda, cosa que, se supone, es su cometido. Además de pasearse altanera por el pasillo, eso es lo que mejor se le da. También le encanta mirar en el ordenador los tiempos de los descansos para que, si te pasas un solo segundo, reprochártelo con esa chulería tan propia suya.

Al llegar al garaje escucho el móvil. Lo miro y veo que es mi madre. Ahora la llamo cuando suba. Aparco el coche y vuelve a sonar. ¡Qué insistente es cuando quiere!

—Mamá, iba a llamarte ahora cuando llegara a casa.

—¿Cómo te ha ido en el trabajo hijita?

—¡Mal mamá, esto es una mierda! No te puedes hacer una idea de lo horrible que es —las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas.

—¡No llores hija! ¡Seguro que no es para tanto! ¡Verás cómo mañana va mejor! —intenta animarme.

—Lo dudo mucho.

—¿Qué tal con la coordinadora?

—Fatal, cada día peor. No te puedes hacer una idea de cómo me trata. Como si yo fuera una auténtica mierda, como si fuera tonta o no me diera la cabeza de sí... ¡Es que no te lo puedes ni imaginar! —lloro desconsolada.

—Tranquila mi niña, pero no dejes que nadie te pise. Con lo segura que eres de ti misma, no puedes dejar que te afecte tanto.

—Mamá, voy a subir a casa, que estoy deseando llegar. No te preocupes por mí, estoy bien —intento mostrarme serena para que no se quede preocupada.

—Mañana nos vemos, descansa y olvida el trabajo. Te quiero pequeñita.

—Y yo mamá.

Mi madre se llama Gimena, tiene cincuenta años y es preciosa, y no es porque sea mi madre, es algo en lo que coincide toda la humanidad. Es morena, tiene el pelo oscuro y unos rasgos muy finos, además es muy presumida y le gusta mucho arreglarse. Mi hermano siempre dice que nos parecemos muchísimo. Es como si tuviera treinta, yo siempre le digo que por ella no pasan los años, no me extraña que mi padre esté tan enamorado de ella, pero no por lo guapa que es, sino por lo bonita que es por dentro.

Cuelgo el teléfono y me echo a llorar desconsoladamente. ¡No puedo dejar que esto me hunda! Limpio mis lágrimas, salgo del coche y subo a casa, deseando ver a Fabio para poder desahogarme a gusto.

Cuando entro por la puerta oigo la música italiana que tanto le gusta escuchar. Respiro aliviada al ver que está en casa. Hoy necesito más que nunca poder hablar con él y contarle mi mañana fatídica en ese sitio horrible.

Mi hermano Fabio y yo vivimos en un piso que mis padres alquilaban pero ahora nos han dejado para nosotros. Los dos teníamos ganas de independizarnos y esta casa era la mejor opción debido a nuestros bajos ingresos.

Fabio tiene veinticuatro años, es de estatura mediana, con el pelo marrón oscuro y una barba relativamente abundante. Ha terminado de estudiar publicidad y trabaja de becario en una buena empresa. Le gusta ir siempre muy bien vestido, con pantalones chinos, jerséis y camisas. De vez en cuando, decide ponerse vaqueros y una sudadera, la verdad, es que a mí es como me

parece que está más guapo. Él dice que se arregla tanto por el trabajo, pero yo creo que en realidad le encanta vestir así. La convivencia con él es muy fácil porque es muy limpio y ordenado, ¡fuera tópicos de los hombres! En ocasiones, me parece que su obsesión por la limpieza es algo excesiva. Al igual que yo, Fabio estudió en un colegio italiano en Madrid y aprendió a la perfección los modales educados que nos inculcaron. Pero sin duda, lo que más me gusta de él es su forma de escuchar. Me encanta sentarme en la mesa de la cocina por las noches a tomar una taza de cappuccino calentito contándonos cómo nos ha ido el día.

—Sorellina —Fabio sonrío cariñosamente en cuanto me ve— te he escuchado llegar y he venido corriendo para que me cuentes qué tal ha ido hoy.

Me quedo callada delante de él, estoy tan disgustada que las lágrimas comienzan a caer otra vez por mis mejillas sin poder contenerlas. Fabio se acerca a mí y me abraza con fuerza.

—No llores, seguro que no es tan horrible —tiene una voz tan tranquila, que consigue calmarme.

—Es horrible —consigo decir entre sollozos, repitiendo el calificativo que él ha utilizado.

—¡Venga! —me mira a los ojos esperando una respuesta.

—Te juro por lo que quieras que es lo más —levanto el tono para pronunciar con ganas— horrible de toda mi vida. Es que no te puedes hacer una mínima idea de lo que es ese sitio. Me tratan fatal y, por mucho que pase el tiempo, nunca voy a acostumbrarme a algo así. ¡Me niego!

—A ver, vamos a hacer una cosa, deja el bolso, date una ducha calentita, te preparo algo de cenar y me cuentas. ¿Te parece? —propone sonriéndome con esa miradita, a la que sabe que no puedo decirle que no.

Asiento con la cabeza limpiando mis lágrimas con las manos y consigo dedicarle media sonrisa para que se quede tranquilo. Es increíble la calma que me da hablar con él. Siempre que lo necesito está ahí, aunque le haya contado lo mismo veinte mil veces. Él, en muchas ocasiones, se queda callado sin saber qué más hacer para tranquilizarme, pero tanto él como yo sabemos que con que me escuche es suficiente. No necesito nada más.

Después de mi ducha comemos juntos, le cuento lo que me ha pasado hoy

con la coordinadora y, una vez que me he calmado, me acuesto un rato en el sofá.

—¡Martina! —me grita Fabio desde la cocina. Miro el reloj y veo que son casi las seis. Me he debido quedar dormida.

—¡Voy! —recuerdo que hemos quedado para ir juntos a hacer la compra y me levanto a toda velocidad.

—¡Venga!, ¡qué luego he quedado! —está en la cocina poniéndose las deportivas.

—¿Otra vez? —pregunto indignada— había pensado hacer algo rico para cenar juntos. ¡Podías haberme avisado antes! —me mira poniéndome ojitos— pero bueno... da igual, cenamos juntos mañana, ¿te parece? —al final nunca puedo enfadarme con él.

—¡Vale! Te quiero sorellina —provoca mi risa. Le encanta usar ese diminutivo en italiano que significa hermanita.

—No me hagas la pelota que no va a colar. Hace días que no cenas en casa —según digo esas palabras niego con la cabeza tapando mi boca con las manos.

—¡Martina, no seas pesada! ¡Te pareces...!

—¡A mamá! —digo cortando la frase— ya me he dado cuenta... Me cambio de ropa y nos vamos.

Me ducho rápidamente, me pongo unas mallas azul marino, una sudadera con un gorrito y mis deportivas blancas. Me seco mi pelo castaño largo a toda prisa mientras escucho como Fabio repite mi nombre desde la cocina.

—¡Ya voy! —grito— prepárale a tu hermana preferida un cafetito.

Me echo un poco de rímel en las pestañas para resaltar mis ojos marrones, desodorante, un poco de colonia y salgo corriendo del baño. Al llegar a la cocina encuentro a Fabio sujetando en su mano una taza humeante de café.

—Eres el mejor —le doy un beso sonoro en la mejilla.

Me lo tomo rápidamente y, justo cuando vamos a salir por la puerta, escuchó mi móvil.

—¡No me lo puedo creer! —Fabio está harto de esperarme.

Intento identificar donde está el teléfono siguiendo el sonido. Levanto los cojines del sofá y no lo encuentro, pero suena por aquí, debe estar cerca... ¡Dios mío, van a colgar!

—¡Martina! —vuelve a gritar mi hermano poniéndome enferma.

—¡No lo encuentro! —respondo a plena voz malhumorada.

Me quedo quieta intentando identificar de dónde viene el sonido y, de pronto, una lucecita se enciende y se apaga debajo del sofá. Me pongo de rodillas a toda prisa, lo localizo, meto la mano y descuelgo. ¡Por los pelos!

—¿Sí? —tengo la respiración agitada.

—Hola, buenas tardes, pregunto por Martina Rossi —un hombre me habla muy serio al otro lado del teléfono.

—Sí, soy yo —contesto intentando que no se note que he estado corriendo por toda la casa buscando el móvil.

—Soy Emiliano Escudero, director de la sucursal bancaria —menciona el nombre del banco y no me lo puedo creer— recibí su curriculum —me deja petrificada— y me pongo en contacto con usted porque lo he revisado personalmente y estoy muy interesado en que podamos conocernos.

—Sería un placer —respondo sin saber muy bien por qué he dicho eso.

—¿Podría venir a mi oficina mañana a las cinco de la tarde? Le invito a un café y nos conocemos, ¿le parece?

—Claro que sí —intento medir mis palabras para no parecer muy desesperada.

El señor Escudero me da las señas, las apunto rápidamente en un papel, que encuentro en la mesa del salón, le agradezco su llamada y quedamos en vernos mañana. Cuelgo el teléfono y me dejo caer en el sofá. ¡No me lo puedo creer! No ha dicho en ningún momento que sea una entrevista de trabajo, pero ha mencionado la palabra curriculum. ¡Soy feliz!

—¡¡¡Fabiooooooooooooo!!! —grito como si no hubiera un mañana.

—¿Nos vamos? —pone cara de asombro al verme sentada en el sofá.

—Me han llamado de la entidad bancaria que te dije, para la que trabaja mi empresa de las tarjetas de crédito. Quieren verme mañana —le cuento

nerviosa. Me levanto del sofá y no paro de dar vueltas por el salón.

—¿Para una entrevista de trabajo? —me pregunta con una mezcla entre ilusión y sorpresa.

—Por lo que me ha dicho parece que sí...

—¡Entonces seguro que sí! ¡Es genial! —se alegra sinceramente.

—No, no, espérate, no nos vamos a hacer ilusiones todavía, por si acaso. Además, en caso de que sea para una entrevista no sabemos que sea yo la única persona, igual es un proceso de selección y han llamado a varios candidatos... —intento tranquilizarme.

—¡Te ha llamado el director! ¡No creo que sea un proceso de selección!
—Fabio está convencido.

—¡Dios mío! En serio, tenemos que tranquilizarnos. Fabio, ¡puede ser el trabajo de mi vida! ¿Te das cuenta? Es lo que he esperado tanto tiempo y, precisamente, me llaman del banco para el que trabaja mi empresa. ¡Dios mío! Tengo que poner los pies en el suelo, sino el golpe va a ser mucho más grande. ¡Madre mía! ¿Qué me pongo? Tengo que ir bien vestida y darle una buena impresión al señor Escudero —sigo dando vueltas sin parar por el salón.

—Sí, pero escúchame, tienes razón. Ahora tienes que relajarte, por si las moscas —me hace parar en seco cogiéndome por los hombros— vamos a hacer la compra, ¡venga!

—¿Me juras que me ayudas a decidir qué ropa ponerme? —me quedo quieta mirando seriamente a mi hermano.

—Sí... —pone los ojos en blanco porque sabe que soy muy pesada con ese tema.

—¡Tengo que llamar a mamá y a papá! —cojo el móvil y veo la cara de Fabio, que me va a matar de un momento a otro como tenga que seguir esperando, sonrío y dejo el móvil donde estaba— luego llamo y se lo cuento.

Capítulo 2

A veces los sueños se hacen realidad, en ocasiones es posible sentir la felicidad completa, tan solo basta con desear algo con mucha fuerza y llegar a conseguirlo. Eso es lo que me ha pasado a mí, siento que puedo ponerme a saltar por encima de las cabezas de la gente de la felicidad que siento ahora mismo. “El puesto es suyo”, repito una y mil veces en mi cabeza. ¡No me lo puedo creer! He escuchado las palabras que más deseaba oír de la boca de ese hombre. Salgo del edificio, miro al cielo y le doy las gracias a mi abuelo. Siempre me acuerdo de él en los momentos felices de mi vida y le pido ayuda cuando la necesito. Hoy me la ha brindado, él sabía lo importante que era esto para mí. Voy al coche respirando el aire que me da en la cara, estoy eufórica, busco las llaves en mi bolso y me siento delante del volante. Suspiro varias veces, cojo mi móvil. Escucho los tonos de espera, uno, dos tres, cuatro y, justo cuando estoy a punto de colgar, suena la voz de la mujer a la que más quiero en mi vida.

—Mamá, ¡me han cogido! —grito al teléfono emocionada.

—¡Cómo me alegro mi niña! ¡Lo sabía! ¡Eres la mejor! —se echa a llorar.

—¡Mamá! ¡No llores, es la mejor noticia de mi vida! —sonrío y me muerdo el labio.

—Ya lo sé Martina, es de emoción, de lo orgullosa que estoy de ti —sigue dejando caer las lágrimas— venid a cenar esta noche tu hermano y tú y lo celebramos.

—¡Vale mamá! ¡Cuéntaselo a papá! Luego os veo, os quiero —le digo tirándole un beso al teléfono.

He pasado la noche entera sin, prácticamente, poder dormir, dándole vueltas una y mil veces a las palabras que me dijo el señor Emiliano por teléfono. También pensé varias veces en la ropa que me iba a poner para la entrevista, en esta ocasión no podía fallar. Estuve probándome modelitos de mi armario llenando la cama hasta acumular una montaña considerable. Finalmente, y tras muchos cambios, decidí ponerme unos pantalones negros

pitillo, con una camisa verde de raso de manga larga y mi americana negra. Para acompañarlo, mi precioso bolso negro, regalo de mis padres, y unos zapatos, también negros, que me compré en las rebajas y no había tenido tiempo de estrenar. Me he alisado el pelo, me he maquillado ligeramente y he llegado con una hora de antelación. Sé que no ha sido buena idea salir tan pronto de casa, pero no podía aguantar más. El edificio está en el centro de Madrid, he dejado el coche en un parking y, dando un paseo, he llegado hasta la dirección que me había dicho el señor Escudero. Estaba muy nerviosa, me dolía el estómago, sabía que se me iban a hacer eternos esos minutos de espera, así que, he llamado a mi mejor amiga. Federica. Ella es de Siena, somos amigas desde que éramos pequeñas y, aunque ahora nos vemos poco por la distancia, siempre estamos la una pendiente de la otra. Sabía que la llamada me iba a costar carísima, pero tenía que hablar con ella y así poder tranquilizarme. He escuchado el tono del teléfono hasta en diez ocasiones, creo, y no he conseguido dar con ella. Al final, estuve dando un paseo hasta que, por fin, he entrado en el majestuoso edificio llena de esperanzas.

A mi llegada me ha recibido una señora de unos cincuenta años, con las gafas colgadas del cuello con una cadenita. Vestía un pantalón de pinzas negro y un jersey rosa. Ha sido muy amable, se llamaba Encarna y no sé por qué motivo, pero me ha transmitido muchísima tranquilidad. Le he preguntado por el señor Escudero y me ha dicho que esperara en un sofá blanco que había en la recepción. Puse mi móvil en silencio y en cinco minutos un señor, más bien un chico, con traje y corbata, mucho más joven de lo que yo esperaba, con el pelo castaño y los ojos azules, ha preguntado por mí.

—Sí, soy yo, encantada de saludarle —me he levantado y le estrechado mi mano.

—Un placer —me ha contestado él muy sonriente.

—Venga por aquí —me hizo un gesto para que lo siguiera hasta una sala de juntas con una mesa enorme en el centro. Las sillas eran de cuero y todo parecía muy elegante— siéntese dónde quiera.

—Gracias —estaba en un estado de nervios desorbitados.

—Me he puesto en contacto con usted porque recibí su currículum —me ha mostrado media sonrisa.

—Discúlpeme, sé que es un atrevimiento enviárselo directamente a usted,

pero he mandado cientos a las direcciones de recursos humanos y jamás me contestan —me he sincerado.

—Me llamó la atención que se atreviera —ha hecho el gesto de entrecomillar una palabra con sus dedos— quiero decir, que normalmente no lo hacen —se ha explicado— y me llamó la atención. Me gusta la gente directa.

—Gracias.

—Una vez que lo tenía en mi correo no podía hacer otra cosa que leerlo y le confieso que lo que ponía en el también me llamó la atención. Tiene usted muy buena formación, habla inglés, italiano y español, supongo, por su nombre, que es italiana, ¿verdad? —ha intentado destensar la conversación.

—No. Mi padre es italiano, pero yo nací aquí —he contestado muy educadamente— aunque, créame, que también me siento muy italiana —he querido parecer simpática.

—¡Ya imagino! Italia es un país precioso —por su cara me ha parecido que estaba recordando algo.

—La verdad es que sí —le he sonreído, ya estaba más tranquila— ¡qué le voy a decir yo!

—Claro que sí —ha añadido— volviendo al currículum. Su experiencia no es mucha, aunque sí tiene más que otras personas de su edad, pero lo que me ha llamado la atención es que está trabajando, actualmente, para la empresa Selltell. Supongo que, obviamente, sabe que somos su principal cliente.

—Lo sé. Me dedico a diario a vender su producto —he sido un poco atrevida.

—¿Cómo es posible que una persona con su formación, sus conocimientos sobre la banca y los idiomas que habla esté trabajando vendiendo tarjetas de crédito? —ha mostrado su sorpresa.

—Tan sencillo como que las personas con mi formación también necesitan comer —he respondido arrepintiéndome al segundo de ser tan atrevida— quiero decir, llevo mucho tiempo buscando un trabajo relacionado con mi formación, pero no lo he conseguido. De pronto, me llamaron de este sitio y me ofrecieron el puesto. Actualmente, no tengo nada mejor, digamos que, por

lo menos, está relacionado con la banca, ¿no? —he intentado bromear.

—Imagino que conoce perfectamente nuestro producto —me ha sonreído respondiendo a mi broma, intentando mantener una conversación formal.

—Sí —me he limitado a contestar, quedándome con ganas de añadir que podría relatarle las ventajas y desventajas de la tarjeta de crédito allí mismo, pero he pensado que no debía abusar de las bromas.

—Pues va a tener que aprenderse muchos más —ha hablado haciéndose el interesante, queriendo decir, pero sin decirme nada— en mi opinión, una persona que en vez de quedarse en su casa sentada sigue su vida por donde puede tiene mucho valor. Creo que a todo el mundo que lo merece le llega su oportunidad y aquí está la suya. Una persona acaba de jubilarse en esta misma sucursal y, como puede imaginar por mis palabras, el puesto es suyo —¡madre mía! ¡no podía creérmelo! ¿así? ¿tan fácil?— es un trabajo de mucha responsabilidad, al principio tendrá que apoyarse en sus compañeros y, por supuesto, en mí, pero estoy seguro de que si se lo toma tan en serio como me ha dado la impresión, será una gran elección por mi parte —ha sonreído— espero que no me defraude.

—No lo haré. Muchas gracias —me ha costado muchísimo mantener la tranquilidad y no ponerme a saltar como una loca de felicidad. No podía creer lo que acababa de escuchar. Así, ya, sin más. He conseguido el trabajo de mi vida. El corazón me latía a veinte mil por hora y me estaba costando muchísimo mantenerme quietecita en la silla. ¡Por no hablar de la necesidad de un abrazo!

—Necesitaría que se incorporara cuanto antes, ¿sería posible?

—Sí, esta misma tarde hablaré con mi jefe y se lo digo —mis ojos y mi sonrisa han mostrado todas las palabras que intentaba callar. He sido consciente y por eso me he arriesgado a decir— no sabe lo feliz que acaba de hacerme.

—Se lo merece. Estoy seguro de que mi decisión es la correcta. Le deseo mucha suerte en su nueva vida.

—Gracias —me ha costado aguantar las lágrimas.

Y así ha cambiado mi vida para siempre. Por fin, voy a poder decirle a

mis coordinadoras: Ahí os quedáis. No me puedo creer que esto me esté ocurriendo a mí. Verás cuando se lo diga... Y más, cuando sepan que voy a trabajar para el banco que ellas tanto se dignan a defender. ¡Me muero por ver sus caras! ¡Sobre todo la de una! Ahora los papeles van a cambiar. Recuerdo que el día que envié mi currículum a esta empresa pensé que ese sería el objetivo de mi vida y lo he conseguido. ¡No me lo puedo creer! Nunca he sido una persona rencorosa, pero merecía poder devolver una mínima parte de todo lo que me han hecho pasar.

A la mañana siguiente, me siento en el coche intentando calmar mi emoción. Miro el reloj, arranco y salgo a toda velocidad del parking. Como no me de prisa al final voy a llegar tarde. ¡Qué más da! ¡Qué me despidan! Conduzco por las calles de Madrid escuchando la música a todo volumen, canto las canciones de Tiziano Ferro casi a gritos hasta que el pitido de un coche me hace volver a la realidad. Como no me calme, voy a darme un golpe con tanta emoción. Decido conducir más tranquila y me obligo a bajar los pies a la tierra.

Llego a trabajar y mis compañeras me saludan como si fuera otro día cualquiera, sin embargo, para mí nada es igual, no dejo de pensar en la entrevista que he tenido con el señor Escudero. Entro a la sala donde están los ordenadores, dejo mi bolso y busco con la mirada a la coordinadora para hablar con ella. No puedo esperar más. La veo sentada detrás de su ordenador, noto como me mira y me dirijo a ella andando con firmeza por el pasillo.

—¿Qué te pasa? —me dice en cuanto me ve con ese aire de superioridad. A mí que alguien me explique si es normal que una coordinadora te hable así, sin un hola, buenas tardes, ni absolutamente nada.

—Hola, tengo que hablar contigo —sueno educada.

—Dime —pasa olímpicamente de mirarme a la cara. Debe estar muy ocupada...

—Me voy de la empresa —suelto feliz. Por fin ha llegado el momento que llevaba esperando tanto tiempo y quiero disfrutarlo. Tantas lágrimas y frustración ha merecido la pena por poder disfrutar de esto ahora... Aunque creo que si pudiera eliminar los últimos meses de mi vida lo haría.

—¿Cómo que te vas de la empresa? ¿Y a dónde vas a ir? Ahora no hay

trabajo en ningún sitio —levanta la cabeza del ordenador desafiándome con la mirada, como si Selltell fuera el único empleo que alguien puede tener en el mundo.

—Empiezo el lunes —no le doy más explicaciones.

—¿El lunes? —abre los ojos muchísimo.

—Sí —no le pido disculpas por no haber podido avisar. No se merece que un lo siento salga de mi boca.

—Tendrás una penalización económica por no haber avisado con quince días de antelación— me dice para molestarme.

—Lo sé, pero me da igual —respondo poniéndome a su altura. No es por ser altiva, pero si se cree que con la mierda de sueldo que me dan aquí, por un poco que me quiten me va a suponer mucho... Ni se imagina esta gilipollas el dinero que voy a ganar ahora.

—Muy bien Martina, ¿y se puede saber dónde vas a trabajar? —le doy gracias al mundo entero por esa pregunta. Sonriente le digo el nombre de la empresa y ella con todas sus narices me suelta— ya trabajas para esa empresa, aunque digamos que no directamente. ¿Es para vender otro tipo de producto?

—No, es para un puesto en una sucursal —veo como su boca se abre sorprendida— de hecho, igual tengo que reunirme en alguna ocasión con vosotras para daros las directrices a seguir —esto me lo estoy inventado, pero estoy disfrutando tanto...— y espero, que las sigáis al dedillo, especialmente tú.

—Así será —sabe que los papeles han cambiado.

—Pensaba venir hasta el viernes, pero no, de hecho, no voy a quedarme hoy tampoco. Realmente, como puedes imaginar, la penalización en mi sueldo no me va a suponer mucho —cojo un post-it que hay encima de la mesa y le apunto mi teléfono— llámame cuando tengáis los papeles listos.

—De acuerdo. Muchas gracias por todo —ahora me pelotea, su tono ha cambiado sustancialmente.

No le contesto. Me doy la vuelta y, como si acabara de conseguir el mayor logro de mi vida, salgo de este lugar. Por fin la he puesto en su sitio, no sé que se habrá creído esta chica que es para tratar así a la gente, pero eso tiene que

cambiar. A ver, si en otra ocasión, cuando decida hablarle a alguien como me ha hablado a mí, se para a pensar que en la vida nunca se sabe cuando la tortilla puede dar la vuelta.

Mis compañeras alucinan cuando ven que cojo el bolso para irme. Intentan preguntarme qué hago, pero están hablando por teléfono y no pueden. Me gustaría poder despedirme. De pronto, se cae el sistema y se cortan todas las llamadas. ¡Qué suerte he tenido! ¡Por dios, qué no se acabe nunca este día! ¿Con qué pie me habré levantado hoy? ¡Tengo que repetirlo todos los días! Mis compañeras se quitan los cascos y se acercan hacia mí. Creen que me han despedido y alucinan porque saben todas las ventas que saco algunos días. Cuando me dejan hablar les explico lo que ha ocurrido. Muchas de ellas conocían mi formación, de hecho, una me dijo un día que ese no era mi mundo y yo le contesté que igual sí lo era. Ahora está claro que ya no lo es. Me despido de ellas, me desean suerte y me dicen que me van a echar de menos. Seguramente, mañana ni se acordarán de mí. Una competencia menos. Salgo por la puerta feliz.

—¡Hasta nunca! —grito con entusiasmo dejando ese sitio encerrado en lo más profundo de mi pasado.

Capítulo 3

No puedo ser más feliz. Hace sólo dos días que dejé de trabajar vendiendo tarjetas de crédito y hoy ya voy a ocupar mi nuevo puesto en la sucursal. En cuanto salí de la otra oficina, llamé al señor Emiliano para decirle que estaba disponible para empezar cuando me dijera. Me propuso ir hoy, viernes, que son días más tranquilos, para tener todo listo para empezar el lunes al cien por cien. ¡Por fin voy a empezar en un trabajo que hace que me levante con ánimo cada mañana!

Me despierto mucho antes de que suene el aparatito que tengo encima de la mesilla de noche y que me hace volver tantas mañanas a la realidad. ¡Qué rabia cuando suena y nos corta un sueño de esos que nos encantaría que fuera real! ¡Hoy no he necesitado soñar! Puedo hacerlo despierta. Sé que a partir de ahora mi vida va a ser un sueño constante. Cuando has pasado por un sitio tan horrible como el que he estado, valoras más que nunca un trabajo que te complete, que te llene como persona y del que sabes, con total seguridad, qué quieres hacer el resto de tu vida.

Cojo mi móvil de la mesilla y miro un rato el Facebook, mientras alucino con algunas amistades o relaciones surgidas que jamás imaginaría. ¡Qué maravilla de red social! Yo siempre he sido bastante cotilla para este tipo de cosas, me gusta ver las fotos de la gente, leer los comentarios y descubrir historias de las que jamás te enterarías si no fuera gracias a Internet.

Salgo de casa un poco nerviosa, hace un día estupendo, brilla el sol y no hace mucho frío. Conduzco tranquilamente hasta llegar a la puerta de la sucursal y aparco. Parece ser que es mi día de suerte porque, por lo visto, es bastante complicado estacionar por la zona. Veo que hay luz en la sucursal y, aunque es demasiado pronto, decido entrar. No puedo esperar más tiempo para comenzar mi nueva vida. Cada paso que doy es uno menos hacía mi felicidad, me siento emocionada, ilusionada y el corazón me late a mil por hora. Tengo la sensación de que éste va a ser un lugar muy importante para mí el resto de mi vida.

El señor Escudero me recibe a mi entrada.

—Buenos días Martina, llegas pronto —mira el reloj.

—Lo sé, pero así me voy organizando —estoy entusiasmada.

—Alicia te explicará todo —señala a una señora que está en uno de los puestos— si me necesitas, ya sabes dónde está mi despacho. ¡Bienvenida!

—Gracias.

El señor Escudero se va y me deja pensativa. Es un hombre tan joven que me sorprende bastante su forma de comportarse, es como si tuviera treinta años más de los que aparenta. Además, hay algo que también me llama la atención; su timidez. Aunque intenta ponerse en el lugar del jefe y hablar con rotundidad, que lo hace, se nota que, en ocasiones, está nervioso. Me da buenas vibraciones.

Alicia me enseña cuál es mi despacho, me indica las contraseñas para acceder al ordenador, el material que puedo utilizar... Yo le agradezco su amabilidad y, mostrando su disponibilidad para lo que necesite, vuelve a su puesto. Me siento en ese increíble sillón de cuero, doy vueltas sobre él girando sintiéndome la mujer más afortunada sobre la faz de la tierra. Hasta que un ‘toc-toc’ me saca de mi ensoñamiento.

—Disculpa Martina —es Alicia— olvidé enseñarte la sala que tenemos para tomar café y comer.

—No te preocupes, luego si quieres vamos y así me la enseñas —le propongo para ir haciendo amistades.

—Estupendo. ¡Qué tengas buen día! —es muy amable.

Cuando se va, decido serenarme. Por poco me pilla dando vueltas sobre mí misma como una loca. Estiro mi camisa, me recoloco el pelo y comienzo a indagar por mi ordenador. Echo un vistazo a mi nueva cuenta de correo electrónico y veo que tengo un email en el que me convocan a una reunión a las doce. ¡No puedo ser más feliz! ¡Me encanta este trabajo! ¡Gracias a la vida por darme lo que más quería!

Cuando llego a casa escucho que hay alguien en el salón hablando con Fabio. Nuestra casa es pequeñita, nada más entrar hay una especie de entrada, a la derecha queda la cocina americana con el salón y en la parte de la izquierda están distribuidas las dos únicas habitaciones que hay en la casa, con sus respectivos dos baños. La tenemos decorada muy moderna y muy

colorida.

¿Quién será la persona que está con Fabio en el salón? Tiene voz de mujer, igual es una nueva conquista de mi hermano, aunque me resulta conocida. Bueno, me voy a dar una ducha, que estoy sudando, y luego me presento.

—¡Martina! —me busca Fabio por la casa.

—Hola Fabio, voy a darme una ducha, ahora voy —no quiero, ni por asomo, que la persona que está con mi hermano me vea con estas pintas.

—¡No! ¡Ven! —insiste.

—¡No! ¡Voy a ducharme! —niego con la cabeza haciendo gala de uno de mis rasgos.

—¡Ven! ¡No seas cabezota! ¡Qué tengo una sorpresa para ti! —mi hermano me acaba de dejar súper intrigada, así que, decido ir y ver de qué se trata.

—¡Ciao! —grita mi amiga Federica viniendo hacia mí con los brazos abiertos.

—¿Qué haces aquí? —me emociono muchísimo al verla. Nos abrazamos efusivas.

—Es una larga historia. Necesito toda la tarde y la noche de hoy para contártela —la noto un poco triste.

—¿Está todo bien? —me preocupo al ver su expresión.

—No todo exactamente, pero no te preocupes, no es nada grave. ¡Dúchate y hablamos! —señala el cerco de sudor que hay bajo mis axilas.

—¡Qué señorita! —me río dejando a Federica con Fabio en el salón.

Me meto rápido en la ducha, estoy deseando hablar con mi mejor amiga y que me cuente qué narices hace en España. ¡Menuda sorpresa me ha dado! Federica es muy guapa, es morena, con los ojos verdes muy grandes y la nariz aguileña. ¡Típica italiana! Mucha gente le dice que se parece a Laura Pausini y yo creo que tienen razón. Aunque mi amiga es muchísimo más guapa. Se dedica a la moda y actualmente vive en Roma por motivos de trabajo. Me seco el pelo, me pongo unos vaqueros pitillo y un jersey negro ancho. Vuelvo al salón y la encuentro sentada en el sofá esperándome con el móvil en la mano.

—¿Y Fabio, ya se ha ido? —no lo veo con ella.

—Sí, me ha dicho que había quedado con unos amigos.

—Mi hermano y sus amigos —suspiro— pero bueno, ¡cuéntame! ¿qué haces aquí? ¡Menuda sorpresa me has dado! —me siento junto a ella en el sofá.

—Lo he dejado con Alessandro —me suelta fríamente, se nota que no podía guardárselo mucho más.

—¿Qué?! —me quedo alucinada. Federica y Alessandro son novios desde el instituto.

—Como lo oyes.

—Pero, ¿es definitivo? —insisto sin poder creer que algo así haya ocurrido.

—Sí. Llevábamos un tiempo mal, yo ya le había dado un par de oportunidades, pero me he cansado de intentar que cambie. Yo no quiero alguien así en mi vida.

—¿Por qué no me habías contado nada?

—Te parecerá absurdo lo que te voy a decir porque eres mi mejor amiga desde que éramos pequeñas, pero me daba vergüenza contárselo a la gente. Siempre hemos sido una pareja de la que todo el mundo decía que se veía el amor que sentíamos el uno por el otro a leguas y me da rabia contar que se acabó —mira hacia el móvil que no deja de darle vueltas en las manos— se acabó. Para siempre. Pero necesitaba contártelo, hablarlo con alguien y por eso he aprovechado el fin de semana para venir a verte y poder estar contigo. Me voy mañana porque tengo que trabajar el lunes.

—Ven aquí —le doy un abrazo.

—Estoy bien Martina —me contesta ella al oído— solo necesitaba contarlo.

—Pues soy toda oídos —susurro con sinceridad.

—¡No podía soportarlo más! ¡Cómo es posible que puedas cogerle manía a la persona que más has querido en tu vida! Te juro que todavía no lo entiendo, pero fue lo que me pasó. Desde que nos fuimos a vivir juntos las cosas empezaron a ir mal, la convivencia era horrible. Él iba a trabajar y cuando llegaba a casa lo primero que hacía era sentarse en el sofá, coger el

mando de la tele y tirarse toda la tarde como un idiota mirándola, como si no hubiera más mundo. Me ayudaba con las cosas de la casa, pero lo hacía a modo de esfuerzo porque me conoce bien y sabe interpretar a la perfección mis caras. Me ayudaba a lo que fuera, cocinábamos o se ponía a fregar y, en cuanto terminaba, de nuevo al salón a ver la tele. ¡Es que no lo soportaba más! Muchos días lo miraba y pensaba que en realidad siempre ha sido así. Cuando vivíamos con nuestros padres y nos íbamos de vacaciones juntos era igual, yo me enfadaba y él me decía que estábamos de vacaciones, esa era su eterna justificación. Siempre he sabido que la gente no cambia —Federica sonrío porque es una frase que yo siempre le repito— pero me hacía ilusión irnos a vivir juntos, compartir el futuro. Nos queríamos mucho, tú lo sabes, pero no todo es quererse.

—Cómo lo siento amiga —me entristece, aunque intento contener las lágrimas porque la veo muy fuerte a ella y no quiero que se derrumbe.

—No lo sientas. Es una pena porque era una relación muy bonita, pero ya no quedaba nada de eso, ¿sabes? Llevaba un tiempo preocupada porque lo miraba y pensaba que no tenemos nada que ver. Yo soy una persona súper activa, con ganas de hacer cosas y comerme el mundo y él no, se conforma con su trabajo y no tiene interés por seguir aprendiendo cosas o creciendo en la vida. ¡Sin hablarte del tema de dormir! ¡A todas las horas! No podía más... hablé con él en un par de ocasiones diciéndole lo que me pasaba, que estaba afectando a nuestra relación y me prometió que iba a cambiar —hace una pausa, suspira y sigue hablando— yo quería que fuera así e intenté confiar en ello, pero en lo más profundo de mí, sabía que las cosas no iban a cambiar. Sabía que Alessandro era así y la relación se iba a ir a la mierda. Y así pasó.

—¿No ha intentado recuperarte?

—Sí, pero sabe que no va a servir para nada. ¡Es que no te puedes hacer una idea, Martina! ¡Hasta en las relaciones sexuales! Más de una vez lo buscaba y él me rechazaba porque estaba cansado o con sueño o ¡yo que sé! ¿Tú sabes lo indignante que es eso? ¡Me hacía sentir estúpida! Me costaba retener las lágrimas cuando eso ocurría, me quedaba triste todo el día y me intentaba auto convencer de que él es así. Pero me cansé de estar con alguien por el simple hecho de lo que había sido...

—Pues entonces has tomado la mejor decisión, aunque duela —sé lo mucho que lo quería.

Federica y yo pasamos la tarde del sábado entera sentadas en el sofá contándonos cosas. El final de su relación con Alessandro ocupa la mayor parte de la conversación, pero también le cuento todos los detalles sobre mi nuevo trabajo y, sobre todo, el final del otro maldito sitio donde estuve amargada.

Cuando miramos el reloj y vemos que son las ocho de la tarde, decidimos arreglarnos y salir a cenar y a tomar unas copas por Madrid. Me pongo un vestido negro y Federica uno verde. Nos arreglamos juntas en el baño, estamos muy felices y salimos del portal creyéndonos divas. Cenamos en uno de los sitios de moda de Madrid y después vamos a tomar unas copas a un pub que está cerca de la Castellana. Empezamos a pedir copas y entre eso, y el vino de la cena, estamos las dos un poco contentillas. Nos sentamos en la barra y brindamos cada dos por tres, cualquier motivo es bueno para hacerlo, pero el principal es que estamos juntas.

—Le echo de menos —me dice Federica, sin nombrar a la persona a la que sé que se refiere— le quería mucho. Fue el amor de mi vida y ahora siento como si me faltara una parte de ella. Duele, ¿sabes? Duele muchísimo, pero no podía más. Lo miraba y no podía verlo con los mismos ojos que antes. No tenía las ganas de darle besos como antes. Cuando dormíamos juntos no me salía abrazarle. Quería hacerlo y me obligaba a ello para estar bien, para salvar la relación, pero por mucho que lo hacía no me salía del alma como ocurría antes. Me molestaba todo lo que hacía y todo lo que decía, no sé como explicártelo —se agobia.

—No hace falta que te justifiques —cojo su mano.

—¿Te conté que nos íbamos a casar? —sus ojos comienzan a llenarse de lágrimas.

—Sí —no había querido preguntarle por el tema, aunque me había acordado de ello.

—No me lo pidió —dice dolida— un día lo hablamos. Le dije que yo quería que nos casáramos y él me dijo que también. Decidimos la fecha. ¡Éramos tan felices! Cada día que pensaba en esa boda me parecía que iba a ser preciosa y ahora sé que ya nunca sucederá. ¡Cómo duele! Pero no podía seguir adelante con esa relación, no podía, por mucho que insistiera en poner

todo de mi parte... Fui yo la que cambié. Eso de no eres tú soy yo parece muy típico, pero te juro que ocurrió así.

—Pero fue por un motivo que te dio él —intento que no se culpe por lo que pasó.

—En mi vida he querido a alguien como Alessandro — llora tristemente, la abrazo e intento calmar su dolor.

—¿No podría haber otra oportunidad? Quizá con un poco de tiempo... — sé cuál va a ser su respuesta.

—No. Ya nada va a ser igual, ya no somos aquellos chicos que nos enamoramos como locos. Ese amor se rompió —dice con todo el dolor de su corazón.

El domingo después de comer Federica y yo nos despedimos con un abrazo sincero en el aeropuerto. Le prometo visitarla pronto. Ahora me necesita junto a ella. La veo irse con su maleta y recuerdo el día que me contó que había conocido a Alessandro. Fue una de esas historias que parecen eternas, que su amor estará por encima de todo, pero que, finalmente, podría haber sido así si ese amor no se hubiera ido evaporando. Porque aunque digan que el amor está por encima de todo, las circunstancias de la vida hacen que pueda desaparecer. Es muy triste que una relación así haya terminado. Alessandro, a pesar de todos los errores que ha cometido, es un gran hombre y habría sido un compañero excelente para mi mejor amiga. Pero está claro que por mucho que lo intentaran ya nada volvería a ser igual. Las historias más bonitas también pueden tener finales tristes.

Llego a casa, ceno una ensalada y unos filetes de pollo y preparo la ropa de mañana. Tengo una sensación un tanto agrídulce, estoy contenta por mi nueva vida, pero estoy triste por Federica y por no poder vivir cerca de ella. Deseaba con ganas que llegara el día de mañana y ahora pienso en ayer y tengo nostalgia. ¡Está claro que nunca estamos conformes con lo que tenemos!

Capítulo 4

Miro mi reloj. Son casi las dos. En cinco minutos cerramos el banco y me voy a comer. ¡Estoy hambrienta! He tenido tanto trabajo hoy que no he parado ni a tomar un café, estoy tan ilusionada, que estoy queriendo abarcar más de lo que puedo. Voy a coger mi bolso y escucho gritos fuera. ¿Qué estará pasando? Salgo para ver qué ocurre y, de pronto, me sorprenden tres hombres con la cara cubierta con pasamontañas y pistolas apuntando mis dos compañeras, que están a diario en caja. El resto se han ido ya.

El suelo está lleno de papeles, algún ordenador tiene la pantalla rota y los cables están desconectados. Parece como si hubiera pasado un huracán... las dos plantas que decoran la entrada también están tiradas y la tierra está esparcida por todas partes.

El corazón comienza a latirme a toda velocidad y noto como mis piernas y mis manos tiemblan. No sé qué hacer, pienso cerrar la puerta y esconderme debajo del escritorio pero estoy completamente parada, no consigo reaccionar. ¡Qué me está pasando! El miedo me inunda y siento como empiezo a tener dificultad para respirar. Me duele mucho el pecho y, a pesar de mi esfuerzo por hincharlo y deshincharlo, mis pulmones no consiguen llenarse de aire.

—Tú —me grita uno de los hombres viniendo hacía mí. Estoy muerta de miedo y no consigo reaccionar— ¿qué coño haces ahí parada? —me coge del brazo con fuerza y me lleva junto al resto de mis compañeras al centro de la sucursal. Me tira al suelo y ni siento el golpe— ni una sola palabra, ¿entendido?

Asiento ante su forma tan agresiva de tratarme, no quiero que se enfade y la tome conmigo. Mis otras dos compañeras están en la misma situación, con la mirada gacha dejando que se escuchen sus lamentos y sin que su cuerpo pueda parar de temblar. Otro de los atracadores se acerca a mí, me coge las manos y me ata las muñecas por detrás de la espalda. Noto como la cuerda me aprieta fuerte y me hace daño, pero no me muevo. Coge un pañuelo, me lo pone en la boca y lo sujeta con cinta aislante. Siento que me ahogo. Si ya me costaba respirar, lo de ahora es una sensación de agobio tan horrible que noto

como se me nubla la vista. Cierro los ojos y respiro profundamente para intentar tranquilizarme. Vuelvo a abrirlos y lo miro con odio. Escucho los gritos de esos hombres que se tiran unas mochilas negras.

—Date prisa, que va a venir la pasma —le grita uno a otro.

—¡Qué ya lo sé coño! —se nota que está nervioso— ¡y haz que esa puta se calle la boca de una vez, me está poniendo de mala hostia! —se refiere a mí, que, por fin he conseguido reaccionar, y no dejo mover mis manos para intentar zafarme de las cuerdas.

Empiezo a sudar, la ansiedad de no poder respirar bien por la boca se está adueñando de mí, me duele el estómago y noto como mis piernas se tensan y tiemblan. Estoy muerta de miedo, pienso en mi familia e intento estar quieta para no desatar la rabia de esos hombres, tengo que pensar fríamente e intentar tranquilizarme. ¡Pero no puedo! ¡Estoy aterrada! Esos hombres con esos pasamontañas me producen una sensación de pánico extremo. Como puedo, vuelvo a intentar quitarme las cuerdas. De pronto, veo como uno de los hombres viene hacia mí apuntándome con la pistola, se para en seco y, sin temblarle el pulso, apoya el cañón en mi sien. Noto el frío de la pistola y un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Siento que cualquier mínimo movimiento puede acabar con mi vida. Me quedo completamente estática, aunque sigo sintiendo como los temblores siguen adueñados de mí.

—O estás quieta o te juro que te mato —me amenaza sin ser consciente de que, desde que he notado el frío de la pistola, casi ni he pestañado.

Jamás había experimentado una sensación igual, sentirme presa de alguien que me apunta directamente con un arma sabiendo que, en cualquier momento, puede apretar el gatillo. Es increíble como alguien puede tener en su mano la vida de una persona. Pido por favor que no lo haga, intento suplicarle con la mirada mientras noto como mi cuerpo tiembla de pánico, a pesar de que lo único que desprenden mis ojos es un profundo odio. Lo miro, veo sus ojos clavados en mí y, de pronto, algo cambia. No puedo entenderlo. Su mirada me intenta transmitir tranquilidad, o eso es lo que percibo. No sé por qué extraña razón produce esa sensación en mí. Su mirada me traspasa, analizo cada una de las motitas de diferentes colores que inundan sus ojos y siento que se me hiela el alma. No dice nada, yo tampoco. Los dos nos hemos quedado paralizados sin dejar de mirarnos un solo segundo, sintiendo que el mundo se ha parado a nuestro alrededor. Me olvido del atraco, del pasamontañas, que

cubre su rostro y los de los otros hombres armados, me evado de la realidad y tengo la mente completamente en blanco. No puedo pensar en nada porque me he perdido en esa mirada que quiere decirme tanto. Me sorprende sentir que ya no tengo miedo y mi cuerpo ha conseguido dejar de temblar. Él también lo nota y percibo, debajo de esa tela negra, una tímida mueca, que juraría, ha sido un atisbo de sonrisa.

—¡Mátala de una puta vez! —grita uno de los hombres. En ese momento sé que ese es el final de mi vida, una lágrima cae por mi mejilla, tengo miedo a la muerte. Pero él no puede hacerlo. De pronto, quita la pistola de mi cabeza y me mira una última vez. Siento como mi corazón bombea con más fuerza y, en cierto modo, le pide que no se vaya.

—¡Daos prisa! —contesta él huyendo con los otros dos ladrones del banco.

Veo a través del cristal que se montan en un Citroën Saxo azul oscuro y arrancan saliendo a toda velocidad rumbo a quién sabe dónde. Estoy extasiada por lo que acaba de ocurrir, he estado a punto de morir y ese hombre me ha perdonado la vida. Respiro profundamente intentando tranquilizarme, me levanto como puedo y voy hacia mi despacho para buscar unas tijeras. Me cuesta cogerlas con las manos atadas, pero finalmente lo consigo y voy con ellas hacia mis compañeras para intentar romper sus cuerdas. Lo hago, ellas cortan las mías y nos quitamos los pañuelos que nos amordazan. Cojo el teléfono y llamo a la policía mientras mis piernas flaquean por el temor que acabo de experimentar. Bebo un vaso de agua e intento tranquilizarme, no puedo dejar de pensar en lo que ha ocurrido, en que he estado a punto de morir, pero, sobre todo, no puedo sacar de mi cabeza esos ojos. Mis compañeras tienen un ataque de ansiedad, no sé cómo calmarlas, hasta que decido llamar también al teléfono de Emergencias porque están empezando a preocuparme. A los quince minutos de llamar a la policía, aparecen dos coches con las alarmas. ¡A buenas horas! Entran varios agentes y dos hombres que no llevan el uniforme, se dirigen a mí. También llega una ambulancia.

—Buenas tardes señorita —saluda el más joven.

—Disculpe —hago caso omiso y voy hacia los sanitarios para pedirles que atiendan a mis compañeras. En cuanto lo hago, vuelvo a donde estaban los policías y veo que me miran con gesto contrariado— perdonen, lo prioritario es que estas dos pobres mujeres se tranquilicen. ¡Les iba a dar algo!

—No se preocupe —el policía joven intentan quitar tensión— ¿podría venir con nosotros a comisaría?

—Sí, claro que sí. Esperen un segundo que cojo mi bolso —los ladrones ni se han percatado de eso, ¡ya ves tú! Con lo que se han llevado, para ellos lo que hay en un bolso es calderilla.

Antes de ir a comisaria, el policía mayor me pide que le relate como ha ocurrido todo situándolo en el lugar de los hechos. Yo me dedico a escenificar cada uno de los minutos previos e intento darle todo lujo de detalles sin que se me olvide nada. A pesar de la presencia de los policías, sigo estando muy nerviosa e intranquila. Los gritos de esos hombres retumban en mi cabeza produciéndome un fuerte dolor en la boca del estómago. Además, el comportamiento del policía mayor no ayuda absolutamente nada. ¡Es un completo gilipollas que me está hablando como si hubiera sido yo quien ha cometido el robo! Me quedo callada recordando.

—¿Señorita? —el policía joven me saca de mis pensamientos.

—Creo que será mejor que sigamos en otro momento, no me parece que esté usted en condiciones —el policía mayor me hace sentir inútil.

—¡Discúlpeme! —estoy muerta de vergüenza. Siempre me ha gustado hacerme la dura. ¡Cómo si yo fuera de piedra! Veo que el policía me mira y se va dejándome, prácticamente, con la palabra en la boca.

—Venga conmigo —el policía joven me coge del brazo con delicadeza y entra junto a mí al despacho. Al cruzar la puerta noto como me toca ligeramente la cintura— disculpe a mi compañero, es de la vieja escuela — intenta excusarse. Mi nombre es Aitor Arzuaga.

—Siento el estado de nervios en el que me encuentro, sé que ahora mismo no soy de mucha ayuda, pero créame que estoy poniendo todo lo que puedo para poder explicarles lo que ha ocurrido. Pero, imagino que es normal que esté nerviosa —digo en un tono un tanto de reproche.

—Por supuesto que sí, demasiado bien está usted para lo que acaba de vivir —me sonrío.

Es guapísimo. Con el estado de nervios que tengo no me había fijado hasta el momento en el físico del hombre que tengo frente a mí. Es moreno, de estatura media y tiene unos ojos azules que hacen que, de pronto, como si por

arte de magia se tratara, quede totalmente prendada de ellos. Tiene complexión fuerte y sonrío de una manera muy atractiva. Además, su forma de tratarme es bastante más tranquilizadora que la del otro señor. Ahora que lo tengo en frente no sé si estoy más nerviosa por el robo o por su presencia. ¡Dios mío! ¡Qué guapo es! Como puedo, termino de contarle todo lo que ha ocurrido en el banco. Él me pregunta si ha entrado alguna persona sospechosa a lo largo de la mañana en la sucursal y, en realidad, yo no lo sé porque estoy metida en el despacho y eso no lo controlo. Le informo donde están las cámaras de seguridad para que puedan chequearlas, aunque le adelanto que los hombres iban con pasamontañas.

—Por lo que me ha contado, creo saber de quién se trata —dice muy educado haciéndose el interesante cuando termino de relatarle la historia.

—¿En serio? —me sorprendo.

—Ya se han producido varios robos exactamente iguales que este en el último año. Son tres y siempre siguen el mismo modus operandi. ¡Es indignante que se nos sigan escapando! —se levanta enfadado de la silla y a mí me parece el hombre más atractivo sobre la faz de la tierra. Hace fuerza con los brazos y se le marcan las venas y los músculos a la perfección.

—Ya... —estoy ensimismada.

—Con lo que nos ha contado es suficiente, no hace falta que venga a comisaría —agradezco que me ahorre el trago— le dejo mi tarjeta, para que si recuerda cualquier cosa me llame, aunque le parezca lo más insignificante. ¿De acuerdo señora? —hace una pausa— o señorita —me sonrío al pronunciar las últimas palabras— ¿Rossi? —tiene los dientes blanquísimos y perfectamente alineados, es una de esas sonrisas que dejan sin aliento.

—Puede llamarme Martina —omito su comentario sobre mi estado civil.

—¡De acuerdo! —sabe que no he querido responder a su pregunta. Deja la tarjeta encima de la mesa de mi oficina y se va por la puerta con aire de suficiencia.

Me dejo caer en la silla y cambio de estado de inmediato al recordar lo que acabo de vivir. No sé ni cómo explicar el estado en el que me siento. En realidad, no sé ni siquiera cómo estoy. Jamás en mi vida me había visto en una situación igual. He pasado mucho miedo, muchísimo. Pensaba que iban a matarme, que no iba a seguir viviendo. ¡Qué sensación tan horrible! De pronto,

siento temblores de nuevo, me da pánico que vuelvan. Sé que es absurdo y que jamás regresarían al lugar donde han cometido un robo y más siendo un banco. Sin embargo, no pienso con coherencia y lo único que quiero es irme de este lugar. Me levanto de la silla y salgo corriendo a la calle, necesito que me dé el aire. Camino mirando a todas partes. No sé si voy a poder seguir viviendo tranquila después de lo que me ha ocurrido. Veo mi coche aparcado en la acera, subo y respiro al cerrar las puertas. Me muerdo el labio, llevo mis manos a la cabeza e intento tranquilizarme. La verdad es que soy una persona muy paranoica y ¡esto era lo que me faltaba!

Después de conducir como una loca por las calles de Madrid llego a casa de mis padres. No hay un refugio mejor que cobijarme bajo sus brazos.

—¡Martina! ¡Menos mal que estás bien! —mi madre no deja de llorar y me abraza con fuerza cuando entro por la puerta.

—Supongo que ya te has enterado del atraco en el banco —aprieto los labios intentando contener las lágrimas— no te preocupes, estoy bien.

—Lo acabo de escuchar en las noticias.

—Mi niña... —mi padre llega a mi encuentro y, con tono cariñoso, abre sus brazos para apretujarme.

—Hola papá —no puedo aguantar más y me echo a llorar.

Mis padres son lo mejor que tengo en el mundo. Saben qué es exactamente lo que necesito en cada momento. No me han hecho ni una sola pregunta de lo que ha ocurrido. Voy a la que ha sido mi habitación toda la vida, cojo ropa limpia, siempre tengo algo allí. Me meto en el baño y me doy una ducha de agua caliente. Lloro desconsoladamente recordando el miedo que he pasado.

Me pongo el pijama, me seco el pelo y, cuando salgo del baño, voy a la cocina. Mi madre me ha preparado un vaso de leche calentito. Me siento y les cuento lo que ha pasado. Necesito desahogarme y parece que, al decírselo, poco a poco, me voy sintiendo más tranquila. Aunque no deja de preocuparme que puedan volver y que ocurra algo malo. Mis padres intentan hacerme entrar en razón e insisten en que jamás van a regresar al mismo sitio. Además, me dicen que no soy tan importante para ellos como para venir a hacerme nada.

Ceno con ellos, intentamos hablar de otra cosa pero sé perfectamente que

todos tenemos en la cabeza lo mismo. Me ha llamado mi jefe y me ha dicho que no vaya a trabajar mañana, si necesito unos días, no hay problema. Sin embargo, creo que si no voy al banco va a ser mucho peor porque le voy a coger más miedo y cuando tenga que regresar me va a costar mucho más. Agradezco su ofrecimiento, pero lo declino con contundencia. ¡Con lo que me ha costado conseguir este trabajo, no pienso permitir que unos delincuentes me quiten la ilusión de mi vida!

Después de cenar, vemos los tres un ratito la tele. Adoro esos momentos con mis padres en el salón. Cuando me fui a vivir con Fabio era una de las cosas que más echaba de menos, bueno, creo que lo sigo echando de menos todos los días.

—Me contó Fabio que estuvo este fin de semana Federica —comenta mi madre.

—¡Sí! Se me olvidó decírtelo —estoy un poco triste por haber estado con ella tan pocas horas.

—Pero estuvo poco tiempo —comenta mi padre.

—Porque hoy trabajaba —no quiero contarles el secreto de mi amiga.

—¿Y ha venido a España sólo para pasar unas horas? —mi madre, como todas las madres, tiene un sexto sentido y sabe que hay algo más.

—Tenía muchas ganas de verme. ¡Somos amigas desde pequeñas! —les hago ver que no les voy a contar nada.

—¿Y Alessandro no vino? —pregunta mi padre.

—¡No! Era fin de semana de chicas —sonrío.

No insisten más, saben que respeto mucho la vida de mi amiga y si ella me ha pedido que no cuente nada, no voy a hacerlo. Me doy cuenta que con el día que he pasado he olvidado escribirle a Federica para saber cómo está. Cojo el ordenador de mi padre, lo pongo encima de mis piernas y entro en el correo electrónico para enviarle un mensaje.

Amica! ¿Cómo estás? Llevo desde por la mañana pensando en escribirte, pero ha sido un día de locos. ¡Ya te contaré! ¿Qué tal la vuelta a Italia? ¿Estás bien? Espero que sí. Te echo mucho, mucho,

mucho de menos. La próxima vez tienes que venir más días. ¿Tenemos noticias de Alessandro? Te quiero amiga. Un beso. Martina.

Envío el mensaje, apago el ordenador y me quedo un ratito más con mis padres viendo la televisión. He conseguido calmarme un poco. Fabio llama por teléfono. También se ha enterado de lo que ha ocurrido por las noticias. Mi padre lo tranquiliza y le cuenta que estoy bien. Yo le escucho y sonrío al ver cómo le quita hierro al asunto para que mi hermano no se preocupe por mí.

Miro el reloj. Son las once y media. Les doy las buenas noches a mis padres y me voy a dormir. Llego a la habitación y pienso en lo que me gusta esta cama. En muchas ocasiones cuando estoy triste pienso en meterme aquí y es como una balsa tranquilizante. Es curioso como, por muy mayores que nos hagamos y tengamos nuestra vida, siempre necesitamos volver a nuestro nido cuando nos sentimos desprotegidos. Me tapo hasta arriba y pienso en el policía. Estoy segura de que ha intentado coquetear conmigo. Sonrío. ¡Era muy guapo! Me obligo a pensar en él para no recordar lo que ha ocurrido y poder quedarme dormida.

Noto como me mira fijamente con esos ojos que me tocan el alma. No puedo ver nada más. No hay pistolas, ni estamos en la sucursal, tampoco estoy atada, no hay gritos y no tiemblo. Estamos en un banco sentados, mirando el atardecer. El cielo desprende unos preciosos rayos de sol naranjas, parece como si se tratara de la mejor obra de arte jamás pintada. Estoy tranquila, no tengo miedo y mi corazón desprende calma. Me vuelve a mirar y vuelvo a ver esos ojos, es lo único, no hay más rasgos, ni puedo ver su color de pelo, sus labios, su nariz... ¡Nada! Solo percibo, por su complexión, que se trata de un hombre fuerte con la mirada más intensa y expresiva sobre la faz de la tierra.

De pronto, me despierto sobresaltada. Noto como mi pecho se hincha y deshinchas con rapidez. Niego con la cabeza. Ha sido una pesadilla. Me incorporo de la cama recordando esa mirada. Era él. El atracador. ¿Qué narices hago con ese hombre? Estoy sudando, tengo el pelo mojado y siento como mi corazón late desbocado. Doy la luz e intento pensar con claridad. Recuerdo las imágenes que acaban de pasar por mi mente. Una y otra vez esos malditos ojos. De ese imbécil que me ha puesto la pistola en la cabeza, pienso

con rabia. Pero, que no ha podido hacerme daño, recuerdo con una cierta sensación de agradecimiento. Hay algo que no logro comprender. Mi cuerpo experimenta sensaciones que no entiendo. ¿Por qué no lo ha hecho? ¿Por qué intentaba tranquilizarme con su mirada? ¿Quién será ese hombre? ¿Sabía que iba a tener pesadillas por lo que ha pasado! Aunque, en realidad, no ha sido una pesadilla, era mucho más parecido a un sueño.

Capítulo 5

Pi, pi, pi, pi... ¡Dios mío! ¿Qué ocurre? Me levanto agitada al escuchar el ruido que hace el despertador. Lo miro con cara de pocos amigos y lo apago con mala leche. ¡Menudo susto me ha dado! Noto los latidos de mi corazón tan agitados como si acabara de correr una maratón. Recuerdo el día de locos que pasé el lunes con el atraco y esos malditos sueños que no me han dejado dormir tranquila.

La verdad es que, a pesar de todo lo que ha ocurrido, pienso en lo afortunada que he sido al poder seguir levantándome cada día y escuchar ese maldito despertador. Vivimos tan deprisa que no valoramos la vida, los gestos simples y sencillos que significan algo tan grande como despertar cada mañana. Aunque, ahora, ese sonido me lleva a otro sitio distinto, ¡ya se acabó el horrible trabajo ese de mierda! Me incorporo de la cama y voy al baño. Me miro al espejo y veo que tengo el pelo hecho un asco de tanto sudor. Me quito el pijama y me meto a la ducha, siento caer el agua calentita por mi cabeza y me voy despertando poco a poco. No pienso en nada, he decidido dejar de torturarme con lo que ha ocurrido. En realidad, soy una persona singular, ¡me pasan unas cosas! Salgo de la ducha, me arropo con la toalla y me peino con tranquilidad. Huelo el aroma de la mascarilla que tiene mi madre, desprende un perfume que me encanta. Pienso en el policía. Aitor. Así me había dicho que se llamaba. Aitor Arzuaga. Debe ser vasco. ¡Madre mía que hombre más sexy! Estoy segura de que quiso ligar conmigo.

En mi vida he tenido pocas relaciones. Prácticamente podría decir que no he tenido ninguna. He salido con chicos, ¡por supuesto! Pero no me he enamorado nunca, jamás he conseguido sentir esa sensación que dicen de querer estar con alguien a todas horas, mirarlo a los ojos y saber que es la persona que te completa, que con una sonrisa te haga feliz porque él sea el motivo de cada una de tus carcajadas. La verdad es que debe ser un sentimiento precioso, pero yo, por el momento, jamás lo he experimentado. Por eso, nunca he llegado a tener una relación duradera.

Recuerdo que tuve un novio cuando estaba en la universidad. Se llamaba

David. Era moreno, de estatura media y con ojos negros. Tenía los labios bastante gorditos. Fue a la primera persona que conocí cuando empecé la carrera, aquel día en el que estaba súper nerviosa por tener que enfrentarme a esa nueva vida. Tenía muchas ganas de empezarla, pero no sabía si iba a disfrutar de esos maravillosos años universitarios que decían. Había escuchado que se conocía muchísima gente y, en realidad, tenía un poco ese miedo a no hacer amigos y quedarme sola. Supongo que nos pasaba a todos igual. O por lo menos, a David sí. Cuando llegué al campus busqué la clase que había visto por Internet que sería la mía. Vi que había bastante gente en la puerta y, después de cinco minutos allí sola mirando, abrieron el aula. Todos entramos y nos fuimos sentando. Al poco rato, un chico se sentó a mi lado y me preguntó si esa era la clase de aquella asignatura, que ahora, con el paso del tiempo, ya no recuerdo ni cual era.

—Me llamo David —me había dicho.

En el descanso salimos juntos hacia la cafetería. Él se reía mucho con mis ocurrencias. Yo, por aquel entonces, fumaba. Cosa que he dejado de hacer porque me parece uno de los peores vicios del mundo. ¡Bueno, menos los cigarrillos esporádicos que me fumo algún día para acompañar a Fabio mientras charlamos! Pero esos, no cuentan. La cuestión es que yo había estado en Italia con mis padres pasando el verano y no tenía fuego. Decidí pedirselo a una chica con la que nos cruzamos, que iba fumando, y ni corta ni perezosa le pregunté si tenía un accendino. O lo que es lo mismo, fuego en italiano. La chica se quedó mirándome alucinando sin entender lo que le dije. Me di cuenta según terminé de pronunciar la palabra y rápidamente la corregí.

—Ya imaginaba que lo del nombre no era solo por amor a Italia —comentó David en cuanto encendí el cigarro.

—Mi padre es italiano —expliqué— llevo todo el verano allí y cuando vuelvo, a veces, me sale el italiano sin querer.

—Italia es un país precioso —sonrió.

Con el paso del tiempo, fuimos haciendo muy buenas migas, pasábamos muchas horas juntos y había muy buen ambiente entre los dos. El tema es que, a mí, la ilusión me duró bastante poco tiempo, recuerdo que me gustaba mucho estar con él, pero quizá más como un amigo que como un novio. Estuvimos juntos tres meses, pero después empecé a agobiarme, me cansaba de su

compañía y aquellos labios gorditos, que al principio me parecían tan graciosos, comenzaron a dejar de gustarme. Me costó un poco decirle que aquella historia se acababa porque era muy buena persona, pero al final lo hice. Quise mantener la amistad, pero fue bastante difícil porque, a pesar de vernos durante cinco años, fuimos distanciándonos poco a poco. Alguna vez que salimos juntos de fiesta recaí. Él estaba todavía enamorado de mí, o eso decía, a mí se me había subido el alcohol a la cabeza y me había dejado llevar. A la mañana siguiente me juraba no volver a hacerlo, pero volvía a caer alguna que otra vez en el mismo error. La verdad es que fui una cabecita loca. Nunca hice barbaridades de ningún tipo, pero me he dedicado a vivir la vida disfrutándola a cada segundo, sin importarme el qué dirán.

Me río al recordar aquellos años. Aquel chico era muy buena persona, pero no me hacía sentir esas mariposillas en el estómago de las que tanto hablan los enamorados. Nunca me ha preocupado no tener novio. Tengo amigas que parece que se les acaba el mundo si no encuentran a alguien rápido. Salen con un chico, acaba mal y empiezan con otro, con el que también acaban cortando, y así sucesivamente. ¡Todo por no estar solas! A mí eso me da igual. Supongo que, aunque suene a tópico, el amor no se busca. Aparece por casualidad. Además, el tiempo y las experiencias vividas me han hecho aprender que las mariposas no se pueden incubar. Solo vuelan si ellas quieren, sino, las alas estarán cortadas eternamente.

Me levanto y salgo a toda prisa hacia mi casa, ayer no pasé ni a coger ropa. Al llegar, me ducho y me visto con un vaquero negro, una camisa negra con corazones, la americana negra y unos preciosos zapatos a juego con el color rosáceo de los corazones de la camiseta. Me seco el pelo para que se quede en su sitio, tomo un café rápido y cojo el bolso para irme a trabajar. Antes de salir por la puerta escucho.

—¡Martina! —Fabio me grita desde la habitación.

Cierro la puerta, que acabo de abrir, y voy a ver qué quiere. Entro y lo encuentro desprezándose, todavía metido en la cama.

—Estoy bien, fratello, non ti preoccupare —le pido que no se preocupe y le doy un beso en la mejilla— me voy a trabajar.

—Vale. ¿Me prometes que está todo bien? —insiste con ese tono protector

tan característico suyo.

—Sabes que, a ti, jamás podría mentirte —miro el reloj y salgo a toda velocidad de su habitación y, por ende, de casa— ¡ciao! —grito dando un portazo.

Cuando llego a trabajar me encuentro a mis dos compañeras hablando del robo. Intento dejar ese tema a un lado, les doy los buenos días, les contesto a su pregunta de si estoy bien y entro en mi oficina. ¡Paso del santo robo! Me concentro en el trabajo, que adoro, y paso las horas entre papeles. Tengo muchos documentos que comprobar, pero, a pesar de intentarlo con todas mis ganas, cada dos por tres aparece la mirada de aquel hombre en mi memoria. Me dejo caer en el respaldo de la silla y me llevo las manos a la cabeza. No quiero pensar, no quiero, pero no puedo evitarlo. ¡Maldito idiota! ¡Tiene que pagar por lo que me ha hecho! ¡No puede venir aquí, ponerme una pistola en la cabeza e irse como si nada! Suspiro y miro, de nuevo, el ordenador intentando con todas mis fuerzas concentrarme en el trabajo. De pronto, veo la tarjeta del policía encima de la mesa. Sin dudarlo, la cojo, leo el nombre, alcanzo el teléfono y marco el número.

—¿Sí? —escucho la voz del hombre tan atractivo que estuvo ayer en mi despacho.

—Buenos días. Soy la señorita —recalco las últimas palabras— Martina Rossi.

—¡Qué sorpresa! ¡Señorita! —hace lo mismo pronunciando esa última palabra con énfasis.

—¿Podríamos vernos? —directa al grano.

—¿Ha recordado algo del robo? —noto su voz demasiado formal.

—Sí —miento.

—Si le parece, me paso a última hora de la mañana por su despacho —sigue con ese tono de voz tan educado.

—Preferiría no vernos en el banco. No se imagina lo alarmada que está la gente con el tema. Si lo vuelven a ver por aquí... —no sé muy bien por qué estoy haciendo esto.

—Está bien —contesta él un tanto sorprendido.

—Si le parece bien, podemos vernos en un bar para tomar un café — propongo.

—De acuerdo, dígame dónde le viene bien y nos vemos ahí a las cinco. ¿Le parece bien? —¡vaya conversación de señoritingo serio!

—Sí, claro —una sonrisa se dibuja en mi rostro mientras le dicto la dirección. ¡Me he salido con la mía!

Cuelgo el teléfono y vuelvo a dejarme caer sobre el respaldo. No sé muy bien para qué he llamado a Aitor. Realmente no tengo nada nuevo que contarle. Ayer le dije todo lo que ocurrió en el banco. No sé si lo que quiero es verlo a él o saber más sobre ese hombre. Estoy un tanto confundida. Voy a hacer que ese maldito pague por lo que ha hecho. Me niego a no poder dormir bien el resto de mi vida por su puñetera culpa. Sacudo la cabeza intentando sacar esos pensamientos de mi mente y trato de concentrarme en el trabajo. Si le he dicho a mi jefe que puedo venir, a pesar de lo del robo, tengo que hacerlo. Solo faltaba que con lo que me ha costado llegar aquí, ahora vayan a echarme por esos ladrones. ¡Ya ves tú que valentía tiene coger a tres mujeres y atarlas! ¡Qué asco de gente!

Paso el resto de la mañana pensando en mi cita. ¿O no es una cita? ¿Me gustaría que lo fuera? Creo que sí. No, en realidad no lo es. Si lo fuera sería por la noche. Parece un poco absurdo pensar esto, pero cuando tienes un encuentro romántico sueles quedar para tomar algo por la noche. Tengo amigas que dicen que para ser toda una señal de intenciones tiene que ser un plan en el cine. Yo no lo tengo muy claro, de hecho, detesto el cine, como lugar físico. Adoro las películas, el arte de los actores y la manera que tienen de hacer que nos emocionemos con sus diálogos y escenas, pero a mí me gusta ver las películas en casa, aunque no haya una súper pantalla. ¡Por no hablar del precio! ¡Y del coste de las palomitas como si estuvieran fabricadas a base de oro! Me gusta sentarme en el sofá y disfrutar de cada historia nueva. Volviendo al tema de mi cita/no-cita con Aitor. Tengo que ser lógica y, pensando con coherencia, esto se trata de una, digamos, quedada, para explicarle el bendito tema del robo. Así que, ya me puedo ir olvidando de amoríos. Lo de hoy no tiene nada que ver con eso.

Miro el reloj, son ya las dos menos cinco. La hora a la que ayer pasó todo.

Siento como un dolor me encoge el estómago. Suena mi móvil, suspiro y dejo de recordar. Mi madre me escribe para saber cómo estoy. Están muy preocupados por mí. Me doy cuenta de que he pasado toda la mañana pensando en el encuentro con Aitor. Voy al baño, me miro al espejo y decido pasar por casa para retocarme. Apago el ordenador, recojo los papeles, que tengo esparcidos por la mesa, cojo mi bolso y salgo de la oficina. Me siento en el coche y, antes de arrancar, le escribo a mi madre.

Cuando llego a casa escucho el sonido del teléfono. Como loca, lo busco en el bolso, ¡es increíble las cosas que podemos tener aquí dentro! Lo cojo y veo que es Federica. Mi amiga me pide que me conecte a Skype para hablar un rato. ¡Al final no me da tiempo a todo! Pero no puedo evitar darle un toque al móvil para decirle que me conecto en ese momento. Ella me contesta. Es la señal para saber que las dos podemos hablar. Así lo hacemos siempre. Mientras tanto, aprovecho para desvestirme escuchando “Living on a prayer”, de Bon Jovi. Adoro esta canción. Salto por mi casa como loca mientras canto a gritos, me subo al sofá y meneo mi cabeza de arriba para abajo moviendo el pelo. Veo el cepillo de barrer apoyado en el quicio de la puerta y, sin dudarlo, bajo a cogerlo. ¡Ya tengo mi guitarra en mano! Sigo cantando, sin dejar de mover mi cadera, miro de soslayo el ordenador y veo que Federica me está llamando. Descuelgo.

—¡Llevo un rato insistiendo! —¡qué mala leche tiene a veces!

—Perdona, me estaba desvistiendo. ¿Cómo estás? ¡Cuéntame! ¿Has tenido noticias de Alessandro? —cojo aire.

—No. Creo que ha aceptado que se ha acabado. ¡Ni te imaginas la pena que me da! Llevo llorando sin parar todo el día —deja caer las lágrimas. Siento una gran impotencia de no estar a su lado para poder abrazarla, quiero decirle que tiene que pensarlo mejor, pero cuando intento hablar ella me corta — no lo intentes. Sé lo que me vas a decir y la respuesta es no. Lo echo mucho de menos, pero sé que no quiero volver con él. Pero, cuéntame cosas tú. Quería hablar contigo para saber qué tal estos días. Necesito olvidarme del tema de Alessandro.

—Pues prepárate, ¡qué vienen curvas! —pienso en todas las novedades que tengo que contarle.

Pasamos un buen rato en el que lo único que hago es hablar y hablar

relatándole lo que ha ocurrido. Ella me escucha con atención con la boca semiabierta sorprendida. En ocasiones, se lleva las manos a la cara y suspira en italiano. A mí me hace hasta gracia, aunque me hiela la sangre recordar ese momento.

—Si alguien me hubiera puesto una pistola en la cabeza no sé si no me habría muerto del infarto —exagera las expresiones.

—Somos mucho más fuertes de lo que pensamos —recuerdo el momento— mis compañeras estaban atemorizadas, pero yo, no sé de dónde saqué las fuerzas para intentar mantener la calma a ratos. ¡Con lo cagona que soy!

—Pues sí, ¡cómo te han cambiado las altas esferas! —bromea.

—¡No digas tonterías! —miro el reloj y empiezo a agobiarme por la hora que es. Pero me da pena cortarle, está tan obnubilada con lo que me ha pasado, que, por fin, la veo sonreír— ¡y no te pierdas lo mejor!

—¿Hay más? —se lleva las manos a la cabeza.

—Y tanto que hay más... Vinieron dos policías. Uno era un gilipollas y el otro era... —me callo haciéndome la interesante, veo que Federica se queda mirándome con los ojos como platos y no mantengo más la espera— ¡un adonis!

—¡No me digas! ¡Describe! —ordena.

—Guapo, muy guapo. Era alto, moreno, con unos ojos azules que ni te imaginas. Bueno, alto no era tanto. No sé si tonteo un poco conmigo... La cuestión es que le he llamado esta mañana para proponerle vernos. Le he dicho que tenía que darle más datos del robo —estoy emocionada por mi hazaña.

—Pero imagino que no hay más datos —me conoce a la perfección.

—Ni uno solo. Así que, no sé lo que voy a hacer. Tampoco sé muy bien para que le he llamado, sabes que yo no soy mucho de ir buscando estas cosas, pero oye, ¡una alegría nunca le viene mal al cuerpo! De hecho —miro el reloj angustiada— tengo que irme porque si no, no voy a llegar a tiempo a mi cita.

—¿Cita? —hace un corazón con sus manos.

—¡Perdón! No cita —rectifico nerviosa— es que no sé ni lo que digo con este estrés.

—Sí, sí... Qué te vaya bien. En cuanto llegues a casa me escribes un email y me cuentas todo —enfatisa la última palabra.

—Sabes que lo voy a hacer. Y, tú, arriba ese ánimo. Te quiero amiga —me despido.

—Yo más. Ciao —le tira un beso a la pantalla.

Apago el portátil, bajo la pantalla y como unos spaguetti con pesto que ha dejado preparados Fabio. Pienso una y otra vez qué ropa ponerme para que no parezca que me he preparado mucho para la ocasión. Tiene que ser ese típico look arreglado pero informal. Y, ¡ni de broma!, escotes o minifaldas. Opto por unos vaqueros pitillo, unas botas marrones, una camiseta blanca ajustada y una chaqueta color marrón. Me peino, me retoco el maquillaje, por supuesto, también discreto, y salgo de casa. Son las cinco menos cuarto. No llego ni de broma.

Mientras voy conduciendo rumbo al a cafetería pienso que si no llego a la hora igual no me espera. Creerá que me he echado para atrás o que el miedo me ha dominado otra vez y no tengo el valor de enfrentar la situación. O quizá, me espere toda la tarde. ¿Tendrá paciencia? ¿E interés? ¡Qué locura! ¡Por este tipo de cosas odio estar pensando en los hombres! Con lo bien que estoy yo ahora...

Paro delante de un paso de cebra, veo un gato buscando en unos cubos de basura y noto como los pelos de mis brazos comienzan a erizarse. A mi cabeza vienen imágenes de cuando estuve en Canadá estudiando inglés. Me costó mucho irme, aunque a mi familia le costó mucho más. Era una buena oportunidad para mí, siempre he sido de esas personas a las que les gusta aprender, quería seguir formándome para volver a España y optar a un buen puesto de trabajo. El día que me fui fue horrible, casi ni había terminado el verano en Madrid y yo iba cargada de abrigos, gorros y bufandas.

Recuerdo que cuando llegué a la casa de la familia en la que iba a estar, me atendieron estupendamente bien e intenté convencerme de que estaba haciendo lo correcto, a pesar de lo que echaba de menos a mis padres y a Fabio. Cuando terminamos de cenar me fui a la habitación y encendí el ordenador para poder hablar con ellos. No pude evitar echarme a llorar. Estaba desecha, dudaba de haber tomado la decisión correcta, estaba en un sitio extraño y me hacía falta mi casa. Además, por si no tenía suficiente,

cuando salí de la habitación para ir al baño antes de acostarme vi una cola de un gato... ¡No me lo podía creer! ¿Cómo era posible? Antes de irme rellené un papel en el que puse que no me importaba que hubiera animales siempre y cuando no fuera un gato. ¡Les tengo fobia! ¡Pero una fobia extrema! Tanto que me cambio de acera si hay uno en mi camino, tanto que se me ponen los pelos de punta cada vez que los veo, tanto que pensar en estar encerrada en una sala llena de felinos lo percibo como la peor de las pesadillas. Esa fue la gota que colmó el vaso. Me daba miedo salir de la habitación, cerré la puerta con fuerza y me metí en la cama derrumbada. Necesitaba un abrazo de mi familia.

Al final, cuando terminó el tiempo de estar allí, estaba deseando volver a España, aunque también me dio pena dejar la ciudad y despedirme de la familia con la que estuve y de todos los amigos que hice. Aunque estaba deseando perder a ese gato de vista, ¡no sé cómo aguanté tanto! Recuerdo que subí al avión pensando en el tiempo que había estado allí y no se me cayó ni una sola lágrima. En realidad, lo que estaba deseando era volver a mi casa.

Capítulo 6

Aparco en frente de la cafetería. ¡Por lo menos he tenido suerte en esto! Miro dentro para ver si veo al policía y parece como si no hubiera nadie. Dudo si entrar o no. Me siento un poco ridícula sentada frente al bar mirando desde el coche si está dentro mi no-cita. ¡Madre mía! Me percató de que los cristales son de esos que desde fuera no se ve bien lo que hay en el interior. Miro el reloj de nuevo. Son ya las cinco y veinte. Respiro dos veces profundamente, veo mi reflejo en el espejo del coche y me retoco el maquillaje. Mientras lo hago, pienso en que no debería estar perdiendo el tiempo en eso sabiendo la hora que es. Cuando queremos retrasar algo buscamos la mínima excusa para hacerlo. Niego con la cabeza y me río de mi misma. Cojo mi bolso, que siempre dejo en el asiento de copiloto, y con paso firme entro en la cafetería. Al atravesar la puerta suena un timbrecito de esos típico de las películas. Hay mesitas pequeñas de madera, rodeadas de sillas, también de madera. Intento mirar toda la cafetería de un solo vistazo. ¡No me lo puedo creer! ¡No ha venido! ¡Será idiota el tío! ¡La que no tenía que haber venido soy yo! ¡Qué le den por saco! Me enfado... ¡Me siento tan ridícula! Tal como he entrado en la cafetería, vuelvo a salir por la puerta rumbo a mi coche. Estoy de un mal humor horrible, ¡cómo se puede ser tan sinvergüenza! Si lo tuviera delante le diría cuatro cosas. Busco en mi bolso las llaves del coche y, justo cuando estoy a punto de abrir la puerta, noto como una mano me agarra el brazo.

—¡Hombre! ¡Qué poca paciencia tiene usted! —veo esos ojos azules, casi transparentes, y siento como su mano me aprieta con ganas el brazo.

—Había olvidado el móvil en el coche —imagino que acaba de llegar y habrá visto que no he esperado ni un solo minuto. Disimulo, para que no vaya a pensar que me importa más de la cuenta.

—Estaba en el baño. Llega usted con un poco de retraso, yo he tenido bastante más paciencia. ¡No me puedo creer que al ver que no estaba dentro me fuera a dejar plantado! —intenta parecer indignado.

—Le he dicho que se me ha olvidado el móvil —veo como espera a que

abra la puerta del coche y coja mi smartphone. No sé cómo hacer el paripé porque lo llevo en el bolso. Abro la puerta y la cierro— mejor no llevo el teléfono. Como lo coja no nos van a dejar hablar tranquilamente —él se queda mirándome con una sonrisilla, levanta las cejas esperando una explicación ante la absurdez que acabo de hacer y decir— ya sabe, trabajo y más trabajo —me hago la interesante.

Decido cerrar el coche e intento que el portazo dé por zanjada la discusión. Me doy media vuelta para ir rumbo a la cafetería de nuevo. ¡A ver si de una vez terminamos con el temita del supuesto móvil olvidado en el coche! Él me sigue, ahora llevo la iniciativa. ¡Odio sentirme dominada por alguien! Me siento en una silla que hay nada más entrar a la izquierda.

—Disculpe el retraso, he tenido mucho lío en la oficina —le miento en cuanto nos sentamos.

—¿Qué quiere tomar? —pregunta amablemente. Ha cambiado el semblante y ahora ha dejado esa vena conquistadora que le sale y ha decidido ponerse en su papel de súper poli.

—Un café con leche, por favor —sonrío. Él se levanta y pide dos. Vuelve a sentarse y sigue con esa actitud.

—Pues bien, aquí estamos. ¿Cómo está? Supongo que ya más tranquila — me mira directamente a los ojos.

—Sí, la verdad es que estoy bien. Pasé mucho miedo en el momento del robo, pero ya no quiero pensar más en ello —me sincero con él.

—Permítame sólo una última pregunta. ¿Qué más ha recordado? —hace referencia a mi llamada.

—En realidad, no he recordado mucho más. Simplemente he caído en un detalle que no sé si es importante, pero quería comentárselo —salgo por la tangente— ninguno de los tres ladrones era el cabecilla. O por lo menos esa fue la impresión que me dio —no sé ni cómo he llegado a esa conclusión...

—Si se trata de las personas que creemos no se equivoca usted en sus impresiones —explica serio— son tres hombres que han cometido varios robos en entidades bancarias y siempre siguen el mismo modus operandi. Por la información que tenemos, nunca han llegado a hacerle daño a nadie, aunque, es cierto, que hay uno más violento que los otros dos.

—Ahora que lo dice, cuando uno de ellos me estaba apuntando con la pistola, otro le dijo que me matara. Creo que fue el momento en el que más miedo pasé —de pronto, noto que las piernas comienzan a temblarme al recordarlo— pero no lo hizo. Quitó el arma de mi cabeza y se fueron. Estoy segura de que si hubiera sido el otro, habría apretado el gatillo —me parece mentira que estas palabras salgan de mi boca. Jamás pensé hablar de algo así referido a mí.

—Tranquila —muestra esa sonrisa atractiva de nuevo.

—No se preocupe, estoy bien —le doy un sorbo a mi café.

—¡Ni se imagina la rabia que me da este tema! Llevamos mucho tiempo detrás de estos tres y siempre se nos escapan. Dejan pasar bastante tiempo de robo a robo, cambian de ciudad, de coches, ¡no conseguimos dar con ellos! ¡No me lo puedo explicar! —se enfada. Parece que él también ha decidido sincerarse.

—Si puedo ayudar en algo más, sabe que estoy a su disposición —quiero irme de ese sitio. No entiendo por qué motivo, pero, de pronto, no me siento muy cómoda. Al recordar todo esto me tensa, no me gusta revivirlo y este hombre me recuerda todo el temita que quiero sacar de mi cabeza— si me disculpa, tengo que irme. Le agradezco mucho que haya venido, aunque, no sé si le habré sido de gran ayuda. A veces pienso cosas que ya no sé exactamente si son reales o si las ha inventado mi mente —él intenta decir algo y le corto secamente— disculpe, tengo que irme.

Me levanto de la silla, cojo mi bolso y salgo a toda velocidad de la cafetería. No sé que me ha pasado. Entro en el coche, arranco y acelero para irme cuanto antes. Conduzco unos metros y, en cuanto veo un sitio libre, me paro. Me echo a llorar a lágrima viva. Le doy puñetazos al volante con rabia. Pasan por mi mente imágenes del maldito robo y, sin poder parar de llorar, pienso en lo estúpida que he sido quedando con este hombre. ¡Qué ridícula soy! No tenía que haber ido. Tengo miedo, siento un pánico atroz al recordar esos ojos que me salvaron la vida, pero que no tuvieron piedad a la hora de apretar la pistola con fuerza contra mi sien. ¡Ese tipo de gente no debería existir!

Intento tranquilizarme, pero no lo consigo. Necesito desconectar. Cojo mi móvil y marco el número de Jorge. Da varios tonos y no contesta nadie.

Cuelgo y decido llamar a Carlota. Justo en ese preciso instante, Jorge me devuelve la llamada.

—Martina, ¿cómo estás? —está alegre por recibir mi llamada.

—Regular, ¿nos vemos esta noche? —pregunto casi en tono de súplica.

—Iba a quedarme en casa porque llevo varios días de guardia, pero sí, hace tiempo que no nos vemos —se anima rápidamente.

—Avisa a las chicas. ¿Nos vemos a las nueve en el bar de siempre? —propongo.

—A las 9 ahí. Un beso —se despide tan dicharachero como de costumbre.

Jorge, Marta, Carla y Carlota son mis mejores amigos. Nos conocemos desde pequeños cuando íbamos al colegio. Han pasado muchos años y, aunque cada uno hemos ido haciendo nuestra vida, intentamos mantener el contacto y nos vemos cuando nuestros trabajos nos lo permiten. Jorge es médico, es alto, delgado y con una sonrisa preciosa. Creo que es una de las personas que mejor sabe escuchar. Marta es publicista, le encanta enfatizar todas sus historias, para ella, cada día es una nueva película y si no lo es, ella se la inventa. Es alta, morena, tiene el pelo largo y es muy presumida. Carla trabaja en una empresa como técnico medioambiental. No está muy contenta en ese empleo pero, por lo menos, nosotros siempre le recordamos que ha conseguido un trabajo relacionado con sus estudios. Si Marta es presumida, Carla es presumida al cubo. Siempre va a la moda, gasta muchísimo dinero en ropa. Tiene el pelo castaño y siempre va con las gafas que son el último grito. Y, por último y no por ello menos importante, Carlota. Ella es economista, siempre ha querido abrir una tienda de complementos, aunque, por el momento, trabaja en un importante banco. Ella, como yo, decidió decantarse por los números. Carlota es muy delgadita, según dice, de pelo rubio, aunque, en realidad, yo nunca la he visto rubia. Yo la definiría mejor como castaña clara. Es muy dicharachera y divertida. Los cinco juntos hacemos un buen equipo. Creo que todos, dentro de lo que cabe, nos podemos sentir triunfadores en la vida, si hablamos de trabajo. Si hablamos de amor eso ya es otra cosa. Jorge, Carlota y yo estamos solteros. Marta y Carla tienen novio. El de Marta es italiano, lo conoció una semana en verano que vino conmigo a mi casa de Siena, y el de Carla es de Madrid.

No quedamos a diario, ni mucho menos, de hecho, hay veces que tardamos

en vernos más de un mes. Pero nos queremos mucho y sabemos que el resto está ahí para cuando nos necesitemos. A mí, con el día a día me lo han demostrado. Creo que puedo decir que son mis amigos, aunque, no hay nadie como Federica. La relación con ella es especial. Es como mi hermana.

Me tranquilizo pensando en que voy a ver a mis amigos esta noche para poder desconectar de toda esta historia. Conduzco por las calles de Madrid escuchando mi disco preferido de Bon Jovi, creo que este hombre es quien pone la banda sonora de mi vida.

Paso por el supermercado antes de ir a casa, no tengo ganas de darle vueltas a la cabeza. Necesito estar entretenida como sea. Paseo empujando el carro tranquilamente con mi bolso colgado del hombro y mis tacones pisando con fuerza. Por un momento, vuelvo a pensar en el robo. No, no, no, ¡fuera!, me digo a mí misma. Pero regresa a mi cabeza de nuevo. Debería estar feliz por el trabajo que tengo ahora. Es lo que he deseado toda mi vida y esos puñeteros ladrones me lo han amargado. Me da mucha rabia, ¡muchísima! Debería estar escuchando Bon Jovi saltando por mi casa y no llorando como una tonta por culpa de esa gentuza. ¡Qué rabia! Noto que se me cae una lágrima de nuevo por la mejilla. No puedo más de la impotencia que siento. La seco con rabia. Suficiente ridículo he hecho hoy como para seguir dando el espectáculo. Nunca me ha importado que la gente me mire, me da igual lo que piensen de mí, pero tampoco es cuestión de pasear por el supermercado como alma en pena. Pago la compra y, con las manos llenas de bolsas, vuelvo rumbo al coche para llegar a casa, darme una ducha calentita y ponerme guapísima para esta noche.

Mientras me maquillo, pienso en Aitor. ¡Qué hombre más atractivo! ¡Y yo he hecho el mayor papelón de mi vida! ¡No sé cómo he podido irme así! Me ha superado el estado de nervios en el que me he puesto. Será mejor que me olvide de toda esta historia. No me atrevo a volver a ver a ese hombre en mi vida. ¡Lo juro!, levantando la mano derecha. Me miro al espejo. Me he pintado la sombra oscura y termino poniendo un poco de brillo en los labios. Llevo un vestido negro ajustado, me dejo el pelo suelto y le lanzo un beso al espejo. ¡Guapísima! Escucho mi móvil. Corro a por él.

—¡Sorellina!

—¡Dime! —me pongo los zapatos mientras sujeto el móvil con el hombro.

—No voy a dormir a casa.

—¡Ay hermanito! Estás hecho todo un don Juan. ¿Vienes mañana?

—No creo que vuelva hasta el domingo. Te tengo que dejar. Un beso —
escucho un beso sonoro y Fabio cuelga el teléfono.

Agradezco que cuando no viene a dormir me avise. Yo también lo hago. Nunca nos hemos controlado el uno al otro, simplemente, nos llamamos para que el otro esté tranquilo. Sobre todo, él a mí, que me conoce bien, y sabe lo paranoica que soy.

Miro el reloj y salgo pitando de casa. Bajo al portal a esperar el taxi que he pedido.

—¡Hola chicos! —grita Marta en cuanto nos ve. Se abalanza sobre nosotros para darnos un beso.

—¡Tú siempre tan puntual! —Jorge no soporta que la gente llegue tarde.

—¡Perdonadme chicos! He tenido un día de locos —comienza a contarnos una película de un hombre que se ha encontrado en el trabajo, que ha intentado ligar con ella y una cantidad de disparates tremendos— pero bueno, ¡para qué os voy a contar más! ¿Y Carlota? ¿No viene?

—No, ya tenía planes —dice Carla.

—Bueno, chicos, ¡vamos a brindar que hacía mucho que no nos veíamos! —levanto la cerveza y brindo por lo bien que lo vamos a pasar hoy.

Disfrutamos de la noche cortándonos la palabra unos a otros queriendo contar nuestras novedades. Al final, decidimos hacerlo por turnos. Carla nos cuenta los problemas que tiene con su novio, Marta habla de su trabajo y Jorge dice que va a ir de viaje a la India. Yo, no puedo evitarlo, y acabo contándoles lo del robo. Sin, por supuesto, dejar de mencionar a Aitor.

—¿En serio te fuiste así de la cafetería? —Marta alucina, ¡cómo si su vida fuera súper normal!

—¡Y tan en serio! No sé qué me ha pasado —me pongo triste.

—¿No crees que deberías llamarlo para disculparte? — propone Jorge,

siempre con la cabeza tan bien puesta.

—¡Sí, claro que sí! ¡Y más si te gusta! —me anima Carla.

—No sé... En realidad, creo que lo mejor es no volver a verlo nunca. ¡Madre mía! ¡Me pondría roja como un tomate! Creo que lo que tengo que hacer es olvidarme de todo esto —digo, en cierta forma, con pena.

—¡No seas tonta! ¡Ni se te ocurra! —casi me obliga Marta.

—Bueno, no sé, ya lo pensaré —quiero cortar la conversación y le doy un trago a mi cubata.

Las cervezas ya quedaron en el pasado. Ahora nos tomamos unos gin tonics en una de esas copas enormes que se han puesto de moda. Pasamos un rato más hablando y, en cuanto el alcohol comienza a hacer de las suyas, comenzamos a bailar por el pub. Nos reímos, nos abrazamos, nos damos besos y disfrutamos de la noche como si los problemas no existieran.

Vuelvo a casa a las cinco de la mañana. Abro la puerta un poco afectada por el alcohol. Me quito los zapatos, las medias, como puedo, y me desmaquillo siguiendo las indicaciones que siempre me ha dado mi madre. “Hay que quitarse el maquillaje para dormir, que, si no, salen arrugas”. Me desvisto, me pongo la parte de arriba del pijama, un culotte y me meto en la cama. Le doy vueltas a lo que me han dicho mis amigos. Y así, pensando si llamar o no a Aitor, me voy quedando dormida.

Amanece sábado. Miro el reloj. Son las doce de la mañana. Eso es lo que no me gusta mucho de salir de fiesta, ¡media mañana perdida! Ayer me dejé llevar por el sueño y, al final, no tomé una decisión de lo de Aitor. ¿Y si es el amor de mi vida? ¿Lo voy a dejar escapar por culpa de esos gilipollas? ¡Pues no! ¡No pienso hacerlo! Igual esto ha pasado para que nos conociéramos... ¡Sí! ¡Seguro que sí! Cojo el móvil y llamo a la mujer que mejor me conoce en el mundo.

—Buenos días mamá. ¿Tienes comida para tres?

—Sí, mi niña. ¿Vienes? —se nota contenta.

—Me visto y voy para allá —sonríó al ver lo alegre que se pone al decirle que voy a ir a verlos.

Como con mis padres. Mi madre prepara unos spaguetti con zanahoria, calabacín y parmesano, que están para chuparse los dedos. Después de comer, la acompaño a mirar un abrigo que quiere comprarse. Charlamos de todo, miramos tiendas y, para terminar, nos tomamos un café calentito. Le cuento lo que pasó ayer con Aitor y me aconseja llamarlo y pedirle disculpas. Mi madre dice que nunca voy a saber si es el amor de mi vida o si no tendrá nada que ver con eso. Al final, a caminar se aprende caminando. O lo que es lo mismo, jamás sabré si la persona es la adecuada antes de conocerla. ¿Llegarán esas mariposas con él? Ella me dice que cuando conoció a papá jamás se planteó si él sería la persona con la que pasaría el resto de su vida. Se fueron conociendo el uno al otro y, sin darse cuenta, supo que era él con quien quería estar siempre. Él fue quien le hizo sentir mariposas en el estómago.

Después de la tarde de compras, dejo a mi madre en casa y me voy a la mía. Quiero mirar unas cosas del trabajo. Al llegar a casa, me siento delante del ordenador y, por más que lo intento, no consigo concentrarme. ¡Dios mío que rabia tengo! Sin pensarlo dos veces, cojo el móvil.

—¿Sí? —suen a esa voz al otro lado del teléfono.

—Creo que le debo una disculpa —digo decidida.

—No se preocupe, entiendo por lo que está pasando — me contesta Aitor comprensivo, pero muy frío. Sus palabras me hielan el corazón. No me gusta la sensación que producen en mí.

—Insisto. ¿Valdría una invitación a una cerveza como disculpa? — propongo sin pensarlo. Me arrepiento. Esto es algo que me pasa muy a menudo. Quiero cambiarlo, pero me da que va a ser imposible. Creo que es una seña de identidad mía.

—Podría valer —sigue mostrándose serio, pero el tono ha cambiado.

—¿Nos vemos en una hora en el bar de ayer? —estoy totalmente lanzada. Cuando termino la frase aprieto mis labios y cierro los ojos mirando al techo esperando un sí.

—Ahí nos vemos. Un beso —alucino cuando escucho que me dice las palabras “un beso”. ¡Por dios! Con lo serio que es este hombre cuando quiere.

Cuelgo el teléfono y me quedo pensando en ese beso que me ha mandado.

Me da que esto es un nuevo comienzo. ¡Voy a por él! Como siempre he hecho, pisando fuerte.

Capítulo 7

—Antes de nada. Se acabaron los formalismos. Solo me sentaré a tomar una cerveza si no me vuelves a tratar de usted —le digo a Aitor, sin dejar que pueda pronunciar ni una sola palabra al verme.

—Creo que no me queda otro remedio, Martina —recalca mi nombre. Pasa su mano ligeramente por mi espalda y se acerca a darme dos besos. Su perfume inunda mis fosas nasales produciéndome una sensación muy placentera.

—Me gustaría poder contarte más cosas del atraco, darte detalles o explicarte cómo es exactamente alguno de los ladrones. Haber descubierto un tatuaje o un piercing que consiga identificarlos... Pero no tengo más que decirte. No recuerdo nada más que lo que ya le —corrijo— te he contado varias veces —él intenta hablar pero yo le pongo la mano delante de la boca para que me deje continuar— podría seguir inventando excusas, pero la realidad es que me apetecía quedar contigo. Creo, si mi intuición no me falla, que tú piensas más o menos lo mismo que yo —intenta contestar y vuelvo a cortarle— es posible que ahora me digas que no y yo me quedo con una cara de tonta de alucine —ahora él me pone la mano en la boca para que no siga hablando.

—No te equivocas —muestra sonrisa pícara— cojo su mano con la mía y la quito de mi boca.

—Perfecto entonces —contesto como si esa conversación se tratara de un contrato— encantada de saludarte. Mi nombre es Martina Rossi y sí, aunque he nacido en España, mi nombre es así porque mi padre es italiano.

—Mi nombre es Aitor Arzuaga y sí, aunque he nacido en Madrid, me llamo así porque mis padres eran de Vitoria —me percato del “eran” pero creo que no es momento para preguntar.

—Tengo veintiocho años y trabajo en una sucursal bancaria desde hace pocos días. Comparto piso con mi hermano y me encantan los animales.

—Yo tengo treinta y dos años, soy policía y vivo solo desde hace años. A mí también me gustan mucho los animales, especialmente los gatos.

¡Y ahí es cuando me quiero morir! Estaba claro que no podía ser perfecto. ¡Los gatos! ¡Por dios, yo les tengo fobia! A mi mente vienen recuerdos de aquellos días en Canadá... Me veo tentada a preguntarle si tiene uno, pero me niego a hacerlo porque no quiero poner ni un pero a esta noche, aunque por dentro, ruego con todas mis fuerzas que no tenga un felino.

Aitor es guapísimo, tiene el pelo tan moreno y brillante que no dudo de que se lo cuida a conciencia y se echa los mejores productos que venden en tiendas de estética. ¡Y qué decir de su cuerpo! ¡Está como un queso! Me recuerda tanto a los modelos del Corte Inglés... Con la diferencia de que deja de ser un maniquí cuando habla y muestra esa preciosa sonrisa. ¡Todo él es perfección! Es cierto que es un poco presumido... con esas risitas que pone de autosuficiencia... pero es normal. ¡Es tan guapo!

—¡Gatos! —no puedo evitarlo y sigo con el tema esperando a que me pregunte si a mí me gustan también.

—¿Y tus padres? ¿Viven en España? —la conversación cambia de rumbo. ¡Será mejor dejar el tema aparcado!

—Sí, aquí en Madrid. Mi padre es italiano, conoció a mi madre cuando ella se fue a estudiar a Siena y, desde que se vieron por primera vez, no pudieron volver a separarse. Mi madre se llama Gimena y mi padre Pietro. Mis amigos siempre me dicen que parece el típico hombre de la mafia italiana con ese porte que tiene tan masculino e intimidante —sonríó con cariño— en realidad, creo que tienen razón en que parece un hombre imponente, pero la verdad absoluta es que tiene un corazón enorme —comienzo a relatarle la historia de amor italo-español de mis progenitores. Parece que pone cara triste y recuerdo aquel “eran” que me dijo al principio... Dudo si preguntarle por ellos o no...

—Mis padres murieron cuando yo era pequeño —noto que le cuesta decirlo.

—Lo siento —y de verdad lo hago. Casi no lo conozco pero sus ojos transmiten mucha tristeza.

—Me crié con mis abuelos hasta los veinte años. Cuando comencé a trabajar como Policía me independicé.

—¿Tus abuelos viven en Vitoria? —me intereso.

—No... Murieron hace dos años. Primero mi abuela, que nunca se recuperó de la muerte de mis padres y vivió el resto de vida ausente. Al año y medio de morir ella, me dejó mi abuelo —se entristece e intenta animarse— pero no vivían en Vitoria. Cuando mis padres murieron decidieron romper con todo lo que les recordaba a ellos. Por eso, vinimos a Madrid.

—Imagino que no ha sido fácil...

—No mucho, pero eso ya pasó hace tiempo —le rozo con mi mano la suya.

Pasamos un buen rato contándonos detalles de nuestras respectivas vidas. Hay mucha complicidad entre ambos y la conversación no cesa. En ocasiones, casi nos obligamos a callarnos el uno al otro para seguir hablando. ¡Me gusta mucho!

Nos entra un poco de hambre y Aitor propone ir a cenar, salimos a la calle y caminamos bajo el frío de la noche charlando en busca de algún lugar. Miramos varios restaurantes pero no nos decidimos por ninguno.

—Al final, nos vamos a ir a casa con el estómago vacío —bromea.

—¡Pues vaya! ¿Esta es tu manera de conquistar a una mujer? —suelto ni corta ni perezosa.

—Sé que los italianos lo hacen mucho mejor... Pero oye, es lo que tenemos los españoles —nos quedamos parados en medio de la calle. Yo doy un paso para atrás hasta casi apoyarme en un coche, él se acerca y me coge por las caderas, me atrae hacia su cuerpo y muy despacio besa ligeramente mis labios. Me gusta el contacto de su piel con la mía, lo hace con tanta calma que desata la necesidad de más en mí. Él se da cuenta— no sé si este tipo de besos se acercan más a la forma de conquistar de los italianos...

—Se acerca... —intento disimular y aparentar que no ha sido para tanto.

—Te propongo algo. Vivo cerca de aquí —alucino cuando me suelta estas palabras— ¿qué te parece si subimos y preparamos algo de cenar? —sonríe y mi corazón comienza a bombear a toda velocidad.

—Está bien.

Caminamos unos diez minutos más durante los cuales pierdo, cada dos por tres, el hilo de la conversación al recordar nuestro beso. Llegamos al portal de

un edificio antiguo, abre la puerta y la sujeta dejándome pasar primero.

—No sé si sabes que este gesto se hacía en la antigua Roma para que las mujeres pasaran delante y, si caía algo, les cortara la cabeza a ellas —relato pizpireta.

—Me suena algo... Aunque no sé si la historia era exactamente así —subimos por las escaleras hasta el primero.

Aitor abre la puerta y entramos en espacio donde está el salón y la cocina. Es pequeñito pero muy acogedor. La decoración no es nada especial, casi con total seguridad, todos los muebles son de Ikea y se nota que falta un poco de color. Todo muy beige, pero elegante.

—¿Te gusta? —se ha dado cuenta que no dejo de mirar con atención los detalles.

—Sí. Está muy bien —miento.

—Me alegro de que te guste —para ser policía, poco instinto... pienso con sonrisa maliciosa.

Preparamos algo de cenar, la verdad es que nos compenetramos estupendamente y aprovechamos cada roce por casualidad alargándolo para mantener el contacto más tiempo. Cenamos y tomamos una botella de vino, mientras seguimos contándonos batallitas de nuestras vidas. Especialmente él, que se ha lanzado a contarme historias que le han pasado cuando está de servicio.

—Perdona que te corte, voy un momento al baño —noto que estoy un poco achispada con tanto alcohol, así que, decido ir a echarme un poco de agua.

Al entrar al baño, veo que hay un uniforme de Policía colgado en un tendedero portátil, que Aitor ha decidido meter dentro de la bañera. Me hace gracia. El uniforme me da un morbo tremendo... siento que lo que más me apetece es salir y lanzarme encima de él para que me haga el amor. Empiezo a notar un cosquilleo de placer y cuando voy a salir vuelvo a pensar en el tendedero dentro de la bañera. No sé si será por el alcohol, pero me rio sin parar... como si fuera lo más divertido del mundo. Respiro varias veces mirando el uniforme y el tendedero intentando pasar del cachondeito al cachondeo del otro... Me echo un poco de agua en la nuca, me quito las manchas negras que tengo en los ojos, a causa del rímel, y abro la puerta para

volver con él. Cuál es mi sorpresa cuando veo una cola de un gato. ¡No me lo puedo creer! A mi mente viene instintivamente la imagen de aquel baño en Canadá. Otra vez se repite la misma historia. ¡Exactamente igual! Cierro de un portazo, bajo la tapa del wáter y me siento encima. Noto como se me ponen los pelos de punta. ¡No puedo creer mi mala suerte! ¿En serio? ¡Cómo no lo había visto en toda la noche! Mi estado de ánimo cambia de manera radical. Como si fuera un ratoncito de esos a los que le paras la rueda y su mundo deja de girar. Pongo mis manos en posición de rezar y pido que por favor no sea de esos gigantes.

—¿Estás bien? —llaman a la puerta y oigo la voz de Aitor.

—Sí, ahora mismo salgo —me levanto e intento tranquilizarme... Vuelvo a mirar el uniforme y el tendedero a ver si me da por reír a carcajadas o por excitarme hasta tal punto de salir a por Aitor como un caballo desbocado. Pero lo único que tengo en mi cabeza es esa cola peluda que acabo de ver... Siempre he pensado que la gente creerá que es una fobia absurda, pero es algo que no puedo controlar.

Por fin salgo y voy hacia la cocina-salón con miedo de encontrarme al gato. Lo veo a los pies de Aitor. ¡Mierda! ¡Mis peores sospechas! ¡Es uno de esos gigantescos que me mira con ojos desafiantes! ¡Me quiero morir! ¡No puedo compartir ese mismo espacio vital con esos ojos tan horribles!

—¿Te pasa algo? —pregunta descolocado— estás pálida.

—No, no pasa nada... —miento— no me habías contado que tenías un gato.

—Te dije que me encantaban —se agacha y lo coge entre sus brazos sin dejar de acariciarlo.

—Ya bueno... de ahí a tener un gato... A mí me encantan los delfines y los caballos y no tengo uno en casa — yo no sé si es por el miedo, el desconcierto o el alcohol, que me estoy comportando como una imbécil— tengo que irme. Es tarde —busco mi bolso.

—¿Peero...? —este pobre hombre no entiende nada. Se ha quedado hecho un cuadro. Cosa de la que no le culpo para nada. Hace unos minutos estábamos hablando tan tranquilamente, con miraditas e insinuaciones constantes y ahora me pongo así...

—Lo siento. Es bastante tarde —me excuso mientras veo como el gato salta de sus brazos y se va a la especie de terracita que hay cerca del salón.

—Es donde más le gusta estar —intenta destensar la situación— de hecho, es ahí donde duerme siempre.

¡Menos mal! Sólo me faltaba que me dijera que duerme con él todas las noches... Aitor se levanta, cierra la puerta de la terraza, yo respiro un poco más tranquila, y se acerca a mí despacio.

—Martina, me gustas mucho...

Me coge con una mano por la cintura y con la otra acaricia mi mejilla hasta ponerla detrás de mi cuello. Se acerca más y yo comienzo a excitarme. Baja la mano de la cintura y suavemente masajea mi trasero mientras se acerca cada vez más a mi boca. Cuando está casi a punto de besarme, acaricia con los labios mi cuello hasta subir a la comisura de mis labios... Creo morir de ganas de hacerle el amor. No aguanto más y le cojo la cara con las manos plantándole un pedazo de beso que él sigue con desesperación. Comenzamos a desprendernos de la ropa rápidamente, con un deseo desmedido... Me aprieta contra la pared mientras sacia cada una de las partes de mi cuerpo, yo gimo de placer y le dirijo hacia la cama. Me acomoda encima de ella y comienza a besarme por todo el cuerpo, no puedo aguantar más, necesito entregarme a la pasión. Aitor comienza a hacerme el amor y todo el deseo que había sentido previamente se desvanece mientras comienzo a pensar en el puñetero gato. Toda mi concentración está puesta en el maldito felino. Miro la puerta mientras Aitor está encima de mí, intentando ver si aparece. No consigo ver nada... Cierro los ojos, muevo la cabeza y me niego a estar pensando en este preciso momento en eso. Intento concentrarme y las caricias de Aitor me hacen volver a sentir el placer.

Él, cansado, se quita de encima de mí y se deja caer en la cama. Me pasa un brazo por la cintura, me acerca a él y me da un beso en la mejilla.

—Eres estupenda —me dice entre bocanada y bocanada de aire.

Me quedo boca arriba, me tapo con la sábana y miro el techo. Nunca me había ocurrido algo así. Estaba disfrutando pero no conseguía concentrarme en el acto sexual. No sé si me ha gustado o no me ha gustado... No podría decirlo... Ha sido tremendamente pasional previamente y a la hora de la verdad, regular del todo. No mal, porque no ha ido mal, pero tampoco ha sido

una noche de pasión desmedida. Sin embargo, él me gusta, ha sido una velada muy entretenida, me he reído, no ha faltado la conversación y me he sentido muy a gusto con él... Aitor se ha quedado dormido y yo, entre pensamiento y pensamiento, también termino dejándome llevar a los brazos de Morfeo.

Tengo calor, mucho calor, no dejo de sudar, noto como mi cuerpo está temblando... Escucho agua correr, ¿dónde estoy? Parece el sonido de un río... Todo mi cuerpo está en tensión, noto como él me besa el cuello mientras sus manos sacian mis pechos con desenfreno... Me relajo, me voy dejando llevar al placer, siento como la lluvia cubre nuestros cuerpos pero nos da igual, sólo queremos sentirnos cerca el uno del otro, no podemos permitir que pase ni un solo centímetro de aire entre nosotros... Es como estar perfectamente conectados... Lo siento en cada parte de mí, es una necesidad que sólo él puede llenar. Me coge con fuerza, puedo sentir sus brazos musculados y su torso firme, enrolló mis piernas alrededor de su cintura mientras me lleva a una cabaña oscura iluminada sólo con la luz que desprende la chimenea. Me deja con cuidado encima de una alfombra, que custodia las llamas, mientras me besa dulcemente. Siento pasión, estoy excitada y al mismo tiempo siento algo más fuerte que no sé explicar... Me gusta estar entre sus brazos, sé con total certeza que es aquí donde quiero quedarme... Con él... Con... abro los ojos y me encuentro con esa mirada... Cojo aire para respirar, mi corazón comienza a latir con fuerza, mi pecho se hincha y se deshinchó y siento un nudo en la garganta, me duele el estómago, mis manos y piernas tiemblan...

De pronto, me levanto de la cama de un respingo. Estoy completamente empapada en sudor. ¿Dónde estoy? Respiro profundamente, cierro los ojos y vuelvo a abrirlos. Reconozco la habitación de Aitor, me giro y lo veo durmiendo plácidamente a mi lado. Cubro mi rostro con las manos mientras encojo mis rodillas. No puede ser, otra vez he soñado con él... Con esa mirada, con esos ojos, con ese hombre misterioso del banco... ¿Qué me está pasando? Todavía puedo escuchar sus gemidos en mi oído, puedo sentir sus caricias, cada vez que lo toco siento que puedo volar, se agitan los latidos de mi corazón, necesito estar a su lado... Noto una presión en el pecho, ¿qué significa esto? No puedo vivir sin él, no quiero sentir esto, no puede ser y, por más que lo niego, es como si deseara que fuera para siempre...

Me vuelvo a girar y miro a Aitor... No. Él no era el hombre de mis sueños, sólo le he visto los ojos y sé perfectamente a quien pertenece esa mirada... Niego con la cabeza varias veces, tapo mi cara con las manos queriendo borrar ese sueño de mi mente. No puedo estar aquí. Me levanto de la cama intentando no hacer ruido para que Aitor no se despierte, busco mi ropa por la casa y me voy vistiendo a toda velocidad según la voy encontrando. Entro al baño, me miro al espejo y vuelven a mí esos ojos de nuevo... Me lavo la cara con agua fría, me peino con las manos el pelo como puedo, salgo, cojo mi bolso y me voy cerrando la puerta despacio. Son las cinco de la mañana... Camino sin rumbo por las calles de Madrid, intentando encontrar una respuesta lógica a mis sueños... a mi sueño, parece que en eso se ha convertido él...

Capítulo 8

Me gustaría pensar que todo ha sido fruto de una situación de estrés, falta de cariño del sexo opuesto o unas ganas locas de una noche de pasión que mi subconsciente cubre con esos sueños. Pero sé que ha sido algo más, tengo un nudo en la garganta y una presión en el pecho me hace respirar con dificultad. Estoy en casa, no he podido dormir desde que he llegado sin dejar de darle vueltas a la cabeza y tengo que ir a trabajar. Pienso en Aitor, no me he comportado como una persona coherente, cuando se levante y vea que no estoy va a pensar que estoy chalada. Con esos cambios de humor, entre el gato y lo de ahora. Por cierto, ¡el gato! Ni he pensado en él cuando me he levantado y me he puesto a buscar mi ropa por la casa. Tenía la mente en otro sitio, tan lejano... que ni he caído en eso. Tengo que intentar relajarme y no darle tanta importancia.

Me levanto, me arreglo y me voy a trabajar. Es lo que mejor me va a venir para tener la mente ocupada y no estar pensando en quien no debo, y menos, esas cosas tan tremendas que pasan por mi mente. Mientras estoy en la oficina noto que me cuesta centrarme en el trabajo. Vuelvo a pensar en Aitor, miro mi móvil esperando tener noticias suyas y no hay absolutamente nada. Vuelve a mi mente ese sueño... Otra vez. Cierro los ojos y puedo volver a sentirlo, es tan intenso que me produce escalofríos... pero quiero seguir sintiéndolo, me gusta, me hace sentir viva. Es tan agradable como la seda rozando la piel, como un sople de aire fresco en una noche calurosa de verano, como el agua cuando tienes sed...

Es increíble como un sueño puede afectarte tanto. Ya sea bueno o malo, nos levantamos con la sensación de haberlo vivido de verdad. En ocasiones, a mí me ocurre que lo recuerdo una y otra vez para no olvidarlo, e intento inventar cómo continuaría la historia si siguiera durmiendo. Pero, normalmente, es difícil volver a ponerle la intensidad sentida mientras dormías.

Se me pasa la mañana y casi ni me entero. A pesar de lo obnubilada que he estado con mis historias, he conseguido sacar bastante trabajo adelante.

¡Cualquiera lo diría! Antes de irme entro en mi cuenta de email personal y veo que tengo un correo electrónico de Federica.

Ciao Amica. Perdona que haya tardado tanto en contestarte, he estado un poco abstraída de la realidad. Me he ido unos días a un pueblecito de la montaña a pensar. Creo que me ha venido bien para airearme y volver más animada. ¿Y tú? ¡Tienes que contarme cómo te fue con tu cita no-cita! ¿Nos conectamos esta tarde? Besitos. Federica.

Cuando escuche todo lo que tengo que contarle va a alucinar. Cierro el correo electrónico y todos los programas que tengo abiertos, apago el ordenador, cojo mi bolso y me voy al lugar al que sé que, tarde o temprano, tengo que ir. Así que, lo hago ya. Nunca me ha gustado dejar las cosas para mañana.

—Hola —cuando llego a la comisaría me encuentro a Aitor saliendo por la puerta. No ha puesto muy buena cara al verme.

—Hola —está serio y... ¡realmente guapo!

—Disculpa por haberme ido sin decirte nada —no sé cómo explicarle lo que me ocurrió.

—No te preocupes —contesta fríamente— tengo que irme. Ciao.

—¡Espera! —le cojo por el brazo— ¿has visto que buen día hace hoy? —él se queda callado, creo que alucina un poco— ¿te apetece dar un paseo? —señalo un parque que está justo detrás de la comisaría.

—Creo que no tiene mucho sentido —¡qué poco aguante tiene este chico! Tampoco ha pasado algo tan grave como para que se haga el indignado de esta manera. ¡Me voy!

—¡Bueno! Yo lo he intentado... —suelto su brazo.

Se queda callado, me giro y casi de manera imperceptible le digo adiós. ¡Me da rabia que se haya comportado así! Yo tampoco me siento bien por

haberme ido de esa forma, pero ni siquiera se ha molestado en escuchar mis explicaciones. ¿En serio se puede ser tan orgulloso? ¡Vamos! ¡Es que yo alucino! No empezamos, para nada, con buen pie... Bueno, ¡qué empezar! Si sólo hemos tenido una cita, pero tela que cita... Ha dado muchísimo de sí.

—¡Martina! —escucho a mi espalda. Me dan ganas de seguir como si no hubiera oído nada y hacerme la digna igual que ha hecho él, pero soy consciente de que no sería lógico actuar así, ya que he sido yo la que ha ido a buscarlo— espera un segundo —se acerca a mí. Yo me quedo parada esperando a que llegue— creo que tienes razón. Sería una pena desaprovechar este día de sol —me sonrío y levanta los hombros.

Paseamos por el parque mientras me cuenta cómo le ha ido el día, estamos en un sitio precioso, se escucha piar a los pajaritos y huele a césped mojado. El parque tiene senderos de tierra para pasear, también hay columpios para los niños, aunque en ese momento están vacíos, y alguna máquina para que los mayores hagan ejercicio. A esta hora hay poca gente y podemos disfrutar de la tranquilidad. Por un momento, he dejado de escuchar lo que Aitor me está contando y pienso en que estoy muy a gusto con él. De eso, no he tenido dudas en ningún momento. Paro en seco, me giro y le miro a los ojos. Él deja de hablar y se sorprende queriéndome preguntar qué pasa.

—Siento haberme ido de esa manera —comienzo a relatar.

—No hace falta que... —creo que no quiere que se estropee este momento.

—Sí, sí hace falta. Me he comportado como una cría y quiero explicarte por qué. Cuando fui al baño y después salí como si hubiera visto un muerto es porque vi que tienes un gato —hago un pausa— les tengo fobia —al decirlo siento que se me eriza la piel.

—¿Cómo no me habías dicho nada?! —intenta evitar la sonrisa— jamás creí que era eso lo que te pasaba.

—Te hará gracia porque sé que es un poco extraño... No conozco a nadie más que le ocurra, pero te juro que es auténtico pavor —me callo y le enseño mi piel con los pelos de punta para que vea lo que produce en mí— y luego... me fui —no sé muy bien qué decirle— tuve un sueño horrible, soñé con los ladrones —miento a medias, es cierto que soñé con un ladrón y es mentira que el sueño fue horrible...— me desperté muy agitada y tuve la necesidad de irme a casa.

—Tenías que haberme despertado —se muestra considerado.

—Lo sé, pero fue mi forma de reaccionar. Lo siento.

—Anda, ¡ven aquí! —me atrae hacia él y me rodea con sus brazos. Me da un beso en la frente y yo me acurruco en su cuerpo.

—¿Empezamos otra vez de cero? —propongo como hicimos ayer.

—No, no quiero empezar de cero —me separa para mirarme a los ojos— ¿en serio quieres borrar la noche que hemos pasado?

—Creo que no... —digo con media sonrisa.

—No hay más que hablar entonces —me coge suavemente el mentón y levanta mi mirada— déjame cuidarte —me dice, así, con susurros, mirándome a los ojos y acercándose muy lentamente a mis labios.

Nos besamos. Me gusta su contacto, recuerdo lo que me ha dicho: “déjame cuidarte” y lo repito en mi mente. Nos separamos, nos miramos y me vuelvo a acercar para besarlo. Cierro los ojos y mientras rozo sus labios me siento un poco mal por haberle mentado con lo del sueño.

—Quiero pedirte un favor —le digo separándome.

—Soy todo oídos.

—Quiero ayudarte a encontrar a esos ladrones —niega con la cabeza y antes de que pueda contestar sigo hablando— sé que vas a decirme que no, pero antes necesito que me escuches. No puedo dormir, pienso en ello constantemente y no quiero que sea algo que no me deje vivir en calma.

—¿Y realmente crees que vas a ganar mucho si los metemos en la cárcel? —me quedo pensativa— mucha gente cree que si detienen a los que han hecho algo vivirán en calma... yo no lo creo. Por supuesto, cada persona que cometa un delito tiene que pagarlo, pero no creo que eso borre el dolor de la gente. Lo que te ha pasado a ti no es ni mucho menos lo que han vivido otras personas, situaciones horribles, y el poder detener a los culpables no les ha hecho recuperar lo que perdieron. Los vamos a coger y van a pagar por sus delitos, pero no puedes vivir pensando que así dejarás de tener miedo, que se acabarán las pesadillas o que así te sentirás mejor —al escucharle decir lo de las pesadillas me quedo pensativa. Yo no las he tenido... lo mío no ha sido traumático...

—Lo sé, sé perfectamente a lo que te refieres. Pero me gustaría estar al tanto de lo que va pasando y ayudarte en lo que pueda.

—No estoy convencido... No me parece buena idea —niega con la cabeza — además, tú no eres policía, no puedes ponerte a investigar por tu cuenta.

—Lo haré ayudándote, además, será mucho más fácil investigar desde fuera —me emociono tanto como suplico.

—No...

—¡Venga! —pongo las manos en señal de petición— sólo a modo de ayuda. Prometo no meterme más allá de lo que pueda.

—Perdóname que te lo diga, pero ya te estás metiendo más allá de lo que te concierne... —otra vez esa media sonrisa...

—¡Entonces!, si ya estoy metida... —añado.

—Con cuidado. Me lo tienes que prometer —parece que conozco a este hombre de toda la vida. Me llama la atención nuestra forma de comportarnos, la confianza que se ha forjado en tan sólo unas horas.

—Lo prometo.

Este juramento, hecho con la mano derecha en alto, será el punto de partida de mi búsqueda. Necesito ponerle cara y voz a esa mirada. Siento que si no lo hago, jamás podré volver a vivir en calma.

Al llegar a casa, lo primero que hago es encender el ordenador para hablar con Federica. Mientras espero a que se conecte me quito la ropa del trabajo y me pongo unas mallas azules y una sudadera gris. Me recojo el pelo y pienso en lo que ha pasado con Aitor. Quizá es demasiado pronto para decir que es una relación, pero el tema no pinta nada mal. Para nada me habría planteado echarme novio en este momento, será verdad eso de que el amor llega cuando menos lo esperamos. Me siento con las piernas cruzadas en la silla delante de la pantalla esperando a que suene ese pitidito de Skype. Miro el móvil y nada. Estará a punto de conectarse.

Mientras tanto, tecleo Google y comienzo a buscar todas las páginas relacionadas con robos en entidades bancarias. Pongo especial atención a la fecha de búsqueda, ya que, si algún periódico publicó el atraco de la sucursal

en la que trabajo será más fácil conocer más detalles. Rápidamente Google me da la respuesta. Una información procedente de la Policía Nacional (pienso en Aitor y sonrío pícara) relata que se trata de tres ladrones que actúan siempre bajo el mismo modus operandi. Comenta que se han dado a la fuga, que han perpetrado varios atracos en Madrid y en otras ciudades, que la investigación sigue abierta y poco más. Clico en otra página diferente y encuentro la misma información. Repito lo mismo en otras cuatro noticias y en la última veo que pone: “la Policía baraja varias opciones sobre la identidad de los ladrones”. Alucino un poco con esta afirmación, especialmente, porque me enfada soberanamente ver que la Policía sabe ciertas cosas pero luego ocurren los sucesos sin haber podido remediarlos. Seguramente, se me escapará algo y ellos conocen a la perfección su labor, pero a mí siempre me quedará esta duda... Algún día se lo preguntaré a Aitor, si es que no se enfada conmigo por tal afirmación... Me pongo de los nervios cuando ocurren los atentados y en las noticias dicen que las fuerzas de seguridad seguían la pista de los terroristas, que estaban fichados, controlados, etc... ¡Joder! ¿Y no se pueden prever estas cosas? Imagino que no será tan fácil... Bueno, vuelvo a lo mismo, seguramente, y siendo muy positiva en lo que a su labor se refiere, se me escapará algo. El sonido de Skype me saca de mis pensamientos, cierro la página de búsqueda y me conecto para hablar con Federica.

—Ciao amica, come stai? —Federica me saluda tan risueña como siempre.

—Hola, bueno... tengo tantas cosas que contarte —estoy ansiosa por escuchar sus consejos.

—¡Empieza entonces!

—Antes de nada, ¿estás bien? ¿Alguna novedad de Alessandro?

—No y hoy no vamos a hablar de él. Hoy te toca a ti. ¡Cuéntame! ¿Qué tal la cita no-cita?

—Bien, muy bien y un poco extraña, te cuento... —relato con todo lujo de detalles la velada con Aitor.

—¡No me puedo creer lo del gato! —se parte de risa y yo sigo contándole la historia hasta llegar al final de la noche— pero... no entiendo, ¿qué fue lo que soñaste?

—No sé ni cómo explicártelo —me aparto el flequillo de la cara— desde

lo del robo he soñado alguna vez con el que me apuntó con la pistola —intenta decir algo mirándome con cara comprensiva pero yo no le dejo hablar— sé lo que vas a decir y no, no son pesadillas. Son sueños... Sueño con esa persona y algo se remueve dentro de mí.

—Vamos, ¡qué te pone a mil! —sabía que iba a pensar eso.

—Entre otras cosas. Es cierto que los sueños siempre son... digamos... —no sé cómo explicárselo para que no suene soez— amorosos.

—¡Sexo! ¿En todos? —se lleva las manos a la boca sorprendida.

—En todos... pero vamos, ¡qué tampoco ha habido tantos! —me río al ver las caras que pone— el tema es que te prometo que no es sólo sexo. Es decir —no sé ni cómo explicarme— aunque los sueños se desarrollen durante ese momento —¡dios mío, no sé qué palabras utilizar!— no son pensamientos eróticos. Es como si quisiera decirme algo más, hay entrega, sentimiento, complicidad... No sé cómo explicarte pero... —no quiero decir en alto lo que estoy pensando.

—Pero ¿¿qué?!

—Pues es como... no sé... nunca me había pasado algo así y tampoco sé si lo que pienso es real o es producido por la intensidad de esos sueños... el tema es que... ¡Ay dios! —dejo de hablar y escondo mi rostro con las manos agachando la cabeza— creo que necesito buscarlo.

—Ahora entiendo todo... —contesta ella asintiendo con la cabeza mientras aprieta los labios— por eso le has pedido al policía que te mantenga al tanto de la investigación...

—¡No! —niego con rotundidad— te prometo que no lo he hecho por nada en concreto —no sé... cuando se lo he pedido ni he pensado en ello. ¿Y si ese chico necesita ayuda y me lo intentó transmitir con la mirada? ¿Y si lo obligan a hacer eso? Parecía que él no era el cabecilla y otro de los que iba con él era mucho más violento... ¿Y si es algún tipo de mafia?

—Martina, ¡para! —me grita mientras yo sigo relatando posibilidades sin parar— no creo que sea nada de eso. De todas formas, el tema es el siguiente —sujeta el pelo detrás de las orejas y se pone recta— es raro que tengas la ilusión del policía y estés soñando con otro... A lo mejor este chico con el que sales no te gusta tanto como crees.

—¡Se llama Aitor! Y sí que me gusta, ¡muchísimo! ¡muchísimo! Es guapísimo, me trata bien y me siento a gusto cuando me abraza. Pero todavía lo conozco de hace poco, ¡y tan poco! Bueno... que no sé ni para qué te cuento esto... ¡Es una locura!

Después de pasar otra hora más hablando con Federica dándole vueltas a lo mismo, nos despedimos lanzando besos a la pantalla, como hacemos siempre. Mientras apago el ordenador pensativa, veo que Jorge me ha enviado un mensaje para vernos esa misma noche. Sin dudarlo, le digo que sí.

Capítulo 9

Intento abrir los ojos mientras siento un martilleo en mi cabeza, tengo el estómago revuelto y la boca me sabe fatal. Cesó mi intento de levantarme y, cerrando los ojos, me paso las manos por la cara. Se me revuelve más el estómago y me da una arcada al oler mis dedos, que desprenden un tufo a tabaco nauseabundo. Me muerdo el labio inferior negando con la cabeza. Ayer nos pasamos siete pueblos con el alcohol.

Después de pasar una hora dando vueltas de un lado a otro de la cama, consigo levantarme. Al entrar en el baño, veo que tengo los ojos como un oso panda. Esto me pasa por no desmaquillarme bien antes de acostarme... Me lavo la cara y siento el agua fresquita. Eso me hace despejarme y sentirme ligeramente mejor.

Voy directa a la nevera, cojo la botella de agua fría y lleno un vaso detrás de otro hasta beberme tres. No me sientan especialmente bien, pero estaba muerta de sed. Miro el reloj. Las once y media de la mañana.

Parecía que íbamos a salir sólo Jorge y yo a tomar unas cañas y, al final, se sumaron también Carlota, Marta y Carla. Fue una de esas noches que no se planean y salen a la perfección. Bailando y disfrutando, dejándonos llevar por lo bueno y olvidando las comeduras de coco. Como si de la noche de San Juan se tratara, quemamos todo lo malo, pero, en nuestro caso, en alcohol.

Vuelvo a la habitación y veo un cinturón marrón de hombre tirado a un lado de la habitación. Los ojos se me abren como platos mientras varias imágenes empiezan a pasar por mi cabeza. Veo mis dedos desabrochándolo y tirando de él con fuerza. Veo unos abdominales perfectamente marcados, recuerdo que olía a Hugo Boss. ¡Dios mío! Estaba tan adormilada que ni me había dado cuenta. ¡Santo dios! ¡Qué he hecho! Empiezo a dar vueltas como una loca por la habitación, de un lado para otro, poniéndome la mano en la frente. ¡Ay la leche! Voy al salón a toda velocidad, busco mi bolso y cojo el móvil. Necesito confirmar que lo que estoy recordando no es fruto de mi imaginación a causa de los gin tonics. Pi... pi... pi... No contesta... Estoy nerviosa... Paseo por el salón de mi casa... Creo que debo llevar recorridos

unos cien metros de tantas vueltas que he dado desde que me he levantado. Nada. No lo coge. Cuelgo el teléfono y veo un whatsapp de Aitor. ¡Oh dios mío! Me muerdo el labio. La he liado buena... Bloqueo mi móvil, no quiero verlo. Lo dejo en el sofá y lo miro de lejos. Me veo tentada a leer el mensaje de mi apuesto policía, pero me contengo. De pronto, se enciende la luz y comienza a sonar. Voy corriendo hacia él. ¡Bien! ¡Es Jorge!

—Perdona Martina, estaba en la ducha —se excusa.

—¡No te preocupes! ¡Te necesito! Dime por favor que ayer me vine sola a casa y miénteme si es necesario —le pido desesperada.

—Ayer te fuiste sola a casa —repite mis palabras mientras me percató de una ligera sonrisilla al otro lado del teléfono.

—¡Me estás mintiendo! —me indigno.

—Me lo has pedido —se le escapa una risita.

—¡Ay dios mío! ¡Vamos! Que nada de imaginaciones, que el cinturón no es de Fabio... que es de... ¡A saber! ¡Si no me acuerdo ni de su nombre! ¿Tú sabes quién es? —intento que mi amigo despeje mis dudas.

—Ni idea.

—¡Cuéntame lo que sepas! —le digo en tono autoritario. Escucho que él se ríe porque me conoce bien y sabe que estoy de los nervios.

—Se acercó a ti cuando estábamos en la discoteca, tú le diste bastantes largas, pero el chico se lo curró y al final... —no quiero escuchar lo que me va a decir— te fuiste con él a casa...

—¡Estoy fatal! ¿A quién se le ocurre?

—Tranquila Martina —Jorge siempre intenta poner calma— te iba a decir que igual te arrepentiste a medio camino y no te acostaste con él, pero si dices que había un cinturón...

—¡Marrón! ¡Un cinturón marrón! Tengo lagunas pero me acuerdo de algo... ¡Ay la leche!

—Tranquila —repite en tono pausado— tampoco has hecho nada tan horrible.

—Ahora que estaba empezando a conocer a Aitor... ¿Esto es poner los

cuernos? —pregunto preocupada.

—¡Qué va! ¡Si os habéis enrollado sólo una vez!

—¡Dos! ¡Dos días! —en realidad, creo que Jorge tiene razón y no es para tanto— si es que ya no estamos para estos trotes... Me he levantado con una resaca como en mi vida, me duele muchísimo la cabeza y todavía no me noto estable del todo... Creo que todavía estoy un poco borracha.

Jorge se ríe al otro lado del teléfono. Es un gran amigo y sabe escuchar como poca gente lo hace. Terminamos de hablar, nos despedimos y prometemos portarnos bien la próxima vez que salgamos juntos. Cuelgo el teléfono y me dejo caer en el sofá. Miro el móvil y abro el mensaje de Aitor.

Ha sido poco tiempo el que hemos compartido por ahora, podríamos contar las horas con facilidad, pero no quiero contarlas, quiero seguir sumando hasta que sea imposible echar la cuenta del tiempo que hemos pasado juntos. Que duermas bien, descansa y olvida esas pesadillas. Aitor.

Releo el mensaje unas cinco veces mientras mantengo los ojos y la boca abiertos como platos. ¿Este hombre es poeta? ¡Madre mía que cosas me escribe! Y yo mientras tanto por ahí haciendo dios sabe qué... ¿Por qué no habré visto el mensaje antes? ¡¿Por qué?! Igual me habría acordado en cuanto el desconocido se me acercó y no se me habría ido la cabeza...

Vuelvo a leer el mensaje y me agobio al ver lo de las pesadillas... Si él supiera... Pero hoy no voy a pensar en eso. ¡Suficiente tengo con martillearme la cabeza con lo de esta noche como para pensar en el hombre de mis sueños! El hombre de mis sueños... El hombre de mis sueños... Niego con la cabeza.

De pronto, me percató de algo. Fabio. Voy corriendo a su habitación. Llamo un par de veces a la puerta y no contesta nadie. Sé que no debería hacerlo, no vaya a ser que haya tenido otra noche de pasión como la mía y lo encuentre con alguien en la cama, pero abro despacito la puerta y asomo la cabeza. La cama está hecha. No ha dormido en casa. ¡Menos mal! Siento un gran alivio, como si me hubiera quitado de encima un elefante a punto de aplastarme. Aunque tengo toda la confianza del mundo con mi hermano,

prefiero que no conozca esta faceta mía...

Me doy la vuelta y vuelvo a cerrar la puerta cuando escucho un portazo. ¡Por los pelos me pilla en su habitación! Camino rápidamente hacia el salón y encuentro a Fabio que llega con cara de cansado. Cuando lo veo así, con esa barba abundante, el pelo despeinado, los pantalones chinos algo caídos y esa sudadera negra es cuando me parece que tengo el hermano más guapo del mundo. Se acerca a mí, me abraza y apoya la cabeza en mi hombro.

—Estoy reventado.

—No hace falta que lo jures —acaricio con una mano su cabeza— ¿dónde has dormido?

—En casa de una amiga...

—¿Y esa amiga es? —alargo la última palabra intentando indagar en la vida de mi hermano.

—Martina...

—¡Vale! Me callo —sé que no me va a contar nada— por tu aspecto imagino que habéis pasado toda la noche —busco la palabra correcta— ¡despiertos! —le sonrío.

—Te equivocas con esa mente perversa que tienes. Nos tomamos unas cervezas en su casa y nos tiramos hablando varias horas. ¿Qué te parece si nos tiramos toda la tarde en el sofá viendo pelis? —da por zanjado el tema.

—No me parece mala idea —me siento a su lado, levanto los pies, apoyo mi cabeza en su hombro y me refugio en los brazos del segundo hombre de mi vida.

¿Algún día llegaré a tener hombre de mi vida primero que no sea mi padre? No lo sé... Parece que ahora que he encontrado estabilidad en el trabajo y he llegado donde tanto ansiaba he puesto patas arriba mi vida sentimental. Tengo tal lío en la cabeza que no me entiendo ni yo. Y, en realidad, es todo bastante sencillo. He conocido a un chico estupendo, encantador, guapo y que me trata estupendamente. Sí, es cierto que nos hemos visto dos veces, pero es de esos momentos en los que conoces a alguien y sabes que va a ser importante en tu vida. Podía seguir conociendo a Aitor,

disfrutando de esos primeros días de enamoramiento tan únicos de las primeras veces. Podría implicarme más y dejar de pensar en cosas que no debo. ¡Pero no puedo! Yo no mando sobre mi subconsciente y cada vez que me duermo vuelve él a mis sueños, él, que no sé ni quien es, ni qué cara tiene, ni su voz, ni de dónde viene ni a dónde va. Y me niego una y otra vez a pensar en él porque no es más que un puñetero ladrón, que estuvo a punto de matarme. O bueno... quizá no, quizá le debo la vida... Si hubiera sido el otro el que apretaba mi sien con la pistola a lo mejor hoy no estaría aquí... Siento un escalofrío. Suspiro. Siento latir mi corazón rápidamente cuando pienso en él. ¿Quién será? Quiero creer que es mala persona pero algo me dice que no es así, me lo transmitió con su mirada. Tengo que encontrarlo, tengo que descubrir quién es, sé que hay mucho detrás de esos ojos. Tengo que darle las gracias por salvarme la vida. Cierro los ojos, niego con la cabeza, estoy hecha un lío... Y para más inri, decido traerme a un tío a casa, del que no me acuerdo ni de su nombre, ¡sólo sé que tenía unos abdominales perfectos! Y, mientras, Aitor escribiéndome mensajes románticos... ¡Si es que soy lo peorcito que hay! ¡Un completo desastre! ¿Pero qué hago? No puedo cambiar... Me muevo por instintos...

La resaca no parece dejarme en todo el día y yo no hago otra cosa que martirizarme con pensamientos. Será mejor intentar dejar la mente en blanco y disfrutar de la tarde de pelis con Fabio. Me acurruco más en su regazo. Sólo pido una cosa, que el dueño del cinturón no vuelva nunca a recuperarlo.

Capítulo 10

Se acabó de tantas tonterías. Sé que soy una persona que parezco verdaderamente desequilibrada en muchas ocasiones y quizá sería mentir si digo que no lo soy. Sin embargo, yo tengo otra forma de verlo. Me gusta disfrutar de la vida, dejarme llevar por las sensaciones y por lo que me mueve en cada momento. Ese impulso de hacer lo que me da la gana me llevó ayer a cometer un error. Aitor ha llegado a mi vida como caído del cielo y no pienso dejarlo escapar. ¡Yo también tengo derecho a sentir esas mariposas en el estómago!

El sueño reparador de esta noche y toda la tarde que pasé ayer en el sofá me han hecho levantarme con ganas de comerme el mundo y de poner los pies en el suelo, quiero recorrer un camino que no sea de arenas movedizas, que sea un hormigón duro que no me haga caer y que tenga como meta la vida más bonita junto a una familia tan maravillosa como la que tengo yo. Sé que tengo muy cerca de mí a la persona que puede recorrerlo conmigo de la mano y no pienso dejarla escapar.

Hace un día soleado, se escuchan los pajarillos cantando en los árboles sin que se vea interrumpido por el claxon de los conductores impacientes. No es un lunes normal en Madrid, es festivo y la velocidad de una ciudad que parece estar corriendo la maratón constantemente nos da una pequeña tregua. Todo está a mi favor para ir a buscar al hombre de mi vida.

Después de ducharme, maquillarme, peinarme y vestirme con unos vaqueros claritos, una camiseta de tirantes blanca y unas Converse, también blancas, cojo la cazadora vaquera, busco el bolso marrón que me regaló mi hermano y, cuando estoy a punto de salir, veo el bendito cinturón a los pies de mi cama. Lo cojo, lo meto en una bolsa y me voy decidida a por mi nueva vida. Aitor es el broche final a una época mala, sin trabajo, desanimada y con días grises. Él terminará de ponerle el color que le faltaba.

Suena tras de mí la puerta del portal, mientras voy directa a un contenedor verde que tengo a escasos metros. Lo abro y lanzo con ganas la bolsa que lleva dentro mi última metedura de pata. ¡Se acabó! ¡Ni un solo error más! Lo digo

tan alto que llamo la atención de un señor mayor que está sentado en un banco, con su boina de cuadros y un bastón entre las piernas.

—No se preocupe señorita, de los errores también se aprende —habla tranquilamente como si a su mente vinieran millones de recuerdos.

—De algunos sí, pero de otros no. Me da que algunos te pueden jorobar la vida por completo... —me apetece hablar con él.

—Debes pensar que si hacen que tu vida tome un rumbo diferente es porque quizá son tus aliados y si no es así, habrás aprendido y no volverás a cometerlos —hace una pausa, saca un pañuelo del bolsillo y se limpia despacio la comisura de los labios— no te haces una idea de la cantidad de errores que cometí que fueron la mejor decisión de mi vida. Esos, la hicieron realmente intensa.

—Imagino que volvería a cometerlos —me produce ternura.

—Los pocos días que me queden de vida, repetiría aquel en el que todo cambió para siempre, con el sufrimiento que conllevó, creyendo que era la barbaridad más grande que se me había ocurrido hacer en mi vida, todo, reviviría cada segundo si eso volviera a traérmela a ella —guarda el pañuelo en el bolsillo. Me llama la atención como la gente mayor habla de penas y cosas tristes sin dejar caer lágrimas.

—Seguro que, esté donde esté, ella pensará lo mismo —casi no sé qué contestarle porque a mí, sí se me ha puesto un nudo en la garganta.

—Lo sé. Siempre supe que nuestro amor era eterno y cada mañana deseo que ese sea el día en el que vuelva a reunirme con ella. Yo no le tengo miedo a la muerte porque está esperándome la mujer más bonita con los brazos abiertos —deja de mirarme y sus ojos se pierden en algún lugar— no sabes lo que echo de menos su olor a vainilla... Su aroma llenaba toda la casa, su risa contagiosa le ponía sonido a mi vida, su mirada alegre me daba cada día la energía necesaria para continuar cuando había adversidades, sus labios susurraban mi nombre como si pintara mariposas en el aire —vuelve a mirarme— sólo cuando vuelva a sentirla viviré de verdad.

No lo he podido evitar y mis lágrimas han comenzado a caer como un río de agua por mis mejillas. Lo miro tragando saliva, me da tanta pena lo que me ha contado, siento nostalgia de un amor que no he conocido y por el que me gustaría poder viajar al pasado para verlo por un agujerito y sentir una mínima

parte de lo que esos enamorados pudieron vivir en su alma. Respiro profundamente hinchando mi pecho y me enjuago las lágrimas. El señor me ve y me ofrece su pañuelo, pero yo lo rechazo al ver que tiene unas iniciales en rosa bordadas en uno de los extremos.

—No llores hija —me sonrío— lo que te he contado es algo bonito y bueno. He sido el hombre más afortunado de la tierra o así me he sentido. Hay pocos que tengan esa suerte. No le tengas miedo a la vida, ni a los errores, vívelo intensamente y disfruta cada día como si fuera el último. ¡Vive! Y no llores más, tienes una sonrisa preciosa.

—Gracias —me acerco a él y cojo una de sus manos— que tenga muy buen viaje y que sea muy feliz con esa mujer maravillosa de la que me ha hablado.

—Tengo la certeza de que así será, hija —me da un beso en la frente— disculpa que me haya metido en tu vida, soy un viejo aburrido en un banco viendo pasar a la gente e inventando historias para cada uno de ellos.

—No se preocupe —le sonrío— a mí acaba de darme una lección de vida. ¿Y sabe qué? —me presta atención— me voy a buscar a ese hombre maravilloso por el que mi mundo gire sin parar. Gracias —le doy un beso, me levanto y antes de irme escucho.

—Que seas muy feliz, bonita —me coge la mano— como te he dicho, pocos tienen la dicha. No dejes pasar ni una sola oportunidad, las mariposas vuelan muy rápido, se posan, pero rápidamente levantan el vuelo de nuevo. Aprovecha esos instantes para volar junto a ellas.

Le sonrío, vuelvo a tragar saliva para intentar evitar llorar de nuevo. Aprieto su mano antes de soltarla. Veo sus ojos y me transmiten tantas vivencias, tanta nostalgia y ahora tanta tristeza... Me giro y me voy, dejando a aquel hombre que me ha traspasado con sus palabras soñando con el día en que vuelva a reencontrarse con el amor de su vida.

Nunca creí en historias de cuento de hadas y la expresión de la cara arrugada del anciano me han hecho darme cuenta de que existen. Si estaba decidida a ir a buscar a Aitor, ahora lo estoy mucho más. Sé que él puede ser mi mariposa. Me río al pensar en la metáfora que ha hecho el señor, las palabras de la gente mayor transmiten tanto...

Llego a casa de Aitor y llamo al telefonillo. Nada, no contesta. Insisto. Espero a que descuelgue mientras doy pasitos pequeños encima del escalón estrecho que hay en el portal. Estoy nerviosa, me muerdo el labio. Resoplo. ¡Mierda! Me voy... Bajo el escalón y escucho a mi espalda.

—¿Sí? —oigo su voz adormilada.

—El cielo viste un azul intenso con el que intenta hacernos creer que no estamos en Madrid —estoy emocionada— me parecía una pena dejar pasar el día sin aprovecharlo —sigue sin contestar— y me parecía una pena peor no disfrutarlo en buena compañía —parece que se ha quedado mudo, por un momento pienso que igual ha colgado— ¿te apetece pasarlo conmigo? —quemo mi último cartucho.

—Sube, tengo que ducharme —noto ilusión en su tono de voz.

—No, te espero aquí. Si subo, me entretendrás —sé que acabaremos en la cama y hoy quiero mucho más, quiero que nos conozcamos de verdad, saber cómo es y que sepa cómo soy yo. Además, me acuerdo del gato y prefiero evitarlo.

—Hecho —siempre tan conformista.

—Te doy diez minutos —me acerco más al telefonillo y pongo tono de orden— ya está corriendo el cronómetro.

Sin contestar, cuelga el telefonillo. Miro el reloj y decido dar una vuelta esperando a que baje. Me gusta mucho ver los edificios que hay en Madrid, especialmente los antiguos. Estoy bastante nerviosa, lo noto porque tengo esa puñetera bolita que se acomoda en la boca de mi estómago y me muerdo el labio varias veces seguidas.

Diez minutos exactos después, lo espero sentada en el banco que hay en frente de su portal. Se abre la puerta y noto como mi corazón comienza a dar saltos como si fuera al compás de una banda de rock. Lo veo salir, tan guapo como me pareció el día que lo conocí en la sucursal. Lleva puestos unos pantalones negros, una camiseta blanca y una camisa vaquera. Tiene el pelo perfectamente peinado y esconde sus preciosos ojos azules tras unas gafas de sol negras que lo hacen aún más interesante. En cuanto me ve, me sonrío y yo me levanto para recibirlo.

—Nunca dejarás de sorprenderme —me pone una mano un pelín por

encima de mi trasero y suavemente me acerca a él para darme un besito en los labios.

—Espero que, por lo menos, la sorpresa de hoy haya sido buena —le sonrío, estoy verdaderamente a gusto entre sus brazos.

—No ha podido ser mejor —vuelve a besarme— y bien, ¿decías que el cielo estaba de un azul desconocido por los que vivimos aquí? —mira para arriba.

—Juzga por ti mismo —nos separamos.

—¿Y qué plan tan maravilloso has pensado para disfrutar del día? —está juguetón, se nota que le ha gustado la sorpresa.

—¿Qué te parece comenzar a andar y llegar a donde nuestros pies nos quieran llevar? —lo veo verdaderamente guapo con los rалlos del sol reflejando en su rostro.

Me mira y me coge de la mano. Comenzamos a andar sin un destino fijo y yo disfruto de la estampa que reproducimos. Me gusta mucho la sensación que me produce ir paseando juntos, hablamos de todo y nada, besándonos cuando nos apetece y sin importarnos el resto del mundo. Ir cogidos de la mano. Me acuerdo de mis padres, ellos cuando van a pasear siempre lo hacen así y a mí no puede parecerme más bonito. Aitor sigue hablando pero yo dejo de escuchar su voz y comienzo a imaginar una vida con él, con una casa de los dos, nuestros trabajos, encontrarnos por la noche en el sofá y que estar juntos sea el mejor momento del día. Imagino tanto que llego a pensar en tener hijos, me gustaría que fueran un niño primero y una niña después, también querría tener un perro, ir a comer los fines de semana al campo... Recreo esa estampa de familia feliz y, por un momento, no sé si me gusta ser tan correcta y seguir la misma línea que se supone se debe hacer. Digamos, que yo no soy una persona convencional.

—Martina —alza la voz parando en seco.

—¡Perdona! —qué feo es no escuchar cuando alguien te está hablando.

—¡Estabas en las nubes! —no se enfada.

—Si tú supieras... —me río.

—Te decía que si te apetece que comamos algo —con su mano señala el

césped de un parque que desconozco.

—¡Sí claro! ¡Estoy muerta de hambre!

Compramos un par de sándwich en un kiosco que encontramos, algo para beber, buscamos una sombra y nos sentamos en el césped. Lo noto fresquito y blandito y me produce una sensación verdaderamente placentera. Miro la estampa que tengo ante mis ojos y no puede gustarme más. Aitor sube las gafas de sol a su cabeza y me deja ver ese azul intenso de sus ojos. Me quedo ensimismada, le sonrío, él hace lo mismo, se acerca a mí y, cuando pienso que me va a dar un beso, vuelve a separarse.

—Estás preciosa — me deja con ganas de más.

—Tú tampoco estás nada mal —sé que él es consciente de que es guapo y el estado que produce en las mujeres.

—¿Cuál es tu color favorito? —quito el envoltorio del sándwich y empiezo a comer.

—El verde; ¿y el tuyo? —me sigue.

—El rosa —digo orgullosa, sabiendo que tiene mala fama. Él se ríe en tono burlón— ¿cuál es tu comida favorita?

—La tortilla de patatas; ¿la tuya?

—El salmón a la plancha —pienso más preguntas— ¿tu película favorita?

—Mátrix —no me gustan nada esas películas fantasiosas— ¿la tuya?

—Pearl Harbor —recuerdo la banda sonora y era lo que me faltaba para hacer que este momento sea aún más especial, lo que me lleva a recordar al anciano que he conocido esta mañana— ¿te gustan las mariposas? —se ríe, se nota que esta le ha pillado desprevenido.

—¿Y a ti te gustan los gatos?

¡Qué puñetero! Pongo mala cara, se acerca a mí, me coge por la cintura, deja su sándwich en el césped, hace lo mismo con el mío y muy suavemente voy notando la hierba en mi espalda y su cuerpo pegado al mío encima de mi pecho. Me gusta su contacto, me muero de ganas por besarle y pasar junto a sus labios toda la tarde

—Dicen que las mariposas representan la libertad y el amor, debe ser por

eso de sentir las revoloteando en el estómago —me habla tan cerca que siento el roce de sus labios— hace unos días que las mías no me dejan casi ni dormir —¡no puedo creer lo que estoy escuchando!— pero es una sensación placentera, ¿sabes? Es como si te recordaran a cada instante que estás vivo y, a la vez, que necesitan compañía para poder volar porque en mi estómago están encerradas —está diciendo algo parecido a lo que dijo el anciano esta mañana, debe ser una señal...— ¡claro que me gustan las mariposas!

Siento el sabor de sus besos y su lengua acariciando mis labios despacio, mis pulsaciones suben a cientos por minuto, todos mis sentidos están puestos en ese beso que despierta un abanico de emociones en mi cuerpo.

Dicen que cuando besas beneficias tu salud porque aceleras tu ritmo cardíaco, liberas hormonas, las pulsaciones del corazón aumentan de 60 a 100 latidos, quemas hasta 13 calorías, se contraen al menos 34 músculos de la cara, liberas gran cantidad de sustancias químicas y activas todos los circuitos neuronales. Pues bien, después de este beso, podría asegurar con total certeza que acabo de ganar cien años de vida. ¡Le gustan las mariposas!

Parte II

Sólo se pisan los que bailan

Capítulo 11

Mis piernas se entrelazan alrededor de su cadera mientras noto como mi espalda resbala de arriba abajo contra el armario, rodeo su cuello con mis manos, su lengua seduce a la mía, sus manos aprietan mis muslos mientras continúa el contoneo de nuestros cuerpos que buscan acoplarse a la perfección al otro.

Me levanta con fuerza agarrándome por las piernas y me lleva hacia la habitación. Casi no hay luz en la calle, estamos a oscuras, sólo la luz tenue de una farola ilumina un trozo de la cama. Se para en seco y me deja caer encima del colchón, siento cómo se hunde con mi peso y cómo lo hace aún más cuando él vuelve a cubrirme con el suyo. Me mira y pasa sus dedos por mis labios clavando esa mirada en lo más profundo de mí, besa mi hombro desnudo y comienzan de nuevo las caricias, los besos, las miradas, el calor... Mi vello se eriza cada vez que roza cada uno de los centímetros de mi piel.

Cierro los ojos para sentir con toda la intensidad posible mientras las yemas de sus dedos siguen recorriendo mi cuerpo desnudo. Mis manos acarician su pecho, me gusta lo que siento, está musculado y el contorno de sus pectorales es firme, él se estremece, lo siento sobre mí, su rostro se pierde entre mis pechos, mis dedos juegan ansiosos enredando su pelo mientras su aliento caliente llama a mis labios.

No podemos parar, tenemos sed del otro, necesitamos saciar el deseo que nos provoca sentir como nuestros cuerpos se adaptan a la perfección. Escucho como sus suaves gemidos se envuelven con los míos hasta sentir como un escalofrío nos recorre a ambos.

Conozco ese olor a la perfección, estoy tan a gusto entre sus brazos, sé que no hago bien, no debería, pero no puedo controlarlo es superior a mí... Quiero estar con él...

Me despierto agitada. Tengo el pelo empapado en sudor y todavía siento como mi corazón late a ritmo desbocado. Recuerdo a la perfección lo que

acaba de ocurrir, me destapo, tengo mucho calor, cubro mi cara con las manos y vuelvo a pensar en él... en esos ojos, esa mirada que hacía tiempo no pasaba por mi mente...

Ha pasado un año desde el robo. Los primeros meses seguía soñando de manera intermitente con aquel hombre misterioso que puso la pistola sobre mi cabeza, pero hacía tiempo que no me pasaba. Pensaba que ya había puesto punto y final a aquello y ahora vuelve de nuevo a mi cabeza... ¡Cómo es posible! ¡Y de esa forma! He soñado muchas veces con él, pero nunca había sentido la intensidad de lo que mi cuerpo acaba de experimentar ahora... El subconsciente vuelve a jugarme una mala pasada y él vuelve a aparecer... Después de tanto tiempo, cuando ya lo creía olvidado.

Giro mi cabeza a la derecha y veo a Aitor durmiendo plácidamente a mi lado. La culpa vuelve a inundarme. Pasamos un par de meses teniendo citas intermitentes en las que nos fuimos conociendo poco a poco. Él era siempre el que proponía quedar, incluso, con excusas absurdas o encuentros supuestamente fortuitos. Algo que la primera vez valoré como enfermizo y que poco a poco me fue pareciendo más adorable. Cada vez me convencía más su forma de ser, su forma de tratarme y de hacerme sentir especial. Yo le paraba los pies, le decía que fuéramos despacio y con calma pero él no me hacía caso. Me gustó tanto su entrega que a los tres meses ya se podía considerar que éramos novios. Quedábamos para cenar, para ir al cine, para ir de compras, para hacer ejercicio, para pasear... Llegamos a correr de la mano mirándonos a los ojos sin tropezar. Habíamos conseguido despejar todas las piedras del camino.

Me costó un poco tomar la decisión de irme a vivir con él. Era consciente de que un gato no podía cortar las alas que estaban brotando de nuestro amor, pero era superior a mí. Un día me llamó y me contó que había fallecido, no me alegré, ni mucho menos, porque Aitor lo pasó bastante mal, pero fue la excusa perfecta para decidirme a vivir juntos.

Aitor me hacía sentir bien, me hacía estar a gusto conmigo misma, una mujer maravillosa y especial para él. Llenó un hueco en mi vida que nunca había ocupado nadie y lo fue haciendo poquito a poco, enamorándome cada día. ¡Por supuesto que también había momentos malos! ¡Y los hay! Discutimos, nos enfadamos y nos tiramos horas sin hablarnos como niños pequeños. Eso es, precisamente, lo único que no me gusta de él. Que cuando nos cabreamos

se enfada muchísimo, me grita y tiene un genio que no soporto. Imagino que nadie puede ser perfecto y yo me enamoré también de esas imperfecciones, como imagino que él se ha enamorado de las mías. No he sentido esas mariposas en el estómago y he entendido que son historias de novelas románticas porque no tengo duda alguna de que Aitor es el hombre de mi vida.

Y hoy me despierto agitada por esa maldita mirada... De los ladrones no he sabido mucho más. Durante este tiempo he intentado meterme en el tema de la investigación todo lo que Aitor me ha permitido, pero no le han dado mucha más importancia y, al final, la cuestión está más que zanjada. Sé que volvieron a cometer más atracos, pero hace unos cuatro meses que la Policía les perdió el rastro y no se ha vuelto a saber de ellos. En mi cabeza, yo también he aprendido a ponerle punto y final a aquella historia. Decidí dejar de pensar en aquel día, olvidar la puñetera pistola, el miedo que pasé y, sobre todo y principalmente, olvidarme de esa persona de la que sólo he visto sus ojos y que ha estado ocupando demasiado tiempo en mi cabeza. No sé exactamente hace cuanto tiempo llevaba sin pensaba en él... ¡Hasta hoy! ¿Por qué?

Miro el reloj que hay en la mesilla. Son las 4:27 de la mañana. Me levanto de la cama intentando no hacer ruido para no despertar a Aitor, al poner los pies en el suelo noto que está frío, pienso que tenemos que poner una alfombra, es una señal de un hogar, no las hemos comprado hasta ahora, pero creo que ha llegado el momento. Busco a tientas mis zapatillas entre la oscuridad de la noche hasta dar con ellas. Cuando las encuentro, me las pongo y voy despacito hacia la cocina. Abro la puerta de la nevera y me sirvo un vaso de agua para intentar tranquilizarme. Todavía estoy muy alterada y noto como mi cuerpo está en tensión. Me siento en uno de los taburetes y recuerdo el sueño que acabo de vivir...

—¿Estás bien? —la voz de Aitor me saca de mis pensamientos.

—Sí, es que tenía sed y me levanté a beber agua —me ha sorprendido. No le he escuchado levantarse ni venir a la cocina.

—¿De verdad que estás bien? ¿Cuánto tiempo llevas ahí sentada? —debo tener la cara descompuesta para que insista tanto.

—Cinco minutos —miro el reloj del horno... Son las 5:05 de la mañana. Llevo más de media hora tan metida en mis pensamientos que ni me he dado cuenta del tiempo que ha pasado.

—Vamos a la cama, anda —me dice cariñoso mientras se acerca y pasa su brazo por mi hombro. Siento su calor. Me levanto y le doy un beso suave en los labios.

—Tengo mucho lío en el trabajo y estaba dándole vueltas a un tema. No te preocupes, que está todo bien —miento con la única intención de que se quede tranquilo.

De la mano, volvemos a la cama, nos tapamos con el edredón, me giro mirando hacia la ventana y Aitor queda a mi espalda. Me rodea con sus brazos y yo me acurruco en él. Cierro los ojos e intento sacar esos pensamientos de mi cabeza. Al final son sólo sueños y los sueños, sueños son. Mi realidad es el hombre que tengo a mi lado, el que vela cada noche mi sueño. ¡Espero que sean de otro tipo! ¡Aunque sean pesadillas! Pero, por favor, ¡no quiero pensar más en ese maldito hombre! Sin embargo, por un momento, una imagen de lo que acabo de vivir vuelve a mi mente. Sus manos. Son grandes y fuertes, recuerdo la sensación que he me ha traspasado cuando acariciaban mi cuerpo... Es tan agradable que, por un instante, deseando sin querer hacerlo, vuelvo a cerrar los ojos para dejarme vencer por el sueño y encontrarme de nuevo con él.

Capítulo 12

Me voy despertando ligeramente, estoy a gusto en la cama, me muevo por ella aprovechando que es sábado y no tengo que ir a trabajar. Me giro despacio mientras me tapo con la sábana, abro un pelín los ojos intentando no despejarme demasiado para seguir durmiendo y veo la espalda de Aitor. La claridad de la mañana inunda la habitación y dos rallos del sol se reflejan en la pared. Me acerco y lo abrazo, él reacciona cogiendo mi mano. Pasamos así un rato hasta que me canso de la postura y me giro hacia el otro lado. Intento quedarme dormida pero ya estoy bastante despejada. Fabio me viene a la cabeza. ¡Por fin ha llegado el día! Estoy emocionada y por eso no consigo volver a conciliar el sueño. Me destapo, pongo los pies en el suelo y el fresquito recorre todo mi cuerpo, ¡otra vez! Instintivamente pongo los ojos en blanco mientras busco las zapatillas y me levanto pensando en el café que voy a tomar.

Paso por el salón, donde tenemos un aparador moderno de color arena, y cojo mi móvil. Son las 9:27, por lo que Fabio ya ha tenido que coger el avión. Hace 7 meses que se fue a vivir a Italia. Un día, recibió un email que lo citaba para hacer una entrevista por Skype en una empresa importante, que tenía su sede central en Roma. Cuando me lo contó, pensé que lo hacía para pedirme consejo, pero nada más lejos de la realidad. Fabio no dudó ni un solo momento, ni cuando le propusieron la entrevista ni cuando le dijeron que, si le interesaba, estaba contratado. Aquí también tenía un buen puesto, tenía su vida y era feliz. Pero quizá dentro de él siempre había un pequeño hueco de su corazón que sólo se completaría si vivía allí. Él siempre fue mucho más italiano que yo y, como no podía ser de otra manera, se fue a Roma. Desde que se instaló en la capital italiana sólo lo he visto una vez. A los tres meses de su viaje, aproveché unos días en el trabajo para visitarlo y, de paso, ver también a Federica. Cuando subí en el avión que me traía de vuelta a Madrid, miré por la ventana y, aunque me daba una pena enorme vivir en otro país que mi querido hermano, supe que él siempre se quedaría allí. Porque era allí donde tenía que estar.

Al mirar el móvil veo que Fabio me ha escrito un mensaje diciéndome que

le mande la dirección de mi nueva casa, que viene directamente desde el aeropuerto. No lo entiendo muy bien, porque habíamos quedado en que iría a recogerlo yo. ¡Pero bueno! Fabio es así. Sin dudarle, le escribo la dirección y miro la cocina. No soy de esas personas que disfrutan pasando las horas entre fogones, pero hoy me apetece muchísimo cocinar para prepararle una comida deliciosa.

—Martinaaaaaaaaaa —escucho como Aitor me llama con voz mimosa desde la cama.

Sonrío. Voy corriendo y, al verlo tan guapo metidito dentro de la cama, me tiro, literalmente, encima de él. Le doy un besito en los labios.

—¡Buenos días dormilón!

—Creo que tú tampoco te has levantado mucho antes —juguetea con mi pelo.

—¡Venga! —me levanto de la cama intuyendo las insinuaciones de Aitor— que tenemos que preparar una comida deliciosa para Fabio. ¡Y nada italiano! Qué estará harto de comer pasta y pizza.

—No creo que tu hermano se canse nunca de esa comida... —se destapa y se levanta perezoso.

—En realidad, yo tampoco... ¡Pero tengo que sorprenderlo!

—¿Te importaría si salgo un rato a correr y luego te ayudo?

—No. No te preocupes —casi agradezco que se vaya, me apetece estar sola.

Me ha costado decidirme, pero ya lo tengo claro. Voy a preparar unos canapés variados y de plato principal pollo al curry. También haré un postre. Una mousse de fresa. Emocionada, cojo la tabla de cortar, una cebolla, pimiento, ajos y me pongo a picar en trocitos pequeños la verdura. De pronto, noto como si unas manos fuertes me agarraran los muslos y me empotraran contra la pared. Pero no me duele. No me hago daño. Viene un flash a mi mente y recuerdo el sueño que he tenido esta noche. Cierro los ojos y aprieto los labios mientras niego con la cabeza. Los abro e intento eliminar de mi mente esas malditas imágenes. Me agobio. Resoplo. Tengo bastante calor.

Dejo el cuchillo encima de la tabla, me limpio las manos con el trapo y voy al baño. Abro el grifo del agua y me lavo la cara. Al mirarme en el espejo vuelven a venir a mi cabeza más imágenes de esos ojos. Ahora noto como me dejó caer encima de la cama y todavía puedo sentir su cuerpo encima del mío. Estoy súper agobiada. Quiero dejar de pensar en eso... ¡Siento que me estoy volviendo loca! ¡Juro que no puedo más! Me siento en el quicio de la bañera y dejo que mis emociones salgan. Lloro desconsolada pensando una y otra vez en esto que me está pasando. Empiezo a valorar muy seriamente ir al psicólogo para que me ayude. Aunque sé que me va a decir que viví una situación que me ha dejado estas secuelas. ¡Y yo lo que necesito es que me diga cómo narices dejar de pensar en ello! ¡Si por lo menos pudiera controlarlo! ¡Pero ni eso! ¡Viene a mi cabeza en sueños! Lloro con fuerza para desahogarme, me caen las lágrimas sin parar, se me taponan la nariz y el no poder respirar hace que me agobie aún más. Abro la boca y cojo aire para intentar tranquilizarme. Me levanto y paseo por toda la casa para calmarme. Suena el teléfono. Lo miro y veo que es mi madre. ¡Siempre tan oportuna! Paso de cogerlo porque me va a notar que no estoy bien. ¡Dios mío! ¡Qué insistencia! ¡A ver si ha pasado algo! Cojo el móvil, miro la pantalla, me veo tentada a descolgar pero pienso que si ha ocurrido alguna cosa me llamará una segunda vez. La conozco bien. Por fin, el tono deja de martillar mi cabeza. Espero unos minutos y veo que no vuelve a llamar. Nada importante. Tiro el móvil encima del sofá, vuelvo al baño, me lavo la cara y vuelvo a mis verduras, ahora más tranquila. Un golpe de realidad, algo tan sencillo como una llamada, ha conseguido calmarme.

Al rato escucho que Aitor entra por la puerta. Viene con la camiseta muy sudada. Por lo que se escucha por ahí, a muchas mujeres les da morbo ver a un tío sudado. ¡A mí me parece asqueroso! Se acerca a darme un beso, yo estiro los labios para rozar un pelín los suyos pero que no me llene de sudor. ¡Aggg! Me mira fijamente y me intimida.

—¿Qué te ha pasado?

—¿A mí? —no me puedo creer que todavía se me note que he llorado. ¡Me he debido lavar la cara unas veinte veces!

—Sí, a ti.

—Nada —bajo la mirada.

—Tienes los ojos llorosos —los señala con el dedo índice.

—¡De la cebolla! —digo convencida. La verdad es que me estoy haciendo una mentirosa experta y no me gusta nada ser una embustera. ¡Pero qué narices le voy a decir!

Parece que se da por satisfecho y se va directamente a la ducha. Yo suspiro aliviada. Me siento fatal, fatal, fatal. Soy la peor mujer del planeta tierra. Empiezo a dudar si tiene sentido estar con una persona y soñar con otra. Que te rodeen unos brazos mientras tú imaginas otros. Que las sensaciones más profundas las sientas en tu mente y no con él. Que tu cuerpo ansíe unos labios que no sabes ni a quién pertenecen. Que cada centímetro de tu piel necesite ser cubierto con una piel que no es la que te roza cada noche. Que quieras, con todas tus fuerzas, dejar de pensar en él, vivir tu amor con quien está a tu lado y que no puedas porque cada una de tus ensoñaciones te lleva a él. A ese ser que no sabes quién es, cómo se llama, dónde vive, qué intereses tiene... Un ser que no ha podido enamorarte porque lo único que sabes es que dedica su tiempo a robar. Sólo sabes eso, que tiene los ojos más bonitos que jamás hayas visto, y que con sólo una mirada ha conseguido poner tus pies a cien mil metros del suelo.

Suena el telefonillo. ¡Ahí está Fabio! Siento un cosquilleo en el estómago de la emoción. Corro. Llego a la puerta, la abro y ahí está mi hermano. Tan guapo como siempre, quizá un poco más gordito, con su barba, su pelo morenito y una de las sudaderas que tiene que más me gusta.

—Hoy, como venías a verme, has decidido dejar tu ropita elegante para ponerte más deportivo. ¡Cómo a mí tanto me gusta! —le digo nada más verlo.

—Te conozco bien sorellina —suena tan cariñoso como siempre— ¡ven aquí! —abre sus brazos y yo corro hacia ellos, siento su calor, me rodea, le doy muchos besos y huelo su perfume. Huele a él, reconozco ese olor a la perfección. Lo achucho con ganas, me gusta sentirme pequeña en sus brazos. Me da un beso en la cabeza— tengo una sorpresa —me susurra al oído.

Imagino que me traerá algún regalo en la maleta. Me emociono como si fuera una niña pequeña esperando impaciente mi sorpresa. Él se ríe simpático. Le gusta mucho tenerme pendiente de él. Lo miro con ojos jocosos.

—¡Venga! —doy un pisotón en el suelo— no me tengas así —tuerzo el

gesto de mi boca haciendo pucheros para que me haga caso. Sé cómo convencerlo.

—¡Esa carita se lo ha ganado! —casi en ese instante veo aparecer por la puerta a mi amiga Federica. ¡No me lo puedo creer! Corro hacia ella y nos abrazamos súper fuerte.

—¿Pero qué haces aquí? ¡Me habías dicho que tenías que viajar por trabajo! ¿A Suiza se suponía, no? —no recuerdo muy bien, pero sé que me había comentado algo parecido.

—¡Sí! No queríamos que sospecharas nada —está tan emocionada como un niño la mañana del 6 de enero.

—Pues si te soy sincera ni lo había pensado. ¡Y mira que vivís los dos en Roma! ¡Qué idiota! —ellos se miran y se ríen. ¡Me la han jugado pero bien!

Saludan a Aitor, entramos en casa y les enseño nuestro nuevo hogar. ¡Estoy tan emocionada de que mi hermano y mi mejor amiga estén aquí que todavía no me lo puedo creer! Les encanta la casa, Federica dice que se nota que la he decorado yo. Mi hermano le presta menos atención a las cosas de la decoración, pero también se nota que está feliz por mí. Entre ellos noto bastantes risitas y miraditas que me tienen un poco intrigada. ¡A ver si se van a gustar!

—¡Estoy muerto de hambre! —Fabio se lleva la mano a la tripa— ¿con qué menú nos vas a deleitar? —el tonito de burla queda patente.

—¡Ahora verás! —contesto orgullosa.

Mientras Aitor y yo llevamos las cosas a la mesa veo de nuevo el rollito que se trae mi hermano con Federica. ¡Bueno! ¡Y ella con él! Estoy un poco alucinada porque no pegan para nada. Mi hermano es un alma libre, le gusta estar con los amigos, con su gente y, a pesar de ir siempre de punta en blanco, no vive en el mismo mundo de Federica. Su ambiente es todo glamur. Es decir, es como si Fabio fuese una cerveza y Federica una copa del mejor champan.

—¿Tú has visto el rollo que se traen Federica y mi hermano? —le susurro a Aitor en la cocina.

—No. ¿A qué te refieres? —pregunta sin entender.

—¡Madre mía! ¡A las risitas, a las miraditas! Y a una cosa que me ha llamado aún más la atención. ¡Hablan todo el rato en plural! —Aitor me mira y se ríe.

—¡Lo que te gustan las novelas!

Volvemos al salón y nos sentamos en un lado de la mesa y ellos en el otro. La verdad que yo dejo de prestar atención a lo que cuentan y me centro en analizar sus gestos. Nos preguntan por la casa, nos cuentan cosas de sus respectivos trabajos, hablamos de papá y mamá, que vendrán un poco más tarde, de las vacaciones, nos proponen visitarlos en Roma para enseñarnos un local de moda. ¡Y los dos lo conocen y han estado en él! Es muy raro que Fede y Fabio salgan por el mismo sitio... ¿Habrán estado juntos? ¡No puedo aguantar más!

—¿Y vosotros os veis mucho en Roma? —intento que no se me escape ningún gesto entre ellos que pueda ser crucial para saber qué está pasando, porque sé que aquí hay gato encerrado.

—Alguna vez —contesta mi hermano, se ríe, mira a Federica y ella se ríe también. Yo no puedo dejar de alucinar. ¡Estos me están ocultando algo! ¡Fijo! ¡No tengo duda alguna! Miro a Aitor y lo veo concentrado en su comida sin percatarse de que hay algo que estos dos no nos han contado.

—¿Os está gustando la comida? —pregunto.

—¡Sí! —contesta Federica— está muy bueno.

—¡La verdad es que me tienes bastante sorprendido sorellina! —Fabio saca la lengua y se la pasa varias veces por los labios— ¡una delicia!

—¡Pues verás cuando pruebes el postre! —contesta Aitor.

—¿Y de amor qué tal? —directa. Se acabó lo de ir por las ramas. Fabio y Federica se atragantan. ¡Los dos a la vez! ¡Ala! ¡Viva el amor! ¡Ahora sí que alucino muchísimo más!— ¡muy bien! ¿Os creéis que soy tonta? ¡Sé perfectamente que me estáis ocultando algo! ¡No me digáis que lleváis tonteando todo el viaje y os habéis dado cuenta de que os gustáis! A ver si habéis ido al baño del avión y habéis... —me callo. ¡Qué se me va de las manos la imaginación!

—¡Ala! —Federica se hace la ofendida.

—Ni ala, ni nada, ¿me lo vais a contar?

—Creo que no nos va a quedar otra... Tu hermano y yo... —la miro abriendo los ojos esperando que siga la frase— estamos juntos —sonríe, mira a Fabio y el acompaña su sonrisa. Las mujeres cogiendo el toro por los cuerpos siempre, si fuera por él...

—¿Cómo de juntos? —pregunto.

—Pues, juntos —responde él.

—Ya, pero hay muchas formas de estar juntos —me da miedo lo que sé que voy a escuchar. Me alegro muchísimo por ellos, pero como no salga bien sé que me voy a ver involucrada. ¡Mi hermano y mi mejor amiga! ¡Los mataría y los haría picadillo!

—Juntos como tú y Aitor —contesta Federica. Mi hermano pone su mano en la pierna de ella.

—¿Vivís juntos? —¡esto sí que es demasiado! ¿Cómo que igual que Alberto y yo? Si nosotros llevamos un año.

—Sí —responden al unísono.

—¿Y desde cuándo? ¿Y a qué esperabais para decírmelo? —me enfado un poco porque me han tenido engañada.

—La verdad es que hace unos tres meses o así —esto ya me cuadra más— al poco tiempo de llegar a Roma. Federica me ayudó a buscar piso, me enseñó los mejores lugares para comer, para tomar el aperitivo, para salir a beber una copa, los supermercados más económicos, tiendas para decorar la casa... Pasamos mucho tiempo juntos el primer mes —explica Fabio.

—Y claro, entre enseñaros tantos sitios de copas... ¡os acabasteis enrollando! Y yo aquí sin saber nada... ¿por qué no me lo habíais contado?

—Queríamos decírtelo en persona —dice mi amiga tan sonriente como siempre.

—¡No podíamos perdernos esa cara! ¡Y con verla por Skype no nos conformábamos! —bromea Fabio.

—¡Tú encima no te rías! ¡Más os vale que vaya todo bien! Si por lo que sea no es así, no quiero que me metáis en vuestros problemas. Os quiero

mucho a los dos y no soportaría perderos por nada del mundo —ordeno levantando mi dedo índice— ¿entendido?

—¡Entendido! —contestan los dos al unísono.

Disfrutamos de una comida distendida, todos estamos muy felices. Según pasan las horas mi hermano y Federica se van soltando y se hacen arrumacos, aunque, se nota que se sienten un poco tímidos ante mi presencia. ¡Ya ves tú! ¡Yo estoy encantada! ¡Mi hermano y Federica novios! ¡Jamás lo habría imaginado! Pero me alegro muchísimo. Fabio y Aitor hacen muy buenas migas y eso me deja muy tranquila. Hablan de fútbol y como no, del encuentro de esta noche. España contra Italia.

—Quiero proponer una cosa. Como a nosotras el partido nos da igual... ¿qué os parece si hacemos plan de chicas y de chicos? —propone Federica— vosotros os quedáis viendo el fútbol y nosotras nos vamos a tomar unos cócteles.

—¡A mí me parece una idea estupenda! —contesto emocionada. Tengo ganas de hablar con Federica tranquilamente y contarle todo lo que pasa por mi cabeza.

—¡Pues ni te cuento a mí! —añade Fabio guiñándole un ojo a Aitor.

Y así es. Pasadas unas horas nos preparamos como si fuéramos de boda y nos presentamos en el salón delante de nuestros chicos, que no nos hacen ni caso. Los dos charlan animadamente, sentados en el sofá, con una cerveza en la mano y unas patatas fritas en la mesa. Federica se indigna y carraspea llamando la atención de mi hermano, que rápidamente coge al vuelo las insinuaciones.

—No sé si ha sido buena idea que salgáis solas... —dice en tono seductor levantándose del sofá y acercándose a Federica. Al llegar a ella le coge la mano y hace que dé una vuelta sobre sí misma. Él repasa su cuerpo con la mirada y, al volver a estar frente a sus ojos, le planta un besazo de campeonato en la boca. ¡Madre mía! ¡Vaya dos!

Aitor mira la escena sentado en el sofá, se ríe de la situación, seguramente mi cara de asombro también le hará mucha gracia. Me sonrío y me guiña un ojo, yo le contesto lanzándole un beso al aire.

—¡Vamos Fede! ¡Qué al final me dejas plantada por éste! —digo en tono de guasa.

He decidido llevar a Federica a uno de los locales de moda de Madrid. Aparcamos mi coche en un parking cercano y taconeando, cogidas del brazo, llegamos hasta la puerta del pub. La decoración es muy moderna, el color blanco predomina a lo largo del pasillo de entrada que conduce al local y una luz morada ilumina tanto que parece como si fuera de día. Hay grandes macetas, también blancas, a los lados del pasillo y dos gorilas enormes flanquean la entrada. Nos saludan amablemente y con la mano nos indican que pasemos. Dentro hay varias mesas bajas, con sofás, también blancos, una terraza, en la que la decoración es exactamente igual, con la diferencia de que las mesas que están al aire libre tienen un cenicero que parece un mini volcán. La gente que está en el local no pasa de los treinta y todos. Presumen de cuerpos esbeltos, tanto ellos como ellas. Nunca he estado muy a favor de este tipo de sitios en los que si no estás buenorro y eres guapísimo no estás admitido, pero sé que a Federica le encantan, así que, creo que ha sido buena elección. Elegimos una de las mesas que están en la terraza, nos sentamos y a los cinco minutos aparece un camarero elegantemente vestido para tomarnos nota.

—Ahora que estamos solas, ¡cuéntame! ¿Cómo surgió lo de mi hermano? ¡No me puedo creer que seamos cuñadas! —necesito escuchar la historia relatada por ella.

—Fue tal como te hemos contado en la comida. Quedamos mucho durante el primer mes que Fabio estuvo allí y de tanto vernos empezó a surgir... Una noche salimos a un pub a tomar unas cervezas, bebimos y bebimos porque se nos pasaron las horas sin darnos ni cuenta. Estábamos muy a gusto el uno con el otro y... bueno... ya te imaginas lo que pasó —aprieta los labios para contenerse.

—¡Dios mío!

—¡No te asombres tanto! ¡A ver si tú ahora vas a ser una santa! —me guiña el ojo y sigue hablando— nos levantamos a la mañana siguiente y no nos sentimos incómodos, ni mucho menos. Nos confesamos que era algo que llevábamos tiempo queriendo hacer —hace una pausa para coger el cóctel—

gracias —le dice al camarero— creo que desde la tercera vez que estuvimos juntos me di cuenta de que me gustaba... Y así fue... después de esa noche seguimos quedando, nos seguimos liando y hasta ahora. Su casa o la mía siempre estaban vacías porque estábamos en la del otro, así que, le propuse venir a vivir conmigo y él no dudó ni un segundo.

—¿Y sí..? —no sé cómo preguntar pero ella me entiende a la primera.

—Si sale mal se irá. Nos separaremos y se acabó. Sabemos que todo fue muy rápido pero ya sabes que somos almas movidas por el viento y a dónde nos lleve vamos sin rechistar —es como si estuviera relatando frases poéticas de Fabio— tranquila, entiendo que te preocupe lo que has comentado en la cena. Nosotros lo hemos hablado y los dos sabemos en la posición que te encuentras —intento contestar pero Federica me coge la mano y continúa hablando ella— pero te quiero pedir un favor. No pienses en que va a salir mal, no te preocupes por eso. ¡Ojalá pudiera decirte que estoy convencida de que todo va a ir bien! Pero yo tampoco lo sé. Sólo sé que me encantaría, que ahora estamos genial y que sólo vamos a vivir el presente. Si en algún momento algo se tuerce, ¡ya veremos lo que hacemos! No podemos estar ahora pensando en eso... ¡Qué sentido tiene sino el amor!

Federica está totalmente poseída por el enamoramiento, pero creo que tiene razón en lo que dice. Le prometo que así será y le pregunto por Alessandro. Me cuenta que siguió un tiempo buscándola, pero cuando se enteró de que estaba con Fabio se dio por vencido. Por lo que lo conozco, debe haberse arrepentido tantas veces de no haber cuidado ese amor que tenía con mi amiga... Pero sus continuos cansancios, sus ganas de dormir, su poco interés en avanzar en la vida y su falta de darse cuenta lo que estaba perdiendo se llevó la relación que con tanta ilusión habían construido juntos.

—¿Y tú cómo estás con Aitor? —Federica me saca de mis pensamientos.

—Bien, pero hay algo que me preocupa muchísimo —no necesito disimular con ella y esperar a que me interrogue para contarle lo que me está pasando— ¿te acuerdas de la famosa historia del robo?

—¡No me lo puedo creer! —gesticula— ¡tú no me estás hablando del robo! ¡Me estás hablando del “señor mirada”!

—¡Nunca lo habías llamado así! —me río por la ocurrencia mientras Federica me indica con los ojos que siga hablando— sí... Es por él... He

pasado meses sin volver a acordarme del tema pero esta noche me ha pasado algo horrible. ¡He soñado que me acostaba con él! —mi amiga abre la boca del asombro— sí, sí. ¡Si es para alucinar! Pero el problema no es que haya tenido un sueño, digamos erótico, con alguien que no es mi novio. ¡El problema es lo que he sentido! Todavía puedo reproducir las sensaciones en mi cuerpo cada vez que pienso en ello... —siento un escalofrío al recordarlo — No te haces una idea de la intensidad de estas pesadillas.

—Una pesadilla es cuando sueñas algo feo. Esto no es feo —dice con rotundidad mientras enciende un cigarrillo.

—Fabio odia el tabaco desde que dejó de fumar —cambio de tema. Me ha dado un bajón tremendo y el agobio vuelve a mí.

—Lo sé. ¡Ya lo dejaré algún día! —vamos, que le da igual que a mi hermano no le guste... Esta chica es como es, si la quieres bien y sino también — pero no cambiemos de tema Martina. ¿Es acaso feo lo que sueñas?

—No... Todo lo contrario. Pero estoy muy agobiada —me pongo nerviosa — siento que me estoy volviendo loca porque no quiero pensar en ello y no puedo evitarlo. No puedo controlar mi cabeza y eso me hace sentir desequilibrada.

—No sé qué decirte...

—Pues que tú te quedes sin palabras es mucho más preocupante todavía... —empiezo a notar calor y cojo la carta de los cócteles para abanicarme.

—¿Y por qué no disfrutas de los sueños y dejas de darle tanta importancia? ¡Quizá ese es el problema! Es posible que te lo estés tomando demasiado en serio. Al final no deja de ser una persona que te hizo pasar un rato malísimo y ahora te acuerdas de él en unos términos un poco raros, sí, pero bueno, al final la mente trabaja como quiere...

—La cuestión no es soñar con él, el problema es lo que me transmite. Siento una necesidad tremenda de ponerle cara a esos ojos, necesito que los sueños dejen de ser sueños. ¡Ese es mi gran problema! Mi subconsciente lo busca porque quiere hacerlo real. ¡Y yo no quiero! No te puedes hacer una idea de cómo me siento cuando veo a Aitor... ¡Soy la peor persona del mundo mundial! Y me agobio muchísimo por no poder controlar la situación —me desahogo.

—Sé que esto que te voy a decir es una locura, pero, ¿por qué no intentas buscarlo de nuevo? Igual si das con él, le pones cara y compruebas que no es nadie importante para ti, que es todo por el episodio que viviste...

—¿Y si doy con él y no pasa eso? —me da un miedo aterrador.

—Creo que si ocurre eso deberías plantearte tu relación con Aitor. Simplemente, porque cuando quieres a alguien con el corazón al completo, no hay mini huecos para nadie más. Y tú, amiga mía, sabes perfectamente como yo, que sólo se puede querer con el corazón al completo.

Capítulo 13

¡Qué rápido pasa el tiempo! Tengo un bajón tremendo. Después de estos días con Fabio y Federica aquí ahora siento un gran vacío... ¡Por lo menos parece que va a terminar este día horrible! Son las dos de la tarde y llevo toda la mañana de reunión en reunión, de problema en problema y de, ¡gracias a dios!, solución en solución. Pero la intensidad del día me tiene completamente destruida, estoy deseando salir del banco. Cuando llegue a casa me voy a dar un baño de espuma mientras tomo una copita de vino blanco y después me voy a ir de compras. Creo que si me da tiempo también me voy a pasar por el centro de belleza para que me den un masaje. ¡Sí! ¡Me lo merezco! Voy a aprovechar que Aitor está de viaje de trabajo para dedicarme por completo a mí. Soy una persona que le encanta estar rodeada de gente y odia la soledad, pero que, como todos, necesita momentos para dedicárselos a sí misma. Y hoy es uno de esos días. Apoyo la cabeza en el sillón del despacho e imagino cómo meto mis pies en el agua calentita mientras voy notando las burbujitas en mis piernas, me sumerjo al completo y recuesto mi cabeza en una toalla doblada, me relajo unos minutos y cojo la copa de vino que he dejado al lado de la bañera. Le doy un traguito, está dulce y fresco, el sabor se mezcla con el olor a frutos del bosque que desprenden las velas que iluminan el baño, cierro los ojos y me imagino en una playa desierta, escucho el rugir de las olas y... ¡Riiiiiiiiiiiiing! ¡Riiiiiiiiiiiiing! ¡Riiiiiiiiiiiiing! Abro los ojos asustada volviendo a la realidad de mi despacho. Sigo el sonido del móvil mientras lo busco entre la cantidad de papeles que hay encima del escritorio. ¡Riiiiiiiiiiiiing! ¡Riiiiiiiiiiiiing! ¡Riiiiiiiiiiiiing! ¡Sigue sonando como un maldito y no doy con él! ¡Me he puesto hasta nerviosa con tal susto! Por fin lo localizo, es Jorge. Me veo tentada a no cogerlo y llamarlo tranquilamente cuando esté en casa, pero es raro que me llame a estas horas...

—Si te cuento dónde estaba mi mente ahora mismo... —le digo nada más descolgar.

—Martina, perdona que te llame a esta hora, imagino que estás trabajando —me dice con tono serio.

—Sí, pero no te preocupes, ¿pasa algo? —me preocupa.

—Se ha muerto la madre de Carla —me deja alucinada.

—Pero, ¿qué le ha pasado? Si no estaba mala ni nada, ¿no? ¿Ha sido de repente? —hago el tipo de preguntas que en situaciones como estas quizá son un poco absurdas, pero los seres humanos, algunos más que otros, y yo soy de los más, tenemos un afán de saber más y conocer el detalle.

—Ha sido un infarto.

—¿Cómo te has enterado? ¿Qué sabes de Carla?

—Me ha llamado Carlota, estaba con ella cuando la llamaron para decírselo. No sé mucho más. ¿Quieres que pase a buscarte y vamos juntos al tanatorio?

—Tengo el coche aquí. Mejor nos vemos directamente allí, ¿vale? —propongo.

Anoto la dirección del tanatorio y cuelgo el teléfono. Me quedo impactada por la noticia que acaba de darme Jorge. ¡Es tan increíble como de un segundo a otro te cambia la vida por completo! Carla debe estar destrozada... La relación con sus padres no ha sido nunca muy buena, pero algo así siempre te deja tocada. Recuerdo tantos días de charla con ella cuando éramos jovencitas y me contaba las discusiones que había tenido día sí y día también en casa. Seguramente, ahora, las estará echando de menos...

A mí me han cambiado los planes en un segundo, sin embargo, hay alguien que no volverá a tenerlos nunca, ni buenos ni malos, ni decididos ni hechos por obligación... En estos momentos es cuando nos damos cuenta de la cantidad de tiempo que desperdiciamos y de la importancia de disfrutar, valorar y aprovechar cada segundo. Olvidar lo negativo e inundarnos de positividad porque la vida es tan puñetera que, en un segundo, te cambia para siempre.

Me levanto del despacho y salgo directa al coche para ir al tanatorio. Arranco y conduzco pensativa por las calles de Madrid siguiendo las instrucciones del iPhone. Nunca valoramos lo que tenemos, la realidad del día a día, que aunque parezca rutina, es nuestra felicidad. Ahora mismo pagaría lo que fuera por irme a casa a meterme en la bañera como llevo pensando toda la mañana y, en cambio, tengo que irme a un tanatorio. Y si yo pienso esto... ni

me imagino Carla. Porque yo voy a ir hoy un rato, estaré con ella y seguiré estándolo el resto de los días, la animaré para que siga adelante, pero luego me iré a casa y mi vida continuará tal como iba, pudiendo volver a la rutina que es mi vida y mi felicidad. Ahora lo veo así... Sin embargo, para mi amiga nunca volverá esa rutina, nunca volverá a ver a su madre. ¡Dios mío! Se me pone un nudo en el estómago pensando que algo así me pudiera ocurrir a mí. ¡Con lo que quiero a mi madre! Niego con la cabeza eliminando esos pensamientos tan horribles.

En cuanto llego al parking reconozco el coche de Jorge, aparco, estoy un poco nerviosa, pero deseando ver a mi amiga para darle un abrazo. El tanatorio tiene una entrada señorial, con columnas doradas y suelos de mármol, es increíble como algo tan elegante puede transmitir sensaciones tan malas. Subo las escaleras y, al entrar por la puerta, miro la pantallita en la que aparecen varios nombres. Identifico el de la madre de Carla y voy a buscar la sala. ¡Cómo odio estos sitios! Me llama la atención un grupo de gente que está en un sofá, situado en el pasillo general, que se está partiendo de risa con los comentarios de unos y otros. Ese es el tipo de gente que va a los tanatorios a poner la cara, hacer acto de presencia y se va a su casa tan pancho. Que no es que me parezca mal, por supuesto, yo también he ido alguna vez por el mero hecho de tener que ir. Pero no se me ha pasado por la cabeza reírme a carcajadas mientras a escasos metros hay gente pasándolo verdaderamente mal.

Veo a lo lejos salir a Carla por una de las puertas de madera. Como siempre, lleva sus gafas a la última moda y esos labios color carmín, que hoy tiene un poco borrados. Me ve, viene hacia mí y se acurruca en mis brazos. La estrecho fuerte, le doy un beso en la mejilla y escucho como empieza a llorar. Se me pone un nudo en la garganta, pero trago saliva y evito las lágrimas.

—Ya no la voy a ver nunca más... —sorbe por la nariz.

—Tranquila amiga —qué complicado es saber qué decir cuando sabes que las palabras no sirven de consuelo.

—Tanto tiempo sin hablarme prácticamente con ella y ahora que la he perdido me arrepiento tanto —está destrozada.

—Seguro que donde esté te está escuchando y está sonriendo por lo que dices. Porque sabe que la quieres muchísimo y que siempre la vas a recordar.

Carla sigue abrazada a mí, le paso la mano por la cabeza para que sepa que cuenta con todo mi apoyo. Que duro es lo que está diciendo... ¡Cuántas veces nos arrepentimos de haber sido tan gilipollas de enfadarnos y dejar pasar el tiempo! ¿Y luego qué? Las situaciones no se arreglan dejándolo estar, hay que enfrentarlas e intentar poner lo mejor de nosotros para que todo acabe bien. Porque si no, puede pasarnos como a Carla, que cuando queramos volver a dar un abrazo y decir un te quiero, sea demasiado tarde.

Después de pasar casi cinco horas en el tanatorio, decido que es hora de volver a casa. Me gustaría quedarme con Carla, pero ella ha insistido en que prefiere estar con su familia y que sea una noche más íntima. Por supuesto, lo respeto y, en cierto modo, lo agradezco para poder ir a casa y descansar. En los tanatorios siempre hace muchísimo calor y sales buscando bocanadas de aire fresco que te calmen el dolor de cabeza.

Me levanto del sofá en el que estoy sentada con Jorge, me despido de la familia de Carla y de mis amigos, y salgo en busca de esa brisa rumbo hacia mi coche. Estoy deseando llegar a casa, darme una ducha y comerme una ensalada viendo la tele en el sofá. Hoy no estaría mal un poco de helado también. Hay días en los que está permitido todo y yo creo que hoy podría ser uno de ellos.

Mientras conduzco, me doy cuenta de que mañana no voy a poder ir al entierro. Tengo una reunión a las 11 a la que no puedo faltar y, si no recuerdo mal, juraría que me ha dicho que la misa es a las 12. ¡No me da tiempo ni de broma! ¡Mierda! ¿Qué hago? Voy a llamar a Jorge para asegurarme de que estoy en lo cierto. Marco en el manos libres del coche su número y escucho las señales, pi, pi, pi... ¡Nada!

¡¡¡¡¡¡¡¡Pi!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

Casi se me rompen los tímpanos del pitido que me acaba de pegar el coche de al lado. Doy un frenazo para no chocarme con él. Me tiemblan ligeramente las piernas.

—Lo siento —le grito. Sé que tiene razón, iba un poco atontada pensando en la llamada y me he cambiado de carril sin señalizarlo.

El tío pasa olímpicamente de mis disculpas y me hace una peineta. Abro los ojos alucinando por esos modales tan poco educados que ha tenido

conmigo, cuando yo le he dicho lo siento y sin dudarlo ni un minuto le devuelvo la peineta, pero soltando el volante y cogiendo intensidad con la otra mano. Él me mira muy serio, yo le sonrío, le guiño el ojo, le lanzo un beso y le digo adiós con la mano. Acelero mi coche a toda velocidad y él se queda mirándome boquiabierto.

—¡Ahí te quedas gilipollas! —grito— ¡por maleducado!

Sigo conduciendo intentando tranquilizarme, porque aunque parezca muy valiente, en realidad soy una cagada y me pongo de los nervios con este tipo de cosas. Siempre me ha dado miedo pelearme con los coches por si hay algún loco que se baja y me pega un tiro. Mi madre me dice que soy una exagerada y puede que tenga razón, pero oye, yo prefiero prevenir. Aunque últimamente también me enfado demasiado... Voy a tener que empezar a trabajar esto. Retumba el sonido del teléfono por todo el coche, automáticamente, bajo el volumen del manos libres y contesto.

—Hola Martina —es Jorge.

—¡Menos mal que me llamas! ¿A qué hora era el entierro? —pregunto agobiada.

—A las 12.

—¡Ay dios mío! ¡Mira que tengo mala suerte! —niego con la cabeza— tengo una reunión súper importante a las 11 y no puedo faltar. Voy tan acelerada que acaba de ponerse el semáforo en rojo y casi no me ha dado tiempo a frenar.

—¿Y si...? —no escucho nada de lo que me dice Jorge.

—Jorge, no te escucho nada —miro a la derecha y veo que junto a mí hay un motorista— perdona, que hay una moto al lado y con el ruido no oigo —grito.

—¡Qué puedes intentar cambiarla! —le escucho hablar a voces.

—Es muy tarde ya, tendría que avisar mañana a primera hora y no sé...

No puedo seguir hablando. Siento como un cosquilleo recorre mi estómago mientras noto el latido de mi corazón retumbando en cada una de las partes de mi cuerpo. Siento como las manos y las piernas comienzan a temblarme, mi pecho se hincha y se deshinchas con rapidez, mientras noto que me falta el aire.

No puedo creerlo. Cierro los ojos, intento tranquilizarme pero no puedo. Una extraña sensación se ha adueñado de mí mientras ese semáforo ha parado el tiempo. Ha desaparecido la voz de Jorge, sé que está hablando porque escucho como dice mi nombre una y otra vez a lo lejos, son gritos sordos... Yo sólo puedo escuchar el rugir de la moto que está parada al lado de mi coche, miro el cuerpo del motorista, cubierto por un traje negro, sus manos aprietan fuertemente la empuñadura de la moto, acelerando mientras el rugido se clava en lo más profundo de mí, sigo subiendo la mirada, tiene un casco, también negro con la visera levantada. Me quiero negar a volver a mirar pero hay algo mucho más fuerte que yo misma que lleva mis ojos de nuevo a esa mirada que habita desde hace tiempo conmigo. No tengo ninguna duda. Sé que es él. Sólo puedo verle los ojos, pero los reconozco a la perfección, jamás podría olvidar aquella intensidad. Mira al semáforo, mis ojos siguen el mismo camino y el color verde me devuelve a la realidad. Veo como suelta el embrague con la mano, acelera con el puño y vuelve a emprender la marcha.

Escucho como los coches, que están detrás de mí, pitan para que arranque, me he quedado tan petrificada que casi no sé ni cómo conducir. ¡Menos mal que debe ser como lo de montar en bicicleta! Meto primera, suelto el embrague y acelero a toda velocidad siguiendo el sonido del rugir de esa moto que conduce la persona que se ha apoderado de mí, que me ha quitado el sueño durante tanto tiempo y que ocupa cada uno de mis pensamientos cuando le hago el amor al que debería ser mi adorado novio...

¡Sé que estoy como una auténtica cabra! Pero no pienso dejarlo escapar una vez más. Conduzco detrás de él sin dejar de pensar en su mirada. ¡Bendito destino! Ahora sí que no tengo ninguna duda que tengo que dar con él, saber quién es y, sobre todo, por qué me hace sentir esto. Mientras lo pienso, llevo mi mano derecha instintivamente al lado del corazón.

Llega a otro semáforo, se para y yo freno un pelín más tarde que él. Esta vez, en vez de colocarme a su lado, me quedo detrás. Estoy segura de que si me ve podría reconocerme. Observo con detenimiento su espalda, sus brazos, sus piernas montando la moto... No puede ser más placentero imaginarme encima con él... Verde. ¡El maldito semáforo me devuelve a la realidad!

Recto, intermitente a la derecha, recto, rotonda a la izquierda, recto, giramos a la derecha de nuevo, bajamos una calle en cuesta a toda velocidad mientras todos los semáforos nos dan paso... Me pongo nerviosa y acelero un

poco más para juntarme todo lo posible a él, tengo miedo de que me descubra, pero más miedo tengo de tener que parar en un semáforo y perderlo. Tengo que saber dónde va, necesito saber dónde poder encontrarlo. Sólo de pensar que voy a dejar de verlo siento como me falta el aire. Por un momento, temo por mi vida. Tengo tal estado de nervios y ansiedad que me da miedo que me dé un infarto al corazón. Intento respirar profundamente para tranquilizarme y parece que lo voy consiguiendo al mismo ritmo que él empieza a reducir la velocidad. Gira de nuevo a la derecha, entramos en una calle estrecha, con casas bajas y algún que otro edificio viejo en medio, pero de poca altura. Está bastante oscuro, ya que sólo dos tenues farolas iluminan toda la calle. Los cubos de basura están repletos, parece como si hiciera meses que no recogen los residuos. Se enciende la luz roja de freno de la moto, se acerca a la puerta de una casa baja con rejillas negras en las ventanas y en la puerta. Paro el coche y quito las luces, él acelera para subir la moto a la acera. Una vez la tiene en el lugar que quería, apaga las luces y la moto deja de rugir. Levanta una de sus piernas y se baja de la moto. Coge una pitón y la engancha en una de las ruedas. Estoy demasiado lejos y no veo con nitidez, pero sigue con el casco puesto. Vuelvo a ponerme muy nerviosa, sé que no debo hacerlo pero arranco el coche, enciendo las luces y lo giro para que lo apunte directamente a él, a quien no le gusta nada sentir los focos apuntándole directamente y se tapa la cara. Me doy cuenta de que igual no es buena idea seguir aquí, tengo miedo, giro el volante y emprendo la marcha. Por hoy, ha sido suficiente. Conduzco muy despacio y, al pasar por delante de él, me giro para verlo otra vez. Ahí está, ahí están esos ojos y ahí está esa cara... Jamás lo habría podido imaginar así. Y no por lo guapo que es, sino por todo lo que produce en mí.

Avanzo un poco más y, en cuanto puedo, aparco el coche. Estoy demasiado nerviosa y no creo que sea buena idea conducir en este estado. El hombre misterioso es el ser más bello que jamás podría existir. Tiene la piel morena, el pelo negro y unos labios carnosos. Sus facciones son masculinas, tiene marcada la barbilla y la nariz es perfecta también. Ese ser produce en mí el amor más grande que jamás he experimentado. Siento la imperiosa necesidad de plantarme delante de él y pasar horas y horas estudiando cada uno de sus rasgos.

Llevo mucho tiempo imaginando su rostro basándome sólo en sus ojos. Lo había pensado de cientos de maneras y jamás lo dibujé así en mis sueños. Debería sentir miedo, rabia, dolor, odio... Y todo lo que produce en mí es tan

opuesto a eso...

Capítulo 14

Escucho como suena el despertador que cada mañana me separa de mis sueños, sin embargo, hoy no he conseguido pegar ojo en toda la noche. ¡Cómo narices voy a hacerlo! Si su mirada se ha clavado en mí, el resto de su rostro me ha dejado completamente aturdida. Vuelvo a mi memoria una y otra vez, recordando cada uno de sus gestos para repetirlos tantas veces que nunca se me puedan olvidar.

Podría sentirme ridícula y estúpida, sin embargo, es todo lo contrario. Estoy totalmente convencida de mis actos y mis pensamientos. Sé que son una locura, pero no puedo evitarlo, llevo mucho tiempo buscando respuestas y es ahora cuando, por fin, voy a empezar a resolverlas. No pienso quedarme sentada en mi casa, aturdida noche tras noche mientras una mirada vuelve a mí una y otra vez. No soy así y no voy a serlo. Lo único que me hace volver a la realidad es él... Miro a Aitor y observo como duerme plácidamente a mi lado. Niego con la cabeza mientras me muerdo el labio sabiendo que esta situación no puede durar mucho tiempo más. Respiro profundamente.

—Lo sé, soy lo peor que existe en el planeta tierra y me sucederán cientos de desgracias por mis pensamientos —susurro con un hilo de voz casi imperceptible.

El tema es que ahora ya no son sólo pensamientos, también hay hechos. Me incorporo y, cuando voy a salir de la cama, noto como la mano de Aitor, que me sujeta por el brazo y tira de mí.

—¿Dónde vas? ¡Quédate un rato más! —me tumba encima de él mirándome de esa manera tan sensual.

—Tengo que ir a trabajar —me separo. Jamás me perdonaría hacer ahora mismo el amor con él.

—Anda, venga —me vuelve a acercar a él y me roza los labios. Yo me aparto— ¡no te hagas la dura! —pasa su lengua lentamente por encima de mis labios. Siento su cercanía y noto como su mano comienza a masajear mi trasero. Empiezo a sentir calor...

—En serio —me separo de nuevo— debo irme que tengo temas importantes en la oficina. Nos vemos luego —le doy un beso suave en los labios y con determinación me levanto de la cama.

Aitor siempre ha despertado en mí deseo y esta vez no ha sido menos. Pero no puedo hacerlo, tengo que ponerle punto y final a estas locuras que pasan por mi cabeza para poder ser feliz con él. Lo respeto y lo quiero con todo mi corazón y no pienso hacerle el amor mientras no dejen de pensar en otra persona. Ya me ha pasado una vez y no pienso dejar que se repita de nuevo. Él no se merece algo así...Con la historia tan bonita que estábamos construyendo...

Consigo cambiar la reunión para estar junto a mi amiga Carla.

—¿Estás bien? —me pregunta Jorge en cuando acaba el entierro y nos quedamos un rato fuera de la iglesia esperando a que salga Carla para despedirnos de ella.

—Sí, ¿por? —me extraña que me diga eso.

—Estás como ida —asegura.

—Estos sitios son horribles... —contesto y la imagen de ese hombre vuelve a mi cabeza. Empiezo a sentir un dolor fuerte en el estómago. Me duele el brazo derecho, la espalda y el pecho en el lado del corazón. Estoy agobiadísima y no sé qué hacer. Intento respirar y tranquilizarme. Debe ser un ataque de ansiedad... Los minutos se me hacen eternos deseando montarme en el coche e ir al lugar en el que creo que puedo encontrarlo. Miro el reloj de nuevo, Carla no viene —ahora vengo— le digo a Jorge que se queda esperándome con la cara un poco descompuesta.

Busco el baño del tanatorio en el que estuvimos ayer, entro y me echo agua por la nuca. Al sentirla, desconecto un poco mi cabeza y noto como empiezo a tranquilizarme. Me siento en un banco que hay de madera en uno de los laterales del baño y cubro mi cara con las manos. Odio el efecto que ese hombre produce en mí. ¡Lo odio con todas mis fuerzas! ¡Un día me va a dar un puto infarto por su culpa! El sonido de mi móvil me saca de mis pensamientos. ¡Gracias a Dios!

—¿Sí?

—Martina, Carla ya está aquí, ¿dónde te has metido? —noto a Jorge un tanto molesto.

—Estoy en el baño, voy en seguida —sin dejar que conteste cuelgo el teléfono y me levanto para ir a despedirme de mi amiga.

Entro al coche y decido ir a buscarlo de nuevo. Hace un día horrible y no ha parado de llover desde primera hora. Madrid es una locura en días como hoy y la gente parece que no tiene ni idea de conducir. Le doy más velocidad al parabrisas de mi coche y, concentrada, busco la calle en la que estuve ayer. Al irme a casa me fijé en el nombre y lo apunté en el móvil. Sin embargo, por el momento, creo que no voy a necesitar el GPS. Bajo la ventanilla del coche y aspiro el maravilloso olor que desprenden las calles de Madrid los días de lluvia. Creo que se respira un poco mejor e intento llenar mis pulmones. Algo que me viene estupendamente bien para calmar mis nervios. Conduzco tranquilamente hasta llegar a la que me parece la calle que estoy buscando. Miro la placa del nombre y, efectivamente, estoy en el lugar que buscaba. paro el coche y me quedo sentada mirando la puerta de la casa. Hoy no está la moto delante, por lo que me imagino que él no está. ¡Perfecto! Lo esperaré hasta que venga.

Después de pasar dos horas sentada mirando casi sin pestañear, veo que un chico delgado con el pelo sucio y de media melena sale de la casa. Lleva puesto un chándal y anda tambaleándose como si estuviera drogado. Me asusto un poco y me veo tentada a arrancar el coche e irme a casa. Veo que cruza de calle y se acerca a un niño que juega con una pelota en la acera de enfrente. Choca la palma de la mano con él, le revuelve el pelo de manera cariñosa y se va calle arriba. El niño sigue jugando tranquilamente y a mí se me ocurre una idea estupenda.

—Hola —le digo al pequeño colocándome a su lado. Él me mira pero no me contesta— ¿cómo te llamas? —insisto pero sigue sin responder— mi nombre es Martina y estoy buscando a un amigo. Vive en esa casa de ahí — señalo la puerta del lugar en el que vi entrar ayer a mi hombre misterioso. El niño sigue sin decir una sola palabra y empiezo a pensar que igual es mudo. Abro mi bolso y encuentro una piruleta que me dieron el otro día en una despedida de soltera. ¡Menos mal que es un corazón y no tiene ninguna formita indecorosa!— ¿te gustan las piruletas?

—Sí... —contesta tímidamente. ¡Toma! ¡Soy una crack! ¡Ya es mío! Espero tranquila a que la coja de mi mano y justo cuando voy a preguntarle de nuevo me dice— tu amigo se acaba de ir.

—No, lo he visto y ese no es mi amigo. No sé si será hermano suyo porque nos conocemos hace poco —la verdad es que no sé muy bien ni qué excusa ponerle al pequeño para que me cuente cosas. No soy yo muy experta en el arte de los niños...

—Sí, el otro es su hermano. Son muy buenos los dos porque muchas veces me invitan a tomar zumo en su casa —escucho atenta y no sé como narices preguntarle su nombre.

—Sí, son muy buenos —le sigo el rollo— quería darle una sorpresa. ¿Tú sabes a qué hora llega?

—Alberto llega siempre muy tarde por la noche. Yo casi nunca lo veo, pero escucho su moto —Alberto. Así se llama. No hay duda alguna.

—Entonces, yo creo que mejor me voy a ir porque todavía es muy pronto —intento cortar la conversación con el niño y le ofrezco mi mano para que la estreche— encantada. Ha sido un placer. Muchas gracias por tu ayuda.

—¿Quieres que le diga que has venido a buscarlo? ¿Cómo me has dicho que te llamabas?

—Me llamo Martina —no creo que pase nada por decirle mi nombre. De pronto, se me ocurre una idea— estoy pensando que en vez de decirle nada le voy a mandar una carta, porque si se lo dices tú no le voy a dar una sorpresa —el niño se queda mirándome y parece que asiente— el problema es que no sé cuál es su apellido... —intento parecer pensativa sin quitar la vista de él.

—¡Luna! —dice a viva voz.

—¡Es verdad! ¡Qué cabeza tengo! Muchas gracias por tu ayuda —le digo muy educada y me despido con la mano.

—Hasta luego Martina —mueve la manita pequeña de un lado a otro para decirme adiós.

Orgullosa de mi hazaña, vuelvo al coche, lo arranco y pongo rumbo a casa repitiendo una y otra vez ese nombre, Alberto Luna.

Capítulo 15

Aprovecho que Aitor todavía está durmiendo y me levanto sin hacer ruido de la cama. Al posar los pies en el suelo noto como el frío me recorre el cuerpo hasta los hombros, los levanto y me froto los brazos con las manos. Veo la bata en la silla pero prefiero no cogerla para no hacer ruido. Antes de salir de la habitación vuelvo a mirar a Aitor para comprobar que está dormido. ¡Todo en orden! Voy hasta el despacho y veo el ordenador encima del escritorio. Me acerco a él, tiene la tapa bajada, la subo y espero a que se encienda. En cuanto lo hace sale una pantalla azul que me pide una contraseña. ¡Mierda! Pruebo con la fecha de nuestro aniversario. Nada. Me quedo pensativa, intentando dar con la clave pero no hay nada que me venga a la mente. ¿Quizá su cumpleaños? Me veo tentada a probar pero me parece demasiado obvio y más con las paranoillas que tienen los policías con la seguridad. Aprieto mis manos una con otra, resoplo e intento pensar. Miro la habitación intentando descubrir alguna pista. De pronto, recuerdo que un día me dijo que pusiera en la contraseña del ordenador símbolos entre las letras para que fuera más difícil de averiguar. Él siempre utilizaba el del dólar. ¡Bien! Ahora sólo me queda saber qué nombre habrá puesto... Me llevo las manos a la cara tapando los ojos e intentando concentrarme pero no caigo en nada. Su pueblo, el nombre de su madre, su padre, su mascota. ¡Sí! Recuerdo que me habló de que tuvo un periquito que se murió asfixiado en un viaje que hicieron a Málaga. Un hecho que le había causado un gran trauma, según me estuvo contando. Siempre se había sentido culpable por no haberlo dejado en casa como le decía su madre. ¿Será el nombre del pájaro? Pero, ¿cómo narices era? ¡No me acuerdo! A ver, tengo que pensar. ¿Qué nombre se le podría poner a un periquito? Volador, colorín, piquito, patitas o este tipo de cosas, ¿no? Buff, ¡ni idea! ¡Aviador! ¡Sí! Así era como se llamaba. Estoy segurísima. Pruebo la palabra con el símbolo del dólar entre las letras y... ¡Eureka! ¡Ya estoy dentro del ordenador! Miro el reloj. Las 6:30 de la mañana y Aitor suele levantarse a las 6:45. ¡Me he liado con la puñetera contraseña y ahora no voy a tener casi tiempo de buscar nada! Rápidamente localizo el acceso directo que estaba buscado. Lo abro y, sorprendentemente, ¡no me pide

contraseña! ¡Está claro que hoy va a ser mi día de suerte! Creo que debería valorar la posibilidad de ir a comprar un décimo de lotería cuando salga de trabajar... Bueno, a lo que estaba. Tecleo rápidamente el nombre de Alberto Luna y no sale ningún resultado. ¡No me lo puedo creer! Vuelvo a hacerlo de nuevo. Espero, espero, espero. “Ningún resultado coincide con su búsqueda”. ¿Eso quiere decir que no lo tienen fichado? Pero si Aitor me dijo que sabían quiénes eran los ladrones del banco... ¡No entiendo nada!

—¡Martina! —veo a Aitor en la puerta del despacho con cara de pocos amigos— ¿se puede saber qué haces con mi ordenador del trabajo?

—¡Amor! ¡Qué susto! —disimulo. En realidad, me tiemblan las piernas— tenía que enviar un email importante del trabajo. Antes de llegar a la oficina tengo que pasar por un sitio y no me iba a dar tiempo. ¡Perdona pero ayer me llevé mi portátil al banco y lo olvidé allí!

—¿Y tú móvil? —Aitor no es tonto y sabe perfectamente que le estoy mintiendo. Se acerca a mí y rápidamente cierro la página que tenía abierta. Tengo miedo de que se haya quedado el nombre de Alberto Luna grabado en el ordenador y Aitor se ponga a investigar.

—El móvil no tiene batería... —me doy por vencida. Es absurdo— vale, te digo la verdad. He vuelto a soñar con el día del atraco y he entrado a tu ordenador a ver si encontraba algo. No quería preguntarte directamente porque me vas a tomar por loca —según digo estas palabras pienso en lo que ha pasado los últimos días y si se enterara... en ese caso sí alucinaría y esto le parecería cosa de niños— recuerdo que me dijiste que los teníais fichados y...

—No los tenemos fichados. Sabemos que son tres, que lo han hecho varias veces, conocemos su modus operandi y hemos estudiado a la perfección cada uno de sus robos. Pero no se ha conseguido dar nunca con la identidad de ninguno de los tres —explica con calma mientras yo empiezo a hilar. Ahora entiendo que no salga su nombre— cariño, pensé que ese tema estaba zanjado.

—Y lo está. Te lo prometo —la sensación de culpa vuelve a inundarme. Le miento una vez tras otra y él no se lo merece— sólo ha sido cuestión de un impulso. He tenido una pesadilla, me he asustado y se me ha pasado por la cabeza buscar en tu ordenador. Lo siento.

—Estás perdonada, pero no quiero que vuelva a ocurrir. Cuando haya algo que te preocupe me gustaría que me lo dijeras. Somos una pareja y quiero

apoyarte en lo que necesites —habla con tanta calma que, por primera vez, me parece la persona más opuesta a mí del planeta.

No sé si debería o no, pero el saber que ese hombre no está fichado me trasmite gran calma. Y no es por pensar que no puede hacerme nada malo ni que es una persona peligrosa, sino que me alegro por él. La mente del ser humano es totalmente incomprensible. ¿Cómo es posible llegar a idealizar a alguien que te ha hecho vivir un episodio de pánico? Creo que mi interior está agradecido por haberme salvado la vida. Quizá es eso lo que me está pasando, que me siento en deuda con él y hasta que no se lo agradezca no voy a vivir en calma. Sí, seguramente será eso. Lo mejor es que lo vuelva a buscar, hable con él, le dé las gracias y zanje este tema para siempre.

Paso la tarde mirando el reloj deseando que pasen los minutos para volver a ese lugar al que mi mente viaja sin descanso. Tengo suerte de que hoy Aitor no va a llegar a casa hasta la una de la mañana y así no tengo que estar dando explicaciones. El otro día eran las once y media cuando Alberto Luna apareció en su casa. Espero que hoy lo haga a la misma hora, de todas formas, por si se adelanta, decido salir de casa a las diez.

Llego al mismo lugar que regento desde hace unos días, el sitio que se ha convertido en mi obsesión. Aparco el coche, me quedo mirando pensativa la casa, me muerdo el labio y cierro los ojos un tanto agobiada por lo que me está pasando. Me siento un poco imbécil, es como si una fuerza superior actuara por mí y eso me pone de los nervios. Lo bueno es que, por fin, he llegado a una determinación. En cuanto hable con él y le dé las gracias se acabó para siempre.

—Juro que hoy es el último día que vengo a este sitio —digo convencida.

Miro el reloj, las once, todavía queda media hora para que llegue. Mientras espero paciente, veo que se abre la puerta de la casa y el chico del otro día sale a la calle. En cuanto cruza el umbral saca un paquete de tabaco del bolsillo del chándal y se enciende un cigarro que agarra con manos temblorosas. No debe tener más de veinticinco años, pero aparenta muchísimos más. Estoy convencida de que este chico está metido en la droga.

Tiene un aspecto horrible, con el pelo de media melena sucio y que le tapa los ojos, esas manos esqueléticas, los huesos de la cara marcados y la forma de andar que parece que tiene setenta años. Siento lástima por él. A mí los drogadictos o alcohólicos, en realidad no sé qué adicción tiene, pero sé que alguna sí, nunca me han dado miedo. Todo lo contrario, me dan mucha pena porque en muchas ocasiones las situaciones de la vida les han llevado a ese pozo del que es tan difícil salir. En este momento me doy cuenta que parece que cuando vivimos en un mundo lleno de comodidades no nos damos cuenta de que hay una línea estrecha que nos separa de una realidad completamente diferente. En ocasiones, basta con cruzar una calle para adentrarte en un mundo del que no eres para nada consciente.

El rugir de una moto me saca de mis pensamientos, siento como se me encoge el estómago, miro por el retrovisor y veo como una luz se acerca a dónde estoy. Intento distinguir al conductor, pero la luz lo ciega todo. Espero pacientemente a que pase por mi lado mientras los minutos se me hacen eternos. Repaso mentalmente el plan: Cuando pare la moto, salgo del coche, voy hacia él, me presento, le digo por qué estoy aquí y me voy. Tengo muy claro que no voy a dejarle hablar para que no me desconcentre y me olvide del objetivo principal, que es decirle adiós para siempre y quitarme estas ideas estúpidas de mi cabeza.

La moto pasa por mi lado y a pocos metros se para. Alberto se baja de ella de manera masculina, posando un pie en el suelo y levantando el otro. Cojo la manilla de la puerta para dirigirme a él, el corazón me bombea con fuerza mientras un nudo aprieta mi estómago y un aliado suyo hace lo mismo en mi garganta. Respiro profundamente notando como mi pecho se hincha y abro la puerta. Tengo la vista fija en él, antes de salir del coche observo cómo se quita el casco y vuelvo a analizar cada uno de sus gestos, es el ser más bello sobre la faz de la tierra. Pasa su mano por el pelo, tiene los rasgos perfectamente marcados y una barba de dos días adorna su bello rostro. Vuelvo a respirar profundamente y cuando voy a salir del coche veo cómo se quita la sudadera sacándola por su cabeza, mientras su camiseta juguetona deja al descubierto parte de su torso. Me quedo completamente inmóvil, estoy absorta en sus músculos y mi mirada se queda fija en un punto, exactamente en la parte superior de uno de sus oblicuos, donde me percaté de un tatuaje con forma de luna.

La imagen que tengo delante me hace pensar en El David de Miguel Ángel,

la perfección del cuerpo humano. La camiseta vuelve a su sitio y se borra el tatuaje de mi vista, pero aprovecho para seguir analizándolo. Ahora fijo mi vista en sus brazos, son musculosos y fuertes, tiene la piel morena y tersa... Vuelvo a cerrar la puerta del coche, estoy paralizada y lo único que quiero es seguir observándolo con calma, concentrada, recreándome en cada milímetro de su piel mientras obligo a mi mente a memorizarlos.

Me he quedado tan ensimismada que no vuelvo en mí hasta que escucho como la puerta se cierra. Doy un bote sobresaltada y me doy cuenta de que he dejado escapar mi oportunidad de hablar con él. Me vuelvo a sentir gilipollas perdida por no poder tener autocontrol cuando lo tengo delante de mi vista. Empiezo a sentir calor, mucho calor y sudores fríos...

Arranco el coche y acelerando con rabia dejo ese lugar atrás. Conduzco como una loca deseando llegar a casa cuanto antes. Miro el reloj, son las once y treinta y cinco. Un semáforo en rojo me hace parar de un frenazo recordando de inmediato aquella mirada a mi lado, escuchando el rugir de la moto que conduce él... Alberto Luna. Vuelve a mi mente su mano empuñando el acelerador y un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Mi cabeza me recuerda, de nuevo, sus ojos, su torso desnudo, sus brazos, su tatuaje en ese lugar tan insinuante del cuerpo, cada una de las líneas de su rostro, me imagino acariciando su pecho desnudo, sintiendo como sus brazos me rodean con fuerza, sus labios rozando los míos... Piiiiiiiiiii. ¡Me asusto! Miro por el retrovisor, el conductor que está detrás de mí me hace gestos con los brazos señalando el semáforo, lo miro y veo que está en verde. Meto primera, acelero e intento volver a la realidad, si es que puedo...

Aparco en el garaje y al salir del coche veo que el de Aitor baja por la rampa. Miro la hora. ¡Mierda! ¡Se ha adelantado! Me miro al espejo, me peino con las manos y respiro profundamente para que no note la alteración que me ha poseído. Bajo del coche, lo cierro y escuchando el sonido de mis tacones voy a su encuentro.

—Cariño, ¿cómo has llegado tan pronto? —le doy un beso.

—¡Ya ves! ¡Por los días que llego más tarde! —me acerca a él con un brazo. Mi mente viaja a los brazos de Alberto Luna. Me separo— ¿estás bien?

—Sí, ¿por? —disimulo.

—Estás nerviosa... —se queda pensativo— ¿de dónde vienes a estas

horas?

—Tampoco es tan tarde —andamos de la mano hacia el ascensor— he estado tomando unas cervezas con Jorge y venía un poco preocupada por si me paraba la policía —recalco la última palabra guiñándole un ojo.

—A ver si voy a tenerte que poner una multa —dice jugueteón. Entramos en el ascensor, le doy al botón y él me rodea dándome un beso ligero que yo comienzo a acelerar.

No sé qué me pasa pero estoy desenfrenada, saqueo la boca de Aitor con deseo mientras lo empujo contra la pared. Paso mis manos por su cuerpo y mis dedos juegan con sus pectorales. Las imágenes de Alberto Luna vuelven a mi cabeza, abro los ojos y veo a Aitor, sin embargo, esta vez no puedo parar. Los vuelvo a cerrar y me dejo llevar por el deseo loco que me ha poseído. El ascensor llega a nuestro piso, Aitor saca las llaves del bolsillo y abre la puerta de casa. Entramos besándonos sin parar, mi mente viaja una y otra vez a otro lugar mientras no deja de repetir su nombre: Alberto Luna. De camino a la cama paramos varias veces en el pasillo, le cojo las manos y, entrelazándoselas, lo empotro contra la pared. Me gusta tener el control. Alberto Luna. Llegamos a la cama y sin dudarlo me pongo encima de él y sin descanso lo beso sin aliento recorriendo cada centímetro de su cuerpo. Le hago el amor como nunca, imaginando que la persona que gime entre mis piernas es él, Alberto Luna, el único hombre al que deseo con todo mi ser.

Alberto, Alberto, Alberto... No puedo dejar de repetir su nombre en mi mente y recordar las pocas veces que lo he visto. Una a una vuelven todas esas imágenes a mi cabeza sin parar. Juntos, llegamos al éxtasis, me dejo caer encima de él, mientras noto como una lágrima corre por mi mejilla.

Capítulo 16

Y así llevo un día tras otro, sin faltar a mi cita ni uno sólo durante un mes entero. He intentado evitarlo muchas veces, pero una fuerza superior a mí me trae aquí cada noche. Unos días estoy menos tiempo, otros estoy más, siempre dependo de la hora a la que llegue él. Alberto Luna. En realidad, no tengo ni idea de lo que hago aquí, ni siquiera me impulsa la necesidad de ir a hablar con él, de darle las gracias o intentar solucionar este torbellino que recorre todo mi cuerpo cada vez que estoy en este lugar. Me conformo con verlo, con analizar sus gestos desde la distancia, ya no puedo evitarlo, ni tan siquiera me molesto en intentarlo. Es un hábito que he tomado y al que no pienso renunciar. No sé cuánto tiempo seguiré así, pero me da igual.

El otro día, hablando con Federica, me insinuó que estoy perdiendo la cabeza. He llegado a posponer viajes, cancelar cenas e inventar mil excusas para no faltar ni una sola noche a este lugar. Sé que está preocupada por mí, pero ya le he explicado que soy plenamente consciente de mis actos. Imagino que llegará el día que me canse de venir a este lugar sin que me dé nada a cambio, o eso quiero imaginar... Porque, por el momento, me vale un solo segundo observándolo para despertar ese cosquilleo en mi estómago que me hace sentir viva. Parece que lo de las mariposas era verdad y me lo hace sentir alguien a quien no he tocado, a quien no conozco y del que no sé absolutamente nada, únicamente, que tiene la mirada más bonita jamás inventada.

La situación con Aitor no ha cambiado mucho desde la última vez. En un par de ocasiones me ha preguntado si me pasa algo porque me nota arisca, pero esas dudas desaparecen cuando muchas noches le hago el amor de manera desenfrenada. Él cree que la pasión entre nosotros está más viva que nunca y no imagina que mientras me acuesto con él pienso en otro, que él me sirve de desquite acallando mis deseos de estar con Alberto... Soy consciente de que no me estoy portando bien, me parece muy injusto mi trato hacia Aitor e imagino que, tarde o temprano, tendré que ponerle fin a nuestra relación. Pero,

por el momento, no me he visto con fuerzas para hacerlo. Intento convencerme de que esto que me está ocurriendo es algo temporal y pasará... tengo la esperanza de que se me olvide esta locura y pueda volver a ser la que era. El problema es que hay muchas veces que no sé si me gusta más la que era antes o la que soy ahora. Aquí, en este lugar, mirando esa puerta, como si estuviera totalmente chalada, me siento la persona más coherente del mundo, por el simple hecho, de que estoy haciendo lo que quiero, lo que me nace y siento de verdad, algo, que muchos, nunca se atreven a hacer.

Los primeros días esperaba sentada en el coche hasta que él aparecía, sin embargo, hace algunos que me siento en un banco desde el que se ve la puerta. He tenido que cuidarme de que el niño de aquel primer día no me vea porque tengo miedo de que vaya corriendo a decirle a Alberto Luna que su amiga está aquí. De todas formas, como siempre vengo por la noche, no he vuelto a verlo. Imagino que estará durmiendo. Al que veo prácticamente todos los días es al chico de media melena. Y siempre tiene el mismo aspecto. Por su parte, la espera de Alberto Luna ha sido unos días más larga y otros menos. Me ha dado igual cuánto tiempo he tenido que pasar aquí, sabiendo que el fin es volver a verlo. Eso es lo único que me ha inquietado durante este tiempo, que una noche no apareciera, pero siempre ha llegado a su casa a dormir. Conozco de memoria cada una de las líneas de su rostro, lo que me sirve para recordarlo todo el día y hacer volar mi imaginación. A veces, más lejos de lo que me gustaría.

Miro el reloj. Las doce menos cuarto. Hoy me va a tocar irme tarde a casa... Los primeros días me preocupaba por las excusas que tenía que inventar para Aitor, ahora, las noches que no trabaja, he inventado a una compañera del trabajo que está deprimida y a quién voy a hacerle compañía cada día. Soy lo peor, lo sé. Me siento verdaderamente mal cuando pienso en lo injusta que estoy siendo, pero lo que me impulsa a sentarme en este banco cada noche es una fuerza mucho más potente. Sé que tendré que ponerle punto y final a todo esto. Pero, por ahora, no puedo...

Vuelvo a mirar el reloj. Las doce menos cinco y sigo sin escuchar el rugir de la moto, que se ha convertido en la banda sonora de mi vida. A pesar de no verlo, hoy siento una extraña sensación de nervios y mi pierna derecha no para de pisar el suelo una y otra vez como si fuera un caballo desbocado. Arriba y abajo, arriba y abajo. Veo pasar una pareja, que se agarra de la mano, por delante de mí. Se miran sonrientes y de sus ojos se desprende ilusión. Siento

envidia... Yo también viví eso con Aitor y ahora ha quedado totalmente en el olvido... Me gustaría convencerme de que cuando todo esto pase voy a volver a quererlo como antes, pero en el fondo de mi corazón sé que cuando se quiere a alguien con el alma, no te ciegas con otra persona como me está pasando a mí. Me imagino corriendo con Alberto Luna como locos, dados de la mano por una playa desierta, él me coge al vuelo, yo me agarro de su cuello y lo miro mientras él gira sobre sí mismo haciéndome volar...

—Hoy hace exactamente treinta días —una voz suave susurra a mi oído devolviéndome a la realidad. Me duele el estómago y un nudo aprieta con fuerza mi garganta, el corazón me bombea a toda velocidad y siento como mis piernas y brazos se ponen en tensión. Tengo la intención de girarme para ver a la persona que me habla desde detrás del banco, pero me he quedado completamente paralizada— quería saber cuánto tiempo serías capaz de seguir aquí, viniendo cada noche, pero me ha podido la curiosidad... —sigue susurrando casi rozando mi oreja con un cierto tono jocoso.

No sé si la voz que estoy escuchando me ha hecho volver a la realidad o soñar más que nunca. Sé perfectamente quién está a mi espalda, lo noto en la reacción de mi cuerpo ante sus susurros en mi oído. Mi pierna ya no tiembla nerviosa, todas mis articulaciones están paralizadas, la única que trabaja es mi mente, a toda velocidad. Me creía muy discreta y resulta que ha estado viendo cómo lo observo cada noche. No lo aguanto más, me levanto del banco, me giro y me sitúo frente a él. Aguanto mis ganas desenfrenadas de tirarme a sus brazos. Si desde la lejanía era un ser perfecto, desde cerca es algo similar a los dioses... No puedo ni describirlo.

—Perdona —me cuesta hablar— no sé a qué te refieres.

—Lo sabes perfectamente —comienza a andar rodeando el banco para acercarse a mí.

—Creo que te equivocas de persona —miento. Estoy nerviosísima, empiezo a temer por mi vida con la velocidad a la que late mi corazón. Por un instante, mi mente recobra la cordura y recuerdo que este hombre me apuntó con un gatillo hace un año.

—No me equivoco —sigue acercándose despacio. Dejo las tonterías a un lado y decido coger el toro por los cuernos. Algún día tenía que llegar el momento...

—Mi nombre es Martina —hago una pausa para explicarle— soy la chica...

—Sé perfectamente quién eres —está a pocos centímetros de mí. Y por su mirada, sé que no me miente.

—Aunque debería estar furiosa contigo por dedicarte a semejante profesión —no sé muy bien ni lo que estoy diciendo, ¿a quién se le ocurre llamarle “profesión” a ser ladrón de bancos? ¡A mí!— bueno... profesión por llamarlo de alguna manera... Bueno, volviendo al tema —noto como él deja entrever una mini sonrisilla ante mis palabras— estuve muy enfadada contigo los primeros días después del atraco. ¿Tú eres consciente de que me pusiste una pistola en la cabeza? —estoy hablándole como si lo conociera de toda la vida.

—Yo... —intenta hablar, pero le corto.

—No, no, ¡déjame seguir! —le ordeno, ahora que me he lanzado no me voy a quedar a medias— resulta, que los primeros días te odiaba con todas mis fuerzas. Pero, poco a poco fui entendiendo que lo que me pasa es que me siento en deuda contigo. El otro tío te mandó dispararme y no lo hiciste, por lo tanto, imagino que tengo que estar agradecida —se vuelve a reír y yo me muero de amor con esa sonrisa perfecta, con los dientes alineados uno por uno como si se tratara de un anuncio de pasta de dientes y dejando entrever dos pequeños hoyuelos. Cierro los ojos y niego con la cabeza, ¡no te desconcentres Martina!— por eso es por lo que he venido aquí —hago una pausa— para darte las gracias.

—¿Y para eso has venido todos los días de un largo mes? ¿A qué estabas esperando? —se acerca más a mí.

—La verdad que no te sé contestar a esa pregunta, pero bueno, ¡ya está hecho! —me giro en dirección a mi coche, lo vuelvo a mirar y digo convenida — ¡muchas gracias! ¡Encantada de conocerte! y ¡adiós!

Antes de girarme veo como vuelve a reírse. Suspiro. Y con todo mi pesar comienzo a andar hacia el coche. No me puedo creer lo que acaba de pasar. ¡El muy puñetero me ha estado viendo todos estos días! ¡Qué gilipollas he sido! Bueno, por lo menos, se ha acabado esta locura. ¡No pienso volver aquí nunca más! ¡Dios mío! Pero, ¿y esa sonrisa? No, no y no. Niego con la cabeza volviendo a suspirar. Justo cuando voy a abrir la puerta del coche alguien toca

mi brazo y un sinfín de sensaciones vuelven a recorrer todo mi cuerpo. Es algo tan extraño y placentero a la vez... Todas mis articulaciones se ponen en tensión y al mismo tiempo siento que estoy levitando, cada roce me hace sentir que tengo alas para volar.

—Tengo que irme —me giro para volver a verlo.

—¿De verdad has venido sólo a darme las gracias? —ahora habla bastante más serio que antes— ¿no me tenías miedo? No es algo de lo que me guste presumir, pero, digamos, que no soy una persona convencional. Mi profesión —recalca esta última palabra— no es muy habitual.

—Imagino que cada uno tiene sus circunstancias y yo no soy quién para juzgar a nadie —contesto con sinceridad.

—¿Sabes una cosa? —se calla mientras yo espero que siga hablando. Se acerca a mí y todo mi cuerpo vuelve a estar en tensión— me gustaba que vinieras a verme cada noche, Martina —ha prestado atención cuando he dicho mi nombre. Y suena tan bonito saliendo de su boca... Es como si cada una de sus cuerdas vocales hubieran tejido la tela más suave, elegante y bonita del mundo— yo también pensé en ti después de aquel día —¡ay dios mío! ¡Pero qué está diciendo!

—Tengo que irme. Esta locura acaba aquí —digo de nuevo. Me giro, abro la puerta del coche, me siento y arranco. Él da dos golpecitos en mi ventanilla, la bajo.

—Hay miradas que llegan al alma —me mira y se separa del coche dejándome marchar.

Acelero a toda velocidad como si cuanto más fuerte pisara el pedal más rápido pudiera olvidar todo aquello. Miles de imágenes comienzan a ocupar mi mente mientras yo me siento más viva que nunca. ¿Por qué he salido huyendo? Es tan fuerte lo que he sentido estando con él que me ha dado miedo. De pequeña imaginaba cómo sería el amor verdadero, veía películas y soñaba con un amor de cuento, decían que hay una media naranja que te completa, que no hace falta buscarla porque aparece... Decían que cuando llega esa persona lo sabes porque te hace sentir que el mundo se para ante tus pies... Decían que si te coge de la mano con fuerza sabrás que junto a él da igual lo que pase, a donde vayas, las situaciones que tengas que enfrentar o las penas que vivir, todo, lo bueno, lo malo y lo regular siempre será mejor con

él... Decían tantas cosas que yo pensaba que se trataba de cuentos de hadas... Y ahora, todo lo que decían lo digo yo. ¿Y cómo puedo saberlo en tan poco tiempo? Porque hay miradas que llegan al alma, recuerdo las palabras que él me ha dicho.

Capítulo 17

Casi son las dos de la tarde y he conseguido pasar toda la mañana concentrada en mi trabajo. Después de los nervios de ayer es como si, de pronto, hubiera encontrado la calma. Las imágenes de Alberto no dejan de volver a mi cabeza, repito las palabras que me dijo y sigo sorprendida, pero ahora lo disfruto, me siento paseando por encima de las nubes y no tengo miedo. Me enfado con las puñeteras mariposas de mi estomago. ¡Malditas! ¡A buenas horas les da por echar a volar! Suena el pitido que anuncia que un email ha entrado en mi buzón de correo. Es Federica.

Hola amica. Come stai? Hablamos en un ratito? Imagino que estás en el trabajo... Al llegar a casa? Un beso. Federica.

Miro de nuevo el reloj, no tengo prisa ninguna de irme a casa. Total... cuanto más tiempo tarde en ver a Aitor será mejor.

Ciao Fede. Te llamo en cinco minutos. Besos. Martina.

Ahora que pienso en Aitor me percató de que no ha venido en toda la noche a dormir a casa... ¿Cómo es posible que no haya caído hasta ahora? ¿Estará bien? Cojo mi móvil. Marco su número y escucho los pitiditos, piii, piii, piii, justo cuando voy a colgar escucho su voz.

—¿Sí? —responde.

—Hola, ¿estás bien? Hoy no has venido a dormir a casa —no sé ni cómo hablar con él. Es increíble cómo puedes perder la confianza de un día para otro con la persona que lo has compartido todo.

—Un caso nos dio más problemas de lo previsto —él tampoco está muy receptivo.

—Pero, ¿estás bien? —insisto. Aunque me haya comportado así le tengo mucho cariño y me preocupa.

—Sí, estoy perfectamente. ¿Nos veremos luego? Hoy llegaré para cenar en casa. Estaría bien que preparáramos algo y pudiéramos compartir un rato... — hace una pausa— hace días que no estamos juntos.

—Ya sabes que mi compañera ha tenido problemas... —me muerdo el labio— pero, te prometo, que hoy voy a cenar contigo.

—Nos vemos luego cariño —las últimas palabras resuenan en mi cabeza y me taladran el alma.

—Hasta luego —no puedo responderle de la misma forma a sus términos cariñosos.

Se acabó. Mis escapadas nocturnas ya no tienen sentido. Tengo que retomar mi vida, olvidarme de Alberto y de todos estos días... Un nudo me aprieta el estómago. Sí, se supone que ese era mi objetivo... Hablar con él, darle las gracias y pasar página. Se tiene que acabar.

Estoy tan sumida en mis pensamientos que si no fuera por la pantalla del ordenador, ni me habría percatado del sonido de Skype. Siempre tan puntual.

—Ciao amica —Federica abre los brazos, mientras se acerca a la pantalla del ordenador y me lanza un beso.

—Recibido —hago que lo cojo con la mano y me lo planto en la mejilla— llevábamos mil días sin hablar y tengo muchísimas cosas que contarte.

—Pues qué maravilla, porque mi vida es un completo aburrimiento últimamente —siempre tan inconformista.

—No me digas eso que voy a tenerle que echar la bronca a mi hermano —todavía se me hace raro que sean novios.

—¡Qué va! Él es el único que le pone algo de color, pero estos días está fuera de la ciudad por trabajo y yo me he acostumbrado tanto a él que ahora la vida se me hace aburrida —alucino con el comentario de mi amiga.

—Y yo que pensaba a pies juntillas que la gente no cambia... ¡Tú eres la excepción que confirma la regla! —me río a carcajadas al ver como Federica asiente sonriente con cara de enamorada.

—¡Ya ves! L'amore è così! —se levanta y da una vuelta sobre sí misma, yo la observo risueña— pero bien, centrémonos —vuelve a sentarse y se pone seria— empieza a contarme todas esas novedades.

—Ayer estuve con él —directa al grano, necesito compartirlo con alguien. Comienzo a relatarle toda la historia y Federica alucina en colores con cada una de mis confesiones—... y eso es todo. Ahora... el tema es que se acabó. Ya no voy a volver a ese lugar y me tengo que convencer de olvidarme de él. Es una absurdez.

—¡¿Pero en serio te dijo eso de que hay miradas que llegan al alma?! ¡Santa madonna! ¿Y en serio sabía quién eras? ¡Pero cómo puñetas puedes decir que se acabó! —está emocionadísima— me da a mí que esto no ha hecho más que empezar... ¡Ay la leche!

—¡Me estás poniendo súper nerviosa! ¿Puedes tranquilizarte? —le pido riéndome.

—¡No! ¿Cómo quieres que me tranquilice? ¡Lo que no entiendo es cómo estás tú tan pausada con lo que te acaba de pasar! —sube la voz con cada afirmación que hace.

—Pues fíjate... eso mismo he pensado yo. Siento una calma tan extraña... supongo que será por saber que toda esta tremenda locura se ha terminado —digo con pena.

—Martina, a mí no tienes que engañarme. Entiendo que lo hagas con Aitor, que por cierto, ¡ya hablaremos de eso! —Federica tiene muy buena relación con él y sé que me va a echar la bronca, y ¡con toda la razón del mundo!— pero, a lo que íbamos... ¡No tengas la poca vergüenza de engañarme! Esta persona o mirada —recalca la última palabra— lleva martilleando tu cabeza casi un año y ¿ahora vas a darle carpetazo? Si lo pensaras de verdad no te digo nada, me parecería que haces lo propio, el problema es que no puedo hacer que me lo creo sin más. Sé que no es eso lo que sientes.

—¿Y cuál es tu magnífica idea? ¿Qué vaya a buscarlo? ¿Qué le diga a Aitor que se acabó la relación? ¿Qué intente una vida con una persona de la que no sé nada y que a saber en qué ocupa el tiempo? ¿Quieres que me guíe sólo por haberme enamorado de una mirada? —según digo la última frase me tapo la cara con las manos queriéndome ocultar de mí misma.

—Creo que no hace falta que te diga mucho más... —sé que Federica hace

alusión a esa palabrita maldita que ha salido de mi boca— ¡sí! Sí te lo voy a decir —cambia de opinión— ¡has dicho enamorada! ¿Tú te das cuenta? No sé si tienes que hacer todo eso que dices, pero, te aseguro, que sería la locura más cuerda de tu vida.

—Voy a tomarme un tiempo. Tengo que pensarlo todo bien, igual cojo unos días en el trabajo y me voy de viaje para pensar...

—¿Te imaginas que te lo encuentras en el viaje? —se ríe a carcajadas.

—¡Con el agobio que tengo y tú cachondeándote! ¡Es para matarte! —resoplo.

—Hombre, reconocerás que te lo hago más llevadero —sonríe, ¡claro que lo hace mucho más fácil!

Hablamos un ratito más y, finalmente, nos prometemos hablar un poco más a menudo. Más que nada, me pide, que la próxima vez no tenga tantas novedades que le hagan ponerse de los nervios. ¡Qué graciosa es! Dice que le irá mejor en pequeñas dosis... Mientras apago el ordenador pienso en lo que le he comentado de hacer un viaje. No me parece mala idea para nada, lejos de todo, de Aitor, de Alberto, de mis amigos, de mis padres, del trabajo... Nunca me ha gustado nada de nada la soledad, pero ahora creo que es un momento en el que la necesito de acompañante. Pienso en el destino y me apetece viajar a un pueblecito pequeño, en el que haya playa, pero que haga más bien frío, estaría muy bien que la casa tenga chimenea, que entre mucha luz por las ventanas y que sea acogedora. ¡Decidido! Mañana mismo hablo con mi jefe y, si puedo irme unos días, empiezo a buscar destino.

Coloco los papeles que tengo encima de la mesa en sus respectivas carpetas, cierro las tapas de los bolis y los meto en el cubilete rosa que tengo en el escritorio, cojo la taza de café vacía y la llevo a la cocina, vuelvo al despacho y el ordenador todavía no se ha apagado, me dejo caer en el sillón y espero a que lo haga. Cierro los ojos y me imagino en una casita rodeada de montañas y de vegetación, sentada en un porche con un café caliente en mis manos y una manta que cubre mis hombros. Inspiro y huele a tierra húmeda mezclado con el aroma del café. La brisa roza mi cara mientras escucho el sonido que hace la madera cuando alguien pisa por encima. Me giro y aparece él... Alberto Luna, con el pelo rapado, unos pantalones vaqueros caídos y una sudadera gris, me mira fijamente y sonríe de oreja a oreja. Me da tanta

calma...

Abro los ojos y vuelvo a la realidad. ¿En serio voy a tomar una decisión así? Miro el ordenador, ya se ha apagado. Me incorporo para desenchufar el cable y veo media cuartilla de folio doblada a la mitad. Parece una nota. ¿Qué hace eso ahí? Lo cojo, lo abro y esa sensación, que se ha hecho tan presente los últimos días, vuelve a recorrerme. ¡No puedo creer lo que ven mis ojos!

Si las miradas hablaran no llegarían a decir lo que se transmite con los gestos. Te espero en el banco que está al lado de la rosa de piedra en el parque de en frente.

Y como firma, una luna.

¡Ahora sí que me va a dar de todo! Me levanto del sillón y paseo de un lado para otro del despacho. ¿Qué hago? ¡Dios santo! Pero, yo no me explico... ¿Qué hace este hombre aquí? ¡Se ha vuelto completamente loco! Me tapo la cara con las manos, de nuevo, suspiro, releo la nota y alucino más con las palabras que ha escrito. ¿Pero qué le pasa? ¿Está loco? ¡Ay la leche! ¿Qué hago? Niego con la cabeza. No, no y no. No pienso ir. Igual ni está ya. Encima hoy me he retrasado hablando con Federica... Pero, oye, un momento. ¿Cuándo me han dejado esta nota en la mesa que yo ni me he enterado? ¿Se habrá colado al banco alguna de las veces que he ido al baño o a la cocina? ¡Menudo descaró! Roba aquí y luego se pasea por el banco como si nada... ¡Alucino en colores! Se me ocurre una idea, salgo del despacho y, agachándome, miro por una ventana que da al parque en el que se supone que me está esperando... Nada, no veo absolutamente nada. ¿Qué hago?

Respiro profundamente, inspiro por la nariz y echo el aire por la boca, cojo mi bolso, me lo cuelgo al hombro, agarro con fuerza la nota en mis manos y, con decisión, salgo del banco.

Capítulo 18

Nerviosa, avanzo despacio, un pie, otro, otro... Mis pasos van resonando en mi cabeza como cuando un tambor repiquetea con fuerza, pom, pom, pom... Lo veo sentado en el banco que está al lado de la escultura de la rosa perfectamente tallada, analizo su espalda, su cuello y su pelo rapado. Lleva puesta una cazadora de cuero negra, que le sienta estupendamente. Siento como me tiemblan las piernas y un cosquilleo recorre mis manos. Aprieto mi bolso con fuerza y mis pasos me siguen llevando a mi encuentro con él. ¿Qué le digo cuándo llegue?

—Hola, aquí estoy, encantada de verte otra vez —¡madre mía! Parece que es una reunión súper formal de trabajo y nada más lejos de la realidad... A ver... Tengo que pensar otra.

—Hola Alberto, no sé muy bien por qué has venido a buscarme —sigo susurrando posibles frases mientras me acerco a él. No. Esta tampoco me gusta porque es como que ya le estoy dando más importancia de la cuenta.

—Hola —creo que es mejor que no lo llame por su nombre— ¿en qué puedo ayudarte? —deformación profesional... ¡Ni que fuera un cliente!

—Pensé que el otro día había quedado claro —si empiezo así iré más al grano, pero tampoco termina de convencerme...

Según voy terminando la frase aminoro el ritmo de mi marcha. Estoy muy muy cerca y sigo sin saber qué narices decir. Me siento un tanto gilipollas siendo partícipe de esta historia absurda. Paro en seco a pocos centímetros de él, niego con la cabeza mientras me muerdo el labio y giro sobre mis pies. Me voy. Esto es ridículo. Recorro el mismo camino que acabo de trazar, pero lo hago despacio, es como si mi cabeza estuviera luchando contra mi cuerpo, que me quiere retener en ese lugar.

—No pensé que estando tan cerca fueras a arrepentirte —una voz me habla en un tono elevado. Su voz. Me hago la loca y sigo andando— no disimules, si no me hubieras escuchado tu cuerpo no se habría tensado —se produce un silencio intenso— Martina —siento un cosquilleo al escuchar como pronuncia

mi nombre— espera, por favor.

—Hola —consigo decir en un leve susurro cuando me giro. Lo tengo ante mí, mirándome, atravesando mi corazón. La camiseta blanca que lleva puesta marca su torso trabajado en el gimnasio. No sé qué más decir, este hombre consigue dejarme hipnotizada...

—Quería verte —se acerca despacio.

—Pues ya me tienes aquí —no sé por qué contesto con este tono de autosuficiencia. Tengo tanto miedo a lo que me hace sentir que me comporto de una manera completamente absurda.

—Quería pedirte disculpas —se ha acercado tanto a mí que casi puedo sentir su aliento. Espera a que le diga algo, pero como me he quedado callada, sigue hablando— tú me buscaste para darme las gracias... No creo que debas hacerlo por algo así... Yo no te salvé la vida, te metí en un lío y, créeme, me he arrepentido todos los días desde que entré en ese maldito banco.

—Podías haberme disparado y no lo hiciste —quiero justificar su actitud. Mi tono se ha ablandado... Y dejo a un lado esa careta de súper woman ridícula.

—Pero te puse en peligro... Si el otro te hubiera disparado al no haberlo hecho yo... —niega con rabia con la cabeza y con una de sus manos se toca con fuerza como si peinara un pelo que no tiene.

Observo cómo se gira dándome la espalda. En sus actos puedo ver que no está disimulando, le duele de verdad... Se siente culpable por todo lo que pasó y temeroso por lo que podía haber pasado. Mira al suelo negando una y otra vez con la cabeza. Instintivamente me acerco a él y muy despacio le toco el hombro para que se gire. Él sigue mi gesto y me mira, muy cerca... Es cierto, que si las miraras hablaran, jamás llegarían a decir todo que me están transmitiendo ahora mismo sus ojos. Los analizo y veo que tiene pequeñas motitas en un tono verde... Son los más bonitos que he visto en mi vida.

—No me lo habría perdonado nunca —se acerca a mí y muy despacio sujeta mi barbilla con sus manos— todo cambió aquel día —se sigue acercando y siento el calor de sus labios que sólo me rozan. No quiero que se quede ahí, necesito que se acerque más, que me deje besar esa boca que tanto tiempo he imaginado— lo siento —susurra y se separa.

Todas las sensaciones del mundo recorren en ese momento mi cuerpo. Me quedo con ganas de besarlo, de agarrarme fuerte a él y perdernos en un mundo del que no tengamos que volver nunca. También siento rabia, ¿por qué se ha separado de mí? ¿Por qué ha estado tan cerca y me ha dejado así? ¿Acaso está jugando conmigo? Siento que el mundo entero se ha parado y sólo estamos él y yo... Pero, ¿por qué me ha dicho todo esto? ¿Será cierto que le ha pasado lo mismo que a mí y no ha podido dejar de recordar aquel día? ¿Se le habrá clavado mi mirada como me pasó a mí con la suya? Tengo tantas preguntas... Y lo tengo delante, ¡no pienso quedarme sin respuestas!

—¿Sabes? No entiendo nada... —me quedo callada esperando que él me diga algo mientras noto como una lágrima comienza a caer por mi mejilla— ¿por qué me dices todo esto? ¿A qué viene esta especie de declaración de amor? Yo tengo mi vida... y, por lo que he podido comprobar, creo que no tiene nada que ver con la tuya.

—¿Y por qué te has molestado en comprobarlo? —se enfadada.

Me quedo callada de nuevo. Esta situación está pudiendo conmigo. ¿Qué quiere que le diga? ¿Qué no he podido dejar de pensar en él? ¿Es posible que nos haya pasado lo mismo a los dos? ¡No! Se suponía que los cuentos de hadas sólo existían en los mundos de fantasía... Y esto es la vida real. Lloro con rabia. Lo miro, no puedo quitar mis ojos de él. ¡No puedo más!

—Me he molestado en comprobarlo porque yo tampoco he podido dejar de pensar en ti desde el día que se te ocurrió entrar en el banco que trabajo a robar. Porque no he podido dormir imaginando como ese frío gatillo apretaba mi sien, porque tenía miedo de que me volviera a pasar algo, porque no dejaba de pensar en mi familia si me perdieran... Porque no entiendo por qué tiene que haber gente mala en el mundo —lloro desconsolada. El parque está prácticamente vacío, pero si hubiera personas pasando de un lado a otro me daría exactamente igual. Es imposible controlar todo lo que estoy sintiendo.

—¡Joder! —se vuelve a enfadar consigo mismo cuando me escucha.

—¡Por eso te busqué! —le grito— porque soy una imbécil y, a pesar de todo, sentí que me habías salvado la vida. Te ordenaron que me mataras — recuerdo aquel día y la rabia me hace gritar con más fuerza— ¡y no lo hiciste! He querido olvidar todo aquello, pero no podía... ¡Mierda! No podía... No puedo.

—Yo tampoco podía hacerte daño —se acerca a mí y me coge por los brazos— podré ser muchas cosas, pero nunca he sido, ni pienso ser, un asesino. La vida es muy valiosa como para arrebatársela a alguien —le escucho esperando que me diga algo más— y no podía hacerle daño — continúa como si hubiera oído mis pensamientos— a la persona que con sólo una mirada me había tocado el corazón.

¡Oh dios mío! ¡Esto es mejor que una película romántica y yo no puedo parar de llorar! He pasado tanto tiempo pensando en él y ahora lo tengo aquí delante... diciéndome lo que jamás pude imaginar. Tengo pánico de todo lo que estoy sintiendo y de todo lo que puede venir. Sé que debería decirle adiós, olvidarme de él y centrarme en una vida normal, pero no puedo, ni si quiera quiero hacerlo. Lo único que quiero es quedarme así, como estoy ahora, rodeada de sus brazos.

Un irrefrenable deseo de abrazarlo actúa por sí sólo. Me acurruco entre sus brazos y escucho como su corazón late muy rápido. Huele muy bien. Creo que este es el sitio que he estado buscando toda mi vida y aquí es donde quiero quedarme... Noto como él también me abraza, me siento tan pequeña entre sus brazos... Es la segunda vez en mi vida que hablo con él y ya estoy en esta situación... ¡Madre mía! Un tanto avergonzada, me separo de él.

—Perdón —le digo tímidamente. Él me mira y se ríe. ¡Qué sonrisa más bonita tiene! ¡Sus dientes súper blancos resaltan sobre ese tono de piel tan morenito!

—Una vez, alguien me dijo que las segundas oportunidades existen — sigue sonriendo muchísimo— y no sólo existen, sino que funcionan —me río con su comentario. He pasado del lloro a la carcajada en cuestión de segundos — a lo mejor es mucho más fácil de lo que creemos... —me separo de él unos pasos.

—Mi nombre es Martina —muestro mi mano.

—Yo me llamo Alberto —estrecha mi mano y la mueve de arriba abajo, una y otra vez, mientras me hace sentir como si me abrasara el roce de su piel. Sigue moviendo la mano sin dejar de mirarme y añade sonriente— encantado de conocerte.

Capítulo 19

Mis manos intentan hacer una línea perfecta para perfilar mis ojos, pero el temblor que sienten mis dedos cada vez que recuerdo lo que he vivido me hace detenerme e inspirar profundamente. Me siento atrapada en una bola de cristal, mi vida con Aitor podría ser como cualquier historia de cuento de hadas, con nuestra casita, nuestros niños y los picnics en el parque... Con navidades perfectas y copos cayendo del cielo, sin necesidad de que nadie agite nuestra bola de cristal. Sé que romperla me costará, me hará daño y cambiará mi vida para siempre, pero necesito hacerlo, aquí me ahogo, necesito volar y sé que sólo podré hacerlo de su mano.

Simplemente fue necesario el segundo que ocupa un sí para lanzarme a una piscina que no sé cuánta agua tiene. Han pasado sólo veinticuatro horas desde nuestro encuentro en el parque. Alberto... se me hace tan extraño llamarlo así... Alberto Luna... Hacer realidad mis sueños y que la fantasía desaparezca... Niego con la cabeza mientras siento como un cosquilleo recorre mi cuerpo cada vez que susurro su nombre. Mi pecho se hincha y deshinchas con rapidez, siento perfectamente como mi corazón bombea mi pecho y un dolor aprieta mi brazo. Me agobio. Dejo de maquillarme, apoyo las palmas de las manos en el frío lavabo e intento llenar de aire mis pulmones. Cierro los ojos y recuerdo el calor de su mano estrechando con fuerza la mía, mientras pienso en todo lo que ha ocurrido...

—Mi nombre es Alberto y tengo veintiocho años... No puedo decirte mucho más de mi vida... Preferiría que la vayas descubriendo poco a poco, sin que lo que me rodea te condicione para conocerme —siguió hablando sin soltar mi mano, moviéndola de arriba abajo— conozco un restaurante aquí cerca que hace una comida exquisita... —mi cabeza dejó de pensar que estaba ante un delincuente y empezó a verlo como un hombre normal... Si es que a ese físico se le podía llamar normal.

—¿Sabes? Me da igual a dónde ir —le contesté sincera. No podía pensar con claridad... Estaba totalmente aturdida con lo que estaba pasando y era

cierto, me daba igual dónde ir, cuándo y cómo... Bueno, el cuándo no me era tan indiferente. Quería que fuera en ese preciso instante.

Me preguntó si hoy tenía la noche libre y le dije que sí. Le contesté impulsivamente. No me paré ni un segundo a pensar si tenía planes, pero es que no había nada en este mundo más urgente que estar con él. Y así fue. Quedamos a las diez, allí, en ese mismo parque donde hablamos por primera vez.

Escucho como se cierra la puerta de casa y vuelvo a la realidad. Cojo el rímel, lo abro con cuidado y continúo maquillándome, intentando parecer serena. Escucho como los pasos de Aitor se acercan a donde estoy. Se abre la puerta, lo veo entrar reflejado en el espejo mientras sigo a lo mío. Se acerca a mí y me rodea la cintura despacio, me da un beso en el cuello y ambos nos miramos a través del espejo.

—Hola preciosa, ¿a dónde vas que te estás poniendo tan guapa? —susurra en mi oído— no sabía que ibas a salir hoy.

—He quedado con unas compañeras del trabajo para cenar —giro mi cuello intentando evitar el roce de sus labios.

—Tenía muchas ganas de verte —me dice insinuándose, subiendo su mano de mi cintura hacia el pecho. Me remuevo incomoda. Él lo nota y me gira para verme de frente. Me siento muy agobiada entre sus brazos y el lavabo.

—Tengo que irme que voy a llegar tarde —intento zafarme.

—Si llegas un poco tarde no pasa nada... Seguro que te esperan...

Coge con una mano mi pelo y lo aparta hacia atrás para dejar mi cuello libre. Empieza a recorrerlo con su boca y yo dejo mi mente volar... Cierro los ojos y Alberto vuelve a mi cabeza, siento como su boca saquea con deseo mi cuello mientras sus manos recorren con ansiedad todo mi cuerpo. Escucho su respiración entrecortada mientras pienso en esos ojos color negro intenso. Me coge con fuerza por las caderas y me sube encima del lavabo, yo me dejo hacer rodeando su cuerpo con mis piernas. No puedo dejar de pensar en él...

—Martina... —susurra Aitor con deseo.

Escucho su voz y vuelvo a la realidad. No puedo hacer esto otra vez. Me

aparto, mientras él sigue intentando besarme. Lo separo con fuerza y veo cómo me mira buscando respuestas.

—Lo siento, tengo que irme. Voy a llegar tarde —me bajo del lavabo y me peino el pelo con las manos.

—Pero... ¿qué te pasa? ¿A ti te parece normal dejarme así? —se enfada.

—Lo siento —me acerco a sus labios e intento calmarlo— perdóname, me he dejado llevar. Pero me acabo de duchar, ya estoy vestida y maquillada... Voy a llegar tarde.... —yo misma me sorprendo de las tonterías que salen por mi boca...

—¡No sé qué te está pasando! —grita saliendo del baño.

Podía ir detrás de él e intentar justificarme, pero no tiene sentido. ¿Qué le voy a decir? ¿Que el imaginar que es otra persona es lo que me hace entregarme a la pasión sin límites? ¿Que escuchar su voz me hace darme cuenta de que no es él con quien quiero dejarme llevar? ¿Qué me encantaría que fuera él quien llenara de flores cada día de mi vida? Que todo lo que antes quería con el alma ahora se ha convertido en nada...

Salgo del baño y voy a la habitación para ponerme las botas. Llevo unos pantalones vaqueros ajustados y una camiseta negra de tirantes que deja a la vista mi canalillo. Añado una cazadora negra de cuero, me perfumo, cojo mi bolso y me dispongo a salir de casa.

Me siento fatal por lo que estoy haciendo, estoy mintiendo a Aitor una y otra vez y, lo peor de todo, es que lo hago de manera totalmente consciente. Esto no es un desliz, una noche de locura o una borrachera desenfrenada... Esto es mucho más y algo de lo que soy plenamente consciente. Me veo tentada a sentarme con él en el sofá y poner fin a esta relación, pero no sé cómo hacerlo... Sé que le voy a partir el corazón... Antes lo dejaba pasar porque pensaba que quizá lo de Alberto era algo pasajero, ahora sé que no es así... Porque, aunque se quedara en una noche, jamás podré volver a sentir por Aitor lo que sentí antes... Soy consciente de que nuestra historia está terminada... Ahora sólo me queda lo más complicado, hacerlo consciente también a él...

Miro el reloj. Son las nueve y media. Sé que estoy siendo la persona más egoísta del mundo y que el karma me hará pagar con creces todo esto... Pero tengo que irme. No puedo llegar tarde. Salgo de la habitación, cojo el bolso y

cuando estoy a punto de abrir la puerta de casa escucho la voz de Aitor.

—¿Sabes? Antes te daba igual estar maquillada o vestida... Te daba igual que fuera por la mañana, por la tarde o a media noche, entre sueño y sueño... ¿Recuerdas cuando nos despertábamos y nos hacíamos el amor en medio de la noche? Nos daba igual que fuera martes y al día siguiente tuviéramos que madrugar, nos daba igual pasar el día adormilados por haber disfrutado de una noche en vela... ¿Sabes por qué? Porque teníamos una sonrisa de oreja a oreja y nuestra cara era todo luz —niega con la cabeza.

—Aitor... —se acabó pensar en mí, tengo que decirle que esto se acabó— lo siento, lo siento muchísimo. Dejo caer mis lágrimas al recordar las palabras que acaba de decir —me produce muchísimo dolor escucharte decir eso... ¿Sabes por qué?

—Porque ya no lo sientes... —contesta él— lo sé —lloro desconsolada al ver la tristeza reflejada en sus ojos— lo sé desde hace mucho tiempo. Ya no me miras como antes, no me hablas como antes, no me acaricias como antes... ¡Nada es como antes, joder! —grita— lo único que ha habido últimamente es una pasión desenfrenada... pero totalmente vacía. Antes hacíamos el amor... Te parecerá una cursilada, pero, aunque me desgare el alma, yo tampoco quiero seguir con esto —él está hablando por los dos y me lo está poniendo mucho más fácil de lo que yo pensaba— te quiero como el primer día... En mí no ha cambiado nada, pero en ti sí. Y no quiero algo así.

—Lo siento —consigo decir— me gustaría que todo hubiera seguido igual, seguirte queriendo de la misma forma, con la misma ilusión de siempre... Pero se ha acabado. No sé qué me ha pasado, pero... —no sé cómo explicarle lo de Alberto, quiero ser sincera con él.

—Déjalo... Prefiero que no nos sigamos haciendo daño... —sé que lo dice por él, aunque hable en plural y creo que tiene razón, es mejor dejarlo estar. ¿Qué sentido tiene que le dé explicaciones que le hagan sufrir más?

—He cometido muchos errores... Te he perdido yo solita y lo sé. Seguramente, llegará el día en el que me arrepienta de todo esto... Pero ahora sé que no puede continuar —enjuago mis lágrimas— te pido perdón de nuevo. Te he querido de verdad.

—Lo sé —dice él— no se puede tapar el sol con un dedo y, al igual que sé que me quisiste, sé que ahora ya no. Y no te lo voy a poner difícil.

Aitor se acerca a mí clavando sus ojos en mi alma, me coge con su mano suavemente del brazo, veo sus ojos serenos pero con mucho dolor, me acerca a él y me da un beso suave en la mejilla, que me duele como si un clavo me hubiera traspasado. ¿Cómo es posible que un beso haga tanto daño? Besar es mostrar sentimientos, cerrar los ojos y dejarte llevar por las sensaciones que se producen en tu cuerpo sólo con el contacto de otros labios, perderte en ellos y querer que ese momento se quede grabado para siempre. Besar es mover muy pocos músculos pero acelerar el corazón como si acabaras de correr una maratón. Sin embargo, el beso de Aitor me acaba de producir un daño casi inexplicable. Veo como se aleja de mí mientras mi cabeza no para de dar vueltas. Posiblemente me estaré equivocando, estoy dejando marchar a un buen hombre que podría haberme hecho muy feliz... Abre la puerta y antes de salir por ella se gira y habla con tono sereno.

—Me voy. Ya volveré a recoger mis cosas en otro momento —cierra la puerta.

Estoy a punto de decirle que no se vaya, que se quede conmigo, que volvamos a empezar de cero, que volvamos a construir nuestro mundo de dos... Pero no puedo. Estoy completamente paralizada. Siento un profundo dolor en el estómago, las lágrimas caen por mis mejillas ensuciando toda mi cara de rímel, mi pie derecho avanza con la intención de detenerlo pero en ese momento Alberto vuelve a mi cabeza... Las sensaciones que he vivido con él vuelven a inundarme... Mi pie derecho retrocede al lugar que estaba.

—Adiós —sale un hilo de voz de mi garganta.

Capítulo 20

Estoy completamente rodeada de fotos y de clínex. Debería ir al congelador a por una tarrina de helado de esas que se comen con cuchara grande... Así sería la imagen perfecta del desamor. ¡El problema es que no me gustan los helados! Ni eso es normal en toda esta historia.

He pasado varias horas viendo nuestras fotos, recordando momentos y repitiendo mentalmente frases y palabras que en su día me hicieron la mujer más feliz del mundo. Cuanto más las veo, más convencida estoy de lo que acaba de ocurrir. Todo eso se acabó...

No he ido a mi cita con Alberto, llevo todo el día pensando en ello... Me hacía tanta ilusión como cuando era pequeña y mis padres me decían que íbamos a la feria a pasar la tarde del sábado. Recuerdo aquellos días con nostalgia... Sin duda, mis padres y Fabio son lo mejor que me ha pasado en la vida, junto a ellos siempre me siento arropada y aquí me siento tan sola... Esa es una sensación que he tenido desde que me vine a vivir a esta casa. Aitor estaba muchas veces conmigo y estábamos bien, pero siempre la he visto fría, blanca (a pesar de estar llena de colorines), como sin vida... Por no hablar de la falta de alfombras... La casa de mis padres es tan diferente a esta... Es como estar en un sitio cálido, donde me siento protegida e inmensamente feliz. Quizá esa sea la gran diferencia, que los lugares los hace la gente... y este sitio jamás me ha hecho sentir que pertenezco a él. Miro a mi alrededor y recuerdo las tardes de domingo en casa de mis padres, viendo una película mala de sobremesa, escuchando música en el ordenador con Fabio y, luego, la cena todos juntos alrededor de la mesa, charlando de esto o de lo otro, peleándonos o riéndonos a carcajadas. Tengo un ejemplo demasiado perfecto de una familia y yo quiero algo igual. Quiero ser la madre que ha sido la mía para mí, quiero tener un marido que cuide de mis hijos como mi padre lo ha hecho con nosotros, quiero tener unos hijos que se alegren cada día al llegar a casa y compartan con sus padres sus andaduras. Quiero querer con el alma a mi marido, seguir dándonos la mano por la calle, darnos besos como quinceañeros y tener la misma ilusión de siempre por llegar a casa y encontrarnos. Aunque hayan pasado cuarenta años desde que estamos juntos,

aunque la vida siga sumando días sin parar, pero que cada uno cuente. Mis padres se quieren a cada segundo y el amor que sienten el uno por el otro suma tantos años como segundos tienen los días que suman los años de su vida juntos. Y yo quiero eso para mí.

Lloro como si las lágrimas fueran a curar mi dolor, siento la nariz totalmente taponada y mi corazón demasiado acelerado. Sé que tengo que relajarme. Me seco las lágrimas con el primer pañuelo que encuentro entre todos los que me rodean, me levanto y voy a la cocina a tomar un vaso de agua. Lo agradezco, me siento verdaderamente bien y me calma. Pienso en Alberto y me enfado.

—¡Por su culpa se ha ido todo a la mierda! —grito con rabia.

O quizá no... Quizá le tenga que estar agradecida por haberme abierto los ojos. Pienso qué habría pasado si él no hubiera aparecido, si mi vida habría seguido igual o si con el paso del tiempo me habría dado cuenta de que no quería a Aitor como hay que querer. No sé... Igual sí lo habría querido así... No... Sé que no, el amor no es estar con alguien para no quedarte solo, el amor no es compartir casa, hijos o coche. El amor no es salir a cenar un día para intentar hacer algo especial con tu pareja. El amor es la suma de momentos especiales e insignificantes. Y yo soy de las que creo a pies juntillas que cada uno tenemos a nuestro amor, uno sólo. Y que, sólo unos pocos, son afortunados de encontrarlo en este mundo infinito. No sé si yo lo habré encontrado con Alberto, pero lo que produce en mí me dice que, igual, yo también puedo sentirme parte de ese afortunado porcentaje de la población.

Decidida voy al baño, cojo una toallita desmaquillante del primer cajón y me limpio las manchas negras de rímel. Después, me lavo la cara con agua fría, me miro al espejo y pienso dónde me gustaría estar en ese momento. Salgo del baño, me pongo la cazadora, cojo las llaves del coche y salgo de casa dando un portazo. Me monto en el coche y decidida me voy a casa de mis padres. Siempre necesitamos volvemos al lugar que nos vio nacer.

Al entrar por la puerta encuentro a mi madre haciendo la comida, está tan feliz de un lado para otro de la cocina, cogiendo una cuchara, la cazuela para aquí y para allá, los ingredientes... Escucha la radio y tararea canciones poniéndole sabor a la vida. Nunca voy a poder ser una cuarta parte de la mujer que es ella. En cuanto la veo, las lágrimas vuelven a brotar por mis ojos. Me escucha y, al girarse y ver el estado en el que estoy, se asusta.

—Pero hija —corre hacia mí— ¿qué te ha pasado?

—Tranquila mamá, estoy bien —contesto entre sollozos.

—Pero, ¿qué te ha pasado? —insiste sin entender nada.

—Es una larga historia —me acurruco en sus brazos.

—Tengo todo el tiempo del mundo —siento sus labios cálidos besando mi frente.

—Se ha acabado —me limpio el agua que cae de mi nariz con el dorso de la mano.

—¿El qué?

—Mi relación con Aitor —me abrazo más fuerte a ella— ¡me quiero morir! ¡Soy mala persona mamá!

—¡Ay, hija mía! La vida es así y, que yo sepa, todavía no ha muerto nadie por amor —me separa y limpia mis lágrimas mientras me mira con esa calma que sólo ella sabe darme— no eres mala persona, Martina. Tienes un corazón enorme, si has cometido algún error, eso forma parte del ser humano —intenta tranquilizarme pero no me pregunta qué ha pasado. Siempre ha respetado mi intimidad y ha esperado a que sea yo quien le cuente las cosas.

—Mamá, tengo tantas cosas que contarte —no puedo más, necesito desahogarme.

Y así, entre abrazo y abrazo, pasamos más de una hora en la que le cuento cómo han sido los últimos meses de mi vida y le hablo, por primera vez, de Alberto. Mi madre me confiesa que no le ha extrañado el fin de mi relación con Aitor porque hace tiempo veía que no estábamos como antes.

—¿Recuerdas cuándo me contaste aquello de que Aitor y tú eráis como mariposas que volabais juntas? —me sorprende que se acuerde de eso... ¡Hace tanto tiempo que lo pensaba!

—Claro que me acuerdo —la nostalgia me inunda.

—Hace tiempo que dejasteis de volar juntos, hija —coge mis manos— es normal que te duela porque os habéis querido mucho, pero tienes mucha razón cuando dices que no debías quererlo con el alma si otra persona ha ocupado tu corazón —me avergüenzo un poco al pensar en Alberto— no agaches la

mirada —las madres y ese sexto sentido para saber qué pasa por nuestra cabeza en cada momento...— ahora más que nunca debes levantarla. ¿Te acuerdas lo que te decía tu padre de agachar la cabeza?

—Que la corona se me podía caer... —para mi padre siempre he sido una princesa— pero mamá, ¿qué hago con Alberto? No puedo buscarlo, ¿es una locura! —niego con la cabeza.

—No tienes que hacerlo. Déjate llevar por el corazón, como has hecho siempre, Martina. Siempre me ha gustado mucho de ti una cosa, aunque en ocasiones me desesperaba un poco... —sonríe recordando viejos tiempos— cuando vivías con nosotros siempre nos preguntabas si te quedaba mejor un vestido u otro, si te hacías un sándwich de jamón serrano o de pavo, si sería mejor llevar el paraguas o no... Buscabas nuestra opinión, ¡pero jamás la tenías en cuenta! ¡Siempre hacías lo que te daba la gana!

—Pero mamá, ¡vuestra opinión siempre ha sido muy importante para mí! —no sabía que pensaba algo así.

—Lo sé, pero a lo que voy, es que siempre has tomado tus propias decisiones porque tienes una personalidad arrolladora. Podría darte mil consejos, pero eres tú la que sabes si debes buscarlo o no.

—Pero, alguna opinión tendrás... —intento que me dé algún consejo de esos que, aunque ella crea que me dan igual, siempre hacen meya en mí.

—Si te soy sincera, ¡no tengo ni idea! —sé que me está mintiendo porque en el estado en el que estoy no puedo tomar ninguna decisión y cualquier palabra la puedo interpretar como decisiva, ya sea para decir adiós o para lanzarme a la piscina, aunque sepa que, con la sequía que ha habido este año, estará completamente vacía...

Mi padre me decía que las princesas tienen que mirar siempre de frente para que no se les caiga la corona y yo lo creía a pies juntillas. Cada vez que me enfadaba y fruncía el ceño me decía que la corona se tambaleaba y que la mejor manera de tenerla siempre asegurada era con las sonrisas. Y yo lo creía... Creía todas sus palabras porque seguirlas me hacía feliz, me alejaba de las penas y me llevaba a un mundo de fantasía en el que todo era mucho más fácil, sólo hacía falta no bajar la cabeza...

Ojalá fuera todo tan fácil ahora, ojalá mi madre pudiera decirme cuál es la receta mágica para no sufrir por amor, cuál debe ser el camino que recorra de

aquí en adelante o ponerme una colchoneta para que nunca me haga daño. Sin embargo, cuando creces todo cambia, dejas de ser ese niño preocupado por juguetes, tardes en el parque o películas de dibujos animados para pensar en trabajos, responsabilidades, miedos y problemas de verdad.

Siento tanta nostalgia de cuando estaba con mis padres acurrucada en el sofá, pasando un verano en Italia o llegando cada día de la universidad contándoles qué tal me había ido que cierro muy fuerte los ojos para poder volver al pasado. Con ellos era todo tan fácil... Pero me encuentro con mi realidad, cuanto más los aprieto más nítido veo lo que tengo delante. Ahora, la palabra luna ha adquirido un significado diferente.

Capítulo 21

Cuando parecía que mi vida había decidido organizarse con un buen trabajo, un novio perfecto y todo un futuro de cuento de hadas por delante decidí darle la vuelta a mi mundo y ponerlo patas arriba. Así me he sentido todo este tiempo, colgando, como si tuviera los pies pegados en la tierra y estuviera boca abajo, a punto de caer al vacío, pero necesitando probar el salto para intentar volar. Eso es lo que Alberto produce en mí. Con tan poco tiempo juntos, pero tanto en mi cabeza y en mi corazón, ocupando cada noche de mi vida, mientras dormía junto a otra persona, ahora he llegado a entender todo lo que significa para mí.

Me he preguntado muchas veces si volvería atrás, si me gustaría borrar todos los sueños y pensamientos que han pasado por mi cabeza, ¿si pudiera hacer un pacto con el diablo y le diera a cambio que eliminara todo lo que Alberto ha producido en mí lo haría? Sé que la vida sería muchísimo más fácil, que posiblemente ahora estaría junto a Aitor paseando por un parque comiéndonos un helado de chocolate o viendo una de las series que tanto nos gusta en nuestro sofá. Sin embargo, nunca jamás apretaría la mano de ese diablo si eso significara que Alberto nunca hubiera existido porque sé que él tenía que llegar a mi vida y volvería a sufrir tanto como fuera necesario si eso significara volver a repetir un solo instante con él, sentirlo cerca como el otro día en el parque, poder ver que es una realidad y que ha dejado de ser parte de mi imaginación.

Bajo la ventanilla y siento como el aire acaricia mi rostro mientras inspiro para absorber todo ese olor a tierra mojada que me produce tanta calma. Todo lo que me rodea a mi alrededor es verde, de una naturaleza imposible de explicar, escoltado por un cielo azul intenso. Me cruzo con pocos coches y veo las señales que me obligan a ir reduciendo la velocidad. Miro el GPS que me indica que en tan sólo cinco minutos habré llegado a mi destino. Después de todo lo que ha pasado últimamente, he decidido que lo mejor es poner tierra de por medio, quizá algunos pensarán que soy cobarde, yo no lo creo así. No podía tomar decisiones en el estado que me encontraba, no podía buscar a Alberto sabiendo el daño que le había hecho a Aitor, no sabía si era lo

correcto, si quería o no quería, si debía dar un paso atrás o caminar con firmeza hacia adelante. Mi madre dice que en el fondo de mi corazón sé perfectamente lo que quiero y seguramente, como siempre, tendrá razón. Pero prefiero poner tierra de por medio, unos días, lo necesito para poder estar en calma y siempre me ha parecido que el norte es dónde mi corazón late diferente. Y ahora lo necesito al cien por cien para que me ayude a conseguir respuestas.

Recorro las calles del pueblo y veo que todas las casas están adornadas con geranios de colores, rojos, rosas, blancos... Hay balcones de colores que sobresalen de las paredes de las fachadas y el suelo está empedrado. Atravieso lo que parece la plaza del pueblo, en la que hay unas casas de colores rojo, blanco, verde y azul, es un espacio verdaderamente amplio en el que veo que también hay un bar que parece pequeño pero que tiene una gran terraza en la que varias personas parecen disfrutar de la hora del café. El GPS me indica que gire a la izquierda y, a pocos metros, volver a girar hacia el mismo sentido. A pesar de haber recorrido muy poco espacio el entorno ha cambiado. Entro en un camino de tierra por el que veo un indicador con el nombre de la casa rural que he reservado. El GPS me avisa de que a doscientos metros habré llegado a mi destino y, efectivamente, así es. Aparco el coche y me bajo para observar el paisaje que tengo ante mis ojos. La casita está en una pequeña colina, es de piedra, tiene las puertas y las ventanas de madera y también hay geranios. Veo que en la parte superior hay un pequeño balcón con unas hamacas, también de madera y un techo que las cubre. Me giro y al otro lado veo la inmensidad del mar que termina en un playita escoltada por pequeños barcos pesqueros de colores. Siento como una ráfaga de aire fresco roza mis brazos e instintivamente intento darme calor con las manos, mientras cierro los ojos y respiro profundamente para inundar mis pulmones de norte. Escucho el rugir de las olas y el sonido de las gaviotas revoloteando por la orilla del mar.

—Disculpe —escucho una voz que precede sus palabras de un sonoro carraspeo. Intuyo que no es la primera vez que me llama.

—Hola —una chica joven, delgadita, con el pelo moreno muy fino y pequitas en la cara me sonrío amigablemente— ¿es usted la dueña de la casa?

—Sí, ¿usted es Martina? —se acerca.

—Sí, encantada de conocerla —le doy dos besos y rápidamente noto su

olor a lavanda.

—Bienvenida —es muy educada— la he visto llegar en su coche y he imaginado que era usted, yo soy Laura —recuerdo que es la persona con la que hablé para hacer la reserva— si quiere, le enseño la casa.

—¡Claro! ¡Vamos!

Si por fuera la casa me parecía bonita, el interior me ha dejado sin palabras. Nada más entrar veo una chimenea en el centro del salón, que está decorado con unos sofás color pistacho con flores rosas y blancas, a la derecha está la cocina con muebles de madera de color azul clarito y una gran ventana encima del fregadero por la que se ve el mar. En la parte de arriba está la habitación, pintada de beige clarito, con una cama enorme con una colcha, también en tonos beige, y con unos cojines color verde turquesa a juego con el pie de cama. Hay un armario pequeño, una cómoda y una silla de mimbre situada estratégicamente para ver la puerta acristalada a través de la cual se llega al balcón. Junto a la habitación hay un baño también perfectamente decorado e impresionante con las paredes de piedra.

—La casa no es muy grande —Laura me espera en el quicio de la puerta mientras miro ensimismada como el azul del cielo se funde con el del mar.

—Es preciosa —en mi vida he estado en un lugar tan pequeñito, con tanto gusto y que me inspire tanta tranquilidad.

—Espero que disfrute, no la molesto más.

—No es ninguna molestia —me agrada su presencia.

—Si quiere comer algo, tenemos un bar en el pueblo en el que servimos menús.

—Muchas gracias, he parado a comer algo en el camino, quizá esta noche pase por allí.

—Que disfrute mucho de Asturias —vuelve a sonreír. ¡Qué chica tan agradable! De verdad. Me inspira muy buenas vibraciones.

—Muchas gracias. Nos vemos —noto que ya quiere irse y no quiero entretenerla más.

Miro los techos de la casa y me doy cuenta de que todos son de madera, en algunas zonas se ven perfectamente las vigas pintadas y acondicionadas con

gusto. Se ve que la persona que ha decorado la casa sabía bien lo que hacía. Inspiro sin saber muy bien qué hacer, no suelo viajar sola y esta situación es un tanto extraña para mí, me muerdo el labio, levanto los hombros, resoplo y decido bajar a coger la maleta del coche.

Después de colocar la ropa decido bajar a dar un paseo por la playa. Camino tranquilamente por la orilla sintiendo como la arena se vence con cada una de mis pisadas mientras el agua me acaricia los pies, estoy rodeada de colinas con un verde intenso. Me fijo en una familia que está sentada sobre una toalla de dimensiones enormes, parecen la madre, el padre y dos hijos pequeños, calculo que de unos tres y cinco años. Juegan a hacer castillos de arena y todas sus preocupaciones parecen centradas en que no se vengán abajo. Sonríe mientras niego con la cabeza. ¡Qué paradójico! Yo he sido un castillo de arena que se derrumbado sin poder aguantar la fuerza de un ciclón llamado Alberto. Lo imagino y me pierdo en cada centímetro de su rostro, lo he observado tantas veces desde lejos que conozco todos los detalles de su cuerpo. Miro al cielo y veo una tímida luna, a pesar de que todavía es de día, me muerdo el labio recordando ese tatuaje que Alberto tiene en la parte baja de su abdomen. Imagino mis dedos recorriéndolo, sintiendo las elevaciones de su torso desnudo mientras nos miramos cómplices... No hay nada en este mundo que me apetezca más que estar con él, siento que una especie de fuerza nos une aunque intentemos poner tierra de por medio. Paro en seco y me giro para mirar el mar. Debería volver a Madrid y buscarlo, pero sé que es una auténtica locura. Por un momento, me detengo a pensar en él, en lo que habrá pasado por su cabeza cuando lo dejé plantado. ¿Le importará tanto como dice? Debería extrañarme que fuera así, pero mi corazón me dice que es real, que el sentimiento no es sólo por mi parte. Pensará que soy una desquiciada, que le he seguido durante un tiempo y, cuando he conseguido lo que he querido, me he olvidado de él, que seguiré mi vida como si no hubiera ocurrido nada, que él ha sido un simple capricho... Si él supiera todo lo que significa para mí...

Niego con la cabeza e intento volver a la realidad. Sé que he venido aquí para tomar una decisión, pero por el momento, lo único que alcanzo a hacer es pensar en lo que ha ocurrido, recordar nuestro encuentro e imaginar miles posibles.

Sigo paseando hasta llegar al puerto donde los pescadores parecen ir terminando la jornada. Los hay de todas las edades, los más jóvenes que cogen las cajas de pescado como si no pesaran nada y a los que parece costarles un

quintal levantarlas, esos que reflejan en cada una de sus arrugas la vida que han pasado en el mar. Me fijo en que todos los barcos tienen nombre y, muchos de ellos, de mujer. Recuerdo como mi padre me contó que hay muchas teorías en relación a por qué gran parte de los barcos tiene nombre de mujer, pero él cree en una en concreto. Viene a mi memoria aquel día en el que me contó que los griegos y los romanos elegían nombres de diosas y de otros seres mitológicos para sus embarcaciones. En concreto, hablaba de “Afrodita” como uno de los más elegidos, ya que fue la hija de Zeus y Dione y nació a partir de la sangre que cayó en el mar cuando Cronos mutiló a Urano. La mitología está tan presente en la querida Italia de mi padre que para él cualquier historia relacionada con ella tiene toda la razón de ser.

Voy leyendo curiosa cada uno de los nombres de las embarcaciones pensando en la historia que esconderá cada una de esas letras talladas o pintadas con tanto amor. ¡O eso quiero pensar yo! Sin darme cuenta, llego al fin del muelle y me acerco al pueblo. Mis tripas rugen e instintivamente busco con la mirada el restaurante que me ha mostrado Laura al llegar. Lo localizo y leo el cartel que tiene encima de la puerta: “El rincón de Pepe”. ¡Me hace gracia! Seguro que su novio, marido, hermano o padre se llama así. La verdad es que me parece muy poco original, pero muy auténtico, muy de donde estoy.

Decido entrar y veo a Laura detrás de la barra sirviendo un café tan feliz. En cuanto se percata de mi presencia me saluda con la mano, mostrando una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo estás? —me acerco a la barra.

—Muy bien, ¿y tú?, ¿está todo bien en la casa?

—Está todo perfecto —se nota despreocupada cuando respondo— venía a comer algo.

—¡Claro! ¿Prefieres en la terraza o aquí dentro? Por la noche refresca, pero arriba vas a disfrutar mucho más de la cena —miro a mi alrededor pensando que hay mucha gente dentro y me pregunto si también lo habrá fuera — la gente de aquí está tan acostumbrada a la belleza de este lugar que no se para a mirarla cada día detenidamente —ha debido leerme la mente— ¡Ven! ¡Sígueme!

Hago lo que me propone, subimos por unas escaleras de madera y llegamos a una terraza cubierta hasta la mitad. Las sillas y las mesas también

son de madera y desde la altura en la que estamos hay unas vistas preciosas del pueblo, el puerto, la playa y el mar. ¡Cómo es posible ver tanto a la vez!

—Ahora entiendo lo que me decías de la gente... —miro a mi alrededor y veo que sólo hay dos mesas ocupadas.

Me siento en una de ellas, miro la carta y pido para cenar verduras a la parrilla con salsa de cabrales. Soy consciente de que este queso tan fuerte a estas horas igual no es muy buena idea, pero me muero de ganas por comerlo. ¡Es uno de mis preferidos! Así que, me prometo ir a dar un buen paseo por el pueblo al terminar. A los pocos minutos aparece Laura con el plato y mi boca se hace agua sólo de verlo. ¡Qué pintaza! Le agradezco haber sido tan rápida, me deja disfrutando de mi cena, viendo ante mí un paisaje digno de guardar el móvil, olvidarse de las fotografías y capturarlo en la memoria.

No puedo terminar todo el plato, ¡está realmente rico! Pero el cabrales es mucho cabrales y mi estómago ha dicho basta. Pido de postre una macedonia de frutas que también está deliciosa. Miro el pueblo y veo a un chico escanciando sidra y pasándole el vaso al resto para que beban. Me fijo en que ninguno acaba todo lo que hay en el vaso y tiran el último sorbo al suelo. Conozco bien Asturias y con ese simple gesto pienso que nada ha cambiado, que todo por aquí sigue siendo igual y, sin embargo, yo nunca volveré a ser la misma.

—Te he traído una chaqueta —Laura se acerca a mí mostrándome una chaqueta de punto blanca.

—No hace falta, ¡no tenías que preocuparte! —no quiero cogerla a la primera de cambio, pero, en realidad, no me vendría nada mal.

—¡Cógela! —se acerca y acepto su ofrecimiento.

—En el norte siempre me he sentido como en casa, la gente es tan diferente... Sois...

—Yo no soy de aquí —me corta— soy de Madrid.

—¡No me digas! Cualquiera lo diría —le sonrío.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tienes las mejillas sonrosadas —me hace mucha gracia que mucha gente del norte tiene un tono diferente en esa zona de la cara. Laura se

ríe con mi comentario, levanta los hombros sin saber qué responder y se sienta a mi lado— imagino que Pepe es tu... ¿novio? —parece que tiene ganas de charlar con alguien.

—¡No! —se ríe a carcajadas— Pepe es nuestro perro.

—¿Vuestro perro? —me llama la atención.

Laura me cuenta como en un viaje que hicieron a Córdoba cuando vivían en Madrid fueron a una protectora de animales y adoptaron a Pepe. Habla de su marido con un tono un poco raro, ella debe notar mi asombro porque rápidamente me explica que hace poco que se han casado y que le resulta raro llamarlo “marido”. Me río por su manera de expresarse.

—¿Y tú? ¿Has venido sola? —por el rumbo que estaba tomando la conversación, podía imaginarme una pregunta así...

—Sí... No tengo novio —me apetece desahogarme con ella— de hecho, acabo de romper con él.

—Lo siento —nos acabamos de conocer y siento una conexión muy buena con ella.

—No sientas nada, es lo mejor que ha podido pasar —recuerdo el adiós a Aitor en la que un día fue nuestra casa.

—Dicen que el amor se acaba...

—Me enamoré de otra persona... Alguien que sólo existía en mis sueños, lo imaginaba cada noche y me transmitía una intensidad que nunca había experimentado. Sentí cada una de sus caricias como real, de hecho, ha sido lo más real de toda mi vida —noto su cara contrariada, pero con miedo a preguntar— estarás alucinando con mi historia...

—Todos tenemos historias para hacer alucinar a quién las escucha —me sonrío cómplice.

—¿Y sabes qué es lo peor? —abre los ojos esperando mi respuesta— que es real —no entiende nada, normal— él, la persona de mis sueños.

—¿Lo conoces? —se remueve en la silla emocionada.

—Si te contara cada una de las locuras que he estado cometiendo durante un año por él...

—Creo que me enfadaría si no lo hicieras.

Me desahogo. Le cuento todo lo que ha ocurrido en mi vida después del robo. Es increíble la capacidad que tenemos para abrir nuestras entrañas con desconocidos. Es mucho más fácil, quizá es porque como no nos conocen no tenemos miedo de que nos juzguen, que nos aconsejen tomar decisiones que no queremos o que nos den la razón y nos hagan enfrentarnos a ella.

—Búscalo —dice con rotundidad cuando termino de contarle la historia— no lo dejes en el qué podría haber sido. Te arrepentirás toda la vida. Yo tomé una decisión que me costó muchísimo. Vivíamos en Madrid, mi marido —vuelve a hacer ese gesto de extrañeza— trabajaba en un importante estudio de diseño gráfico y yo era directora de marketing de un museo. Parecía que teníamos todo lo que siempre habíamos soñado pero no éramos felices, nuestros pasos siempre nos llevaban al campo, pasábamos todos los fines de semana que podíamos en algún pueblo cerca de Madrid y cada vez que volvíamos el domingo nos prometíamos buscar la opción de irnos a vivir fuera —su pecho sube y baja rápidamente, se nota que se agobia al recordar— al final fue muy sencillo. Vinimos aquí a pasar unos días en verano y cuando nos subimos al coche para poner rumbo a Madrid no habíamos llegado ni al cartel del pueblo cuando decidimos dar la vuelta. No necesitamos más. Sólo nos miramos y supimos que aquí sí íbamos a ser felices. Dejamos nuestros trabajos e hicimos la locura con la que llevábamos tanto tiempo soñando.

—Y sois felices... —termino la frase por ella.

—¡Muchísimo!

Laura termina de contarme su historia, cómo, gracias a unos ahorros que tenían, pudieron abrir el restaurante y, como les fue bien, pusieron en marcha la casa rural. Ahora entiendo por qué está tan bien decorada... De una persona que trabajaba en un museo, no se podía esperar otra cosa.

El sonido de los pájaros me despierta, pero estoy realmente a gusto en la cama y decido quedarme un ratito más. Anoche me costó un poco dormir porque mi cabeza no paraba de dar vueltas. La conversación con Laura me dejó muy tocada, infundiéndome unas ganas enormes de comerme el mundo, de volver a Madrid, buscar a Alberto, decirle que quiero casarme con él, tener hijos, ser felices y comer perdices. Y, si acaso, ¡tener un perro y ponerle

nombre de persona!

Después de pasar un buen rato de un lado a otro de la cama, decido levantarme. Me siento un poco extraña sin tener algo concreto que hacer. Siempre he sido muy de agenda y planificar todo y ahora es verdaderamente raro levantarme y no saber si ir a la playa, al pueblo, a dar un paseo por la montaña o quedarme aquí todo el día mirando el horizonte. Finalmente, decido ponerme ropa de deporte y recorrer unos caminos que me dijo ayer Laura que están entre los árboles y van bordeando la costa. ¡Tiene que haber unas vistas preciosas! El día está bastante nublado, así que, será mejor idea que ir a la playa.

Salgo decidida dejando la casa rural a mi espalda y me adentro en senderos cubiertos de ramas y hojas verdes. Me llama la atención que es un camino que no está muy concurrido y se nota perfectamente que no está nada urbanizado, naturaleza pura. Seguramente, por eso me lo habrá recomendado Laura. Poco a poco voy acelerando el paso mientras disfruto de pequeños espacios entre los árboles desde los que se ve el mar. Decido sentarme un rato en una piedra que hay a modo de mirador y respiro profundamente sintiendo como el aire entra en mis pulmones. Miro los barcos y uno me llama especialmente la atención. Sonríe al pensar en la casualidad. “Martina”. Leo mi nombre en uno de los laterales del barco. Es de color blanco y las letras escritas en azul turquesa resaltan haciendo juego con el color del mar.

Me extraña porque mi nombre no es español, ni mucho menos asturiano. Seguro que es el reflejo de una historia, como me decía mi padre que pasaba con cada uno de los barcos. ¿Cuál será la que esconde este? Cierro un poco los ojos intentando enfocar la vista y me doy cuenta de que hay algo escrito más pequeño debajo del nombre. ¡Me muero de curiosidad! Pero, por más que lo intento, no consigo verlo con claridad. Como si la piedra quemara, me levanto de un respingo. Con suerte habrá alguien dentro y podré preguntarle. ¡A lo mejor tiene una historia parecida a la mía! Me encantaría encontrarme con un señor o señora mayores que les haya pasado algo similar y que hayan sido felices. Así, me servirán como ejemplo para saber qué narices hacer con mi vida. Si a ellos les ha ido bien, ¡seguro que a mí también! Mientras sigo corriendo hacia el barco me río negando con la cabeza pensando en las palabras que siempre me dice mi madre. “Eres una soñadora”. Desde pequeña me repetía aquello y a mí me hacía sentir viva, con ganas de comerme el mundo, de pensar en posibles que mejoren mi vida, con ilusiones

que nos hagan seguir luchando cada día. Estoy convencida de que ese barco es una señal, por eso he venido aquí, porque su nombre me revelará el camino que debo seguir. Estoy eufórica y he de confesar que algo nerviosa también. Cada vez lo tengo más cerca. Me fijo en esas letras pequeñas que están debajo del nombre, casi puedo leerlas, pero justo anclan otro barco al lado y no me permite leerlas. ¡Mierda! Avanzo con rapidez.

Estoy a escasos metros y me siento eufórica, con ganas de dar saltitos de la emoción y con incertidumbre. Si no encuentro a nadie dentro, volveré más tarde. Sigo andando fijando mi vista en esas letras pequeñas cuando mi corazón parece detenerse. Siento un nudo en la garganta, me tiemblan las piernas y las manos, mi estómago parece haberse apretado en un nudo imposible de desatar y mi cabeza trabaja a toda velocidad ante lo que ven mis ojos. Por fin veo con total nitidez lo que está escrito debajo de mi nombre. Me quedo bloqueada e intento tragar saliva para evitar que las lágrimas comiencen a caer por mis mejillas. Noto como si el mundo entero acabara de detenerse bajo mis pies. “Martina y Alberto”. Releo una y otra vez esos nombres que juntos componen una sinfonía hermosa. Una sensación de tristeza recorre todo mi cuerpo al darme cuenta que estoy aquí perdiendo el tiempo. Me ha valido leer mi nombre al lado del suyo para saber que tengo que ir a buscarlo, que no puedo borrar el pasado, hacer como si no hubiera ocurrido intentando borrar todos los sentimientos tatuados con tinta imborrable en mi corazón. “Eres una soñadora”, recuerdo de nuevo las palabras de mi madre que para mí significan tanto. No me hace falta hablar con los dueños del barco para saber qué historia esconde ese nombre y si podría allanarme el camino a mí, no tengo que pasar más tiempo aquí, no tengo que pensar nada más, tengo que hacer lo que siempre he hecho. Conseguir mis sueños y, en esta ocasión, no puede ser más real esa frase que con tanto cariño siempre me ha repetido mi madre.

Me limpio las lágrimas y mis labios se curvan al leer de nuevo mi nombre junto al del hombre que me hace sonreír con sólo recordar su mirada. Me giro sobre mis propios pasos decida a volver a Madrid y me doy un tremendo golpe contra alguien que estaba detrás de mí y a quien no había sentido. Noto como me coge por los brazos y antes de subir la mirada sé perfectamente quién me acaba de volver a desgarrar el alma. Noto como una corriente atraviesa todo mi cuerpo mientras mi corazón late acompasado con el suyo. Nunca me había ocurrido algo así, noto perfectamente el bombeo incesante que sale de su

pecho como si buscara el mío, que lo recoge con mimo y decide palpitar al mismo ritmo que el suyo. Noto su mano rozando mi barbilla y la sigo para encontrarme con esa mirada, esos ojos negro intenso que me tocan el alma. Él me mira cómplice y me sonrío. En cuanto nuestras miradas se cruzan dejo de estar nerviosa, una inmensa sensación de calma y tranquilidad me recorre haciéndome sentir en casa. Podría parar el tiempo ahora mismo y saber con total certeza que lo mejor que podría pasarme es pasar el resto de mi vida así, acurrucada en sus brazos mientras me pierdo una y otra vez en su mirada.

—Te lo debía —susurra Alberto despacito— has pasado todo un año acudiendo cada noche a buscarme. No me parecía justo dejarlo pasar por un día que faltabas a tu cita —estoy a punto de hablar, quiero explicarle por qué no fui pero se antepone— ahora me tocaba a mí. Y aquí estoy —levanta los hombros en señal de rendición.

Capítulo 22

Si siempre me ha parecido el hombre más guapo y atractivo sobre la faz de la tierra, hoy me lo parece multiplicado por mil. Jamás imaginé que ese barco iba a decirme tanto, que tras esas letras escritas iba a estar él.

Después de pasar varios minutos abrazados mirándonos el uno al otro analizando cada uno de nuestros rasgos, levanta con su mano mi mentón y se acerca muy despacio a mis labios, casi puedo sentir el roce de los suyos provocándome un escalofrío por todo el cuerpo. Mi pecho se hincha y se deshinchas como si mi corazón quisiera salir de su jaula y rozar el de Alberto. Siento como al suyo le pasa lo mismo. Me sonrío y yo me pierdo de nuevo en su mirada analizando cada una de las pequeñas motitas que tiene en sus ojos. Aprieta su mano contra la parte baja de mi espalda atrayéndome hacia él. Es tal la necesidad de sentirnos uno que hasta la piel nos molesta. Suelta mi mentón y pasa su mano por detrás de mi cuello, provocando que todo mi cuerpo se ponga en tensión. No aguanto más, es un suplicio tenerlo tan cerca y no besar sus labios. Lee mis pensamientos y no alarga más el momento, se sigue acercando y noto como una suave brisa nos roza a ambos antes de notar el calor que desprenden los labios del otro. Nos perdemos en la intensidad de un beso que acaba de sellar un amor para toda la vida. Saboreo su boca despacio, con detenimiento, queriendo retener este instante para siempre, perdida en su sabor. Él hace lo propio pero poco a poco la intensidad de los besos se hace más fuerte y sus manos me aprietan con más ansia hacia él. Todo mi cuerpo responde a sus señales y se acompasa al suyo. Me separo un segundo, le sonrío, le doy un pequeño besito en los labios, cojo su mano, tiro de él y comienzo a correr con un destino claro.

Me siento como un pájaro. Me parece que puedo volar, mientras noto como el aire choca contra mi cuerpo y Alberto y yo le hacemos frente con una fuerza casi inhumana. Alberto corre a mi lado, apretándome con fuerza la mano y sabiendo que, así, somos mucho más fuertes, que nada ni nadie nos podrá separar nunca, que hay un vínculo entre nosotros que siempre mantendrá nuestros corazones latiendo acompasados. Es como un hilito, muy fino y muy pequeño, pero muy firme. Como si nos uniera, aunque estuviéramos a miles de

kilómetros el uno del otro, como si por más que unas tijeras se empeñaran en romperlo no pudieran hacerlo. No tengo duda alguna, ahora mismo, así, corriendo por el pueblo de su mano, sonriéndonos, sé perfectamente que mi vida nunca volverá a ser igual.

Llegamos a la casa, mientras meto la llave en la cerradura noto sus labios besando mi cuello con desesperación, lo que me impide concentrarme en abrir la puerta. Noto como pierdo el control de la llave y pongo toda mi atención en lo que siente mi cuerpo cada vez que él me roza. Paso la lengua por mis labios, me los muerdo y abro los ojos para volver a lo que estaba haciendo. Abro la puerta y entramos a la casa, Alberto me apoya contra la pared besándome con ansia y deseo, mientras sus manos recorren todo mi cuerpo. Yo recorro con las mías su espalda, sus brazos abultados, su trasero firme, enredo mis dedos en su pelo mientras escucho sus jadeos en mi oído. Me quita la camiseta y el sujetador y succiona mis pechos mientras yo me arqueo con el contacto de sus labios. Hago lo mismo, él sigue mis pasos y levanta los brazos para facilitarme que le quite la camiseta, rozo con mis dedos sus abdominales, perfectamente marcados, hasta llegar a los botones del pantalón que voy desabrochando uno a uno, lentamente, disfrutando del momento. Miro hacia abajo y veo esa luna dibujada en la parte baja de su abdomen. Paso mi mano por encima acariciando el tatuaje.

—No sabes cuánto tiempo llevaba deseando hacer esto —susurro a su oído, sintiendo el calor de su cuerpo en mis manos.

No dice ni una sola palabra, termina de quitarse la ropa y hace lo mismo con la mía, coge mis muslos con determinación y me sube encima de él mientras noto el frío de la pared en mi espalda. Me enredo en su cintura y noto como nos convertimos en uno, sintiéndolo dentro de mí, acoplando nuestros cuerpos a la perfección sin dejar que ni un solo soplo de aire pueda pasar entre nosotros. Nuestras miradas se buscan y con detenimiento se observan mientras nuestros cuerpos siguen el mismo compás, despacio, con calma y disfrutando cada roce. Y así, perdida en él me dejo llevar hasta experimentar una sensación de placer como nunca había imaginado, con una intensidad desmedida e imposible de controlar.

Hacemos el amor, no es como cuando en mis sueños nos dejábamos llevar por el placer, a pesar de la intensidad de lo que sentía, esto es diferente, no somos sólo dos cuerpos entregados, somos dos almas bailando en una pista

totalmente desierta. Las mariposas en el estómago cobran todo el sentido del mundo y ahora sé que yo también soy parte de ese pequeño porcentaje de la población, que tiene la suerte de encontrar el amor verdadero.

Nunca creí que fuera posible superar lo vivido en sueños, precisamente, porque los sueños, sueños son, eso dicen, ¿no? Sin embargo, la realidad que acabo de experimentar me ha demostrado que no hay nada más intenso que aquello que se vive con los ojos abiertos.

—Esto es una locura —estamos tumbados encima de la alfombra del salón, con una manta por encima que he encontrado en uno de los armarios— no nos conocemos de nada.

—Es la locura más bonita que ha existido en mi vida —acaricia mi rostro despacio, colocando un mechón de pelo travieso detrás de mi oreja.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —sé que no ha sido curiosidad.

—Me lo dijo tu compañera de trabajo —se queda pensativo— creo que se llama Inés —asiento— cuando no acudiste a nuestra cita pensé que te habías arrepentido de buscarme, que mi vida y la tuya no tienen nada que ver y te habías dado cuenta de ello. Soy tan consciente como tú de que esto es una locura —me sorprende escucharlo hablando con tanta serenidad y no puedo evitar que a mi mente vengan las imágenes del día del robo.

—Lo pasé muy mal, ¿sabes? —me enfado.

—¿Puedo pedirte un favor? —noto que le duele hablar de ello, asiento— te juro que te voy a contar todo, te voy a explicar lo que ha pasado en mi vida para que intentes entenderme, aunque sé que no es justificable, pero no todo es tan simple como parece... —veo sufrimiento en su mirada y me parte el alma — pero hoy no. Déjame, por un solo día, imaginar que soy otra persona, que soy un hombre como cualquier otro, déjame olvidar mi pasado, mi presente y no atormentarme por lo que me deparará el futuro. Sólo hoy. Te lo prometo — se acerca suavemente a mí y me besa despacio, deleitándose en mis labios.

Tengo muchas preguntas que hacerle y sobre todo necesito respuestas para mí misma, para poner orden en mi vida. Que él haya aparecido aquí, no sé si la ha serenado, o me ha liado más. Pero, me pasa lo mismo que a él, no quiero decidir nada ahora, quiero dejar mi mente en blanco y cederle todo el tiempo a

mi corazón.

—Lo del barco.... —tengo curiosidad, no creo que lo de los nombres haya sido simple curiosidad.

—Me encantaría decirte que el barco es mío o que le pagué una suma importante de dinero al dueño para que me permitiera escribir nuestros nombres, pero no fue así —noto timidez en su mirada, como si no estuviera orgulloso de lo que iba a contarme— Llegué ayer, te vi mirando los barcos y hablé con un señor mayor que me dijo que era suyo, que sabía que tenía que venderlo, pero que le costaba separarse de él —hace una pausa y coge aire— le conté nuestra historia —se vuelve a quedar callado y yo pienso en que es una historia breve, en realidad, es todo tan extraño...— y él me contó la suya. Fue él quien me propuso escribir nuestros nombres con mi compromiso de que hoy le pintaría el barco y así se borrarían.

—Un trueque —me río.

—Creo que, en el fondo, le da pena que el barco se vea viejo porque es su vida y fue una manera de encontrar una excusa para que vuelva a verse como nuevo, como cuando el navegaba en busca de pesca.

Pasamos el resto de la mañana en el suelo del salón haciendo el amor, hablando y sabiendo un poquito más del otro pero sin querer saber más de lo que nos hemos prometido. Es una sensación un poco rara, estoy con un extraño al que he visto dos veces en mi vida y siento como si lleváramos queriéndonos toda la vida. Creo que a él le pasa algo similar, pero noto que es sincero con sus palabras porque sus acciones le delatan. Sobre todo, su forma de mirarme, lo que expresa con esos ojos con los que tanto he soñado. Me parece mentira estar aquí con él, sintiéndome en casa, a pesar de la extrañeza del momento. Me gustaría contarle que no fui a nuestra cita porque tenía novio, que él me descolocó tanto la vida que tuve que romper con la relación.

Quizá debería tener miedo porque estoy con una persona que, como poco, se dedica a robar bancos y apunta con pistolas a las cabezas de la gente y, sin embargo, me siento más protegida que nunca. No puedo verlo como una mala persona, lo percibo como un hombre tan normal y tan extraño como lo somos cada una de las personas que habitamos el mundo, pero con ninguna peculiaridad dañina.

—¿No te doy miedo? —como si me hubiera leído la mente, suelta la pregunta con un tono un poco chulesco.

—No.

—¿Ni un poquito? —pone una sonrisa pícaro que me derrite.

—Ni un poquito —repito.

—Chica lista —me guiña un ojo— cuando la gente se entera de lo que hago no quiere volver a acercarse a mí... tú me has buscado tanto tiempo —cambia el tono.

—Esto es una locura —niego con la cabeza.

—El otro día en el parque te propuse empezar de cero, en realidad, casi no nos conocemos —se equivoca, yo siento como si hubiera estado junto a mí toda la vida— pero siento que te conozco desde siempre —me sorprende la capacidad que tiene de leer mis pensamientos— para mí también es una locura. Tú estás tan lejos de algo a lo que yo pueda aspirar...

—No digas eso —nunca me ha gustado que se mida a las personas así.

—Sí, Martina —me resulta extraño escucharle pronunciar mi nombre— me buscaste durante un año, sin saber que para mí aquel día también cambió mi vida. No sé lo que ocurrió, pero vi tus ojos y no pude sacarte de mi cabeza, ¿sabes? Yo no te busqué, pero mi mente te recordaba todos los días para que el paso del tiempo no me obligara a olvidarte. ¿Sabes lo que significó para mí darme cuenta de que me habías buscado? —traga saliva— todo. Me diste una lección de valentía, me hiciste soñar con un mundo mejor y, lo más importante, me devolviste la vida.

—Yo... —una lágrima cae por mi mejilla al comprobar que no todo estaba en mi mente, que aquel día el destino puso ante nosotros nuestra mejor casualidad.

—Tú eres la mujer más maravillosa que existe sobre la faz de la tierra, eres la más preciosa, la más divertida, la más simpática, la más sincera, la más orgullosa también —bromea y se ríe— tienes genio y temperamento; y eso, ¡me encanta!

—No sabes nada de mí —me sorprende que hable así... y que acierte tanto en sus palabras.

—No, ¡claro que no sé nada! Eso es lo único que he podido aprender de ti en los pocos minutos que hemos compartido. Quiero seguir llenando esa lista de adjetivos —me coge la mano y se tumba boca arriba, los dos miramos el techo— cierra los ojos —lo hago— imagina nuestro futuro. Nos iremos conociendo y aprenderemos el uno del otro. ¿Te gusta lo que ves?

¡Claro que me gusta! Si existieran mil vidas volvería a vivirlas todas junto a él.

Capítulo 23

Me siento como una quinceañera eufórica arreglándose con su mejor vestido para la noche de fin de curso, con la esperanza de que llegue mi príncipe azul con flores en la solapa de su chaqueta a juego con la que lleva en la mano para regalármela, deseando con todas mis fuerzas ser los reyes del baile.

Ayer volví de Asturias y desde que arranqué el coche no he dejado de revivir los momentos con Alberto. Después de encontrarnos y pasar la mañana sobre la alfombra del salón, salimos a comer algo al restaurante de Laura, quién, al verme llegar con él, comenzó a dar palmaditas y saltar de alegría. Pasamos la tarde en la playa, corriendo por ella, lanzándonos sobre la arena, girando sobre nosotros mismos mientras nos besábamos dentro del agua con la puesta de sol como escenario. Ha sido tan intenso que he sentido como si un puñal me atravesara constantemente pero no me hiciera daño, sino que, con cada punzada, me sentía un poco más viva, con ganas de gritarle al mundo que estoy enamorada y que soy la persona más feliz sobre la faz de la tierra. Conseguí olvidarme de que estoy con un delincuente, confié en sus palabras y pasé por alto el hecho que unió nuestras vidas. Pasamos toda la noche haciendo el amor en cada uno de los rincones de la casa, hasta terminar viendo el amanecer en la terraza. Se fue la noche y llegó el día encontrándonos igual. Acaricié tantas veces como pude ese tatuaje que lleva su apellido, analicé cada uno de sus rasgos perdiéndome en su mirada y dejándome llevar por cada sensación que producía en mi cuerpo.

Nos despedimos en la puerta de la casa, recuerdo como Alberto me preguntó si tenía planes para esta noche, ante mi gesto, negando con la cabeza sin dejar de sonreír, me propuso recogerme a las 9 para ir a cenar. No lo dijo, pero quedaba implícito que era una cita y que íbamos a empezar a conocernos, a tener una historia de amor normal, con citas, besos bajo la luna, flores, cenas y nada de pistolas... Niego con la cabeza al pensar en eso. Me he prometido darle un voto de confianza. Sé que llegará el momento en el que él me cuente su historia.

Por lo que he podido conocerlo el poco tiempo que hemos estado juntos, he percibido que es un hombre con ganas de comerse el mundo pero con una gran tristeza en sus ojos. Hubo muchos momentos en los que se quedaba callado, pensativo y su mirada desprendía un gran temor. Me gustaría tanto poder ayudar a que sea feliz... Recuerdo como me dijo que le devolví la vida, que he sido de las pocas personas que han confiado en él y quiero que eso siga siendo así. Siento que si le fallo, le partiré el alma. También he podido conocer a un Alberto simpático, alegre y bromista. Es muy atractivo pero él no es consciente de la masculinidad que desprenden sus gestos; algo tan sencillo como poner su mano en el bolsillo del pantalón, apoyar el codo en la mesa tomando café, colocarse la cazadora, ponerse las gafas de sol, tumbarse en la arena de lado, encender un cigarro y colocarlo entre sus dedos, tocarse la barbilla cuando piensa en algo, coger mi mano con fuerza... Aitor era muy guapo, pero, a diferencia de Alberto, él lo sabía y alardeaba de ello, siempre de una manera muy divertida y nunca pretencioso. Sin embargo, Alberto es tan diferente... En ocasiones se muestra tímido, pero su sonrisa sincera conquista a todos con los que le he visto hablar.

Termino de arreglarme. He escrito un mensaje a Alberto para preguntarle dónde vamos a ir para decidir qué ponerme y me ha contestado diciéndome que estoy preciosa con cualquier cosa, pero que lo mejor para andar es no llevar tacones. Por su respuesta imagino que no vamos a ir a ningún restaurante de lujo. A parte, no creo que vaya con él ir a ese tipo de sitios tan estirados. He de reconocer que a mí de vez en cuando me gusta, pero sé que él no se sentiría cómodo.

Finalmente, he decidido ponerme un pantalón vaquero oscuro que marca mi figura, una camisa blanca, mis Converse, también blancas, y la cazadora vaquera. Llevo el pelo suelto y me he maquillado resaltando mis ojos. Miro el reloj, son las nueve menos cuarto. Tengo tanas ganas de mi cita que ahora me sobra tiempo. Me acerco a la ventana y miro por detrás de las cortinas para ver si ha llegado ya. Pero nada, no está todavía. Paseo nerviosa por el salón sin dejar de mirarme en cada reflejo que encuentro a mi paso. Tengo un cosquilleo tremendo recorriendo mi estómago. Escucho el móvil, corro a cogerlo, por favor, que no sea él cancelando la cita. Por favor, por favor, por favor. La pantalla se enciende y se apaga y veo que es Federica. ¡Qué raro! Ella no suele llamarme al móvil...

—¿Pasa algo? —me pongo más nerviosa todavía.

—¡Eso mismo digo yo! —está cabreada— llevo días sin saber nada de ti. Llamé a tus padres y me dijeron que te habías ido de viaje. ¿Ya te has olvidado de tu amiga?

—¡Ay Fede! Si te cuento todo lo que ha pasado estos días... ¡no te lo creerías! —me vuelvo a acercar a la ventana para mirar si ha llegado— he dejado a Aitor.

—Me lo dijo tu madre —me quedo callada, no me gusta que nadie tenga que ir contando por ahí mi vida— no te cabrees —Federica me conoce bien— estaba preocupada por ti, por lo que me contaste del “señor mirada”, la llamé y hasta que no conseguí que me dijera por qué te habías ido de viaje no me quedé tranquila.

—¡Ay Fede! ¿Cómo te cuento todo lo que me está pasando? —me pongo nerviosa y me muerdo el labio, miro el reloj, son las nueve menos cinco, me acerco de nuevo a la ventana y sigue sin llegar.

—O me dices ahora mismo qué pasa o mañana cojo un vuelo hacia Madrid —se exalta con tanta facilidad como yo. Me hace gracia. Justo cuando voy a comenzar a relatarle lo que ha pasado escucho el rugir de una moto, corro hacia la ventana y veo que se para frente a mi portal. El corazón me late a doscientos mil por hora, me vuelvo nerviosa.

—Tengo que irme —estoy a punto de colgar cuando estucho las voces de Federica.

—¡Martina! ¡No puedes dejarme así! —grita con tono de súplica.

—Tengo mucho que contarte y muy poco tiempo. Estuve de viaje y Alberto apareció allí.

—¿Alberto? —se sorprende— ¿Quién es Alberto?

—El “señor mirada”.

—¡Santa Madonna! Non ci posso credere —Federica comienza su retahíla de expresiones en italiano, asegurando que no puede creerse lo que acabo de decirle.

—Y ahora mismo, acaba de llegar a buscarme. Tengo una cita con él —me emociono.

—Amica, ten cuidado —me pide.

—Jamás me he sentido más segura. Ti voglio benne —le digo que la quiero y le prometo llamarla mañana para contarle todo tranquilamente.

Voy al baño, me miro al espejo y me quedo satisfecha con el reflejo. Me cruzo el bolsito marrón, que me regaló Jorge en mi último cumpleaños, cojo las llaves, el móvil y, dando un portazo, bajo las escaleras a toda velocidad. Estoy deseando encontrarme con él. Tengo la sensación de que los escalones se han reproducido mientras he estado fuera, recuerdo cuando estuve en Florencia con mis padres y subimos a la cúpula del Duomo, escaleras y escaleras para ver las mejores vistas que puedan imaginarse, arte en estado puro concentrada en un espacio tan pequeño. Ahora, en vez de subir, bajo, pero lo que me espera es mucho más que arte, es la belleza en su máxima expresión.

Abro la puerta del portal y lo encuentro frente a mí, apoyado en su moto, vestido con unos vaqueros, una camiseta gris y su cazadora de cuero. En cuanto me ve sonrío y sube los hombros. Me he quedado parada, le devuelvo la sonrisa y él levanta una mano pidiéndome que me acerque. Cuando estoy casi a punto de llegar donde está, saca su otra mano de la espalda con una rosa roja. Me río, no me cabe duda que voy a ser la reina del baile.

—Gracias —me siento un poco tímida.

—Hola preciosa —se levanta de la moto y se acerca a mí. Me aproxima a él suavemente apoyando su mano en la parte baja de mi espalda y me da un beso en los labios.

—¿Dónde vamos? —estoy eufórica y bastante nerviosa. Tenerlo tan cerca, con esa sonrisa que calla tanto y esos ojos que no paran de hablar...

—Sube —me guiña un ojo y me da un casco. Pongo una mano en su hombro para apoyarme y subo con miedo a caerme hasta que me dejo caer en el asiento. No sé muy bien dónde agarrarme, me da un poco de apuro abrazarme a él... así que, decido sujetarme de unas cositas que hay en la parte de detrás.

—¿En serio no piensas agarrarme? —veo por el retrovisor su sonrisa ladeada a forma de cachondeo.

—Yo... —no sé qué decir.

—Ayer no parecía que te diera tanta vergüenza tocarme —me guiña un ojo y hace que me ponga más nerviosa todavía.

—¡No me da ninguna vergüenza! —contesto con autosuficiencia, mientras las manos, las piernas, los brazos y todo mi cuerpo está como un auténtico flan a punto de venirse abajo. Alberto acelera la moto y siento como vibra todo mi cuerpo.

—Como tú quieras —sabe que me ha dado miedo sentir la moto así. Se ríe y yo, lo abrazo con fuerza, justo cuando él arranca a toda velocidad.

A pesar del casco, noto mi pelo al viento mientras surcamos las calles de Madrid y me siento como si estuviera protagonizando una escena de peli romántica al más puro estilo ‘Tres metros sobre el cielo’. Cualquiera diría que ya no tengo dieciocho años, bueno, y Alberto tampoco. O eso creo. ¿Cuántos años tendrá? Hay tantas cosas que quiero saber de él... Se mete por una calle oscura y nota que me pongo tensa.

—No tengas miedo, es un atajo —grita para que lo escuche por encima del ruido.

Giramos por varias calles hasta llegar a una que está más iluminada. Para la moto.

—Ya hemos llegado.

Miro a los lados y no veo nada especial, no sé muy bien qué hacemos aquí. Bajo de la moto y al quitarme el casco escucho música bastante alta. ¿Será un concierto? Él también se baja de la moto, saca una pitón de no sé dónde y la pone en la rueda. Me mira y me da un beso en los labios.

—Ven —me coge de la mano y tira de mí para que siga sus pasos.

Giramos la calle y veo ante mí luces de miles de colores que indican la entrada a la feria. No sé exactamente dónde estamos pero hay un ambiente de lo más alegre, la gente pasea de un lado para otro, mirando las atracciones, comiendo bocadillos mientras beben calimocho o cerveza de sus minis. A mi mente vienen recuerdos de cuando íbamos con mis padres y con Fabio y yo veía a las parejas imaginándome de mayor con un chico guapísimo de la mano que me tira un peluche, con el que yo paseo luego por toda la feria como si fuera el mayor de los trofeos.

—¿Nos subimos al saltamontes? —doy pequeños saltitos de la emoción.

—¡Ven! —tira de mi mano y obvia mi pregunta. Llegamos hasta una atracción donde la gente está encima de unos toros de mentira, agarrándose con fuerza para evitar caerse— me hace muchísima gracia ver a la gente ahí subida. ¿Quieres? —señala la cabina donde se compran los tickets.

—¡Sí! —ni me lo pienso.

Espero mientras Alberto va a por las entradas mirando a la gente, que se agarra con fuerza intentando no caer en la colchoneta. La música de feria suena a todo trapo y eso anima la velocidad a la que va girando el toro. Los dos miramos atentos hasta que el sonido de una campana nos avisa de que es nuestro turno.

—Nos toca —Alberto tira de mi mano y, con determinación, sube las escaleras— ¿cuál prefieres? —señala los toros, hay unos cinco.

—¡Me da igual!

—Este mismo —se quita la cazadora, la tira al suelo y se sube al primero que encontramos. Coge con una de sus manos una cuerda que hay en la parte de arriba para sujetarse— ¡vamos preciosa! —me tiende la palma de la mano que tiene libre para que me apoye.

La cojo y me subo como puedo encima de ese toro que, desde abajo, se veía bastante más pequeño. Esta vez no dudo y me agarro con fuerza rodeando con mis brazos el pecho de Alberto.

—Parece mentira que le tengas más miedo a un toro de mentira que a una moto —bromea.

Niego con la cabeza sintiéndome un poco avergonzada con su comentario. ¡Qué idiota!

—¡Me lo estoy pasando demasiado bien como para poner mi vida en peligro! —le contesto y él se gira para escucharme y me da un beso rápido en la comisura de los labios. Noto como el toro comienza a moverse.

—Me quedaría así toda la vida, pero, yo también lo estoy pasando demasiado bien —me guiña un ojo, muestra esa sonrisa perfecta y se gira— ¡Agárrate fuerte!

Hago lo que dice, la música se escucha más alto y las embestidas del toro

son cada vez más intensas. Cierro los ojos y me dejo llevar sin parar de reír a carcajadas. Escucho el sonido de su risa a la vez y me hace inmensamente feliz estar disfrutando con él de este momento, poder olvidarnos de todo, poner nuestra mente en blanco, dejándonos llevar de un lado para otro con cada movimiento brusco, pero agarrándonos con fuerza para no caernos. No hay muestra más gráfica de lo que significa ahora mismo para mí. Siento que junto a él podré superar todo lo que venga, por eso, debo aferrarme con fuerza a su regazo para no caer nunca.

Seguimos girando sin parar, abro los ojos y veo que los que estaban a nuestro lado han durado bastante poco sin caerse. El toro gira con toda su fuerza hacia adelante, noto mi pelo al viento, aprieto con fuerza el torso de Alberto para intentar sujetarme, pero una segunda investida me tira a la colchoneta y no sólo a mí... Alberto cae encima, apoyando las manos a los lados de mi cuerpo. Noto cada uno de los músculos de sus brazos hinchados sujetando su propio peso.

—Poco más y te aplasto —me dice.

Lo cojo por el cuello y lo voy atrayendo hacia mí despacio hasta que siento su cuerpo encima del mío. Un calor intenso me recorre desde la punta del pie hasta el último pelo de mi cabeza. Miro sus labios carnosos, sus ojos, noto como su pecho se hincha y deshinch. Subo mi cabeza buscando sus labios y despacio me voy acercando a los suyos. Cierro los ojos, todos mis sentidos están puestos en mi boca acercándose a la suya, acariciándose con calma, los labios me queman con su contacto pero quiero más, siento de nuevo mi corazón bombeando junto al suyo y todas las mariposas formando una fiesta en mi estómago. Lo agarro con más fuerza atrayéndolo hacia mí hasta que noto todo su peso encima, sin dejar de besarlo, sin dejar de sentir que estoy en el séptimo cielo y, segura, de que no hay más cielos por encima.

—Si seguimos así es posible que nos detengan por escándalo público —susurra en mi oído, justo cuando la campana indica que ha acabado nuestro turno.

Me avergüenzo y me quito de debajo intentando levantarme, aunque, con el mullidito de las colchonetas es verdaderamente complicado. Él se pone de pie con una facilidad que me hace sentir una patosa de libro. Se acerca a mí, me da sus dos manos y me levanta como si fuera una pluma.

—Gracias —me sonrío.

—Te las debería dar yo a ti, ¿no? —le digo sin entender.

—No, créeme que no —levanto los hombros y no rechisto. Le sonrío y sigo de su mano para bajar de la atracción, que si pudiera me llevaría a mi casa para enmarcarla en un cuadro gigante como el lugar en el que la vida le devolvió las carcajadas al amor de mi vida.

Seguimos paseando mirando a la gente disfrutando en las atracciones, comentando cada una de ellas y riéndonos al recordar nuestra divertida aventura encima del toro mecánico. Justo cuando llegamos al final de la feria vuelvo a ver mi atracción favorita. El saltamontes.

—¿Subimos? —me giro y pongo las manos a modo de súplica, mostrando mi mejor sonrisa.

—¿No tienes hambre? —evita mi pregunta.

—¿Y cuándo montamos?

—¡Otro día! Así tenemos excusa para volver a vernos —me muerdo el labio intentando no reírme.

—¡No me lo puedo creer! —niego con la cabeza divertida— ¡Te da miedo!

—¿El qué? —disimula.

—Se te da fatal mentir —le grito sin parar de reír.

—No te sigo —intenta ponerse serio y a mí eso me hace mucha más gracia.

—¡Te da miedo! —le repito señalando el saltamontes.

Giro sobre mi misma y me agacho para dejar de sentir el dolor que me provoca en el estómago la risa. Intento parar, pero cada vez que veo su cara intentando disimular me hace más gracia todavía. Él se acerca a mí y me coge por la espalda, haciéndome cosquillas por todas partes. Las carcajadas son cada vez más intensas, mientras intento deshacerme sin éxito de sus brazos.

—¡Para! —grito— ¡por favor!

—Así nos reímos los dos —sigue haciéndome cosquillas sin parar.

—¡No puedo respirar de tanto reír! —subo el tono de voz. Él me gira y

coloca mi cara a escasos centímetros de la suya.

—Bien, podemos decir, que ya conoces uno de mis secretos —me sonrío tímidamente. ¡Ojala todos fueran como este! Por un momento, mi mente me juega una mala pasada y piensa en lo que no debería. Cierro los ojos, los vuelvo a abrir, encuentro esa mirada apoyada en mí y todos esos pensamientos se van a toda velocidad de mi cabeza.

Después de nuestro momento de risas sin parar y sin preocuparnos por lo que hayan pensado todos esos que se han quedado mirándonos, no insisto más y acepto su ofrecimiento de ir a comer algo, sin dejar de hacerle bromas cada vez que veo una atracción parecida al saltamontes y le propongo subir a ella. La verdad es que me ha hecho una gracia tremenda que un hombre tan masculino como él le tenga miedo a una atracción de feria. ¡Es la bomba!

Llegamos a un puesto de hamburguesas, que tiene unas mesas con unos mantelitos de cuadros rojos y blancos, cada una, con cuatro sillas de madera a su alrededor y una velita blanca en el centro. A pesar de estar en la feria, están colocadas con mucho gusto. Nos sentamos y le hago caso a Alberto siguiendo su recomendación de lo que él llama “la mejor hamburguesa del mundo”. Le pedimos al camarero la comida y bebida y esperamos a que nos la sirvan. Alberto pone una mano en el reposabrazos de mi silla y la acerca hacia él.

—No te pongas tan lejos... —me dice pícaro.

—¡Ni tú tampoco! —imito su gesto— ¿cuántos años tienes? —no puedo aguantar más la curiosidad.

—Veintiocho.

—Yo tengo veintiséis y medio —como veo que se queda callado y no me pregunta por la mía se lo digo. Se ríe.

—¿Y medio?

—Sí —contesto con autosuficiencia— mis padres se llaman Gimena y Pietro; y también tengo un hermano que se llama Fabio.

—Y tú te llamas Martina... Sobra la pregunta —sonrío atractivo.

—Mi padre es italiano, sí. Ahora viven en España, el amor le hizo dejar su gran pasión... Él siempre dice que hay sentimientos que crees por encima de

otros, hasta que, de pronto, llega alguien y te cambia todos los planes, anteponiéndose a todas tus ideas.

—Muy inteligente, sí señor —me guiña un ojo y se acerca despacito a mí, hasta que el señor, que viene con las hamburguesas, nos hace separarnos.

—Gracias —contestamos al unísono.

Dicen por ahí que ir a comer una hamburguesa o un kebab en una primera cita es la peor decisión que se puede tomar. Parece ser que por eso de que te manchas la cara y te chorrean las manos de salsa de ketchup, mayonesa o de yogurt... Mira que yo soy bastante presumida y cuido los pequeños detalles, sin embargo, me siento tan a gusto al lado de Alberto que me da exactamente igual que me vea toda pringada.

—Tenías razón —paso la lengua por mis labios limpiándome el ketchup— ¡es la mejor hamburguesa del mundo!

—Gracias —me sonrío sincero y vuelve a pronunciar esa palabra con intensidad.

—¡Gracias a ti! —doy otro mordisco y al apretar la hamburguesa me cae líquido por las manos. Las miro y me río. Noto que a él también le hago mucha gracia.

—No, gracias a ti —coge una servilleta y me limpia alrededor de la boca. Debo estar de ketchup hasta las cejas...

—No estoy contigo por obligación ni nada parecido, tampoco tengo ningún interés en ser un alma cándida preocupada por las causas perdidas, ni estoy aquí porque me vaya a hacer sentir bien por lo que se supone que hago por ti... —los dos sabemos bien de lo que estamos hablando— sí, estoy aquí por ti, pero también por mí. Estoy aquí por nosotros.

—No sé cuál fue la última vez que me reí como hoy —se queda callado y se pone serio— nunca creí que un nosotros fuera posible referido a mí... Tu padre es verdaderamente inteligente al creer que hay personas que pueden aparecer de repente y cambiar todas tus prioridades... Gracias por aparecer, Martina.

Capítulo 24

La boca de mi estómago cerrada a cal y canto es la muestra de mis nervios. Después de la noche que pasé ayer con Alberto hoy no me he despertado tan feliz como debería. Justo cuando llegué a casa y miré el móvil me encontré con un mensaje de Aitor en el que me decía que hoy sobre las doce vendría a recoger sus cosas. No nos hemos visto desde el día que rompimos nuestra relación y me resulta realmente incómodo porque sé que no me he comportado bien. A pesar de la nube en la que estoy, soy consciente del daño que le he hecho y eso me afecta porque le tengo mucho cariño.

Bebo otro sorbo de café y decido dejar la tostada de pan con aceite para otro momento. No me entra ni una miga de pan. Recuerdo mi noche de ayer con Alberto... Fue tan increíble, me muerdo el labio y cierro los ojos para revivirlo con más intensidad. Después de cenar en la feria me acompañó a casa, le invité a subir, pero él denegó la propuesta. Decía que en una primera cita no se puede ir tan rápido. Me hizo gracia la ocurrencia, pero se ve que quiere hacer las cosas bien, se ha tomado muy en serio eso de conocernos poco a poco e intentar tejer una historia de amor de esas que se escriben con tinta color rosa.

Sin embargo, ayer noté que a Alberto le cuesta mucho contarme cosas de su vida, quién es, si tiene hermanos, cómo son sus padres, de dónde es, si siempre ha vivido en Madrid y así un largo etcétera. Es cierto que sí me habló sobre sus gustos, canciones y pelis favoritas, lugares a los que quiere viajar... Pero nada sobre su familia o amigos, nada que hable de sus raíces y absolutamente nada que hable de su presente. Entiendo que es complicado, yo tengo una familia de cuento de hadas y, por lo que imagino, la suya debe ser bastante diferente. El sonido del móvil me saca de mis pensamientos. Es un whatsapp de mi amiga Carlota que propone quedar esta tarde. Justo cuando voy a contestar, suena el timbre. Miro la hora y veo que son ya las doce y cuarto. Ese debe ser Aitor. Bajo dando un saltito del taburete, dejo la taza en el fregadero y salgo disparada a abrir la puerta. Estoy verdaderamente nerviosa y avergonzada. No es plato de buen gusto tener que ver a alguien a quién le has destrozado el corazón mientras el tuyo está dando saltos de

alegría por el momento que estás viviendo junto a otra persona. Abro la puerta y ahí está él, tan guapo como siempre, con el pelo perfectamente peinado, los cuellos de la camisa simétricos y el pantalón sin una sola arruga. Noto calor en la cara e imagino que me estaré poniendo roja. ¡Qué horror!

—Hola —consigo decir.

—Hola Martina —está muy serio— no tardaré mucho. Se agacha a coger una caja, que yo no había visto, y entra.

—Lo que necesites —escucho como un hilo de voz sale de mi garganta.

Me quedo mirando como recoge algunos libros, su cámara de fotos, cargadores del móvil, colonias del baño y algo de ropa, que le había quedado del día que se fue. Me veo tentada a decirle que si necesita ayuda pero no me parece que sea buena idea. Por el contrario, me quedo sentada en el sofá, disimulando, con el móvil en las manos como si estuviera contestando el email más importante de mi vida. Cuando lo único que estoy haciendo es mirar cada uno de sus pasos. Veo como mira de reojo una foto en la que salimos los dos en un viaje que hicimos a Ericeira, un pequeño pueblo de la costa de Portugal con casitas blancas con ventanas azules y calles empedradas. A mi mente vienen recuerdos de aquellos días en playas preciosas, que contrastaban el azul del mar con el verde de las montañas y el marrón de las rocas. Aitor hizo surf y yo lo intenté. He de decir que no conseguí nada... ¡El agua estaba congelada! Y el mar siempre me ha dado bastante miedo... Pero él si surcó cada una de las olas que encontraba a su paso. Era un adonis subido en su tabla con el pelo al viento. Siempre me pareció que los surfers tenían mucho “rollito”. Aitor no era así, no llevaba ropa ancha ni el pelo un poquito largo, tampoco tenía piercing, ni tatuajes. Él era como un modelo de trajes de neopreno. Recuerdo con cierta nostalgia aquellos días pero cada minuto que viene a mi mente me hace más consciente de que ahora mismo no queda ni un poquito de amor de todo el que sentí.

—Ya está todo —se acerca a mí.

—No te preocupes, si se queda algo te llamo para que puedas venir —no sé muy bien lo que estoy diciendo...

—Gracias —se da media vuelta y camina con decisión hacia la puerta.

—Aitor —le grito cuando está a punto de salir. Se queda parado dándome la espalda— espera un momento, por favor.

—Dime —se gira negando con la cabeza.

—Sé que no hay nada de lo que pueda decir que arregle lo que ha pasado entre nosotros...

—¿Acaso querías? —noto mucho dolor en sus palabras. Me quedo callada mientras él clava sus ojos en mí esperando una respuesta— ¡Déjalo Martina!

—Sólo quiero que sepas que lo siento, que soy consciente de que no me he portado bien, pero que nunca fue mi intención hacerte daño y que te quise de verdad.

—Martina —se acerca a mí, pasa su mano por detrás de mi nuca y me da un beso en la frente— que seas muy feliz.

Una lágrima cae por mi mejilla sin poder evitarlo y noto como él traga saliva para contener la emoción. Niega con la cabeza y, despacio, se gira, camina hacia la puerta y la cierra sin volver a mirar a atrás.

—Lo siento, de todo corazón —susurro desconsolada, dejando que mis lágrimas broten de mis ojos sin parar.

Creo que, ahora mismo, es cuando soy consciente por primera vez del cambio que ha dado mi vida. Ahora que veo salir a Aitor por la que se supone que era la puerta de nuestro hogar, ahora que sé que lo he perdido para siempre... Ahora que la palabra adiós, de esos de para siempre, cobra todo el sentido.

Dicen que cuando una pareja se rompe se siente un vacío imposible de llenar, por lo menos, hasta que el tiempo decide irlo rellenando poquito a poco de otros sentimientos. También dicen que sientes como si faltara parte de ti, tu vida, tus planes, tu familia, tus amigos... todo tu alrededor ha sido partícipe de esa historia y romperla significa poner tu vida patas arriba, tener que empezar de cero. Dicen que tienes que romper con tus hábitos y hacerte a otros por algo tan sencillo como que te acostumbraste a alguien que ya no está. Acostumbrarse y des acostumbrarse... ¡Cómo si fuera tan fácil! También dicen que cuando una relación se acaba se tiene una sensación de fracaso... Dicen tantas cosas de las rupturas que yo no puedo creerme ni una sola. Debo ser una oveja negra en medio de un manto beige. A todos esos que dicen yo les puedo contar mis “decires”. Siento una pena horrible por el daño que le he hecho a alguien a quien he querido tanto, pero me agrada estar liberada, siento que he

roto las cuerdas que me empujaban al deber, que la coraza, que apretaba mi corazón, ahora lo deja latir todo lo rápido que le apetece, que ese martilleo en mi cabeza diciéndome lo que está bien y mal se ha hecho añicos, que un manto blanco, suave y sedoso me cubre y me ayuda a volar hacia donde quiero llegar.

Después de ducharme, elijo unos pantalones vaqueros claritos y una camisa blanca de manga corta con volantitos en los hombros, me aliso el pelo y me maquillo dándome un poquito de color en los mofletes y, cómo no, mi querido rímel. Termino mi look con unos botines de tacón y un bolso marrón. Voy a ver un rato a mis amigos, tengo tiempo y creo que me vendrá muy bien para airearme de esta vida tan montaña rusa que he decidido vivir últimamente. Me he quedado bastante tocada con la visita de Aitor... Cojo el móvil y marco el número del que se ha convertido en mi tabla de salvación. Ayer me lo apuntó con boli en la mano y no se ha borrado. ¡Menos mal!

—Hola —en cuanto Alberto descuelga le saludo.

—Hola preciosa, ¿cómo estás?

—Bien —sobre todo ahora que lo escucho, tiene una voz tan masculina... — voy a ir a tomar algo con mis amigos —necesito contarle cosas cotidianas para normalizar nuestra relación. Si es que lo que tenemos se puede llamar así.

—¿Estás bien, de verdad? —insiste.

—Sí, ¡claro! —disimulo.

—Noto tu voz triste —alucino cómo es posible que me pueda conocer tanto sólo con haber escuchado unas palabras a través del teléfono.

—No... Sólo tenía ganas de escucharte.

—Es algo parecido a lo que me pasa a mí —noto por el tono de voz que está sonriendo.

—Tengo que irme —miro la hora y veo que al final voy a llegar tarde— un beso —todavía no sé muy bien cómo despedirme de él.

—Un beso morena, pásalo bien.

Cuelgo. Si me dejara llevar por mis impulsos saldría corriendo a toda velocidad de mi casa rumbo a la suya para buscarlo, abrazarme a él y besarlo

sin parar hasta que nos quedáramos secos. Pero como soy una persona razonable, por lo menos a veces, me limito a sonreír como una tonta mientras cojo mi bolso y salgo de casa para reunirme con mis amigos.

—Hola —grita Jorge en cuanto me ve llegar a la terraza en la que hemos quedado. Me abraza tan fuerte que puedo notar como mis costillas están a punto de partirse.

—¿Cómo estás? —¿Cuánto quiero a este pelirrojito!

—Ahí voy... ¿Y tú? —noto que no tiene buen día.

—¡Chicos! —Carlota llega dando voces con su bolso colgado en el brazo. Los dos nos levantamos a darle un abrazo.

—¿No viene nadie más? —pregunto. No he mirado el whatsapp y no tengo ni idea.

—No, las demás no podían —Jorge lo tiene todo perfectamente controlado siempre.

—¡Contadme de vuestras vidas! —Carlota es tan efusiva que Jorge se parte de risa.

—Primer —necesito soltar todo lo que ha ocurrido en este tiempo. Hacía bastante que no nos veíamos. Relato toda la historia de principio a fin y mis amigos alucinan en colores.

—¡No me puedo creer que no nos hayas contado nada! —Carlota se enfada.

—Lo siento, pero, como comprenderéis, no era algo para contarlo por whatsapp. Necesitaba veros.

—Tranquila —Jorge se muestra comprensivo.

—Pero, no quiero hablar del tema. De hecho, he venido para olvidarme de todo —les pido que no comentemos.

—Sólo una cosa, ¿en serio fue a buscarte a Asturias? —Carlota enciende un cigarro sin dejar de abrir la boca sorprendida— lo del barco es tan de película...

—Sí, en serio... ¡Dímelo a mí! —me emociono al recordarlo— pero,

porfa, dejemos el tema. Os juro que lo necesito —Carlota hace un gesto de sellar la boca con una llave y la tira hacia atrás— Necesito vuestra ayuda. Tengo que encontrar un piso dónde mudarme y me gustaría que fuera rápido. ¿Sabéis de alguno? No aguanto ni un minuto más en esa casa...

—Bueno... Precisamente yo sé de uno... —pone sonrisilla de enamorada y sé que hay algo que está deseando contarnos.

—Uy esa carilla... —Jorge también se ha dado cuenta.

—¡Oh dios mío! ¡No aguanto más! —se remueve nerviosa en la silla— se llama Jesús. Nos conocimos en el trabajo hace un par de meses.

—La que se enfadaba por no haberle contado nada... —le recuerdo.

—¡Perdón! —está tan emocionada que no puede dejar de hablar de este chico— fue amor a primera vista, quedamos, tuvo tantos detalles conmigo que no podríais ni imaginaros... —hace una pausa y me mira negando con la cabeza— claro, que ninguno es como el del barco... —Jorge y yo nos reímos y ella continúa hablando— pero es... ¡alucinante! Estamos juntos y estoy deseando presentároslo —cada vez sube más el tono de voz.

—¡Cómo me alegro por ti! —me abrazo a ella feliz.

Carlota nunca ha tenido problemas para encontrar pareja, pero creo que es la primera vez que la veo tan ilusionada. ¡Y tan loca! Resulta que el chico se va a ir a vivir con ella y su piso queda libre. Parece que va mejorando el día y... ¡voy a tener suerte! Necesito salir de esa casa que me está ahogando.

Capítulo 25

¡Dios mío! ¡Cómo pesan las puñeteras cajas! Intento cogerla pero no puedo levantarla. Sólo han pasado dos semanas desde que Carlota me hablara de este piso y ya estoy aquí, con todas mis cosas empaquetadas y a punto de pasar la primera noche en mi nueva casa. La verdad es que cuando fui a verla me dejó muy sorprendida, es un piso pequeño pero perfecto para mí. Nada más entrar hay un salón muy amplio con unos grandes ventanales, por los que entra muchísima luz, seguido hay una pequeña cocina, una habitación bastante espaciosa, en la que entra una cama bastante grande y con un armario enorme, que fue una de las razones para decidirme. El baño es bastante pequeñito, pero lo reformaron hace poco y está todo muy nuevo. El día que me lo enseñaron conocí al famoso novio de Carlota que la tiene loquita perdida. Me hizo mucha gracia porque se llaman el uno al otro “cosi”... ¡Vaya dos! La verdad es que es un chico muy atento y agradable, con un trabajo normal y una vida normal... ¡Vamos! Igualito que el mío...

—Señorita, deje esas cajas —me pide el chico de la empresa de mudanzas — nosotros nos encargamos de subirlas.

—La verdad, se lo agradezco —soplo quitándome un mechón de la cara.

Justamente ha coincidido que mis padres se han ido a ver a Fabio a Roma, mis amigos están todos ocupadísimos con sus trabajos y Alberto también tenía algo que hacer... ¡Vamos! Que me como la mudanza yo solita. Me enfado un poco y doy un pequeño golpe con el pie en el suelo. Miro hacia arriba y veo las ventanas de mi nueva casa. Niego con la cabeza y me obligo a no tener pensamientos negativos.

Con determinación, subo las escaleras que me llevan al tercer piso, hay ascensor, pero me da un poco de claustrofobia, además, ¡así hago ejercicio! Cuando entro, encuentro todas las cajas apiladas en el salón, me muerdo el labio, vuelvo a soplar para apartar un mechón de la cara y pongo los brazos en jarras.

—No creo que me vaya a aburrir...

—Ya está todo señorita —me avergüenzo por haber pensado en voz alta. Creía que estaba sola. El chico de la mudanza espera quieto en el quicio de la puerta. Imagino que querrá una propina. Saco la cartera del bolso y cuando le voy a dar un billete él lo rechaza.

—Muchas gracias, pero no es necesario —contesta muy amable— simplemente hacemos nuestro trabajo.

—Cógelo y lleva a tu novia a tomar algo. Hay sitios preciosos en Madrid —le animo, pero él vuelve a declinar mi agradecimiento y educadamente se despide y se va.

Levanto los hombros sin entender por qué no lo ha cogido, pero bueno, si el chico lo ha preferido así... Guardo el billete en la cartera y vuelvo a girarme para ver las cajas. Hace un día precioso de sol y el salón está completamente iluminado, ¡me encanta! Mi ánimo cambia de manera instantánea.

—¡Manos a la obra!

Después de toda la mañana colocando cosas, mi nueva casa ya va teniendo forma y la verdad es que... ¡me encanta! Creo que sólo en estas horas ya me ha parecido más un hogar, que lo que sentí en meses en la casa que viví con Aitor. El salón ya tiene el sofá blanco con una tela árabe, que me regaló Federica cuando estuvo en Marruecos, la mesa pequeñita también luce preciosa con los detallitos de colores con cristalitos, haciendo juego con la tela del sofá. He colocado la ropa en el armario y la cama está ya hecha. No me gusta mucho que esté tan triste la habitación... Tengo que comprar algún detalle para decorarla. La cocina y el baño tienen ya todos los utensilios, toallas y paños colocados. Sólo me queda ir al supermercado a hacer una compra general. Enciendo una velita, que huele a frutos del bosque, miro a mi alrededor y doy vueltas sobre mi misma abriendo los brazos inspirando su olor y sonriéndole a mi nueva vida. Escucho el timbre varias veces y me asusto. ¿Quién será? Voy corriendo como una loca hacia la puerta, un poco nerviosa, siempre he sido bastante asustadiza, y coloco mi ojo derecho pegado a la mirilla. Como ya es habitual, mi corazón late desbocado ante su presencia. Me giro y apoyo la cabeza en la puerta mirando hacia arriba. Me muerdo el labio, cierro los ojos, junto mis manos en señal de rezo y sonrío al cielo. Gracias a todos los

planetas por alinearse y ponerlo en mi camino. Gracias destino por juntarnos a la misma hora, en el mismo sitio, sea como fuera... Gracias, gracias, gracias. Vuelvo a escuchar el timbre y no le hago esperar más.

—Pensé que no estabas —dice Alberto en cuanto abro la puerta.

Está guapísimo. Va vestido con unos vaqueros y una sudadera azul marino con unas letras en blanco. Está parado delante de mí, sin dejar de sonreír, clavando esos ojos tan profundos en los míos... Mi pecho sube y baja rápido, me muerdo el labio, inspiro y su olor a perfume inunda mis fosas nasales. No lo dudo ni un segundo más, tiro de los cordones de la sudadera con una mano y lo acerco a mí para darle un beso, siento sus labios acariciando los míos, transmitiéndome un calor intenso que quema pero no arde.

—Gracias por venir —me acerco a su oído y le susurro.

—Me ha costado dar contigo, ¡menos mal que tienes un vecino un poco cotillo que me ha dicho cuál era el piso! —suspira. Recuerdo que sólo le dije la calle y el número.

—Pasa —muestro mi mano para que el siga.

—Contigo —me la coge y, seguido de mí, le voy enseñando mi nueva casa.

Le gusta mucho lo que ve y le hace gracia que la haya puesto tan cuqui en tan poco tiempo. Bromea con algunos detalles que ve y yo me siento feliz de la vida de que esté conmigo. Se disculpa por no haber venido antes para ayudarme a desempaquetar las cajas, pero parece que tenía algo importante que hacer.

—Me gustaría ofrecerte una copa de vino o una cerveza, champán para brindar... —abro la puerta de la nevera y se la enseño— pero no tengo nada de nada... —se ríe al ver las baldas completamente vacías y yo me derrito de nuevo al ver la perfección de su dentadura— justo antes de que llegaras estaba pensando que tengo que ir al supermercado... —no me deja seguir hablando, pone un dedo sobre mis labios y de una bolsa que lleva en la mano, de la que no me había percatado, saca una botella de vino dulce blanco, del que sabe que me gusta— estás en todo —le doy un besito en los labios, cojo la botella y la meto en el frigorífico. Él baja la temperatura para que enfríe antes y me lleva al salón.

—Te he traído otra cosa —busca en la bolsa. Yo estoy nerviosa deseando

ver qué es. Sin darme cuenta, doy saltitos sobre las puntas de mis pies, él me mira y se ríe— qué bonito es tener esa ilusión de niña con un regalo.

—¡A mí me hace falta muy poco para ser feliz!

Alberto saca de la bolsa dos alfombras para colocar a los lados de la cama y yo no puedo creerme que, justamente, ese sea el regalo que me ha hecho para mi nueva casa. Niego con la cabeza, me muerdo el labio, trago saliva y no puedo evitar dejar caer una lágrima. Él no entiende nada, las deja caer al suelo y me coge con delicadeza por los hombros.

—Perdona, pensé que te haría ilusión... No sabía muy bien qué comprarte e imaginé que no tendrías todavía alfombras... —no puedo hablar, sigo tragando saliva negando con la cabeza— tengo el ticket, puedes ir a cambiarlo por lo que quieras —sigo en estado de shock— ¡o las tiramos! —noto como intenta arreglar lo que cree que ha sido un error, las coge y va directo a la cocina buscando la basura.

—¡No! —por fin reacciono.

Alberto se asusta con mi grito y vuelve hacia mí buscando una explicación. Noto el desconcierto en su mirada. Y, por un momento, me río. Me hace muchísima gracia la situación.

—Nunca me han hecho un regalo que signifique tanto —le explico y él no entiende nada— no sabes todo lo que conlleva despertar por la mañana, apoyar los pies en el suelo y no sentir frío...

—Me alegro de que te haya gustado —levanta los hombros y sé que sigue sin entender nada.

Cojo las alfombras que sujeta en los brazos, le doy la mano y voy hacia el dormitorio. Le pido que me ayude a colocarlas y juntos las ponemos a ambos lados de la cama. Nos quedamos embelesados mirándonos y noto su pie gigante sobre el mío.

—¡Ay! —me río— ¡me has pisado!

—Sólo se pisan los que bailan —me contesta él guiñándome un ojo.

Cruzo mis brazos por detrás de su cuello y le sonrío, él coloca sus manos detrás de mi espalda y me devuelve el gesto. Me pierdo en sus ojos analizando cada una de las motitas. Me acuerdo del día que los vi por primera vez y no

tengo miedo, ni me arrepiento de todo lo que pasé... Pero soy consciente de que necesito encontrar repuestas. Por primera vez, entiendo que si quiero unir mi vida a la de Alberto necesito contestar muchas preguntas. No puedo cerrar los ojos ante algo que me afecta directamente. Es muy complicado, pero querer no es suficiente. Tengo que enfrentar la situación, hablar con él y poder entender. No podemos seguir tapando el sol con un dedo, que sea un tema tabú y no enfrentarlo. Eso no va a durar siempre.

Alberto se acerca a mí, me da un beso y acaricia todo mi cuerpo despacio, haciéndome olvidar mis pensamientos, me dejo llevar y cedo ante cada uno de mis impulsos, las reacciones de mi cuerpo me guían por un camino que lo tiene a él como meta. Noto como besa mi cuello mientras sus manos succionan cada centímetro de mi piel. Poco a poco se va deshaciendo de mi ropa, yo lo imito y lo libero de la sudadera y la camiseta. Mis manos surcan su torso desnudo sintiendo la firmeza de cada uno de sus músculos, me detengo en su tatuaje... Sigo bajando, le desabrocho el cinturón y los botones del pantalón. Él me coge con delicadeza, me apoya en la cama y se coloca encima de mí. Noto como el colchón se hunde con nuestro peso. Alberto me hace el amor despacio, como tantas veces soñé y como sólo él podía hacer realidad.

Estamos tendidos en la cama, Alberto se ha quedado dormido y yo tengo apoyada la cabeza encima de su pecho, mecida por su respiración tranquila. Me siento tan a gusto entre sus brazos, tan pequeñita y protegida. Tengo las ventanas abiertas y escucho 'Livin on a prayer' de Bon Jovi, debe ser de algún coche, justo el verso que dice "nos tenemos el uno al otro y eso es mucho, por amor lo intentaremos". Susurro la letra y miro a Alberto, acordándome de mis pensamientos, lo veo dormido tranquilo y me percató de que tiene unas pestañas pequeñitas al final de los ojos. Sonrío. Cómo puedo quererlo tanto, cómo tiene esa capacidad para hacerme sonreír, para convertir cada segundo en un instante único, cómo he llegado a amar a alguien hasta el punto de olvidar todo lo que nos rodea... Siento que sólo necesito coger su mano para ir al fin del mundo, sin maletas, sin nada en los bolsillos, sólo con él, con su mirada, con su sonrisa...

Nunca me había enamorado y nunca lo había echado en falta. Estar enamorado no es sólo tener a alguien con quien compartir la vida, enamorarse es mucho más, es que cada día de esa vida sea maravilloso, sentir con cada

beso como te quedas sin aliento, que tu mejor momento del día sea con él, sentir que vuelas constantemente, sonreír cada vez que ves esos ojitos, reír a carcajadas, tener la misma ilusión que el primer día, querer sin condición sabiendo que es junto a esa persona donde quieres estar el resto de tu vida... Ahora, que sé de verdad lo que es estar enamorada, que he aprendido cuál es el baile de las mariposas, sé que mi vida sin él no sería igual porque ahora sí sabría lo que es echar de menos el amor.

Bajo la mirada del techo y ojeo mi nueva habitación, veo en el espejo reflejadas las alfombras y sonrío sin poder evitarlo. Vuelvo a cerrar los ojos, los aprieto para, como decía mi padre, conseguir que se hagan realidad. Y deseo, mucho y muy fuerte, toda una vida de amaneceres y atardeceres juntos, de bailes en la cocina y brindis en el salón, de días repletos de besos y sonrisas, de rincones inundados de te quiero...

—Qué bonita es la vida a tu lado —susurro, muy bajito, para que no me escuche, pero para que sirva como una promesa que quede grabada en nuestro subconsciente.

Capítulo 26

Un rayo de sol me da directamente en los ojos obligándome a abrirlos. Estoy muy a gusto en la cama, me doy la vuelta para evitar que el sol me despierte y abrazo la almohada. Estoy adormilada y podría quedarme así toda la mañana, pero... ¡Dios mío! ¿Qué hora es? Me incorporo agitada pensando que me he quedado dormida y tengo que ir a trabajar. Busco el reloj de mesilla entre algunas cajas que me quedan por colocar y no lo encuentro. ¡Mierda! Esta maldita costumbre mía de no llevar reloj... ¡El móvil! Salgo a toda velocidad de la habitación y lo busco en el salón, pero tampoco lo encuentro... Me paro un segundo para intentar pensar cuándo fue la última vez que lo utilicé, recuerdo que puse el despertador... ¡Y no ha sonado! A ver si así lo ubico... ¡Lo tengo! Voy corriendo a la habitación de nuevo y lo encuentro debajo de una de las cajas. Veo la hora y me doy cuenta de que ni el despertador se ha estropeado ni que llego tarde al trabajo. Faltan quince minutos para la hora a la que suelo levantarme. Buf, suspiro. ¡Menos mal! Vuelvo a la cama y me dejo caer en ella como si me recogiera un manto de nubes blandito. Esta casa va a cambiar tanto mi vida que hasta me voy a despertar antes de la hora. Me río, estoy tan feliz y a gusto aquí. A mi mente vienen imágenes de la tarde de ayer con Alberto, que, por más que insistí, no quiso quedarse a dormir. Me incorporo y entre las cajas veo un papel doblado en cuatro trozos. Me levanto, lo cojo, lo desdoble e intento analizar lo que significan todas esas líneas. Juraría que esta hoja no es mía... Hay letras y trazos, como si fuera un mapa y un recorrido con puntos señalados. ¡Estaría en alguna de las cajas de la mudanza! Cojo la ropa que voy a ponerme hoy y, antes de ir a ducharme, tiro el papel a la basura.

Abro el agua caliente y me meto debajo del chorro, me encanta sentir como cae por todo mi cuerpo, me froto los brazos con jabón y a mi mente vienen las caricias que Alberto me hizo hace tan pocas horas. Todavía puedo sentir su contacto... De pronto, mi cabeza empieza a trabajar a toda velocidad y cientos de imágenes van apareciendo sin parar. Él, las caricias, su sonrisa, su mirada, el día del atraco, el papel que he encontrado en la habitación, las líneas, mi oficina, él mirándome con ese pasamontañas, los puntos marcados en la hoja,

él otra vez con la pistola... No. Tapo mi boca con las manos negando con la cabeza una y otra vez. No, no, no. No puede ser. Cierro el agua, corro la mampara, cojo una toalla y completamente mojada voy corriendo hacia la cocina. Abro la tapa del cubo de la basura y cojo el papel. Vuelvo a analizarlo, pero ahora, con mucho más detenimiento y buscando algo que creo poder encontrar en él. Lo examino y entiendo perfectamente que se trata de un mapa de una sucursal de un banco, tiene la entrada, las mesas donde atendemos a los clientes, la caja, el pasillo que va hacia las oficinas que no quedan a la vista del público y un gran círculo rojo rodeando la caja fuerte dónde está todo el dinero. Los diferentes puntos señalan las cámaras de seguridad... ¡Tiene que ser eso! Siento un pinchazo en el pecho, mientras sigo negando con la cabeza y las lágrimas comienzan a brotar por mis mejillas. Me gustaría que fuera un mapa de mi banco del día que lo atracaron, pero no, se trata de otra sucursal... Giro la hoja y veo escritas unas letras y unos números que no entiendo. Están borrados, pero queda la marca, como si los hubieran escrito con un portaminas. Le doy la vuelta a la hoja y veo que se entienden mejor, ¡están escritos al revés! Tras mucho esfuerzo, leo lo que pone. Es una dirección y está muy cerca de mi trabajo. Me seco las lágrimas con rabia, miro el reloj y agradezco haberme levantado antes de la hora. Me visto, maquillo y peino a toda velocidad. Tomo una taza de café y salgo pitando de casa.

Conduzco nerviosa siguiendo las indicaciones del GPS, miro la hora y veo que como no me dé prisa al final voy a llegar tarde a trabajar. Menos mal, que, efectivamente, mis sospechas eran ciertas y este sitio está cerca de mi oficina. Mi cabeza trabaja a toda velocidad intentando buscar una respuesta que lo justifique, que lo salve de seguir siendo un atracador o que, simplemente, se trate de un mal entendido. Pero tengo una corazonada y no me da buenas señales... El GPS me indica que estoy a tan sólo dos minutos de mi destino. Empiezo a mirar las calles agachándome para que mi campo de visión quede lo más despejado posible. Me voy acercando y antes de que el GPS me avise, sé que he llegado a la dirección. Veo una sucursal de un banco, freno, cierro los ojos y niego con la cabeza. ¡No puede ser! Sabía que iba a ser esto... ¡Mierda! Le doy golpes al volante del coche. ¡Lo sabía! El pitido de un coche pide que me quite de delante y vuelvo a conducir, sé perfectamente donde estoy. Llego al aparcamiento de mi oficina y pienso en esa sucursal, creo que no la han atracado nunca... ¡Peor! ¡Cada cosa de la que me doy cuenta es mucho peor que la anterior!

—Buenos días Inés —entro en el banco y voy directa a mi despacho.

—Buenos días Martina —me contesta tan educada como siempre— ¿todo bien?

—Sí... Tengo bastante lío, ¿luego tomamos un café? —le contesto casi llegando ya a la puerta de mi despacho.

En cuanto entro, dejo el bolso encima de la silla y enciendo el ordenador a toda velocidad. Tecleo en Google esa sucursal, esa dirección y todo lo relativo a cualquier atraco que se pueda haber producido y no sale absolutamente nada relacionado con ello. No veo más que el único de esa zona ha sido el nuestro... ¡Mierda! No quiero pensar lo que pasa por mi mente pero la duda no deja de rondar en mi cabeza. ¿Y si están preparando un nuevo atraco? Yo que creía que podíamos tener una relación normal, con una persona que se dedicara a algo normal... ¡He sido una ilusa! ¡Qué estúpida! Me enfado tanto conmigo misma que me encantaría dejarme de hablar eternamente.

—Martina —escucho como el señor Emiliano levanta la voz apoyado en el quicio de la puerta de mi despacho, me ha debido estar llamando varias veces y yo estaba tan sumida en mis pensamientos que no me he dado cuenta.

—Disculpe —intento tranquilizarme.

—¿Está bien? —se acerca preocupado.

—Sí, sí, estaba tan concentrada leyendo el email de un informe que tengo que preparar que no me he dado cuenta de que estaba aquí —disimulo.

—No se preocupe —sonríe— me gustaría hablar con usted. ¿Tiene un momento?

—Sí, claro, dígame —le invito con la mano a sentarse.

—Ya lleva unos meses aquí y su labor está siendo excepcional.

—Muchas gracias.

—Recuerdo el día que la entrevisté, sentí que tenía que darle el puesto y no me equivoqué.

—No sabe de todo lo que me salvó en aquel momento —recuerdo los días horribles que pasé vendiendo las puñeteras tarjetas por teléfono.

—Pues he vuelto a tener esa misma corazonada. No había querido

comentarle nada hasta no estar seguro. El grupo me ha pedido que les envíe una persona para ocupar un puesto de cierta responsabilidad, ya que afecta al banco a nivel mundial y he pensado en usted —me pongo nerviosa. No esperaba algo así.

—Yo... —no sé qué decir. Me ha pillado desprevenida.

—No hace falta que me dé la contestación hoy. Puede pensarlo tranquilamente, supone un gran cambio y soy consciente de ello, pero también estoy convencido de que no hay otra persona que pueda ocupar el cargo mejor que usted —hace una pausa y, al ver que no contesto nada, sigue hablando— las condiciones económicas son verdaderamente buenas, tendrá los viajes y el alojamiento pagado...

—¿Cómo? —hay algo que no entiendo.

—Es un puesto de mucha responsabilidad muy bueno para su carrera profesional —he dejado de escucharlo porque estoy intentando entender lo del alojamiento pagado.

—Perdone, ¿dónde es el puesto?

—En Bruselas, en nuestra sede —me lo dice tan tranquilo.

—Lo siento, pero no puedo aceptarlo —no dudo ni un solo segundo, no puedo irme de aquí. Ahora no...

—Martina, ¡piénselo! Tenemos una semana de plazo para dar una respuesta —intenta convencerme.

Estoy tan enfadada con Alberto por lo que acabo de descubrir que de buena gana me iría y lo mandaría al diablo. Sería una manera perfecta de acabar con esta historia de locos, que no va a traerme más que disgustos. Y mi carrera profesional... Sería tan bueno para mí... Pero no puedo, ahora no. Ahora que parece que mis alas comienzan a volar, no puedo enjaularme lejos de quién me ayuda a alzar el vuelo.

—Es posible que me arrepienta toda la vida pero no voy a aceptar el puesto —mi tono de voz es muy serio— lo siento.

—Por favor, ¡piénselo! No sé qué motivos le hacen quedarse aquí... Pero no tiene por qué ser definitivo...

—Lo siento. De verdad, sobre todo por usted. Le agradezco muchísimo la

confianza que ha depositado en mí, pero no me voy a ir a Bruselas.

—¿De verdad está bien? La he notado muy extraña cuando he llegado al despacho —intenta buscar una razón para entender mi negativa.

—Estoy bien, gracias, por su confianza, pero no voy a ir —le vuelvo a repetir.

El señor Emiliano no puede entender que haya declinado su ofrecimiento, pero sé que lo acepta porque entiende que tengo mis motivos. Nunca imaginé que algo tan bueno podía pasarme, significa muchísimo. Formar parte del grupo, trabajar de manera internacional y no para una sucursal... ¡Es algo alucinante! Si me lo hubieran dicho hace un año me habría parecido una broma de mal gusto... Y ahora tengo ante mí la oportunidad de mi vida y acabo de rechazarla. ¿De qué me habría servido pensarlo más si al final iba a tomar la misma decisión? Me equivocaré, me daré de cabezazos contra la pared mil veces, pero sé que habré sido fiel a lo que mi corazón me decía. Siempre he sido así, no voy a cambiar ahora.

Capítulo 27

Salgo de trabajar y no lo dudo ni un segundo. Como si hubieran puesto un petardo en el tubo de escape de mi coche conduzco a toda velocidad hacia una explicación. No pienso quedarme callada como si no hubiera pasado nada, seguir disfrutando de sonrisitas y besitos mientras por mi cabeza pasan miles de quizás y ninguno es nada bueno.

Llego a la calle en la que he pasado tantas horas de mi vida, aparco el coche y, con decisión, voy hacia la puerta de la casa de Alberto. No sé lo que me encontraré, pero me da exactamente igual todo. No tengo miedo. Busco el timbre y no lo veo por ningún lado. Hincho mis pulmones de aire y, justo cuando estoy a punto de tocar con los nudillos, la puerta cede y aparece él. Su cara es un completo desconcierto al verme, nada de sonrisas... Está verdaderamente contrariado. Noto como el corazón se me va a salir del pecho y, sólo por un pequeño momento, dudo de haber venido. Pero niego con la cabeza y me convengo de que no, de que estoy donde debo. Sin decir ni una sola palabra, Alberto me coge por el brazo y cruza la esquina. Parece que no quiere que nadie nos vea... Esto me enfada muchísimo más.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —me pregunta muy cabreado mirándome fijamente a los ojos.

—¿Se puede saber qué es esto? —saco el papel que llevo en el bolso y veo su cara de desconcierto.

—¿Qué haces tú con esto? —me lo quita de la mano.

—Te recuerdo —me acerco a su cara y levanto la voz, estoy muy muy cabreada— que ayer estuviste en mi casa —me acerco más, hasta casi sentir sus labios— ¿Durante cuánto tiempo vas a seguir siendo dos personas a la vez? ¿Durante cuánto tiempo vas a hacerme el amor por las noches y luego vas a irte a atracar bancos? ¿Durante cuánto tiempo vas a seguir jugándote la vida mientras me juras protegerme siempre? ¿Eso es protegerme? —me separo y bajo el tono de voz— protegerme sería cuidarme y no esto... —noto el sabor salado de mis lágrimas.

—No llores, por favor —sus manos acarician con delicadeza mi cara secándome las lágrimas. Me abraza y yo me aferro a él, sintiendo otra vez esa sensación que hace que nuestros corazones latan como uno, que se elimine la piel y se junten como muestra del amor que nos une, siendo mucho más fuertes así. Debería odiarlo, arrearle unos buenos puñetazos y patalear hasta conseguir una explicación, pero no puedo... No puedo, ni quiero— ven —me pide tirando de mi mano.

Sin más palabras, caminamos de la mano. No sé a dónde vamos, pero imagino que ha llegado el momento de conocer toda la verdad. Se acabó el hacer como si nada, tenemos que enfrentar la situación y sé que es ahora. Me aferro a su mano sintiendo esa corriente eléctrica que atraviesa todo mi cuerpo. Llegamos a un parque con varias colinas, hay gente paseando, niños jugando y perros correteando de un lado a otro. Alberto tira de mi mano y juntos subimos a una de las montañitas en las que no hay nadie. Según vamos ascendiendo va quedando al descubierto el cielo de Madrid con las alturas de los edificios. Al llegar a la cima, siento algo parecido a tener el mundo bajo mis pies, aunque, en este momento, es el mundo el que está a punto de aplastarme. Alberto suelta mi mano y se sienta en el césped, yo lo imito.

—Todo comenzó un día que parecía ser otro más... Salí a tomar una copa, necesitaba olvidar —habla con la vista perdida en el horizonte— mi padre comenzó a beber sin control, nos gritaba y nos trataba mal, y mi madre fue cayendo poco a poco en una depresión, sin que pudiéramos darnos cuenta. Un día, despertamos y mi padre no estaba. Creímos que iba a aparecer y al ver que pasaban las horas y no llegaba comenzamos a preocuparnos, pensábamos que le había pasado algo... Hasta que sonó el teléfono. Era él, no sé qué habló con mi madre, pero al colgar, ella nos dijo que no iba a volver. No le había pasado nada... Simplemente, había decidido que su familia no valía nada y nos abandonó —traga saliva— tengo un hermano. Se llama Ismael. Le afectó mucho el abandono de mi padre y empezó a juntarse con amistades, que no le hacían ningún bien, hasta caer en las drogas sin vuelta atrás. Mi madre no podía soportar verlo en ese estado sin saber qué hacer para ayudarlo hasta que un día... —niega con la cabeza y noto como aprieta los puños— se quitó la vida.

—No sabes cómo lo siento —casi no puedo hablar.

—En cuestión de pocos meses, Ismael y yo nos quedamos solos, sin

familia y sin dinero para salir adelante. Fue horrible —se enfada— ¡no sabía qué hacer! Perdimos a mi padre y a mi madre y yo tenía mucho miedo de que pasara lo mismo con mi hermano. Quería hacer algo por sacarlo de toda esa mierda en la que se había metido... Necesitaba dinero, para eso, y para vivir. ¡No teníamos nada! Esa noche —vuelve al principio de la historia— salí a tomar una copa y unos tíos se acercaron a mí en un bar para ofrecerme un trabajo. Yo estaba borracho...

—Te engañaron...

—No, siempre fui consciente de lo que se trataba. Y lo acepté. Sabía que cometía un error, pero la necesidad de salvar a mi hermano y poder comer para seguir viviendo era mucho más intensa que mi temor a lo que pudiera pasar.

Alberto me cuenta que cometió dos atracos, el primero y el de mi banco. Relata cómo tuvo que enfrentarse a coger un arma y apuntarle a alguien en la cabeza... Sé que habla de mí porque no para de negar con la cabeza sintiendo un dolor profundo en su alma.

—Y cuando creía que sabía cómo podía coger las riendas de mi vida y salir adelante, aunque no fuera de la forma más racional posible, apareciste tú —se gira y me mira— llegaste como un ángel que pedía ayuda para bajar del cielo y conseguiste, sin saberlo, darme la calma que mi corazón necesitaba —me acaricia la mejilla con el torso de la mano— estar a tu lado mejora mi vida, tú provocas mi sonrisa y me regalas momentos de felicidad...

Las palabras de Alberto provocan en mí un sinfín de sensaciones. Sabía que él también sentía lo mismo que yo, que la locura que me llevó a él era el acto impulsivo más racional de toda mi vida, que no hay un amor tan grande si no es la suma de dos... Era consciente de ello, pero escucharlo de sus labios me provoca tanta ternura, tanto amor, tantas ganas de caminar juntos venga lo que venga. Ese hombre rudo que un día tuve frente a mí apuntándome con una pistola, se ha convertido en un niño asustado, sincero y abriendo su alma para buscar un poco de la paz que le robaron hace tiempo.

—Ese papel que has encontrado es el mapa de una sucursal... —me cuenta toda la verdad.

—Lo sé, pero no quiero que vuelvas a hacer algo así, por favor, no quiero que te pase nada —le suplico.

—Va a ser la última vez, te lo juro —me coge la cara con las manos.

—No, por favor —lloro de impotencia.

—Voy a hacerlo solo. Conseguiré suficiente dinero para vivir y para ayudar a mi hermano —cubre mis manos con las suyas— y después empezaré de cero. Empezaremos juntos y todo habrá quedado atrás.

—¿Y si no es así? ¿Y si te pillan? —grito negando con la cabeza y me levanto— no, no y no. No pienso aceptar algo así, no debería ni planteármelo. Podemos vivir con mi dinero, yo ayudaré a tu hermano, haré todo lo que esté en mi mano, pero no vuelvas a cometer el mismo error, te lo pido por favor —le suplico.

—Voy a hacerlo. Es sólo una vez —quiere convencerme.

—No. Querer a alguien es darle calma, cuidarla y ser un apoyo. No es ser un problema, un quebradero de cabeza y un sufrimiento —me coge por los brazos y yo me suelto— contigo aprendí lo que significa estar enamorada, ¿sabes? Nunca, en toda mi vida, había sentido esas mariposillas de las que todo el mundo habla y contigo las siento todas a la vez, revoloteando sin parar chocándose con las paredes de mi estómago... Ahora que sé lo que es, me va a costar mucho vivir sin ello, pero no quiero algo así... —se acerca y yo me separo de nuevo— no quiero —pienso en el puesto en Bélgica, en Aitor, en cada noche que pasé buscándolo, en como toda mi vida pasó a un segundo plano... y veo todo claro— si sintieras lo mismo que yo, renunciarías a esa mierda. ¡Es algo horrible!

—No puedo...

—Sí, créeme que sí se puede —me giro y sin mirar atrás piso fuerte alejándome de él. Siento como si mis pies tuvieran unas cuerdas alrededor que tiran hacia su lado, pero con toda la fuerza que me queda sigo caminando hacia adelante sin mirar atrás. Noto como me coge del brazo y me gira.

—No te vayas, por favor.

—¡Déjame! —grito enfadada soltándome de él.

Vuelvo a girar y, corriendo todo lo rápido que puedo, me voy de su lado. Siento el aire rozándome la cara y me sorprende que no se me cae ni una sola lágrima. Cuando me ha pedido que no me vaya he sentido que yo también lo voy a abandonar, igual que su padre y su madre, que lo voy a dejar solo...

Algo así hace que dejes de confiar en las personas... Pero no puedo seguir a su lado, no puedo. Cuando quieres a alguien tienes que saber renunciar y ceder, ves por los ojos del otro y por su bien, le das alas y no se las cortas, pones alfombras a su paso y no piedras para tropezar en el camino. Das todo lo que esté en tu mano para ver la sonrisa de quien amas con todo tu ser. El amor no duele. Y él, ha decidido llenar mi vida de espinas. ¡No me da la gana! Ya he hecho suficiente por esta historia, aunque me parta el corazón y me desgarre el alma no quiero volver a saber nada más de él.

Capítulo 28

Sé que cuando se entere de lo que voy a hacer se va a cabrear muchísimo conmigo. También soy totalmente consciente de que esto no va a ser nada fácil. Ha pasado una semana desde que Alberto y yo nos vimos por última vez y no hemos vuelto a tener ningún tipo de contacto. Aunque mi subconsciente lo busca, mi cabeza quiere y necesita tener un poco de calma.

Subo las escaleras que llevan a la puerta del centro de desintoxicación con paso firme. Es un edificio de color blanco y marrón, con una entrada señorial y sin ningún cartel que indique dónde estás. Al entrar, hay un gran hall en el que se encuentran personas de todo tipo, leyendo el periódico, tomando un café, jugando al ajedrez... Gente de todas las clases y edades, que el destino ha juntado en un mismo sitio. Pregunto por la persona con la que he contactado por teléfono, que rápidamente me recibe, me enseña las instalaciones, que están rodeadas de parques con muchas flores, las habitaciones, que parecen más de un hotel, y todas las salas para hacer terapias, fiestas, recibir a familiares, etc. La señora me informa de los precios, los tiempos y el alto porcentaje de recuperación. Le explico que no es mi familiar, que es un conocido y, a pesar de mi miedo ante su sorpresa, me encuentro con una reacción que no esperaba para nada.

—Ni se imagina la cantidad de gente que viene para ayudar —me dice sonriéndome, la señora, de la que no recuerdo su nombre.

Le explico que me costará traer a la persona, que no sé el tiempo que tardaré en volver y que tampoco tengo la certeza total de hacerlo. Ella me anima y me ofrece su ayuda para todo lo que necesite. Nos despedimos cordialmente y, con toda la información que iba buscando, me voy a por la parte más difícil de mi plan.

Al llegar a su casa, inspiro varias veces antes de bajar del coche. Veo que no está la moto aparcada y lo agradezco porque no quiero encontrarme con Alberto. Salgo del coche y veo a ese chico desgarrado de hace meses, ¿será ese? No creo, si fuera su hermano me lo habría dicho cuando hablé con él. Me ve pero parece que no me recuerda, yo levanto la mano para saludarle pero me

ignora. Levanto los hombros pensando en toda la gente que necesitaría mi ayuda y la del mundo entero para salir de los pozos en los que están metidos. Niego con la cabeza deseando con todas mis fuerzas ser rica para poder ayudar a toda esa gente... Suspiro. Me doy media vuelta y, en pocos pasos, estoy frente a la puerta. No veo el timbre, así que llamo con los nudillos varias veces y espero. Por lo que me ha contado Alberto, en esta casa sólo deben vivir ellos dos. Así que, si la moto no está y hay alguien, debería ser su hermano... Nada, no se escucha ni un solo ruido dentro. Vuelvo a llamar, esta vez más fuerte, hasta casi hacerme daño. Nada. Vuelvo a suspirar desilusionada y, justo cuando estoy a punto de darme la vuelta, mi oído parece escuchar unos pies que se arrastran. Vuelvo a llamar a la puerta y espero impaciente. Estoy un poco nerviosa porque no sé cómo va a reaccionar ante mi propuesta... No me conoce de nada...

—Hola —un chico delgado, alto, con el pelo rapado y unas ojeras tremendas me abre la puerta.

—Hola, soy Martina —le ofrezco mi mano para saludarlo— ¿podría pasar?

—Sí, adelante —es muy amable.

Entro en la casa y mi visión me sorprende. Imaginaba un lugar viejo y descuidado y nada más lejos de la realidad. Al entrar hay un salón pequeñito, con dos sofás y una cocina americana completamente ordenada y limpia. No alcanzo a ver más que un pasillo, que imagino llevará a las habitaciones. Hay fotos por todas partes de una señora muy guapa, que debe ser su madre. Los muebles que hay son de madera y, aunque la decoración es antigua, se nota que son los restos de lo que algún día fue un hogar. ¡Cuántas cosas habrán visto estas paredes!

—¿Quiere tomar un café? —me propone.

—Sí, gracias.

El chico va hacia la cocina y coge una cafetera que vierte en una tacita azul marino. Noto como le tiembla bastante el pulso y eso le pone nervioso.

—¿Eres Ismael?

—Sí —se acerca a mí y me invita a sentarme en el sofá.

—Yo soy Martina —recuerdo que ya le he dicho antes mi nombre, pero no

sé por dónde empezar...— soy...

—Sé quién eres —sonríe mirando al suelo, he notado que no se atreve a mirar a los ojos— mi hermano me ha hablado mucho de ti —me sorprende su revelación.

—No esperaba eso —me muerdo el labio intentando no sonreír.

—Él no está, no sé a qué hora va a volver.

—No he venido a buscarlo a él —voy a ello...— quería hablar contigo — noto cómo se pone tenso ante mis palabras.

—¿Conmigo?

—Sí... Tu hermano te quiere muchísimo. Eres lo más importante para él y quiere ayudarte.

—Lo sé, pero no es fácil —Ismael se pone nervioso.

—A mí me gustaría ayudarte —silencio. Se queda callado y sigue mirando al suelo.

—Te lo agradezco, pero no es necesario. Tú no me conoces de nada...

—Pero conozco a tu hermano y con eso me basta. He estado en una clínica de desintoxicación y, si quieres, podemos ir hoy mismo —niega con la cabeza y se levanta nervioso— podemos hacer una especie de trato, si te parece bien —me coloco a su lado— cuando salgas de allí y busques trabajo, podrás devolverme el dinero. Ahora no me corre prisa.

—Lo necesito... Quiero salir de esta mierda y no puedo. Lo he intentado muchas veces pero yo sólo no lo consigo... Nunca nos ha gustado aceptar limosnas de nadie.

—No es una limosna —me enfado, pero intento tranquilizarme.

—En eso tienes razón, Martina —pronuncia mi nombre y me sonríe, algo que me coge bastante desprevenida— ¿ves el temblor que tengo en mis manos? —asiento— es por la cocaína. Llevo días sin meterme y, justo antes de que llegaras, estaba a punto de salir a pillar. ¡No aguanto más!

—Ven conmigo, por favor —siento como si conociera a este chico de toda la vida, sin embargo, analizo sus rasgos y no se parece nada a Alberto— lo haremos por tu hermano.

—Él ha hecho tanto por mí... —se pone triste.

—¡Haz tú esto por él! Estoy segura de que no hay mejor forma de agradecerse.

Pensé que me iba a costar muchísimo convencer a Ismael, que tendría que acudir a diario para convencerlo de que entrara a la clínica, que me iba a encontrar con una persona esquiva que no querría aceptar mi ayuda... Y ha sido todo lo contrario. Bajo las escaleras de la clínica de desintoxicación y, al llegar al último peldaño, me giro. Ahí está, mirándome, moviendo la mano de un lado a otro para despedirse con una media sonrisa. Le digo hasta pronto con mi mano. Creo que necesita y quiere con tanta fuerza salir de ese pozo en el que está metido que he sido su clavo ardiendo.

Vuelvo a mi coche y conduzco dirección a casa. Ha sido un día eterno y necesito descansar. Tengo ganas de ver a mis padres, a ver si vuelven pronto de viaje porque ya los echo muchísimo de menos... Sobre todo ahora que los necesito tanto. Me siento muy feliz por haber conseguido mi propósito, no sé cómo se lo tomará Alberto cuando se entere. Puede enfadarse por meterme dónde no me llaman, porque quería ser él quien ayudara a su hermano, por no haberle avisado... o puede agradecerme jurándome que nunca más volverá a delinquir. ¿Eso cambiaría en algo las cosas? Creo que no, estoy muy dolida por la conversación que tuvimos hace una semana, por su falta de compromiso hacia mí, por su cobardía y sus poca intención de dejar la mierda en la que está metido por lo que se supone que teníamos... Y sí, hablo en pasado porque ahora ya no hay nada y dudo mucho que vuelva a haberlo.

Mientras conduzco pienso en que tengo dos semanas de vacaciones y no he pensado nada. He estado tan sumida en Alberto y su mundo que no me he parado a planear un viaje para mí, que, seguramente, me vendrá muy bien. No me gusta huir y, últimamente, parece que lo hago mucho, pero creo que poner espacio y tiempo ayuda tanto a superar el dolor... ¡Decidido! Riiiiing, riiiiing, miro la pantalla del coche y veo el nombre de Jorge. Descuelgo.

—¿Cómo estás? —me emociona su llamada.

—Bueno... Ahí voy...

—Te noto desanimado.

—Las cosas en el hospital no van todo lo bien que debieran... Creo que necesito unas vacaciones —en cuanto escucho lo que dice se me ocurre una idea perfecta.

—¡Vámonos! Tengo unos días en el trabajo y no he mirado nada, pero podemos irnos a algún sitio a desconectar... Yo también lo necesito.

—Yo no tengo vacaciones ahora —se ríe.

—Pero, seguro, que entre guardia y guardia puedes juntar algún día —espero ansiosa que me diga que sí.

—¡Podría! —noto su tono de emoción— ¡lo miro y te llamo!

Sin despedirse, cuelga el teléfono. Me río, sé que me llamará en cuanto pueda para apuntarse al viaje. De todas formas, aunque él no lo consiga, yo voy a ir a algún sitio... Necesito alejarme. Giro a la derecha para entrar en mi calle y una moto se cruza en mi camino. Tengo que dar un frenazo para no atropellarlo. Escucho como suenan los frenos de mi coche y el corazón se me sale por la boca de los nervios. Pongo el freno de mano, me quito el cinturón y salgo hecha una furia.

—Gilipollas, ¡casi me matas! —le grito enfadada.

Acelera la moto apretando su puño, yo resoplo queriendo matarlo, me acerco a él para increparle y, cuando se levanta la visera, veo esos ojos mirándome intensamente. Están muy enfadados. El pecho me sube y baja a toda velocidad y las piernas comienzan a temblarme. Otra vez esa sensación cada vez que estoy a su lado. No, no y no. Me giro y justo cuando estoy a punto de entrar al coche una mano me tira del brazo.

—¿Se puede saber por qué no me has dicho nada? —sé perfectamente que se refiere a lo de Ismael. Antes de irnos le escribió una carta y ya ha debido leerla.

—No tengo nada que decirte porque el tema no va contigo —si él grita, yo lo intento más fuerte.

—¿Vienes de allí ahora, no?

—¡No es tu problema de donde vengo! —estoy furiosa.

—No esperaba algo así, te lo conté porque necesitaba que pudieras entenderme... Aunque fuera un poco, pero esto es demasiado... No tenías por

qué hacerlo. ¡Métete en tus asuntos!

—¿Se puede saber qué he hecho mal? ¿Por qué narices te enfadas? ¡No hay quién te entienda! He ayudado a tu hermano porque lo necesita. ¡No lo he hecho por ti! —me acerco a él y le doy puñetazos en el pecho— ¡No me importas! ¡No vales la pena! ¡Te odio! ¡Te odio con todo mi corazón!

—Con el corazón no se odia —sujeta mis muñecas con sus manos para que pare de darle puñetazos y me acerca a él.

—¡Déjame! —me suelto.

—¡Espera! Lo voy a dejar, se va acabar —me agarro a un hilo de esperanza— se va a acabar muy pronto —muy pronto, muy pronto, muy pronto, esas palabras resuenan en mi cabeza y lo delatan.

—Yo no necesito un muy pronto —recalco las últimas palabras— yo necesito un se acabó. Ya. En pasado. ¡Déjame en paz! ¡Olvídate de que existo! ¡No quiero volver a verte en mi vida!

Grito con todo el aire que tengo en los pulmones, con toda la rabia que tengo en mi corazón y con todo el dolor de mi alma, pidiéndole todo lo contrario a lo que quiero. Se queda parado, nos aguantamos la mirada diciéndonos mucho más de lo que podemos expresar con palabras, niego con la cabeza otra vez, me muerdo el labio y me giro. Otra vez. Subo a mi coche, cierro la puerta con rabia y espero a que quite la moto de delante. Él me mira por la ventanilla y me parece que no tiene intención de hacerlo. Me cabreo más. Miro por el retrovisor y, como alma que lleva el diablo, doy marcha atrás, giro y me voy de allí. Con todo el dolor de mi corazón.

Capítulo 29

Avanzamos a toda velocidad, agarro los posa brazos apretando mis manos y noto esa sensación en el estómago cuando el avión comienza a ascender. Apoyo mi cabeza en el asiento y respiro varias veces intentando tranquilizarme. He volado muchísimo y no consigo acostumbrarme. No tengo fobia ni nada parecido, ¡gracias a dios! Pero sí que me da un poquito de miedo... Miro a la derecha para dejar de ver las azoteas de los edificios y pensar en caer encima de ellos...

—Tranquila —Jorge pone una mano encima de mi pierna y yo le sonrío. Me conoce bien y sabe que estoy deseando que este cacharro aterrice y poder poner pie en tierra firme.

Jorge ha podido coger unos días en el trabajo y hemos decidido ir a visitar a mi hermano y a Federica a Roma. Los dos necesitamos unos días lejos para poder poner nuestros pensamientos en orden. Jorge porque tiene dudas de la elección de su profesión. Su vocación por la medicina es inmensa, pero se ha encontrado con muchas desilusiones. Trabaja en el Hospital La Paz de Madrid y todo con lo que soñaba se ha ido desvaneciendo poco a poco. Él me habla muchas veces de la falta de humanidad que ha visto es personas que se dedican a velar por la vida de otros... Por no hablar, de recortes, enchufismos, injusticias y, así, un largo etcétera.

Y yo... por mi parte. Acabo de rechazar el puesto de mis sueños por quedarme al lado de alguien a quien ahora mismo no quiero ver ni en pintura. ¡Cómo me ha cambiado la vida en los últimos meses! El trabajo en el banco no sólo me trajo satisfacción profesional y poder dejar atrás aquel tortuorio horrible, me trajo conocer el verdadero amor. Ese que te hace consciente de que venga lo que venga, será mejor con él, ese que te alarga la vida porque llena tus días de carcajadas injustificadas. Ese que no tiene que hacer daño... Una lágrima se resbala despacio por mi mejilla.

—No pienses más en él —Jorge pone cara de lástima. Le he contado durante nuestra espera en el aeropuerto lo que ha pasado y me ha dicho que me olvide de él... que no tiene sentido que lo pase mal, que el tiempo me ayudará

a dejar de pensar...

—Cuéntame algo —me seco las lágrimas— ¿cómo va todo en el hospital? Que no te he preguntado... —apoyo mi mando encima de la suya— perdóname.

—Tranquila —me sonrío comprensivo— me han hablado de un puesto en Arabia Saudí. Las condiciones son muy buenas, me pagan el alojamiento y los desplazamientos, el sueldo no tiene nada que ver con el de aquí. Había pensado irme dos años y luego volver... ¡No sé qué hacer! Estoy hecho un lío.

—¿Arabia Saudí?! ¡Madre mía! Nunca dejarás de sorprenderme... Pero, ¿tan lejos? —curvo mi boca para que vea que me muero de pena si se va tan lejos.

—Sí... Sería sólo un tiempo —acabo de notar en su mirada que ya lo tiene más que decidido.

—Creo que es una buena opción —me incorporo y le doy un beso en la mejilla. Él me lo devuelve y sé que, en pocos meses, mi amigo estará a miles de kilómetros de mí, salvando vidas y siguiendo el camino que le guíe a sentir que su profesión vale la pena.

Después de dos horas y media, una azafata nos indica que vamos a comenzar el descenso para aterrizar en el aeropuerto de Fiumicino. Levanto la bandejita sujeta en el asiento, que está delante del mío, compruebo, otra vez, que mi cinturón está bien abrochado y aprieto mi cabeza con fuerza sobre el respaldo. Todo mi cuerpo está en tensión. Jorge vuelve a poner su mano encima de la mía. El pobre... tiene toda la buena intención del mundo y a mí no me vale para nada. Tengo tanto miedo... Cierro los ojos e intento pensar en una playa desierta, con las olas rompiendo en la orilla. Puedo sentir el calorcito de la arena en mis pies, abro los brazos e inspiro, el olor a mar inunda mis fosas nasales y una suave brisa acaricia mi cuerpo. Noto como unos brazos me rodean acariciando mi cintura mientras yo sigo mirando al infinito, todo mi cuerpo reacciona ante su contacto, coloca su cabeza por encima de mi hombro y, muy despacio, besa mi cuello. Siento como todo su cuerpo me rodea y me acerca más a él. Adoro su ternura, la forma en que me protege, cada parte de su sonrisa, sus enfados, la dulzura de su mirada, las motitas de colores que hay en sus ojos, sus carcajadas cuando está

despreocupado y se divierte, la calidez de sus abrazos... El amor queda atrapado entre nuestros cuerpos, sin decir nada, sin hacer nada. El golpe de las ruedas del avión contra el asfalto me hace volver a la realidad. Noto un respingo en mi estómago, pongo mi mano en el cabecero que tengo delante sujetando mi cuerpo para no irme hacia adelante y no dejo de pensar en él. En Alberto, en todo lo que produce sólo en mi imaginación... ¿Es posible querer tanto a alguien hasta el punto de olvidar todo lo que le rodea? Escucho los aplausos del resto de viajeros a modo de felicitación al piloto por el aterrizaje. Me río. En Italia sigue siendo toda una tradición. Respiro profundamente, miro por la ventanilla y, aunque sólo veo una explanada de cemento, pienso que estoy en Roma y voy a disfrutar de ella. ¡Se acabó el pensar en este puñetero cobarde!

Fabio y Federica nos reciben en el aeropuerto con los brazos abiertos. Se nota que les hace mucha ilusión nuestra visita. Fabio dice que cuando vives lejos de tu familia y amigos y van a verte es como cuando eras pequeño y abrías los regalos de los Reyes Magos, disfrutas con ellos el tiempo que puedes y cuando se van... dejan un gran vacío. Como si a los niños les arrebataran los regalos de un momento a otro.

Vamos a su casa, dejamos el equipaje, nos damos una ducha y nos arreglamos para ir a tomar algo. Aunque parezca raro, Federica y yo somos las que primero acabamos, también es cierto que hemos sido las primeras en pasar a la ducha, así que, decidimos adelantarnos para charlar un ratito las dos solas y quedamos en vernos con ellos en el lugar que Fabio y Federica conocen.

—¿Cómo estás amiga? —Fede me coge del brazo, mientras caminamos por las calles de Roma. Ella conoce toda la historia de Alberto de principio a fin porque día a día le voy contando lo que pasa.

—No sé... No tengo ni idea de cómo estoy. He venido aquí porque necesitaba pensar y tengo la sensación de que no voy a poner nada en claro — le cuento.

—¡Eso me puede enfadar mucho! —se para y cruza los brazos.

—¡Sí! —sé a lo que se refiere— también he venido a veros a vosotros. ¡Con lo que os echo de menos!

—Ya lo sé, tonta —me abraza— yo también te echo mucho de menos.

—Quiero odiarlo —me quedo así, junto a mi mejor amiga— y no puedo. Lo quiero con todo mi corazón.

—¿Sabes por qué no vas a poder tomar una decisión durante el viaje? —se separa, me coge de las manos y yo niego con la cabeza, aunque puedo imaginar a qué se refiere— porque lo tienes claro, cristalino, transparente. Amiga —me aprieta con fuerza las manos— sé que es una completa locura, que no es habitual —levanta la mirada al cielo recalcando la última palabra— pero, ¿y qué más da? Por lo que me has contado no parece mala persona... ¡El amor es lo mejor que hay en el mundo! —levanta la voz, siempre tan efusiva— ¡No le pongas candados! —me río con sus expresiones.

—He puesto mi vida patas arriba por él, Fede. No puedo dejar todo por nada.

—¡¿Nada?! —me suelta las manos y da vueltas sobre sí misma con los brazos extendidos— así es como estás desde que este señor ha llegado a tu vida, bonita. ¡Viviendo la vida!

Niego con la cabeza y me río a carcajadas. Ella también consigue sonrisas con mucha facilidad. ¡Cómo la quiero! ¡Y qué difícil se me hace estar lejos de ella! Seguimos andando dándole vueltas una y otra vez a lo mismo, hasta que llegamos a un local cercano al Coliseo. Tiene mesas pequeñas de madera, con una macetita blanca con flores de colores en el centro. Es un sitio con mucho encanto, especialmente, por las vistas que tenemos... Es mi lugar preferido en la ciudad eterna. Nos sentamos y pedimos algo para tomar, mientras Fede me cuenta novedades de su trabajo y me habla de lo bien que le va con mi hermano.

Al poco rato, llegan los chicos y nos acompañan. Fabio está muy guapo, con su barbita y su sudadera verde. Me gusta ver que sigue igual que siempre, como Fede. A pesar de ser tan diferentes y quererse tanto, ninguno ha cambiado en absoluto. ¡Son un gran ejemplo de compenetración! Y eso... ¡me hace inmensamente feliz!

Charlamos despreocupados, poniéndonos al día en nuestras respectivas vidas, aunque yo no tengo mucho que contar. Evito el tema de Bruselas porque temo que mi hermano me va a echar una pequeña bronca por haberlo rechazado. Todos hablan y yo me fijo en una pareja que pasa por delante de nosotros. Son dos señores de bastante edad, que caminan dados de la mano,

comiendo un helado, dándose a probar el uno al otro, ella se mancha la nariz y él le da un besito muy tierno encima. Me da un vuelco el corazón ante tanta ternura. Y deseo con todas mis fuerzas ser esa señora y caminar de la mano de Alberto después de haber vivido cientos de experiencias juntos. A fin de cuentas, después de haber vivido una vida. Veo que mi móvil parpadea avisándome de que he recibido un mensaje. Lo abro.

La vida me ha enseñado que todo puede cambiar en un segundo. Debemos aprovechar el tiempo que tenemos. ¿No te parece? No puedo dejar de pensar en ti y quiero regalarte todos mis segundos. Alberto.

Los planetas se alinean y me envían señales para que lo busque. Justo cuando estoy pensando en una vida con él me llega este mensaje, cuando he cerrado los ojos para intentar tranquilizarme en el avión ha aparecido su imagen en mi mente, Fede me anima a arriesgarme y ser feliz... ¡Todo son señales! ¡Lo sé! Y, si no lo son, ¡me da exactamente igual!

Capítulo 30

Ha sido un viaje breve pero intenso, mucho. Cada vez que viajo a Italia me siento en casa; el idioma, las costumbres, la gente, las calles de las ciudades, el olor... Todo forma parte de mí.

Jorge y yo miramos concentrados la cinta por la que van saliendo maletas esperando la nuestra, callados y pensativos. ¡Los viajes de ida y de vuelta son siempre tan diferentes! Él estará pensando en el regreso a la realidad y yo no puedo dejar de darle vueltas a él, que se pasea por mi cabeza a todas horas.

Enciendo el móvil y espero a ver si tengo alguna llamada o mensaje, pero no recibo nada. Releo el que recibí el otro día y al que no contesté. Sonrío al notar esas mariposillas en mi estómago. Jorge coge su maleta, pero la mía no aparece... Ya empiezo a pensar que igual la han perdido, que ahora me voy a tener que ir a reclamar, que a saber dónde estarán mis cosas... Esto es algo que me pasa también habitualmente cuando vuelo, siempre creo que van a perder mi equipaje porque además siempre tengo la mala suerte de que el mío sale de los últimos. Comienzo a sudar nerviosa, moviéndome de un lado para otro, mientras veo como la gente va cogiendo sus maletas y la cinta va quedando cada vez más vacía, de equipajes y de personas. ¡Mierda! ¡Siempre igual!

—Me estoy empezando a poner nerviosa —le digo a Jorge mientras él revisa su móvil— ¡ay! Creo que viene ahí.

Efectivamente, por fin, sale mi maleta roja con la cintita de lunares que le puse para reconocerla bien. ¡Menos mal! Me siento aliviada. Jorge la coge y me la entrega. Comienzo a andar con ella a toda prisa, escucho mi móvil, ¡da igual! ¡Qué suene! No tengo tiempo de pararme.

—¿No piensas cogerlo? —Jorge se para en seco.

—No, tengo prisa —continúo andando.

—¿Y si es algo importante? —insiste, andando detrás de mí.

—Volverán a llamar —dejo de escuchar el sonido y al segundo vuelven a

insistir. Jorge me mira haciendo ese gesto de “te lo dije”. Me rindo— ¿Sí?

—Hola Martina —escucho a mi madre— ¿qué tal el viaje?

—Muy bien mamá, tengo cosas que hacer importantes, luego voy a cenar, ¿vale?

—Vale mi niña, aquí te esperamos —siempre que le digo que voy a ir a cenar con ellos se pone feliz.

—Martina, ¿se puede saber qué te pasa? —Jorge me mira inquisitivo.

—Nada, ¡vamos! —sigo caminando.

—¿A qué vienen tantas prisas? ¡Estás como loca! —levanto los ojos y niego con la cabeza torciendo mi boca— vas a ir a buscarlo, ¿verdad? —Jorge me hace la pregunta muy serio.

—Sí —es absurdo engañarle.

—Martina —dice mi nombre poniéndose más serio todavía— deberías pensarlo bien —mueve la cabeza mostrando su negativa— acuérdate de todo lo que ha pasado.

—¿Qué tienes en contra de él? —me enfado.

—Nada, absolutamente nada —siempre me alucina como Jorge, aunque esté enfadado, habla tan calmado— ni siquiera lo conozco. Pero... tengo miedo de que te haga daño. No sé si es buena idea.

—Si me estampo me estamparé y sé que estarás ahí para curar mis heridas. Pero no puedes evitarlo. Gracias por quererme tanto, pero tengo prisa —le doy un beso en la mejilla y salgo corriendo a toda velocidad para coger un taxi.

Le doy la dirección al señor que muy amablemente me pregunta durante el trayecto que de dónde vengo, ¡qué gracioso! Ha pensado que vivo en Italia y vengo de turismo. Le explico que la situación es al revés y él se pone a contarme un viaje que hizo a Venecia cuando se casó con su mujer... La verdad es que desconecto parcialmente de la conversación y pienso en qué le voy a decir a Alberto. Hola Alberto, he venido porque quiero hablar contigo... No, es muy serio. Hola, necesito hablar contigo... No, tampoco me

gusta. Hola, venía para saber cómo está Ismael... No, no es buena idea, me he valido yo solita para llevarlo a la clínica, no se va a creer que voy sólo a preguntar por él. Hola, he venido porque te quiero y no puedo vivir sin ti, aunque seas un puñetero atracador de bancos y no puedas dejar esa barbaridad por mí... No, no puedo reclamarle. No creo que sea buena idea. Tengo que conseguir que deje ese mundo, pero por como es, no creo que lo haga a base de enfados, sino todo lo contrario.

—Señorita.

—Sí —miro por la ventana y veo que hemos llegado. Estaba tan sumida en mis pensamientos que no me he enterado.

Le pago al taxista y le doy propina, me siento fatal por no haber escuchado su historia. No sé en qué momento se habrá dado cuenta de que no le estaba haciendo caso y se ha callado. ¡Pobre hombre! Sólo intentaba ser amable.

—Disculpe, he sido muy mal educada, tengo un lío en la cabeza —no sé cómo justificarme.

—No se preocupe —contesta amable— que tenga un buen día.

Me bajo del taxi un poco avergonzada por mi comportamiento, cojo la maleta y me acerco a la puerta. Recuerdo las palabras de Jorge y a la vez pienso en lo que siempre me dice Federica, que sólo hago caso de los consejos cuando me animan a hacer lo que quiero, si me dicen lo contrario, paso de ellos... Siempre le digo que no, que los tengo en cuenta, pero, en realidad, creo que tiene razón.

Llamo a la puerta y espero nerviosa, me muerdo el labio y siento como me tiemblan las piernas. Los pocos segundos que estoy aquí parada me parecen eternos. Intento pensar mentalmente las palabras que me gustaría decirle. Nada, no contesta nadie. Miro a mi derecha y veo que no está la moto aparcada. Niego con la cabeza y resoplo... No está. ¿Y si lo espero? ¿A saber lo que tarda en volver! ¡Qué mierda! Doy un pisotón en el suelo. Cojo con mal humor mi maleta y decido irme andando a buscar una boca de metro para volver a casa. ¿Y si es una señal? A lo mejor Jorge tenía razón y no debería haber venido... Con lo rotunda que fui las últimas veces que estuvimos juntos... Y ahora flaqueo y vengo a buscarlo... ¡Oh, madre mía! Justo antes de girar la esquina escucho el rugir de una moto que me resulta conocido. Más que conocido, me suena a música celestial. Me giro y veo a Alberto llegando

en ella. Es tan masculino... Se quita el casco y como si una fuerza le llevara a mí se gira y me ve aquí parada. Abre los ojos ante su sorpresa y una tímida sonrisa se dibuja en sus labios. Desde lejos, levanto las manos en señal de rendición y le sonrío. Pone rápidamente la pata de la moto y viene corriendo hacia mí. Otra vez vuelvo a ponerme súper nerviosa. Lo tengo frente a mí, muy cerca, mirándome y sin dejar de sonreír sinceramente. Me lanzo a él y le beso con todas las ganas que tenía de hacerlo, olvidando todo lo demás, sintiendo como sus labios me reciben.

—Podemos hacer un intercambio —consigo decir, haciendo alusión al mensaje que me envió en el que decía que quería regalarme todos sus segundos— tú me regalas los tuyos y yo te doy los míos —su sonrisa deja al descubierto su dentadura perfecta, se acerca a mí, me agarra por detrás de la cintura y vuelve a besarme lentamente.

—No quiero hacer como si nada, me importas demasiado, todo lo demás se va a acabar —me gustaría preguntarle cuándo, pero sé que ese no es el momento.

—Y yo te voy a ayudar. Estamos juntos en esto.

—En todo —Alberto me acaricia la mejilla y me da un besito en la punta de la nariz.

De pronto, me acuerdo de la llamada de mi madre y se me ocurre una idea que me parece maravillosa.

—¿Tienes planes para esta noche? —se sorprende por la pregunta que le hago y niega con la cabeza sin dejar de sonreír.

Cojo su mano y hago que me siga, caminamos por las calles de Madrid hablando de mi viaje a Roma, le cuento que he estado allí y me dice que tiene ganas de conocer a mi hermano y a Federica. La verdad es que a mí también me encantaría que eso pasara. ¡Mi amiga se pondría como loca! Pienso en ella y le pido un segundo a Alberto para mandarle un mensaje. Le escribo diciéndole que le hice caso, que estoy con él y que soy feliz. Añado que él quiere conocerla y le doy a enviar. Sé que se va a poner contentísima cuando lo reciba. Ya me la puedo imaginar dando saltitos por la casa diciendo “Mamma mía” sin parar y sin dejar de hacer aspavientos con las manos.

Entramos en el metro y nos quedamos de pie porque están todos los asientos ocupados. Yo me apoyo en una de las puertas y él se coloca delante

de mí, sujetándose en las barras superiores. Me da besos, hablamos, nos miramos, nos reímos... Parecemos una pareja de lo más normal y me encanta esta sensación. Alberto me dice algo pero hay unos chicos cantando y no le escucho. Señalo mi oído y niego con la mano diciéndole que no oigo lo que me dice. Él se ríe y lo repite bajito. Nada. No escucho nada.

—¿Qué? —levanto la voz olvidándome de la gente que está a nuestro alrededor.

—Que... ¡Te quiero! —grita a pleno pulmón.

—¡Y yo a ti! —le contesto a viva voz.

Y así... Sin velas, rosas ni champán nos decimos por primera vez te quiero y a mí me parece el momento más romántico de toda mi vida.

Capítulo 31

Me levanto en cuanto escucho el despertador. Estoy eufórica y feliz por el encuentro de ayer entre mis padres y Alberto. Me daba un poco de situación llevarlo porque no les había hablado de él, sin embargo, me pareció una buena idea para que él viera mi compromiso, llevar así a cabo mi plan de irlo convenciendo con hechos de que hay una vida mucho mejor fuera de toda la mierda que lo rodea. Además, mis padres siempre han sido muy comprensivos conmigo y, aunque me hayan dicho que no estaba tomando las decisiones correctas cuando era así, me han apoyado incondicionalmente.

Al llegar a casa, mi madre salió a recibirme con los brazos abiertos y se quedó un poco impactada cuando me vio acompañada de un hombre. Se lo noté en cómo se le abrieron los ojos a modo de sorpresa. Al momento, apareció mi padre y pasó exactamente lo mismo. Se lo presenté como un amigo, aunque sé que los dos supieron rápidamente que no se trataba sólo de eso. En cuanto pude quedarme a solas con mi madre, le conté que nos estábamos conociendo y que tenía ganas de presentárselo para saber su opinión. Ella me dijo que se alegraba mucho de que lo hubiera llevado, que le parecía muy buen chico y, sobre todo, que se veía que estaba verdaderamente interesado en mí. Por su parte, mi padre, al despedirse, me dijo que la mirada de Alberto es de esas que hablan por sí solas. Salí muy feliz de allí y a Alberto le pasó lo mismo. Noté como le gustó formar parte de una familia, cenar charlando despreocupados y saber que allí, en esa casa, también está su casa. Mi madre se lo dijo, aunque lo conoció sólo un ratito, ella es así.

Me acompañó dando un paseo a casa, vivo muy cerca de mis padres, esa es una de las mejores decisiones de mi vida, y en la puerta nos despedimos. Me dio las gracias por la noche, por haberlo buscado, por entender su situación y, sobre todo, por ser como soy. Y lo que no sabe es que él me hace ser así. Aunque también lo noté un poco nervioso, imagino que sería por la situación con mis padres... Sin embargo, estaba más raro cuando nos despedimos que cuando cenamos. Recuerdo las palabras que me dijo, “te quiero con todo mi corazón”, agarrándome por la cara sin dejar de mirarme. Fue una noche tan especial...

Llego a trabajar un poco antes de la cuenta, parece que hoy los coches de Madrid han preferido quedarse en los garajes. ¡No entiendo! Porque es un día normal, no hay puente, ni es agosto, ni es fin de semana... ¡Inexplicable! Inés también ha llegado antes y decidimos tomar un café. Charlamos animadamente de cómo han ido las cosas mientras he estado fuera, le cuento detalles de mi viaje, me habla de su hijo... Vamos, una conversación de lo más normal, hasta que menciona algo que me deja sin palabras.

—¿Has podido hablar con el hombre ese?

—¿Con quién? —no sé a qué se refiere.

—Un chico alto, moreno, que conducía una moto —no hace falta que me diga más, sé perfectamente a quién se refiere.

—¿Qué pasa con él? —no entiendo por qué lo menciona.

—Ha venido a buscarte cada día, los primeros vi que se quedaba fuera y no entraba. Hasta que cerrábamos el banco, me llegué a preocupar porque pensaba que nos estaban controlando, pensé en el día del robo... —¡madre mía! Si ella supiera... Intento que olvide el tema.

—Eso ya está olvidado. No tienes de qué preocuparte... Nunca vuelven a robar en la misma sucursal... Pero bueno, sígueme contando, ¿cómo sabes que venía a buscarme a mí?

—Imagino que un día se cansó de esperarte y que no salieras nunca —bebe café haciéndose un poco la interesante y yo con la mirada le indico que siga hablando— así que decidió entrar y preguntar por ti. Le expliqué que estabas de vacaciones, me insistió mucho en saber dónde pero no le dije nada...

—Porque no lo sabías —esta vez no cometí la estupidez de la otra. No quería que por ningún motivo Alberto me buscara y, por lo que veo, hice bien.

—También insistió mucho en saber cuándo volvías, pero tampoco se lo dije —me sonrío satisfecha por su hazaña.

—Es mejor —me quedo pensativa, ayer no me dijo nada— gracias por comentármelo.

—Bueno, ¡volvamos al trabajo! —Inés ve que no tengo muchas ganas de seguir hablando.

—Sí...

Si hoy me he levantado feliz, lo que siento ahora ya no tengo ni palabras para describirlo. Me ha estado buscando, todos los días... Saberlo me hace sentir que él también apuesta por mí, que no he sido yo la única... Me alegro inmensamente y, como si tuviera unas pinzas que tiraran de los lados de mis labios, me paso sonriendo toda la jornada laboral.

Al terminar de trabajar, como algo rápido en un local que está cerca de mi trabajo y me voy a ver ropa. ¡Estoy tan feliz que me voy a comprar la tienda entera! Camino por las calles y siento como si fuera dando saltitos. ¿Será sólo mi impresión? ¿O será por esa sensación que tengo de estar caminando por encima de un campo repleto de rosas rojas y blancas sin espinas? Entro a una tienda y a otra y me pongo modelitos sin parar, aunque, al final no me compro tanto como me pruebo. Salgo del centro comercial con las manos llenas de bolsas, ¡me encanta! Hace un poco de calor, así que, decido ir a tomar un granizado de limón. Cuando voy andando por la calle me doy cuenta de que estoy muy cerca del centro de desintoxicación en el que está Ismael. Quizá podría ir a visitarlo, para saber qué tal le va. Sí, decidido.

En cuanto me ve, Ismael muestra una sonrisa de lado a lado. Me han tenido esperando en la cafetería más de media hora porque, según me comentó la persona de la entrada, estaba en una clase de manualidades. Me levanto a recibirlo y, al llegar a mí, nos damos un abrazo. Me llama mucho la atención la confianza que tenemos habiéndonos visto sólo un par de veces. No sé si es por lo que me ha hablado Alberto de él o por lo que le haya contado a él de mí, lo que sí sé es que parece que nos conocemos de toda la vida.

—Así que, clases de manualidades —le digo en cuanto nos damos dos besos.

—Sí... Aquí hay que matar el tiempo en algo y, sobre todo, tener la mente ocupada.

—¿Qué tal lo estás llevando?

—Depende del día —baja la mirada— esto es muy duro. Hay momentos en los que sería capaz de intentar atravesar un muro de hormigón en busca de mi dosis diaria, pero bueno, lo voy pasando como puedo.

—Eres muy valiente.

—Gracias Martina, tú también lo eres —no sé muy bien a qué se refiere, pero levanto los hombros y le sonrío— ¿te apetece tomar un café?

—Creo que preferiría dar un paseo —llevo en la cafetería un buen rato y me apetece tomar el aire.

—Yo también, ¡vamos! —me pone su brazo y yo me agarro a él.

Caminamos por los jardines que hay alrededor de todo el centro de desintoxicación, también hay fuentes, flores de todos los colores y muchos bancos de piedra blancos. Ismael me cuenta cómo es su día a día, las actividades que hace y la gente que ha conocido. Lo noto muy animado y con muchas ganas de curarse. Además, me doy cuenta de que los tembleques han disminuido un poco. Al parecer, ha hecho muy buenas migas con una chica y eso está ayudando mucho a que la estancia aquí sea un poquito más fácil.

—¡Qué ilusión!

—Creo que con eso igual también tienes que ayudarme... —se muestra tímido y yo me quedo callada para que siga hablando— todas las relaciones que he tenido han sido un aquí te pillo aquí te mato, bueno, creo que no pueden llamarse ni relaciones —seguimos caminando del brazo mientras él se desahoga— no sé cómo se conquista a una chica —me produce tanta ternura escucharle hablar así.

—Claro que te ayudaré, ¡es mucho más fácil de lo que parece!

—Para ti seguro que sí, para mí...

—¡Adoro el amor! —si en estado normal me parece el mejor sentimiento de este mundo, lo que siento hoy es como si el amor fuera el motor que hace latir el corazón para que pueda seguir viviendo.

—Ya me ha contado mi hermano —se ríe— por cierto, ha estado aquí esta mañana para que sepa lo que tiene pensado... —su gesto se torna triste y preocupado.

—Sí... Todo va a cambiar, menos mal, ¡creo que lo nuestro no podría funcionar de otra manera! Nos queremos como jamás pensé que se podría querer... pero no podría estar con él si supiera que sigue dedicándose a algo que puede hacernos tanto daño —Ismael se pone muy tenso con mis palabras.

Hay algo que no me está contando— ¿qué pasa Ismael?

—Nada... —agacha la mirada y sé que me está mintiendo.

—Me estás asustando —paro en seco, me giro y lo cojo por los brazos— por favor, dime qué pasa.

—Pensé que lo sabrías, que habías venido por eso, pero al escucharte hablar así me he dado cuenta de que no te ha contado nada —se pone nervioso y comienzan a temblarle más las manos— le he preguntado si lo sabías y me ha dicho que sí... Me ha parecido raro al verte tan feliz, pero no sé... A mí ha conseguido convencerme.

—¿De qué estás hablando Ismael? —estoy de los nervios.

—Mi hermano va a cometer otro atraco... Ha venido a contármelo porque decía que quería confiar en mí igual que lo ha hecho siempre —se gira y me da la espalda— me ha dicho que te lo había contado —repite, no sé si está disgustado por decírmelo o porque no le gusta que su hermano siga en esas andadas.

—¡No me lo puedo creer! Soy la persona más estúpida sobre la faz de la tierra.

—No, no eres estúpida Martina. Lo hace por ti, me ha dicho que quería tener dinero para poder vivir un tiempo hasta encontrar un trabajo normal. Me ha repetido muchísimas veces que lo hace por ti, él te quiere de verdad.

Las palabras de Ismael se clavan en mi pecho atravesándome por completo. Llevo todo el día feliz pensando en que, poco a poco, irá entrando en razón, convencida de que mi plan de mostrarle cómo es la vida sin eso funcionaría... Ayer lo llevé a cenar con mis padres como muestra de mi confianza en nuestra relación y no ha servido de nada... Sigue con la misma idea. Tengo que detener esta locura.

—¿Cuándo lo va a hacer? —cojo a Ismael del brazo y lo giro. Él niega sin quitar la vista del suelo. Me estoy poniendo más nerviosa todavía. ¿Qué narices pasa? Le levanto la cabeza para que me mire a los ojos— por favor, Ismael, cuéntame lo que sepas, necesito detenerlo.

—Hoy... —lo pronuncia tan bajito que casi es imperceptible.

—¿Cómo que hoy?

Ismael no dice nada más, se queda callado, con los hombros encogidos como si se hiciera un ovillo, yo sigo pidiéndole que me cuente más, pero dice que no sabe. ¡No es posible! ¡Maldito gilipollas! ¡Cómo ha podido! Debería olvidarme de él y mandarlo al infierno pero todo el amor que siento por él me lleva a tomar otra decisión.

—Tengo que irme.

Salgo corriendo del centro de desintoxicación y, en cuanto llego al coche, arranco y piso el acelerador al máximo. Escucho como chirrían las ruedas del coche. Miro el reloj, todavía no es de noche, igual estoy a tiempo. Conduzco a toda velocidad hasta llegar a saltarme los semáforos. No dejo de pensar en lo que acaba de contarme Ismael, estoy segura de que va a ir al banco que encontré en el papel aquel día... Me tiemblan las manos y noto como mi corazón bombea muy rápido. Siento presión en la cabeza y decido respirar despacio para intentar tranquilizarme. El pitido de un autobús, a punto de echarse encima, me saca de mis pensamientos. Veo como mi pecho sube y baja y me falta el aire. Tranquila, tengo que calmarme o al final voy a acabar estrellándome. Inspiro y espiro despacio ansiando llenar mis pulmones de aire. Conduzco igual de rápido pero intentando poner más atención en la carretera. Giro a la derecha, izquierda, otra vez izquierda y, por fin, llego a la casa de Alberto. En cuanto entro en la calle veo que está la moto aparcada y un hilo de esperanza me tranquiliza. Aparco como puedo, consciente de que dejo el coche casi en medio de la calle. Salgo y corro hacia la puerta hasta aporrearla sin parar. Nada. No hay respuesta. Voy corriendo al coche, busco el móvil que está dentro del bolso. ¡Mierda! ¿Dónde narices está? Lo vuelco encima del asiento. Las manos me tiemblan muchísimo. Lo cojo y marco su número. Espero, espero y nada. Por favor, contesta, por favor te lo pido. Hazlo por nosotros. Nada. Vuelvo a marcar el número y sigo escuchando los puñeteros pitidos que no cesan. ¡Mierda! Corro de nuevo hacia la casa y vuelvo a llamar a la puerta.

—No hay nadie —la voz del niño que vi aquella vez suena a mi espalda.

—¿Estás seguro? —me agacho.

—Sí, mi amigo se ha ido justo antes de que usted llegara y su hermano ya no vive aquí. Se ha ido a otro país —me imagino que Alberto le ha contado esa historia.

—Tengo que irme, ¿vale? —asiente con la cabeza. ¡Cuánta dulzura me produce este pequeño!

Vuelvo a mi coche y antes de arrancar escribo un mensaje. Es posible que no lo vea... Pero, por si acaso. Tengo que hacer hasta lo imposible por detener esta barbaridad. Por favor, que no haga nada, por favor. Como puedo, redacto el mensaje.

Por favor, no lo hagas. Tú también me has dado la vida, no me la quites, por favor. Martina.

Le doy a aceptar y, en cuanto estoy segura de que se ha enviado, arranco de nuevo el coche y conduzco hacia la sucursal en la que imagino que puede estar. No sé cómo narices voy a hacer. Ya es completamente de noche. Tengo que buscar si tiene alguna puerta trasera primero y si no la encuentro, me colocaré en la puerta principal a ver si a través del cristal veo algo. Recuerdo perfectamente dónde está. ¡Menos mal que vi el papel aquel día! Si no, no sabría dónde ir. Sólo pido por favor que sea aquí y que pueda pararlo a tiempo. Por favor, por favor, no lo hagas.

Estoy tan nerviosa que no sé ni cómo estoy conduciendo, ahora mismo me da exactamente igual chocarme contra un coche de Policía si es necesario. Sólo quiero llegar a tiempo. Justo cuando estoy a punto de entrar por la calle en la que está la sucursal me topo con dos vallas que cortan el paso. Pienso en bajarme e ir corriendo, pero todavía queda mucho hasta llegar. Niego con la cabeza y, sin dudarlo ni un solo segundo, bajo del coche y, como puedo, las quito de mi camino. Pesan bastante, pero tengo una fuerza sobre humana en este momento y consigo apartarlas. Vuelvo a subir al coche y acelero. El corazón me late cada vez más deprisa según voy pasando números y me acerco a mi destino. Cuando estoy a punto de llegar, unas luces rojas, blancas y azules me ciegan por completo. Freno. Noto que las pulsaciones se aceleran y casi me falta la respiración. Abro la puerta del coche y bajo rápidamente. Justo cuando voy a dar un paso al frente veo la imagen más horrible que jamás he tenido que enfrentar. No, por favor, no, no. Alberto está tendido en el suelo, con las manos en la espalda y un policía encima de él apretando con fuerza la rodilla para que no se levante. No. Niego con la cabeza y las lágrimas

comienzan a caer por mis mejillas. No he llegado. Por favor, que no le hagan daño. Siento una punzada en la espalda y es como si pudiera experimentar su dolor, pero lo que me produce tanto daño que no me deja respirar es el que siento en el pecho. No me puedo creer lo que estoy viendo. No. No. Adelanto un pie para ir hacia él y veo como Alberto fija sus ojos en mí. Acaba de verme. Niega con la cabeza y yo me quedo parada. Entiendo que me está pidiendo que no vaya. Pero, ¿cómo voy a quedarme aquí? ¡Sin hacer nada para ayudarlo! Sus ojos se clavan en los míos y un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Nunca, en toda mi vida, había experimentado tanto dolor. Su mirada, esa mirada que ha despertado en mí sentimientos escondidos, esa que me ha regalado los mejores momentos de mi vida. Noto que una lágrima recorre su mejilla y verlo sufrir me produce un daño que sé que jamás se podrá reparar. Me quedo quieta, sin dejar de mirarlo, sin dejar de ver cómo me mira. Las lágrimas brotan de mis ojos como una cascada sin poder detenerlas, aprieto los puños y la mandíbula con fuerza, para contenerme y no salir corriendo hacia él. Veo como lo levantan sin delicadeza ninguna y verlo tan frágil me parte el corazón. Agachan su cabeza y lo meten en uno de los coches patrulla. Él no ha dejado de mirarme ni un solo segundo. Sé que con sus ojos me está pidiendo perdón. Quiero correr hacia él, romper esas esposas, llevármelo lejos, abrazarlo y jurarle que todo va a ir bien. ¡Qué impotencia! No puedo soportarlo. El coche de policía arranca y se va. Yo me quedo parada sin dejar de mirarlo y noto como mi corazón casi deja de latir. Le falta su otra mitad.

Efectivamente, Alberto tenía razón. Un segundo puede cambiar tu destino. En un segundo tu vida puede girar ciento ochenta grados, haciendo que grado a grado el dolor vaya siendo cada vez más fuerte. Él decía que tenía muchos segundos para regalarme y ahora ya los ha gastado todos. Se acabó, se acabaron los segundos que podríamos sumar en años de felicidad. Ahora, todos los que me quedan de vida estarán llenos de imágenes, de recuerdos, que es lo único que tengo para aferrarme a él, al amor de mi vida.

Parte III

40 minutos a la semana

Capítulo 32

Cojo el rotulador rojo, miro el calendario, suspiro y tacho otro día más, uno menos. Han pasado tres años y todavía se me sigue encogiendo el corazón cada vez que me pongo aquí delante, recordando lo que pasó aquella noche y pidiendo que los días pasen rápido, contando varias veces los que me quedan para volver a estar con él.

Aquella noche mi vida dio un giro de ciento ochenta grados. Bastó una mirada para clavarse en mi alma y enamorarme como nunca lo había hecho. Si era capaz de hacerlo más de lo que ya estaba... Dudé muchas veces temiendo arriesgarme a empezar una relación que no me iba a traer más que problemas, pero, al final, pasara lo que pasara, mi corazón siempre me llevaba a él. Y sí, estaba en lo cierto, mi amor por Alberto me ha hecho sufrir como nunca hubiera imaginado, sentir un dolor casi físico que me atravesaba todo el cuerpo, pero también me ha enseñado la forma más sincera de querer. Esa noche, esa en la que vi como lo separaban de mí, supe que jamás me separaría de él.

Mi primera reacción fue enfadarme, me sentí tan impotente... Le pedí que no volviera a robar, que dejara aquel mundo que lo único que podía darnos era sufrimiento y él no me escuchó. Tenía ganas de tenerlo delante, gritarle e increparle por no haberme hecho caso y repetirle sin parar que se lo había dicho, que si me hubiera escuchado nada de eso habría pasado, que podríamos estar juntos, que él había sido el único culpable de haber acabado con lo que teníamos. La rabia y la necesidad de salvarle se apoderaban de mí a partes iguales. También quería estar con él, darle calma, intentar que su dolor fuera menor, que tuviera la certeza de que había alguien fuera pensando en él y esperando el día de su salida. Aunque con ello, mi vida se quedara parada en aquella noche de luces rojas y azules.

A pesar del tiempo, las lágrimas siguen inundando mi rostro cada día, cada momento que pienso en él, sintiéndome responsable por no haber llegado a tiempo. Las limpio con el dorso de la mano y me siento en el sofá a tomar un café, pensativa, ida, recordando el primer día que nos vimos después de la

detención. Fui a la comisaría y pregunté por él. Estaba muy nerviosa y enfadada, no sabía qué iba a decirle ni para qué estaba allí, pero sí sabía que quería que supiera que lo odiaba por no haber oído mis ruegos y, sobre todo, por haber antepuesto esa mierda a nosotros. Quería decirle que me había jurado tantas veces una nueva vida, amor eterno y una relación normal, paseando por la calle sin miedo a que llegara un día en el que me dijeran que había muerto en un atraco.

Después de esperar un buen rato en una sala con sillas alrededor y una máquina de refrescos, un policía me pidió que lo acompañase. Recorrimos unos pasillos blancos, con cristaleras a alguno de los lados y puertas grises. Mi corazón se aceleraba con cada paso, hasta que el policía paró delante de una de las puertas y me indicó que dentro estaba el detenido esperándome. Él entró conmigo, pero en el momento que crucé la puerta me olvidé de que había alguien más en esa sala. Me temblaban las piernas, las manos, me dolía el estómago y tenía un nudo apretando mi garganta. Crucé el umbral y lo vi, ahí estaba sentado en una silla, con la ropa que llevaba el día del atraco y sus manos esposadas. Clavó sus ojos en mí y supe que jamás podría separarme de él. Su rostro era el espejo de la desesperación, la pena y el arrepentimiento. Vi tanto miedo en sus ojos que un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Nos acercamos despacio, sin dejar de mirarnos analizando y entendiendo sin decir ni una sola palabra todo lo que teníamos que hablar. Mi mente estaba en blanco, no podía pensar en nada sólo mis pies hablaban por mí acercándome a él. Una vez recorrimos los pocos metros que nos separaban, Alberto me miró a los ojos, sé que me estaba diciendo que me quería y que lo sentía; y mis ojos le expresaron lo que yo quería ocultar con palabras... Que no iba a separarme de él. Alberto levantó sus brazos hacia arriba, con las esposas puestas no podía hacerlo de otra manera, y me rodeó por encima acercándome a su cuerpo. Nos abrazamos con fuerza, acercándonos todo lo que podíamos para que nada nos separara, apretamos nuestro pecho para sentir nuestros corazones latiendo a la vez y cerré los ojos, haciendo toda la fuerza posible con ellos para pedir que el tiempo se detuviera y me quedara así, en sus brazos, el resto de mi vida.

—Gracias por venir —me susurró al oído.

—No te voy a dejar sólo.

—Lo siento.

Después de pasar varios minutos abrazados, nos sentamos en las sillas, que estaban separadas por una mesa. Le pedí al policía poder moverla y sentarme junto a él y me dijo que no había problema. Era una sala blanca en la que no había nada más que esos muebles, dos puertas y dos policías, cada uno custodiando una de ellas. Me llamó la atención tanta seguridad para una persona que no había matado a nadie. No digo que no sea un delito, pero tanto control me pareció un poco excesivo. Por no hablar de las rojeces que vi en las muñecas de Alberto hechas por las esposas y cómo sentí un pinchazo en mi muñeca derecha.

—Lo siento —volvió a decirme en cuanto nos sentamos.

—Tranquilo, tenemos que esperar.

—Me van a trasladar a la cárcel, me han asignado un abogado de oficio, habrá un juicio y tendré que cumplir una condena —hablaba nervioso y preocupado, yo no sabía que decirle.

—Igual no es mucho tiempo, hay que tener esperanza.

—Sí va a ser bastante, Martina. No sabes cuántas veces me he dado de cabezazos contra la pared queriendo echar el tiempo atrás para no cometer el error más grave de mi vida —estaba desesperado— pero soy consciente de que tendré que pagar por ello. No será fácil.

—Me da igual, yo voy a estar a tu lado —cada palabra que decía me hacía enfrentarme a la realidad.

—Me has regalado los mejores momentos, en pocos meses me has dado toda una vida, llenándola de sonrisas, felicidad, ilusión, ganas de ser mejor persona. Tú me has hecho mejor, pero no supe anteponerte, no supe darme cuenta de que tú eras mi prioridad. O sí, pero de una forma equivocada, quería poder vivir a tu lado sin ser una carga para ti, teniendo algo de dinero hasta encontrar un trabajo... ¡Y me equivoqué! —dio un puñetazo en la mesa con rabia.

—A mí eso me da igual... yo sólo quiero estar contigo —había querido mostrarme fuerte para animarle, pero me vine abajo con sus palabras.

—Mi peor castigo no es ir a la cárcel —negaba con la cabeza una y otra vez apretando los labios con rabia— mi peor castigo es perderte.

—No me vas a perder.

—Martina —cogió mis manos y me miró fijamente a los ojos— tienes que olvidarte de mí.

—Te voy a esperar —negué con la cabeza una y otra vez con rabia sin dejar de llorar.

—Tienes que hacer tu vida.

—No, no y no. Yo quiero estar contigo.

—Si me quieres, tienes que olvidarme —hablaba muy sereno para intentar convencerme, pero yo sabía bien que le estaba partiendo el alma pedirme que me olvidara de él.

—El amor de verdad no se puede olvidar, no se le puede dar la espalda y hacer como si no existiera. ¿Sabes? Mis pies siempre me acaban llevando a ti y mi corazón sólo late al cien por cien cuando está junto al tuyo. Me da igual que me pidas cien mil veces que no te espere, nunca lo vas a conseguir. Podrás negarte cuando venga a verte, podrás hablarme mal para intentar separarme de ti, podrás rogarme que te deje, pero nunca lo conseguirás porque tus palabras no valen nada cuando tus ojos las callan con todo lo que dicen. Me enamoré de tu mirada, sin saber nada de ti, sin conocerte y, cuando supe a quién pertenecía y todo lo que te rodeaba, me dio igual, porque tu mirada seguía enamorándome.

—Pero Martina, mi amor... —intentó hablar, pero yo no lo deje. Apreté sus manos fuerte y seguí hablando.

—Tu mirada ahora me está pidiendo a gritos que no te deje solo y es a ella a quien voy a hacerle caso —le sonreí— sabes que soy fuerte, podré con ello. Y tú tendrás algo por lo que seguir adelante, sino, si me voy a enfadar ¡y mucho!

—Disculpen —la voz del policía interrumpió el momento— tienen que terminar.

No sabíamos cuándo íbamos a volver a vernos, ni dónde. Tampoco sabíamos qué iba a pasar con Alberto, cuál iba a ser su condena o si su abogado conseguiría sacarlo de allí a cambio de una buena fianza, que yo le propuse ayudar a pagar, aunque sabía que no tendría ni una mínima parte de lo que imaginaba que le podían pedir. Sin tener ni idea de cuánto dinero sería eso.

Nos abrazamos tan fuerte como pudimos y nos quedamos así, hasta que el policía volvió a pedirnos que termináramos. Nos besamos, mucho, muy fuerte, con muchas ganas y con la necesidad de guardar esos besos en nuestra memoria para que nos acompañaran el tiempo que tuviéramos que estar separados. No nos dijimos nada más, sólo un te quiero que leí de los labios de Alberto cuando el policía lo sujetaba por el brazo y abría la puerta para llevarlo de nuevo al calabozo. En ese momento mostró una ligera sonrisa y verla me llenó de la vitalidad que necesitaba para aguantar todo lo que viniera.

El juez lo condenó a cinco años de prisión por un robo con fuerza. Así han pasado tres años, en los que he acudido a ver a Alberto cada vez que ha habido visitas, hemos hecho tantos planes como veces hemos estado juntos, ilusionados con un futuro que parece no llegar nunca. Cada día que voy a verlo veo su sonrisa, su felicidad al verme allí y saber que lo estoy esperando. Sé que eso le da fuerzas para llevar mejor su privación de libertad.

Yo, por mi parte, no puedo dejar de sonreír cada vez que estoy con él, me muestro pizpireta y alegre para que él me vea bien. Eso me he obligado y prometido a mí misma hacer cada vez que estoy con él. Sin embargo, en cuanto salgo de allí me derrumbo y vuelvo al pozo en el que estoy sumida desde aquella noche. ¿Cómo es posible seguir viviendo así? A mí me impulsa a salir adelante el pensar que un día Alberto saldrá de la cárcel y volveremos a estar juntos, pero, mientras tanto, he dejado de ser la Martina de siempre y me he convertido en una persona pensativa y con la mirada apagada. Mi padre me dice que yo no soy así y que tengo que buscar en lo más profundo de mí para que vuelva la Martina de antes... Yo le digo que es muy difícil y él me recuerda aquello de levantar la cabeza para que no se me caiga la corona, pero, sobre todo, buscar dentro de mi corazón para que mi mirada vuelva a brillar, como si hubiera un interruptor estropeado, que tengo que arreglar para que se vuelva a encender.

Capítulo 33

Amanece otro día más. Miro el reloj y veo que todavía queda más de media hora para que suene el despertador. Desde que pasó lo de Alberto me cuesta conciliar el sueño, tardo mucho en dormirme, me despierto intranquila a media noche, doy vueltas en la cama y, por las mañanas, casi siempre abro los ojos antes de que suene el despertador. Cada día que amanece es uno más que vivo en esta desesperación y uno menos para que Alberto vuelva a mi lado.

Aunque es pronto, me levanto de la cama y le doy un beso a la foto que tengo junto a Alberto en la mesilla, ese objeto se ha convertido en mi mejor compañía llenando mis noches en vela mientras acompaña mis recuerdos. Vuelvo a dejarla en su sitio, me pongo las zapatillas y me ducho. Al terminar, me visto con una falda marrón y una camisa blanca. Voy a la cocina y bebo una taza humeante de café, hoy tampoco tengo hambre... Ya comeré algo si eso a media mañana. He perdido bastante peso en los últimos años, me cuesta comer porque tengo un nudo constato en el estómago. Termino de arreglarme, me maquillo, me hago un semi recogido en el pelo y me pongo los zapatos de tacón marrones. Cojo las llaves, el bolso y salgo rumbo hacia un nuevo día, probablemente, igual que los anteriores.

Al llegar a trabajar, el señor Emiliano me pide que vaya a su despacho cuando pueda. Me sorprenden las prisas, normalmente, él es mucho más calmado. Dejo mis cosas en un armarito que tengo en el despacho, enciendo el ordenador para mirar si tengo algún correo que deba contestar rápidamente. Nada, la bandeja de entrada está hasta arriba, pero nada urgente. Me levanto, estiro mi falda y voy al despacho del señor Emiliano. Estoy un poco nerviosa, sé que últimamente he estado un poco ida pero, a pesar de todo, no he dejado de hacer mi trabajo como debo. De hecho, mi rutina de venir al banco a trabajar es una de las cosas que más me ha ayudado en este tiempo. Levantarme, arreglarme y tener un sitio al que ir y un trabajo en el que ocupar la mente es primordial para superar situaciones complicadas. Doy un par de golpecitos en la puerta.

—Adelante —escucho la voz del señor Emiliano.

—Ya estoy aquí, disculpe la tardanza, quería revisar que no tuviera nada urgente— me disculpo y me siento en el sillón frente a él.

—No se preocupe —me sonrío— quería comentarle algo.

—Dígame.

—Desde el grupo han vuelto a solicitarme que proponga a alguien para el puesto que le comenté en Bruselas. Parece que la otra persona que ocupó la vacante hace tres años tiene problemas familiares y ha tenido que pedir una excedencia —escucho sus palabras tranquila, sé a dónde va a llevar todo esto — ante la situación, no quería pasar por alto la posibilidad de volvérselo a ofrecer a usted —hace una pausa y me mira fijamente a los ojos— sus circunstancias han cambiado y quizá ahora sí pueda valorarlo —recuerdo el día que le conté toda la verdad ante su preocupación por mi estado pocos días después de la detención de Alberto, nunca le dije que era él uno de los atacadores de nuestro banco— ¿Qué le parece?

—Le agradezco mucho su confianza, después de haberle dicho que no una vez... y ahora vuelve a proponérmelo —me siento fatal, pero no tengo dudas — pero no puedo irme a Bruselas.

—Martina —cuando me llama por mi nombre sé que es para abandonar esa posición de jefe y colocarse en la de amigo— a él todavía le queda mucho tiempo para salir de la cárcel... La vida te vuelve a dar una oportunidad, quizá es un buen momento para empezar de cero.

—No —me enfada que todo el mundo piense que debo empezar de cero, cuando esta situación es sólo una pausa en mi vida.

—No puedes encerrarte tú también.

—Si Alberto estuviera muerto lo haría, intentaría vivir, empezar de cero —recalco esa frasecita que tantos me repiten— pero Alberto está vivo, va a salir de la cárcel y yo voy a estar aquí para recibirlo.

—No te molestes conmigo Martina, no quiero entrometerme en tu vida. Sólo quiero ayudarte —sé que es sincero.

—Lo sé y se lo agradezco mucho. Siempre se ha portado muy bien conmigo —me levanto de la silla— no puedo decirle nada más... Mi sitio no está en Bruselas.

Y así, sin decir nada más, sin esperar a que el señor Emiliano me responda, salgo con decisión del despacho dando un portazo. Llevo enfrentándome a esta situación varios meses, muchas personas de mi entorno me hablan de esos nuevos comienzos, los únicos que no me han dicho nada de eso son mis padres, mi hermano y Federica. Ellos son los que me conocen de verdad y, aunque sufren tanto como yo con mi dolor, saben que no tengo que empezar ninguna nueva vida.

Vuelvo a mi despacho. No me pone triste ni nerviosa enfrentarme a estos comentarios. Soy muy consciente de lo que pasa y, si hay algo que siento, es convicción de seguir en mi posición, de esperar a Alberto, de acudir cada vez que pueda a verlo, para estar con él, para darle fuerzas, para besarlo y abrazarlo tan fuerte como nuestros cuerpos puedan... y para poder recordar esos momentos juntos hasta que llegue otra vez el día de volver a verlo.

Después de la conversación con el señor Emiliano he tenido la cabeza muy ocupada con el trabajo, lo que ha hecho que se me pasen las horas volando y no haya podido darle vueltas a nuestra conversación. ¡Mucho mejor! Salgo del banco y pienso que debería hacer algo de compra. He ido muchos días a casa de mis padres a comer y cenar para no sentirme tan sola y mi nevera está tiritando.

Paseo por el supermercado mirando los productos sin prestarles demasiada atención. Me cruzo con una familia y veo que la compra sale del carro de lo lleno que está. Miro el mío y lo veo casi vacío, un poco de verdura, leche, algo de pescado y toallitas desmaquillantes. Cuando te enfrentas a situaciones difíciles te das cuenta de lo poco que valoras las pequeñas cosas, gestos tan sencillos como ir al supermercado acompañada y comentar si compras una cosa u otra y lo hacéis para cenar. Es tan triste pensar que, a veces, todos necesitamos golpes de realidad para darnos cuenta de las cosas que verdaderamente cuentan. Suspiro y niego con la cabeza. Sigo empujando el carro hasta llegar a las neveras. Miro lo que hay y me decido por unos yogures de sabores, los dejo en el carro y cuando me giro para continuar mi recorrido lo veo ahí parado. No me lo esperaba para nada, pero siento mucha emoción al tenerlo frente a mí. Sin dudar, me acerco a él y nos abrazamos. Noto como me aprieta fuerte.

—¿Cómo estás? —Aitor me sonríe sincero.

—Bien; ¿y tú? —no sé muy bien qué decirle.

—Bien, ¡cuánto tiempo hacía que no nos veíamos! — no deja de sonreír.

—Sí... —una mujer bajita se acerca a nosotros con dos niñas pequeñas que la siguen cogidas de ambas manos.

—Estas son Noemí —señala a la mujer— Alma y Ariadna —y a las niñas que, tímidas, se esconden detrás de las piernas de la que imagino que es su madre y, por tanto, mujer e hijas de Aitor.

Estoy bastante impactada ante la familia que tengo en frente. Por un momento, pienso que si nuestra historia hubiera seguido podríamos estar protagonizando una imagen bastante parecida. Muy amablemente me saluda y les pide a las pequeñas que me den un beso. Aitor le dice que soy una vieja amiga pero sé, con total seguridad, que ella ha oído hablar de mí y conoce nuestra historia. Lo noto en su mirada. Muy educada nos dice que va a coger unas cosas y vuelve a dejarnos solos.

—Es una mujer maravillosa —tengo la sensación de que Aitor se excusa con sus palabras.

—Enhorabuena —le contesto, sincera, pero con un tono de pena en mi voz, que sé que él reconoce.

—Gracias. Y, ¿tú cómo estás? ¿Sigues en el banco?

—Sí, todo sigue igual —ni se imagina lo que me ha cambiado la vida desde que él cruzó el umbral de lo que se suponía nuestro hogar.

—Me alegro mucho —vuelve a acercarse a mí y me abraza muy fuerte. Siento su calor y mi mente viaja años atrás, cuando todo era tan fácil... Sigo el contacto de su piel y yo también me acurruco apretando su regazo.

Gracias. Repito en mi cabeza sin dejar que salgan las palabras por mi boca. Creo que necesitaba un abrazo tan sincero de alguien que ha sido tan importante para mí. Aitor se despide y yo me quedo parada, mirando cómo se reencuentra con su mujer y sus hijas tocándoles suavemente la cabecita. Le sonrío a su mujer y ella le da un beso en la mejilla. Sin duda alguna, sabe perfectamente quién soy.

Todos mis amigos han ido haciendo su vida; mi hermano y Federica, que parecían dos almas tan diferentes, se han mimetizado y ahora son sólo uno; Carlota y Jesús tienen planes de boda, sin fecha, pero decididos a casarse en cuanto les sea posible; Carla y su novio están esperando un bebé; y Marta y

Alessio siguen disfrutando la vida de viaje en viaje. Y Jorge, el que parecía que iba a tardar más... encontró al amor de su vida un día cualquiera en un autobús, a esa persona que lo acompaña y lo complementa a la perfección.

El encuentro con Aitor me ha dejado verdaderamente tocada. Me ha hecho revivir viejas historias, recordar momentos felices con él e imaginar un presente muy diferente al que me rodea. Pero, a pesar de lo que ha producido en mí y yo en él, porque lo he notado en su abrazo, por mi mente pasa la imagen de Alberto, del amor de mi vida y sé que todo ha valido la pena.

Pedí tanto tiempo, rogué con tantas ganas y ansié con desesperación un trabajo al nivel de mis estudios. Esa era mi obsesión diaria, levantarme y enviar currículums convencida de que lo conseguiría. Mi cabeza no pensaba en nada más y el día que lo conseguí pensé que podía darme por satisfecha, que había logrado mi objetivo y que conocía a la perfección el significado de la palabra felicidad. Y nada más lejos de la realidad. Ahora siento que lo que me daba alas ahora me aprieta y me retiene porque se ha convertido en mi clavo ardiendo. Sin embargo, ya no tiene nada que ver a lo que me parecía hace años. La felicidad es un concepto tan amplio como el universo. Lo que antes era lo mejor de mi vida ha sido sustituido por un sentimiento de amor mucho más intenso que la satisfacción profesional. Y esa felicidad para mí ya no tiene ninguna razón de ser. Si algo he aprendido es que no podemos pasarnos la vida buscando ese concepto porque en el camino se nos pueden quedar momentos que no valoramos y con el paso del tiempo echamos la vista atrás y decimos: por aquel entonces, sí fui feliz.

La felicidad no es imaginar, desear y soñar; son conceptos que se basan en la búsqueda de algo más. Tenemos que convencernos de que la felicidad es lo que es real, lo que vivimos, sentimos y experimentamos por nosotros mismos. Tenemos que pararnos un segundo y vivir. Es verdaderamente sencillo.

Capítulo 34

Nunca pensé que ir a una cárcel pudiera hacerme tan feliz. Siempre lo había imaginado como un lugar al que me daría mucho miedo entrar y no me equivocaba. No es un sitio nada agradable, las miradas de desprecio de los funcionarios mostrando muy poquita humanidad te hacen volver a la realidad y ser consciente de por qué estás en ese sitio, los gritos de algunos reclusos a tu paso... todo es muy parecido a como lo he visto tantas veces en la televisión. Pero me da igual, para mí, cada día que recorro este camino, custodiado por grandes árboles, que he visto perecer y volver a renacer con cada llegada del otoño y consecuente primavera, es dejar kilómetros atrás que me acercan a la felicidad.

Bajo la ventanilla para disfrutar del olor a tierra mojada, ha estado toda la noche lloviendo y ha amanecido un día precioso de sol, pero fresquito y muy agradable para pasear. Siempre que vengo y hace un día como el de hoy pienso en lo que me gustaría poder pasear con él por el jardín, podríamos tocarnos, darnos besos, abrazarnos... Sin embargo, hemos tenido que aprender a sentirnos a través de un cristal. Echo tanto de menos notar como mi corazón sigue el ritmo del suyo cuando apretamos nuestros pechos... Recuerdo el día que Alberto me dijo que iba a solicitar un vis a vis. Yo me puse un poco nerviosa porque no me hacía especial ilusión hacer ese tipo de cosas en ese lugar tan horrible. Él se rio, mostrando esa preciosa sonrisa que tanto me gustaba, diciéndome que no lo hacía con ese objetivo, sino para poder estar juntos sin que nos separara un cristal. Aquel día, salí de la cárcel dando saltitos de felicidad, con la ilusión de que la próxima vez que volviera podría abrazarlo. Pero no fue así... Me acuerdo como me arreglé para intentar tapar las ojeras que delataban que no había dormido en toda la noche, me eché muchísima colonia e imaginé como sería nuestro encuentro... hasta que la puñetera realidad mandó todas mis ilusiones a la mierda. Alberto me contó que había rellenado una instancia para solicitar los vis a vis mensuales pero que se lo habían denegado porque es necesario un certificado de matrimonio o convivencia previo a la detención del preso. En aquel momento me partió el alma ver su cara de decepción y desesperación, acrecentando mucho más si

cabía las ganas de volver a abrazarnos. Nuestra relación se convirtió en cuarenta minutos una vez a la semana. Cuarenta minutos que jamás me habían parecido tanto y tan poco al mismo tiempo. Cuarenta minutos que nos valían para poder soñar toda una vida.

Al llegar, aparco cerca de la entrada principal, hoy hay pocos coches. Miro el reloj y veo que todavía falta más de media hora para que empiece el turno de visitas. Estoy nerviosa, siento un ligero cosquilleo en el estómago que baja hasta el vientre. Siempre que vengo me pasa. Saco del bolso un pequeño neceser que tengo con maquillaje y me retoco para estar perfecta. Lo vuelvo a guardar, todavía queda bastante tiempo. Me veo tentada a salir del coche y dar una vuelta, pero es un lugar tan retirado que no me parece nada atractiva la idea, mejor me quedo aquí sentada.

Cojo el móvil y le envío un email a Federica, hace tiempo que no hablamos y sé que me echa de menos, aunque sigue tan feliz en su burbuja de amor con mi hermano. ¡Quién me lo iba a decir! Me recuerdan mucho a esas imágenes poco habituales de un perro y un gato juntos. ¡Qué gracia!

Vuelvo a mirar el reloj y salgo del coche cogiendo simplemente las llaves y el móvil. Las primeras veces que vine le traía algo de comer, ropa o cualquier cosa que se me ocurriera que pudiera necesitar o le diera una alegría, pero dejé de hacerlo cuando me dijo que la mitad de las cosas no le llegaban nunca. Entro en el centro y después de pasar los controles rutinarios espero en la sala nerviosa, sin dejar de mirar la puerta por la que sale. ¡Me muero de ganas por verlo! ¡Estoy tan emocionada!

Las sillas, que están a mis lados, se van llenando de gente. En total hay ocho, con sus respectivos cristalitos y esos teléfonos, que yo pensaba que sólo existían en las películas. ¡Con cuántos golpes de realidad me he topado en los últimos tres años! Creemos que nunca vamos a ser los protagonistas de esas historias dramáticas que parece que sólo ocurren en la televisión, hasta que también nos tocan a nosotros. Pensamos que si nos pasa algo tan horrible no podremos soportarlo y el ser humano tiene la capacidad de sacar fuerzas para seguir adelante y luchar. No sabe de dónde salen pero existen, están y continúan todo el tiempo que es necesario. Eso es lo que nos ha pasado a nosotros, con lo que hemos aprendido a vivir y, sobre todo, lo que nos ha enseñado el verdadero significado de la palabra esperanza.

Mi pierna sube y baja a toda velocidad al mirar el reloj y ver que ya se

pasa de la hora. Siempre hacen igual... tardan en salir y luego a la hora en punto les obligan a despedirse. Bueno, ¡ojalá fuera a la hora en punto! Cinco minutos antes empiezan a avisar de que se acaba el tiempo. Escucho ruidos detrás de la puerta y veo como se gira el pomo. Empiezan a salir los presos y ¡nada, Alberto no aparece! Espero nerviosa asomándome para ver si el siguiente es él. La pierna sube y baja más rápido que hace unos minutos, mi corazón golpea con ira mi pecho y la respiración entrecortada comienza a colapsar mis pulmones, hasta que por fin lo veo salir. Me busca con la mirada y, en cuanto me ve, noto como su pecho se tranquiliza. Sin dejar de posar sus ojos en los míos se sienta frente a mí, pone su mano encima del cristal y yo lo imito. Queremos sentirnos, pero el vidrio es demasiado grueso, lo sabemos, pero lo seguimos intentando. Cogemos el teléfono. No puedo dejar de mirar lo guapo que está. Ha adelgazado bastante y su mirada sigue estando triste, como cuando lo conocí. A pesar de lo atractivo que es por naturaleza, ha perdido ese aire chulesco que lo caracterizaba. Se emociona y siento como si se fuera a venir abajo. A mí me pasa lo mismo, pero trago saliva y vuelvo a ponerse esa careta que llevo desde hace tres años cada vez que estoy con él.

—¡Eres un puñetero! ¡Siempre sales el último y lo paso fatal! —bromeo para que se anime.

—¡Perdona! Vamos saliendo de las celdas y la mía... —sé que me va a decir que está de las últimas del pasillo, me lo ha contado varias veces, él también se da cuenta y añade— bueno, ya lo sabes... —niega con la cabeza triste.

—Estás verdaderamente guapo, ¿lo sabes?

—Tú sí que estás guapa —baja la mirada— ¿cómo estás? —siempre me pregunta por mí.

—Bien, mi vida sigue igual que la semana pasada... —le cuento cosas sin importancia del trabajo y que tengo intención de salir con mis amigas— ¿y tú? ¿cómo vas con tus clases de inglés?

—Muy bien —se ilusiona— voy muy avanzado y... ¡tengo una sorpresa!

—Dime —me emociono, sobre todo, por ver sus ojos con un mínimo brillo.

—Mañana tengo el examen para obtener la certificación.

—¡Pero bueno! —abro los ojos sorprendida— ¡no me habías dicho nada!

—¡Porque era una sorpresa! —mueve la cabeza abriendo también mucho los ojos.

—¡Te va a salir genial! Estoy segura —le sonrío muchísimo, quiero que él también lo haga— ¿la semana que viene sabrás si has aprobado?

—Sí.

—Pues la semana que viene... —me callo, quería decirle que lo celebramos pero veo que acabo de meter la pata.

—No te preocupes preciosa, ya lo celebraremos cuando salga.

—Sí... —me cuesta contener las lágrimas.

—No te pongas así, por favor —noto su impotencia.

—¡Estoy bien! —disimulo.

—No, no estás bien y yo tampoco. ¡Estoy harto de esta puta mierda! No soporto más este cristal. Todas las noches sueño con reventarlo, las manos me sangran pero no me duelen porque te abrazo, te beso, te siento...

—Si hubiéramos sabido esto nos habríamos casado nada más conocernos —intento calmarlo. Alberto me mira, se pone firme, abre mucho los ojos y me sonrío pícaro.

—¡Cásate conmigo! —grita emocionado.

—Pero, ¿qué dices? —me río a carcajadas con su ocurrencia.

—¡Qué te cases conmigo!

Separa su mano del cristal, se levanta de la silla y veo como el policía que custodia la puerta se pone en alerta. Todos los que están en la sala miran como Alberto pone una de sus rodillas en el suelo y, con los brazos abiertos a los lados, grita con todas sus ganas.

—¡Cásate conmigo preciosa!

No puedo creer lo que está pasando. No dejo de sonreír y reír a carcajadas. Veo la ilusión de Alberto en sus ojos, que muestran un brillo que no había visto nunca antes. No deja de mirarme esperando una repuesta.

—Pero, ¡dile algo! —grita una chica que está a mi lado.

—Sí, sí quiero —grito yo también poniéndome de pie.

Alberto se levanta y se acerca de nuevo al cristal. Coloca las dos manos y yo hago lo mismo. Noto como su pecho sube y baja a toda velocidad.

—Me acabas de hacer la persona más feliz del mundo, te quiero con todo mi corazón.

—Por favor, tienen que irse despidiendo —el policía rompe el momento y la gente se enfada con él.

—Voy a enterarme de todo y la próxima semana te cuento, ¿vale? — Alberto está exultante de felicidad.

—Vale —no sé qué más decirle.

—¿Sabes? Nunca pensé que el momento más feliz de mi vida lo fuera a vivir entre estas paredes.

—¿Sabes? —imito lo que él ha dicho— nunca pensé que fuera tan fácil ser feliz.

—Por favor —vuelve a decir el policía.

Creo que esta es una de las despedidas que más nos cuesta desde que Alberto está encerrado, pero también es la más esperanzadora de todas. Casarnos en la cárcel no es más que la búsqueda de poder volver a tocarnos una vez al mes. Juntamos las manos, me sonrío y se despide susurrándome un te quiero. Veo como se gira y me quedo inmóvil hasta que cruza la puerta. Me siento en la silla de nuevo y me doy cuenta de que todos los aquí presentes, especialmente mujeres, me miran. ¡Me da igual! Me da miedo que pase con esto lo mismo que ocurrió con el vis a vis. Creo que no podría soportar volver a ver esa cara de decepción en Alberto. Suspiro profundamente, me levanto y vuelvo a mi vida, dejando tras de mí al hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

Capítulo 35

Aunque me está costando tanto como si se tratara de levantar una viga de miles de toneladas cada mañana, intento seguir adelante y agarrarme a la vida con fuerza. He pasado mucho tiempo en casa, sin nada más que ir a trabajar, hacer la compra, correr un rato por el parque y poco más. Antes era yo la que visitaba prácticamente a diario a mis padres. Ahora son ellos los que vienen a verme a mí, intentando respetar mi espacio pero haciéndome ver que me están apoyando. A Fabio y Federica sólo los he visto en las navidades de estos tres años, cada vez que han venido. Sin embargo, y a pesar de todos sus ofrecimientos, yo no he ido a visitarlos. Hablo con ellos por Skype, de vez en cuando y, especialmente, cuando no dejan de insistir y se me acaban las excusas. A mis amigos los he visto las veces que se han presentado en mi casa sin avisar y no me ha quedado más remedio que recibirlos. Todos ellos, mis padres, mi hermano y mis amigos siguen siendo mi realidad y los quiero igual que siempre. Son muy importantes en mi vida y ahora mucho más habiéndome demostrado tanto cariño en momentos tan difíciles. Para mí cada uno de ellos son tan importantes como lo es Alberto, no es que lo haya antepuesto a todo. Simplemente, me ha pasado algo tan sencillo como que no he tenido ganas de salir, de hablar, de parecer divertida y feliz cuando por dentro se me estaba desgarrando el alma. Pero sé que esto no puede seguir así. El otro día hablando con Fabio me dijo que la vida seguía, que es muy corta y que cada día cuenta. Me hizo pensar en el futuro, cuando sea mayor, echar la vista atrás y pensar en estos años perdidos. Aseguró que me arrepentiría y sé que tiene razón.

Es sábado. He pasado la mañana limpiando la casa y haciendo algo de comida para la semana. Después de comer he visto una película de esas malas que tanto me gustan. Es una costumbre que no he perdido desde que soy pequeña. Miro el reloj. Son las seis menos cinco. Me levanto y voy hacia mi armario. Lo abro y paso las camisas, los pantalones, miro los jerséis... No sé qué ponerme. Cojo un pantalón vaquero y me lo pruebo con tres camisas diferentes. Cuando me decido por una azul marino con lunares blancos me quedo pensativa delante del espejo y sonrío. Me miro de arriba abajo y me

siento un poquito más animada. No es porque me guste la ropa que he elegido. Es porque hacía mucho tiempo que no me pasaba esto... Probar y probar, haciendo gala de mi coquetería... Ahora mismo, aquí parada frente al espejo, siento que todavía queda un poquito de lo que fui.

Llamo al timbre y espero a que abran la puerta. Hemos quedado en casa de Carlota a las ocho y ya son más de y media. Pensaba que al ser sábado no iba a coger tráfico, pero he encontrado más de la cuenta, encima, me ha costado bastante aparcar. Mientras espero delante de la puerta me siento triste al pensar que estoy sola. Alberto conoció a mis amigos los meses anteriores al atraco e hizo muy buenas migas con ellos. Me acompañaba muchas veces a nuestros encuentros hasta llegar a convertirse en uno más. Según habían dicho en el grupo de Whatsapp hoy venían todos con pareja, incluso Jorge, que era el único que quedaba soltero y había empezado a conocer a alguien. Algo que me hacía muy feliz. Y yo... sola. Empiezo a sentirme muy triste y me veo tentada a irme. Echo mucho de menos a Alberto, ir con él a los sitios, estar siempre acompañada, coger su mano... Niego con la cabeza a punto de darme la vuelta cuando abren la puerta.

—¡Hola! —Jesús, el novio de Carlota, abre la puerta y extiende los brazos para recibirme— ¡ya pensábamos que nos ibas a dejar plantados!

—No —muestro media sonrisa— hoy no.

Nos saludamos cariñosamente y, hablando con él de cómo le va todo, llegamos hasta la terraza en la que nos espera el resto. Mis ojos ven una estampa de lo más alegre. Me arrepiento por haber venido, yo no tengo ánimo para estar aquí... No me apetece. Sin embargo, me siento muy feliz por todos ellos; sentados junto a sus parejas, haciéndose mimos, riéndose, apoyando la mano en la pierna del otro... Aprieto fuerte los labios para no venirme abajo y noto un nudo en la garganta que no me deja hablar. A mi mente viene Alberto y pasan por mi cabeza cientos de imágenes de momentos que pasamos juntos. Intento no pensar. Pero no puedo evitarlo más y las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas. Cierro los ojos y, al segundo, me siento rodeada de un montón de gente que no deja de abrazarme con fuerza. Siento su calor y lo agradezco muchísimo. Abro los ojos y veo como todos se han levantado para darme su apoyo. Inspiro y espiro intentando que el aire rellene mis pulmones para conseguir tranquilizarme. Noto la mano de Jorge apretando la mía. Entre tanta gente no veo bien, pero sé que es él.

—Estoy bien chicos —al escucharme hablar se separan— no os preocupéis. Ha sido un momentito de debilidad.

—Tranquila Martina, llora todo lo que quieras —Jorge se muestra muy cariñoso conmigo.

—¡Nada de llorar! —me seco las lágrimas— creo que tengo que conocer a alguien.

Él me sonrío y me presenta a su acompañante. Nunca le había visto con pareja y me sorprende bastante ver lo cariñosos que son el uno con el otro. Me encanta verlo tan feliz y eso consigue animarme un poco.

Pasamos el resto de la velada charlando sobre nuestros trabajos, vidas personales, viajes, proyectos... sin parar de reír y bromear. Por fin, consigo dejar de darle vueltas a la cabeza. Sigo pensando en Alberto, a él no puedo sacarlo de mi cabeza ni un solo momento, pero no me agobia, simplemente lo recuerdo. La verdad es que me está viviendo muy bien y me alegro de haberme animado a venir. A pesar de lo que me ha costado...

—¡Aquí suena un móvil! —grita Carlota desde el salón apuntando con el dedo la montaña de bolsos que hay en la mesa— es este —levanta uno.

—¡Es el mío! —doy un respingo y voy a cogerlo. Esta vez me he traído uno pequeño y lo localizo rápido— ¿Sí?

—Buenas tardes, quería hablar con Martina Rossi —escucho una voz tan fría al otro lado que me hiela el alma.

—Sí, soy yo, dígame.

—Soy un funcionario de la prisión...

—Sí, dígame —le corto. Sé perfectamente de qué prisión habla.

—El recluso Alberto...

—¿Qué ha pasado? —cuando va a decir su apellido le corto para que hable de una vez. ¡Sé perfectamente a qué Alberto se refiere! Noto mi corazón palpitando a toda velocidad.

—Ha habido una pelea y han tenido que llevarlo al hospital —noto como si un cuchillo acabara de atravesar todo mi cuerpo.

—¿Cómo está?

—Cuando lo han llevado estaba bastante grave —sus palabras me rompen en dos y las piernas comienzan a temblarme, me cuesta mantenerme en pie.

—¿En qué hospital está? —grito sacando toda mi rabia.

El funcionario me da las indicaciones necesarias, cuelgo y, sin decir ni una sola palabra, me voy a toda velocidad de la casa. Bajo las escaleras todo lo rápido que puedo, sin dejar de repetir en mi cabeza la conversación que acabo de mantener intentando buscar una señal de calma, de esas que te dicen “no se preocupe, que aunque ha sido grave, está fuera de peligro”. Sin embargo, por más que recuerdo no hay nada de eso... Llego al portal y a toda prisa abro la puerta, salgo a la calle y corro hacia mi coche. Tengo que estar con él. Estoy tan preocupada y nerviosa que lo único que puedo hacer es actuar a toda velocidad para llegar rápido. Tengo que estar a su lado.

Al llegar al hospital, entro por la zona de Urgencias y voy directa al mostrador. Encuentro a una mujer con unas gafas que le cuelgan del cuello por unas cadenitas doradas. Pregunto por Alberto y la señora, con toda la parsimonia del mundo, se pone a mirar en el ordenador. Me está poniendo de los nervios.

—Por favor, dese prisa —intento hablarle con amabilidad.

Ella me mira por encima de las lentes y me mata con la expresión. Sigue observando en el ordenador y yo empiezo a sentir ganas de matarla.

—Me han llamado hace un momento, debe haber ingresado hace poco —le digo intentando que se acuerde de memoria y quite la vista del puñetero ordenador. Vuelve a mirarme por encima de las gafas.

—Control B2, por este pasillo a la izquierda —habla muy despacio— en la tercera puerta que queda a la derecha.

No le contesto. Ni gracias. No se las merece y yo no puedo perder ni un segundo de tiempo. ¡Qué poca sensibilidad! A veces me alucina como la gente que trabaja en hospitales llega a perder la empatía de tal forma... Corro por los pasillos mirando los carteles repitiendo en mi cabeza las indicaciones que me ha dado la señora. Llego a una sala de espera grande, con las paredes color salmón y varias sillas, todas vacías, en su interior. ¿Qué hago? No puedo quedarme aquí a esperar sin preguntar por él. ¡Mierda! Pienso en la posibilidad de volver a recepción e intentarlo con la señora de nuevo, pero sé que no va a servir de nada. Camino de un lado a otro por la sala de espera

pensando qué hacer. A mi espalda escucho que se abre una puerta, me giro y veo a un médico vestido con mascarilla, gorrito y el traje ese que llevan cuando están en el quirófano. Me acerco a él y antes de que me diga nada le pregunto por Alberto.

—Tranquila, está fuera de peligro —acabo de escuchar las cinco palabras más felices de toda mi vida— ha sufrido dos apuñalamientos y hemos tenido que operarlo de urgencia. Ha perdido mucha sangre, pero se va a recuperar.

El doctor habla de una manera tan cercana que no puedo estar más agradecida en este momento. Sin dudarlo, me abalanzo encima de él y le doy un abrazo. Noto como su cuerpo se pone rígido, me doy cuenta de mi atrevimiento y me separo.

—Disculpe —me avergüenzo— ¿podría pasar a verlo?

—Sí, claro, aunque está sedado.

El doctor me acompaña por unos pasillos explicándome en detalle lo que ha ocurrido. Presto atención a sus palabras y apresuro la marcha para llegar rápido al lado de Alberto. Al girar un pasillo veo una puerta blanca escoltada por dos agentes de Policía a ambos lados. Me da rabia.

—Por favor, ¿puedo quedarme con él? —sé que la situación no es habitual y dudo que me dejen estar a su lado.

—Lo siento —me contesta— puede entrar ahora y podrá hacerlo a las horas que se le indique, pero no puede permanecer con él todo el tiempo.

—Por favor —le suplico.

—Lo siento, yo no soy quien lo decide —me coge por el brazo— tiene que entender que no es una situación habitual.

—¿Puedo entrar ya? —estoy tan enfadada y siento tanta rabia.

—Sí.

Antes de entrar, uno de los policías que está en la puerta me pide que le enseñe el bolso y la otra, que está a su lado, me pasa las manos por todo el cuerpo revisando que no tenga nada.

—Pueden estar tranquilos —digo con autosuficiencia— no tengo intención de hacer nada fuera de la ley. Si estamos en esta situación tan horrible ha sido

porque el ser humano se equivoca, pero también sabe corregir sus errores —la policía sigue pasando sus manos por mis piernas— jamás haría nada que pueda significar volver a pasar por lo mismo —me desahogo.

—Adelante —me contesta con frialdad la policía señalando la puerta.

Entro en la habitación y veo que hay otro Policía dentro. ¡Alucino! ¿Tampoco vamos a poder estar aquí solos? Intento ignorarlo y voy directa a la cama. Veo a Alberto dormido, tiene un montón de tubos y cables por todo el cuerpo. Escucho la maquinita que marca sus latidos y veo que está tranquilo. Me acerco a él y cojo su mano. La beso y siento ese calor, esa sensación que me ha producido siempre el contacto de su piel. Por fin vuelvo a tocarlo después de tres años que se han hecho eternos. Me acerco a su lado y le doy un beso por encima de ese aparatito que imagino que le ayuda a respirar.

—Hola mi amor —me acerco a su oído— ya estoy aquí. Tranquilo. Te vas a poner bien —acaricio con la otra mano su cara— estás muy guapo, ¿sabes? ¡Incluso con estos cables tan feos!

Arrastro una silla que hay cerca de la cama y me acomodo, apoyando mi cabeza al lado de la suya sin soltar su mano. Es increíble lo que siento ahora mismo. Estoy feliz. Me entristece mucho verlo en esta situación, pero por un momento lo veo tranquilo, sin esa mirada de preocupación constante y fuera de ese sitio tan gris; y siento relativa calma. Paso varios minutos acomodada a su lado, sin dejar de mirar su pecho hinchándose y deshinchándose al ritmo de su respiración.

—Disculpe, tiene que salir —el policía que no ha dejado de mirarnos se acerca a mí y me parte el corazón con esas puñeteras palabras. ¡Qué rabia!

—¿Acaso cree que una persona en estas circunstancias es muy peligroso? —el policía abre los ojos sorprendido ante mis reproches— le aseguro que no. Y menos él —señalo a Alberto— ¿lo ve? Él jamás le ha hecho daño a nadie. Y jamás podría hacérselo. ¿Sabe? No todas las personas que están en la cárcel son malas y le aseguro que ésta, que está aquí tendida en una cama con una maquina que le ayuda a respirar, es mucho mejor que otras que andan por ahí sueltas y que no han cometido un delito en su vida.

—Señorita, por favor, tiene que salir —me asombra su calma ante mis palabras.

—Sí —me levanto y me acerco otra vez al oído de Alberto— mi amor,

tengo que irme. Estos puñeteros no me dejan quedarme contigo. Pero voy a estar ahí fuera, a tan sólo unos metros de ti. No pienso separarme de tu lado. En cuanto te despiertes entraré a llenarte de besos.

Siento como mi corazón palpita muy fuerte y oigo como los pitiditos de la máquina van más rápido cuando le doy un beso. Sé que ha escuchado mis palabras y sabe que estoy a su lado. Sonríe y me convierto automáticamente en la mujer más feliz del mundo. Mi amor. A él le sigue pasando lo mismo. Le sonrío también a la máquina escuchando como al separarme los pitidos vuelven a sonar al mismo ritmo que cuando entré en la habitación. El policía se ha dado cuenta y he visto como ha mostrado una tímida sonrisa. Me cuesta muchísimo separarme de él y dejarlo aquí solo... Pero sé que tengo que irme. Tengo que ser racional. Justo antes de salir por la puerta, me giro hacia el policía.

—Disculpe, sé que sólo hace su trabajo —él me sonrío y asiente con la cabeza.

Salgo de la habitación y me siento en las sillas que hay frente a la puerta. No pienso moverme de aquí.

Capítulo 36

Las horas pasan en un constante ir y venir de médicos y enfermeras que entran y salen de la habitación sin decirme ni una sola palabra. No sé el tiempo que llevo aquí sentada delante de la puerta... Sólo me he puesto de pie unos minutos para estirar las piernas, pero separándome lo justo y necesario para no perder detalle de la puerta, deseando con todas mis fuerzas que el amor de mi vida vuelva a abrir los ojos.

—Disculpe —una enfermera llama mi atención.

—¡Dígame! ¿Ha habido cambios? —me pongo alerta.

—No, tranquila, todo sigue igual —vuelvo a bajar la mirada al suelo y ella toca mi hombro— le he traído esto — la enfermera tiene un café y un paquetito de galletas en su mano.

—Muchas gracias —lo cojo y lo dejo en la silla de al lado.

—Debería tomarlo, lleva muchas horas aquí sin probar bocado —habla con un tono de voz muy bajito pero muy cariñoso.

—Tengo el estómago cerrado, no puedo.

—Imagino que tiene que ser muy difícil, pero piense que cuando se despierte tiene que verla bien, fuerte y animada —hace una pausa y coge otra vez el café y el paquete de galletas— y para eso tiene que comer algo.

Cojo el café.

—Algo es algo —sonríe la enfermera dándose por satisfecha.

—Gracias.

—Si necesita cualquier cosa, estaré por aquí, no dude en buscarme.

—Se lo agradezco —y es así. No es fácil acercarse al familiar de un preso a ofrecerle apoyo. Parece algo humano y que a cualquiera nos saldría actuar así. Sin embargo, la realidad no es tal y los estereotipos están muy presentes. Ese es otro golpe de realidad con el que me he encontrado en estos tres años.

Doy un sorbo al café y noto como me cuesta tragarlo porque tengo el estómago cerrado como una puerta que tiene veinte mil candados. Odio los hospitales, me crean ansiedad y desasosiego. Esas luces entre azul y blanco, los uniformes de los sanitarios... y ese olor tan horrible, que hace que se me revuelva más el estómago. Estoy deseando salir de aquí...

Cuando tenemos a un familiar ingresado, esperamos con ansia el día que le den el alta para volver con él a casa. Sin embargo, mi situación es muy diferente. Cuando Alberto se ponga bien, porque estoy segura de que lo hará, tendremos que separarnos de nuevo y seguir tachando días en el calendario, viviendo sin vivir, volviendo a apretar fuerte los ojos para soñar con una vida mejor.

—Martina —escucho como una voz conocida pronuncia mi nombre.

Subo la vista y veo ante mí a Ismael, acompañado de una chica que se queda tímidamente por detrás de él. En su mirada noto que está preocupado, pero también percibo que se alegra de verme. Me levanto y le doy un abrazo, siento su calor y me reconforta. Me aprieto a él con fuerza y cierro los ojos disfrutando de su contacto. Y así, rodeada de sus brazos, las lágrimas comienzan a caer de mis ojos mojando su camiseta. Me derrumbo y desahogo en el hombro de la única persona que le queda a Alberto de su familia.

—Íbamos a casarnos —le digo entre sollozos.

—Os quisisteis desde el primer momento que vuestras miradas se cruzaron.

Al escuchar las palabras de Ismael recuerdo aquel día del atraco, los ojos de Alberto en ese pasamontañas, las noches que pasé yendo a su casa, los sueños que parecían realidades, la ansiedad por estar a su lado, la confianza en él a pesar del mundo que lo rodeaba, nuestro primer beso, aquel encuentro en el parque, las tardes como una pareja normal y cualquiera paseando por cualquier calle, ayudándome con la mudanza de mi casa, nuestro único viaje... Parece que ha pasado un siglo de todo aquello.

—Tranquila, se va a poner bien —Ismael intenta calmarme. Yo suspiro.

—Tengo miedo —me separo de él y miro sus ojos, me recuerdan un poco a los de Alberto.

—Eres una valiente, Martina —coge mis manos— el miedo no forma parte

de tu vida. Una persona cobarde no habría hecho lo que has hecho tú.

—Una persona enamorada es capaz de cualquier cosa —levanto mis hombros.

—Y buena.

—¿Cómo estás tú? —hace mucho tiempo que no lo veía.

—Recuperado —sonrío— del todo.

—¡Cómo me alegro! —me lanzo otra vez a sus brazos, pero esta vez efusivamente.

—Lo sé, tú eres la responsable, te debo mucho —me llama la atención este nuevo Ismael, ha desaparecido ese chico miedoso que conocí hace años y ahora es un hombre maduro y seguro de sí mismo— ven —se dirige a la chica que lo acompaña— ella es Eva.

—Discúlpame —me avergüenzo por no haberla saludado antes.

—No te preocupes —se acerca a mí y me abraza— encantada de conocerte. Ismael me ha hablado mucho de ti y de su hermano.

—Ella es la chica de la que te hablé aquel día en la clínica —me recuerda Ismael.

—Disculpen —el doctor que estuvo ayer conmigo se acerca a nosotros.

—¿Hay alguna novedad doctor? —hago gala de mi impaciencia.

—Sí —sonríe y no dice nada más. Sé lo que ha pasado.

—¿Podemos entrar a verlo? —estoy feliz.

—Sí, pero sólo puede entrar uno —muestro cara de disconformidad— ya sabe.

—Sí, sí, entiendo —refunfuño.

—Pasa tú, Ismael —aunque me cuesta muchísimo no entrar corriendo a la habitación entiendo que él también debe ver a su hermano y, al final, yo ya he estado con él.

—Creo que lo primero que quiere ver mi hermano no es mi cara —se ríe —anda, no pierdas más tiempo y entra ahí. Dile que estamos aquí y ya pasará cuando se pueda.

Me lanzo a darle un beso en la mejilla y hago lo mismo con Eva. A los dos les divierte mi comportamiento. Estoy eufórica. Abro la puerta de la habitación, después del maldito control del policía de la puerta, y corro en ese pequeño pasillito para llegar cuanto antes a su lado. En cuanto giro la pared y lo veo no puedo dejar de sonreír, me muerdo el labio y suspiro al ver sus ojos abiertos mirándome con tanto amor. Muestra una sonrisa ladeada y percibo su gesto cansado.

—Hola mi amor —cojo su mano y me coloco a su lado.

—Hola —un hilo de voz sale de su garganta.

—Todo va a estar bien —quiero que se anime.

—Tengo algo que decirte —le cuesta mucho hablar.

—No, tranquilo, ya me lo dirás —le doy un beso en la mejilla y siento como el contacto con su piel acelera mi corazón— tenemos todo el tiempo del mundo —susurro a su oído.

—Por favor —se pone serio— Martina, esto no puede seguir. Te quiero demasiado como para condenarte a una vida así —traga saliva— estás dejando pasar los años por esperarme y, quizá, un día me maten y no haya vuelta atrás —niego con la cabeza al escucharle hablar así y las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos— habrás tirado por la borda años de tu vida por nada. No puedes seguir esperándome. Tienes que hacer tu vida y ser feliz.

—Nunca voy a ser feliz sin ti —me enfado.

—Si me quieres, hazlo por mí —una lágrima recorre lentamente su cara.

—¡Eres un imbécil! Y creo que también te quiero por eso —limpio mis lágrimas con el dorso de la mano con rabia— te quiero por cada vez que dices estupideces sin sentirlas, te quiero por nuestras noches en el sofá, te quiero porque te comes lo que yo no quiero, te quiero porque preguntas por mí cuando no me atrevo, te quiero por cómo eres conmigo y por como soy contigo, te quiero tanto... Tanto que me daría exactamente igual pasar toda una vida viéndote solo cuarenta minutos a la semana porque es lo más real que he vivido nunca. Así que, ¡ya puedes ir olvidándote de esas tonterías!

Me acerco a él y le doy un besito suave en la mejilla, siento como su pecho se hincha y la maquinita hace que esos “pi” suenen mucho más rápido.

—No puedes engañarme —le sonrío— podrías decirme que no me quieres y me daría exactamente igual. ¿Y sabes qué? —me mira sin decir ni una palabra— aunque la maquinita esa no estuviera delatándote, daría igual. Hay sensaciones muy indiscretas que dejan los sentimientos a la luz.

—Martina... —pronuncia mi nombre.

—No hables, tienes que descansar. Ahora sólo tienes que centrarte en lo que te he dicho, recuérdalo y repítelo en tu cabeza tantas veces como puedas. Y ponte bien. Eso es lo que tienes que hacer. Recuperarte y seguir pensando en nuestra vida porque tú y yo tenemos un futuro, no lo olvides nunca.

—Y una boda pendiente... —está muy débil y le cuesta articular las palabras, pero consigue decirme cuatro palabras que inundan mi corazón de alegría, mientras muestra una ligera sonrisa y sus preciosos ojos vuelven a brillar.

Capítulo 37

Me levanto de la cama y, como cada mañana desde hace más de tres años, cojo el rotulador rojo y tacho otro día más. Hoy hace justamente siete meses del apuñalamiento que sufrió Alberto y sólo unas horas de nuestra boda. Una sensación de nostalgia recorre todo mi cuerpo al recordar el día de ayer...

Alberto se recuperó en el hospital y, en cuanto se encontró mejor, tuvo que volver a la cárcel. Esos días en los que estuvo ingresado fueron un aliento de esperanza para los dos, aprovechamos cada segundo que estuvimos juntos para analizar cada uno de nuestros gestos, tocarnos, mirarnos y besarnos sin que un cristal nos separara. Nuestros corazones volvieron a latir juntos a un ritmo desbocado. Intentaba vivir al máximo el momento pensando en cuantas veces lo imaginaría después. Hasta que llegó la maldita despedida. ¡Cuántas despedidas en tan poco tiempo! ¡Cuánto dolor! Una lágrima cae por mi mejilla al recordar aquel momento.

—No te preocupes preciosa, voy a estar bien —pasó sus manos esposadas por detrás de mi cabeza y me acercó a él.

Yo agaché la cabeza intentando evitar que se diera cuenta de la tristeza que recorría todo mi cuerpo. Él acercó su nariz a la mía y con un suave roce me hizo levantar la vista y mirarlo a los ojos.

—Ya no queda nada —le sonreí. Quería repetir esa frase muchas veces y muy alto para que se hiciera realidad.

—Claro que no —me dio un beso suave en los labios— si he salido de esta, ¡no habrá nadie que pueda conmigo! —intentaba hacerme reír, pero yo no podía...

—Disculpen —otra vez la voz del policía interrumpiendo— tenemos que irnos.

—Mi chica —tragué saliva para no venirme abajo, pero no pude y las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos— no llores, preciosa —negué con la cabeza— tenemos una promesa y voy a casarme contigo. ¡No te olvides!

Me sonrió, me acerqué más a él y lo abracé con toda la intensidad que mis brazos me permitieron. Cambiamos los papeles y él se convirtió en el fuerte, en ese momento le tocaba tirar a él. Escuché su corazón latir apoyando mi cabeza contra su pecho y memoricé cada una de las sintonías para poder repetir las cada noche y volver a sentirme junto a él. El policía insistió, Alberto levantó los brazos y me dio un besito en los labios sin dejar de mirarme a los ojos.

—Nos vemos pronto preciosa —me guiño un ojo, se dio la vuelta y esperó a que el policía lo guiara.

Salí de la habitación siguiendo sus pasos y me quedé parada viendo como se alejaban por el pasillo del hospital. No podía dejar de llorar, sentía que un profundo dolor me atravesaba el pecho y las piernas comenzaban a fallarme. Ellos siguieron andando y, al girar, vi en el reflejo de una ventana como Alberto levantaba sus manos para limpiarse las lágrimas. Negué con la cabeza, miré la habitación vacía que me había hecho tan feliz y repetí en mi cabeza “nos vemos pronto princesa”, convenciéndome de que teníamos que seguir adelante.

Y volvieron a pasar las noches aferrada a mis recuerdos, hasta el día de nuestra boda. Había imaginado tantas veces ese momento... Desde pequeña soñé con ponerme un vestido blanco de princesa, lucir un peinado sencillo sin moños, eso lo tenía claro, y un maquillaje suave... Quería que el ramo fuera de rosas blancas y alguna morada, acompañadas con ramitas silvestres... También había pensado en la ceremonia en un jardín, con sillas blancas... Junto a mi familia, mis amigos... Imaginé tantas veces sentirme radiante y exultante de felicidad, soñando con una boda de cuento de hadas... Y todo eso quedó en lo que era, un sueño. La realidad fue muy diferente, no hubo vestido de princesa, ni jardines, ni siquiera estuvo mi familia, sólo él y yo con dos testigos, que no conocíamos de nada, pero que tuvimos que aceptar como una de las condiciones.

Podría decir que fue frío, en una sala gris parecida a la de las visitas, sin embargo, mi imaginación fue más valiente que nunca. Me puse un vestido blanco cortito y antes de entrar en la cárcel, mientras estaba cogiendo unas flores silvestres, vi dos rosas, una morada y otra blanca, sólo esas dos. No dudé ni un segundo y, aunque me da pena cortarlas porque siento que las mato, las cogí pidiéndoles perdón y me hice un ramito. Entré en la cárcel imaginando

que caminaba del brazo de mi padre compartiendo confidencias y risas con él. Pasé por los controles de seguridad rutinarios pero lo tomé como un pequeño paréntesis. Me acompañaron a la sala en la que me esperaba Alberto, abrieron la puerta y yo imaginé una alfombra roja que me conducía a él. Lo miré y sentí un escalofrío. Estaba muy emocionado. Me dirigí hacia él escuchando en mi cabeza la marcha nupcial. Me fijé que no tenía puestas las esposas y cree en mi cabeza un traje de chaqueta con la corbata a juego con mi ramo de flores. Al llegar a su lado, me dio un abrazo y un beso en la mejilla tan fuerte que sentía que se me partían las costillas. ¡Estaba tan feliz! Lo miré a los ojos y me di cuenta de cómo brillaban, creo que nunca los había visto así.

Nos casamos y no hubo banquete, ni fotos de recién casados, ni charlas con invitados, ni abrazos con familiares... Pero sí hubo baile. Nos dejaron a solas unos minutos, Alberto me pidió que bailara con él y yo me dejé llevar en sus brazos, mientras los dos imaginábamos una melodía guiando nuestros pasos. Me pisó, no una, ni dos veces, creo que se tiró todo el baile dándome pisotones. Y me acordé de aquello que me dijo una vez; “sólo se pisan los que bailan” y... ¡qué razón tenía!

Nosotros debíamos tener los pies y el corazón llenos de heridas de tanto pisarnos. Pero, aunque esas heridas dolían, el placer que sentíamos bailando y queriéndonos era muy superior. Ni los pisotones ni los golpes de la vida nos harían caer porque nos gustaba demasiado bailar y, sobre todo, hacerlo juntos.

Nuestra boda fue muy diferente a todas esas en las que he estado o veo en redes sociales. Sin embargo, siento que ha sido la más bonita del mundo y con la mejor persona. Porque haberlo hecho con él está por encima de la boda por todo lo alto que tanto deseaba, porque nunca imaginé a quién me esperaría mientras yo caminaba del brazo de mi padre. Pensé mucho en mí y muy poco en con quién. Y ahora sé que la elección no pudo ser mejor y que ayer fue el mejor día de toda mi vida. Esos ojitos de Alberto enrojecidos al verme llegar, con esas pestañitas pequeñas que tiene al final de los ojos...

Vuelvo a la cama. Siento tanta nostalgia del día de ayer, veo mi vestido apoyado en la silla de la habitación y lo imagino largo con una cola redonda... Trago saliva y pienso en cómo ha sido nuestra noche de bodas. Separados, mirando la luna llena pensando en el otro. Me giro, veo el lado de la cama vacío y me siento muy sola. Llora desconsoladamente y siento tanta rabia...

El sonido del timbre me despierta. Miro el reloj. Me he debido quedar

dormida. No sé quién será. Salgo rápidamente de la cama, me pongo las zapatillas y voy a abrir la puerta. Apoyo el ojo derecho en la mirilla y mi garganta me obliga a tragar saliva.

—Hola mi niña —en cuanto abro la puerta mi madre me recibe con los brazos abiertos.

Me aferro a su cuerpo sin dejar de llorar y siento como los brazos de mi padre, mi hermano y Federica me arropan. Pasamos un buen rato sin soltarnos. Los necesitaba tanto...

—No llores mi piccolina —mi padre acaricia mi mejilla, limpiándome las lágrimas.

—Y vosotros, ¿qué hacéis aquí? —no tenía ni idea de que mi hermano y Federica estaban en España.

—No podíamos dejar a nuestra sorellina solita el día de después de su boda —mi hermano me da un beso en la mejilla y Federica me abraza.

—Tranquila amiga, ya queda poco —susurra a mi oído.

—Pasad.

Mi familia está sufriendo mucho con la situación. En ningún momento me han juzgado por haberme enamorado de alguien como Alberto, sencillamente, porque tuvieron la suerte de conocerlo antes de que entrara en la cárcel y saben que es una buena persona. Todos estos años han sido muy difíciles también para ellos, he notado tantas veces su impotencia por no ser capaces de sacarme una sonrisa... ¡Pobres!

Tomamos un café en el salón y les cuento como fue la boda. Noto como me sonrían un poco tristes, pero sin sentir lástima por mí. Se emocionan cuando les cuento algunos detalles y noto como les da pena no haber estado junto a mí, sobre todo en la cara de mi padre.

—Cuando Alberto salga nos vamos a volver a casar —no lo hemos hablado, pero al ver la cara de mi familia tomo la decisión— para estar con vosotros.

—¡Y tendrás tu vestido de princesa! —me dice alegremente Federica.

—¿Sabes? Ahora los vestidos de princesa me dan más igual —le contesto, pensando en cómo he aprendido a valorar lo verdaderamente importante.

—Pero, lo tendrás —añade mi madre con esa sonrisa que me transmite tanto amor.

Me convencen para salir a comer fuera y pasar el día juntos. No puedo decirles que no. Me arreglo y decido intentar ser feliz, en realidad, soy muy afortunada. Tengo la mejor familia del mundo, no puedo sentirme más querida. Y tengo un hombre maravilloso a mi lado que, por circunstancias, tenemos que estar separados. Pero, lo más importante, es que es algo temporal. Alberto saldrá de ese sitio horrible y podremos hacer realidad todos los planes con los que tanto hemos soñado. Hay mucha gente que ha perdido a quien más quería y contra eso toda esperanza se desvanece. Yo tengo mucha suerte.

Capítulo 38

—Te quiero, ¿me oyes? —Alberto pasa sus manos por detrás de mi cuello — te quiero y me quedaría sin voz de tanto repetirlo si fuera necesario.

Siento el calor de sus labios acariciando los míos, mientras nos fundimos en un beso pausado, lleno de ternura y, sobre todo, de calma y tranquilidad. Sin miedos, sin apuros, sin nadie a nuestro alrededor pidiéndonos que nos demos prisa. Alberto se separa y fija sus ojos en mí, me gusta tanto su mirada tranquila y sin miedos, su sonrisa sincera y sus gestos cómplices. Parecía un hombre muy duro cuando lo conocí y, sin embargo, es alguien alegre y muy divertido. Alberto pasa su brazo por encima de mis hombros y yo me recuesto en su regazo, dejándonos caer en el respaldo del sofá. Despreocupados, vemos la tele mientras comentamos el programa. Me siento tan a gusto ahora mismo... Es el mejor momento del día, cuando ya tenemos todo listo y nos sentamos a disfrutar de un ratito de relax juntos. Poco a poco me voy dejando llevar por el sueño, hasta que noto como los labios de Alberto besan mi frente.

—Dormilona —habla en un tono de voz muy bajito.

Me desperezo, frotando mis ojos con el dorso de la mano. Alberto me coge en volandas, yo me agarro de su cuello y me dejo llevar hasta la habitación. Al llegar, me tumba con mimo encima de la cama y cuando está a punto de separarse lo agarro con más fuerza y lo atraigo hacia mí. Noto su peso encima de mi cuerpo, sus labios besando los míos con pasión y sus manos recorriendo cada centímetro de mi piel. Paseo mis dedos por su espalda y lo aprieto contra mí, deseando estar tan cerca de él que ni un soplo de aire pueda pasar entre nuestros cuerpos.

Siento mucho calor y mi corazón pelea con ganas para salir del pecho, noto como me tiemblan las piernas y un deseo irrefrenable me incita a pedirle que no pare. Noto más y más calor hasta que alterada me despierto. Mi pecho sube y baja buscando el aire que se ha quedado en el sueño. Me incorporo y me siento en la cama, apoyo mi espalda contra el cabecero y respiro profundamente. Me giro hacia la mesilla de noche y cojo el vaso de agua. Le doy un sorbo y agradezco que todavía esté fresquita. Paso mi otra mano por

detrás del cuello y lo noto mojado. Estoy sudando. Intento tranquilizarme sin desesperarme por haberme despertado.

Hacía mucho tiempo que no soñaba con Alberto. En realidad, creo que no he vuelto a hacerlo desde que comenzamos a hablar y pasó de estar en mi cabeza a formar parte de mi realidad. Si hace tres meses, cuando nos casamos, hubiera soñado con él me habría parecido normal, pero hoy me parece extraño. ¿Significará algo? ¿Estará bien?

Me ha gustado tanto este sueño porque ha sido muy diferente a aquellos. En este éramos una pareja feliz disfrutando de nuestra convivencia, sin miedos ni preocupaciones. Mi mente desea tanto que eso ocurra que ella solita lo imagina. ¡Cómo me ha gustado! Esto no va a ponerme triste, ¡no! Todo lo contrario, tengo que seguir adelante porque la meta es tremendamente bonita. Para eso tienen que servir estos sueños.

Me levanto de la cama, abro el armario para coger otra camiseta y me la cambio. Vuelvo a recostarme, me tapo, suspiro y cierro los ojos deseando volver a soñar con él.

El sonido del timbre me pone en alerta. Estaba dormida profundamente y el ding dong incesante me asusta. Miro el reloj, son casi las doce de la mañana. ¡Madre mía! ¡Qué horas! Mientras me levanto de la cama a toda prisa y corro hacia la puerta recuerdo el sueño de esta noche y sonrío feliz. Se me escapa una zapatilla y me paro a colocármela cuando escucho como el timbre vuelve a sonar sin parar.

—Ya voooooooooy —grito, casi de mal humor por tanta impaciencia.

Esta vez no miro por la mirilla, quito el cerrojo y abro la puerta. Mi corazón se paraliza, noto como me falta el aire y llevo la mano a mi pecho. Debo estar soñando. ¡Mierda! Cierro los ojos, los aprieto fuerte y los vuelvo a abrir. Ahí sigue. Y ahora sonrío simpático al ver mi gesto. ¡No puede ser! Con la mano me pellizco en el brazo todo lo fuerte que puedo. ¡Au! Cierro los ojos de nuevo, los aprieto más fuerte que la vez anterior, los vuelvo a abrir y ahí sigue. Cada vez sonrío más simpático. No me lo puedo creer. Alberto está parado delante de mi puerta esperando que asimile su presencia.

—Al final te vas a hacer daño —dice acercándose a mí.

No sé por qué está aquí y tampoco pregunto. Me abalanzo sobre él, que me coge con fuerza por la cintura haciendo que mis pies queden unos centímetros

por encima del suelo. Inspiro profundamente y su olor inunda mis fosas nasales, siento el calor que me trasmite y su corazón vuelve a coger de la mano al mío. No sé el tiempo que pasamos así, sin separarnos, sintiéndonos, disfrutando de esos minutos con los que hemos soñado tantos años.

Me baja al suelo, pasa sus manos por detrás de mi cuello, se acerca a mí y sus ojos me traspasan. ¡Estoy tan feliz! No quiero que se vuelva a separar nunca de mi lado. Me acerco a sus labios y lo beso, despacio y con calma, disfrutando de su contacto.

—Te voy a decir te quiero cada mañana al despertarme y cada noche al acostarme —me habla muy cerca, sin quitar sus manos de mi cuello— voy a aprovechar la vida al máximo, te lo prometo —se emociona, traga saliva y sigue hablando— voy a quererte siempre, cuando nos peleemos por hacer la comida o ir a la compra, cuando ronques, cuando corras de un lado para otro de la casa limpiando sin parar, cuando te enfurruñes porque no hagamos lo que tú quieras —me da un besito suave en los labios— te voy a querer, cuidar y hacer feliz todos los días de tu vida.

—Hasta que la muerte nos separe —digo entre sollozos, recordando nuestra boda.

—Ni eso podrá separarnos. Martina, mi chica preciosa... gracias por devolverme la vida.

—Lo del pasado no ha sido nada comparado con lo que nos queda por vivir. Se acabaron los grises, blancos, negros y marrones... Hoy comienza nuestra vida juntos, mi amor, mi chico de mirada profunda. A partir de ahora te pintaré un mundo de colores para que nunca vuelvas a perder tu sonrisa.

—Si tú estás conmigo, nunca dejaré de sonreír.

Epílogo

Alberto

Me enamoré de su bondad, honradez, humildad, de su manera de preocuparse por los que la rodean, de su carisma, de la lucha por conseguir lo que quiere, de su alegría, de su bonita sonrisa... Esa inocente tan característica que la acompaña siempre, esa con la que sabe ver el lado bueno de las cosas.

El amor de verdad aparece cuando menos lo esperas pero cuando más lo necesitas y eso es lo que me pasó a mí. Martina se cruzó en mi vida y el destino hizo el resto.

La felicidad puede expresarse de mil formas y al verla a ella sé que es la mía. Ella me ha hecho creer que otra vida mejor es posible, que el amor existe, que hay miradas y gestos cómplices que pueden mover el mundo. Ella se enamoró de mí y de mis defectos y, sin querer ni saber, me regaló la vida.

Han pasado muchos años desde que nuestras miradas se cruzaron por primera vez. Me dejaron en libertad por buen comportamiento dos años antes de lo esperado. Yo lo sabía hacía tiempo, pero no quise contárselo, no quería que un imprevisto le partiera el corazón de nuevo. Aprendí a morderme la lengua cada vez que venía a verme. Aprendí a saber esperar. Aprendí muchas cosas durante aquellos años.

Martina tuvo su vestido de princesa. Nos casamos y nos fuimos a vivir a un pueblecito del norte de España en una casita que llenó de alfombras de colores, llevando a rajatabla la promesa que me hizo el día que salí de la cárcel. Ella consiguió un trabajo en una sucursal de un pueblo cercano y yo abrí mi propia academia de inglés. Tuvimos hijos y casi estamos a punto de convertirnos en abuelos. A pesar del dolor que pasamos aquellos años, hemos sido inmensamente felices, no hemos dejado de bailar y seguiremos

haciéndolo toda la vida.

Las decisiones que tomamos traen consecuencias, siempre es así, aunque queramos convencernos de que podemos tener suerte y librarnos del destino. A mí me cambiaron la vida y le hicieron daño a la persona que más he querido.

Las segundas oportunidades existen, no hay que hundirse ni dejarse abatir por los errores cometidos, hay que enfrentarlos y seguir adelante porque siempre hay alguna oportunidad para cambiar tu destino y dar un vuelco a tu vida.

Mi oportunidad tiene nombre propio. Ella me salvó. Pero mis errores nos hicieron sufrir haciéndonos perder muchos años de vida juntos. Y la vida es muy corta, hay que aprovechar cada segundo y eso es lo que hicimos nosotros desde aquel día que volvimos a cogernos de la mano. No nos hemos soltado, recuperamos el tiempo perdido con creces y ahora disfrutamos de cada amanecer con ilusión. Porque nos deparará un día nuevo, de novedades o no, pero ¡da igual! Lo verdaderamente importante es sumar días juntos.

FIN

Agradecimientos

Gracias. Grandes, eternas e infinitas a ti, por tener este libro en tus manos, por haberle dado la oportunidad a la historia de Martina y Alberto, a nuestra historia.

Gracias a Noemí, mi hermana, mi persona favorita en el mundo y quien forma parte activa de cada una de mis novelas. Por abrir esos ojos tan preciosos cuando lees lo que escribo e intentar no cerrarlos para evitar que las lágrimas broten de ellos cuando una escena te emociona. Esta historia (cada historia) no sería igual sin tus consejos.

A mis padres, Emiliano y Encarna, por darme la vida más bonita que se puede tener y enseñarme el amor más puro y verdadero. Por apoyarme y ser el mejor ejemplo de vida, porque os tenéis que sentir tremendamente orgullosos de lo que habéis construido juntos.

A Alberto, el amor de mi vida, la persona que me regala día a día sonrisas, con los labios y con los ojos, pero, sobre todo, con el corazón más bonito y limpio que alguien puede tener. Por ser inspiración. Por ser tú. Por ser vida. Mi vida.

A Sandra, por tus consejos, por tu paciencia cada vez que te pregunto mil cosas y, sobre todo, por la ilusión que sientes con cada historia. Gracias por ser un ejemplo de constancia y por transmitirme ese amor por la escritura.

A mis tíos, Florencio y Carmen, por acompañarme en cada paso que doy. A mi familia política, Antonio y Margarita por sentirnos orgullosos al llevar un libro mío entre vuestras manos. A mis cuñados, Dani, por escucharme siempre

con una sonrisa, a José y Silvia, por todo lo que hacéis para ayudarme a promocionar la novela, os debo mucho y os estaré agradecida eternamente.

A Jesús, por inspirar una de las frases más bonitas del libro y porque sé que, en algún momento, tú también firmarás novelas. A Bruno, por tu sabiduría policial porque sin saberlo me has ayudado mucho.

A Laura, por ilusionarte con cada proyecto, por escuchar con paciencia y por ayudarme en todo lo que puedes con la mejor de las sonrisas. ¡Algún día seré yo la que te ayude a promocionar tu libro!

A Sara, Marta, Jorge, Carlota, Carla, Marta, Nora, Pelayo, Guillermo, Mapi, Isabel, Ángel, Cris, Nuria, Rober, Tatiana, Luis, Raquel, Iris, Alba y Teresa por seguir acompañándome en este camino porque me hace inmensamente dichosa contar con vuestro apoyo después de tanto tiempo.

Gracias a los que estarán eternamente en mi corazón. Gracias a todos los que seguís confiando en mis libros. En cada novela dejo un pedacito de mí y me hace muy feliz compartirlo con vosotros. Gracias por hacer los sueños realidad.